3 1761 08695867 5

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

TOMOS PUBLICADOS

1.º—*Romancero espiritual* del Maestro Valdivielso, con retrato del autor grabado por Galbán, y un prólogo del Rdo. P. Mir, de la Real Academia Española. (Agotados los ejemplares de 4 pesetas, los hay de lujo de 6 en adelante.)

2.º—Obras de D. Adelardo López de Ayala: tomo I.—*Teatro:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura, y una advertencia de D. Manuel Tamayo y Baus.—Contiene: *Un hombre de Estado.—Los dos Guzmanes.—Guerra á muerte.*—5 pesetas.

3.º—Obras de Andrés Bello: tomo I.—*Poesías*, con retrato del autor grabado por Maura, y un estudio biográfico y crítico de D. Miguel Antonio Caro.—Contiene todos sus versos ya publicados, y algunos inéditos. (Agotada la edición de 4 pesetas, hay ejemplares de lujo de 6 en adelante.)

4.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo II.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *El tejado de vidrio.—El Conde de Castralla.*—4 pesetas.

5.º—Obras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo I.—*Odas, epístolas y tragedias*, con retrato del autor grabado por Maura, y un prólogo de D. Juan Valera.—4 pesetas.

6.º—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón *(El Solitario)*: tomo I.—*Escenas andaluzas.*—4 pesetas.

7.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo III.—*Teatro:*

tomo III.—Contiene: *Consuelo.—Los Comuneros.*—4 pesetas.

8.º—Obras de D. Antonio Cánovas del Castillo: tomo I.—*El Solitario y su tiempo:* tomo I.—Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras, con retrato del mismo, grabado por Maura.—4 pesetas.

9.º—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo II.—*El Solitario y su tiempo:* tomo II y ultimo.—4 pesetas.

10.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo II.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo I. Segunda edición.—5 pesetas

10 bis.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo III.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo II. Segunda edición.—5 pesetas.

11.—Obras de A. Bello. tomo II.—*Principios de Derecho internacional,* con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo I.—Estado de paz.—4 pesetas.

12.—Obras de A. Bello: tomo III.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo II y último.—Estado de guerra.—4 pesetas.

13.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo IV.—*Teatro*, tomo IV.—Contiene: *Rioja.—La estrella de Madrid.—La mejor corona.*—4 pesetas.

14.—*Voces del alma*: poesías de D. José Velarde.—4 pesetas.

15.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo IV.—*Estudios de crítica literaria.*—Primera serie, 2.ª edición.—Contiene: La poesía mística.—La Historia como obra artística.—San Isidoro.—Rodrigo Caro.—Martínez de la Rosa.—Núñez de Arce.—4 pesetas.

16.—Obras de D. Manuel Cañete: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—*Escritores españoles é hispano-americanos.* — Contiene: El Duque de Rivas.—D. José Joaquín de Olmedo.—4 pesetas.

17.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo III.—*Problemas contemporáneos:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: El Ateneo en sus relaciones con la cultura española: las transformaciones europeas en 1870: cuestión de Roma bajo su aspecto universal: la guerra franco-prusiana y la supremacía germánica: epílogo.—El pesimismo y el optimismo: concepto é importancia de la teodicea p[illegible]ular: el Estado

en sí mismo y en sus relaciones con los derechos individuales y corporativos: las formas políticas en general. — El problema religioso y sus relaciones con el político: el problema religioso y la economía política: la economía política, el socialismo y el cristianismo: errores modernos sobre el concepto de Humanidad y de Estado: ineficacia de las soluciones para los problemas sociales: el cristianismo y el problema social: el naturalismo y el socialismo científico: la moral indiferente y la moral cristiana: el cristianismo como fundamento del orden social: lo sobrenatural y el ateísmo científico: importancia de los problemas contemporáneos.—La libertad y el progreso.—Los arbitristas.—Otro precursor de Malthus.—La Internacional.—5 pesetas.

18.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IV.—*Problemas contemporáneos:* tomo II.—Contiene: Estado actual de la investigación filosófica: diferencias entre la nacionalidad y la raza: el concepto de nación en la Historia: el concepto de nación sin distinguirlo del de patria.—Los maestros que más han enriquecido desde la cátedra del Ateneo la cultura española.—La sociología moderna.—Ateneistas ilustres: Moreno Nieto; Revilla.—Los oradores griegos y latinos.—Centenario de Sebastián del Cano.—Congreso geográfico de Madrid.—Ideas sobre el libre cambio.—5 pesetas.

19.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo V.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo III, segunda edición (siglos xvi y xvii).—5 pesetas.

20.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VI.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IV, segunda edición (siglos xvi y xvii).—5 pesetas.

21.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VII.—*Calderón y su teatro.*—Contiene: Calderón y sus críticos El hombre, la época y el arte.—Autos sacramentales.—Dramas religiosos.—Dramas filosóficos.—Dramas trágicos.—Comedias de capa y espada y géneros inferiores. Resumen y síntesis.—4 pesetas.

22.—Obras de D. Vicente de la Fuente: tomo I.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* primera serie, con retrato del autor grabado por Maura. Contiene: Sancho el Mayor.—El Ebro por frontera.—Matrimonio de Alfonso el Batallador.—Las Hervencias de

Avila.—Fuero de Molina de Aragón.—Aventuras de Zafadola. Panteones de los Reyes de Aragón.—4 pesetas.

23.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo V.—*Teatro*: tomo V.—Contiene: *El tanto por ciento.—El agente de matrimonios.*—4 pesetas.

24.—*Estudios gramaticales.*—Introducción á las obras filológicas de D. Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez, con una advertencia y noticia bibliográfica por don Miguel Antonio Caro.—5 pesetas.

25—*Poesias de D. José Eusebio Caro*, precedidas de recuerdos necrológicos por D. Pedro Fernández de Madrid y D. José Joaquin Ortiz, con notas y apéndices, y retrato del autor grabado por Maura.—4 pesetas.

26.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VI.—*Teatro*: tomo VI.—Contiene: *Castigo y perdón* (inédita).—*El nuevo D. Juan.*—4 pesetas.

27.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VIII.—*Horacio en España.—Solaces bibliográficos*, segunda edicion refundida: tomo I.—Contiene: traductores de Horacio.—Comentadores.—5 pesetas.

28.—Obras de D. M. Cañete: tomo II.—*Teatro español del siglo* XVI.—*Estudios histórico-literarios.*—Contiene: Lucas Fernández.—Micael de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.

29.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*): tomo II.—*De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo I.—4 pesetas.

30.—*Las ruinas de Poblet*, por D. Víctor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.

31.—Obras de D. S. Estébanez Calderón (*El Solitario*) tomo III.—*De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo II y último.—4 pesetas.

32.—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo VII y último.—*Poesias y proyectos de comedias.*—Contiene: Sonetos y poesias varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.—El cautivo.—Teatro vivo.—Consuelo.—El teatro de Calderón.—4 pesetas.

33.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo IX.—*Horacio en España.—Solaces bibliográficos*, segunda edición refundida, tomo II y último.—Contiene: La poe-

sia horaciana en Castilla.—La poesía Horaciana en Portugal. - 5 pesetas.

34.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo II.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* segunda serie.—Contiene: Las primeras Cortes.—Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor.—Los señoríos en Aragón.—El régimen popular y el aristocrático. Preludios de la Unión.—La libertad de testar.—Epílogo de este período.—4 pesetas.

35.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo I.—Contiene: Nacimiento de Jesús.—Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesús.—Racontamiento de la doncella Carcayona.—Job.—Los santones.—Salomón.—Moisés.—4 pesetas.

36.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas, por D. Antonio Paz y Mélia, tomo I.—4 pesetas.

37.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducido directamente del alemán por D. Euardo de Mier: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura. — Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pesetas.

38. — Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo X. — *Historia de las ideas estéticas en España:* tomo V (siglo xviii).—4 pesetas

39.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas por D. A. Paz y Melia: tomo II y último.—4 pesetas.

40.—Obras de D. Juan Valera: tomo I.—*Canciones, romances y poemas*, con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo y retrato del autor grabado por Maura.—5 pesetas.

41.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XI.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo VI (siglo xviii).—5 pesetas.

42.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temim Addar.—Del Rey Tebin.—De una profetisa y un profeta.—Batalla del rey Almohalhal.

El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra Mahoma.—El milagro de la Luna.—Ascension de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati. —De Mahoma y Alharits.—Muerte de Mahoma.—4 pesetas.

43.—*Poesias de D. Antonio Ros de Olano*, con un prólogo de D. Pedro A. de Alarcón.—Contiene: Sonetos.—La pajarera.—Doloridas.—Por pelar la pava.—La gallomaquia.—Lenguaje de las estaciones.—Galatea.—4 pesetas.

44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias)*, por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

45.—*Poemas dramáticos de Lord Byron,* traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Contiene: Caín.—Sardanápalo.—Manfredo.—4 pesetas.

46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España,* por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: la continuación del tomo anterior hasta la edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

47.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo III.—*Estudios críticos sobre la Historia y Derecho de Aragón:* tercera y última serie.—Contiene: Formación de la liga aristocrática.—Vísperas sicilianas.—Revoluciones desastrosas.—Reaparición de la Unión.—Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV.—Los reyes enfermizos. Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe.—La dinastía castellana.—Falseamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo xv.—D. Fernando el Católico.—Sepulcros reales.—Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión.—5 pesetas.

48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último.—Contiene: La conversión de Omar.—La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.—El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaima. Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar.—Los dos amigos devotos.—El Antecristo y el día del juicio.—4 pesetas.

49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias)*, por Juan de Caste-

llanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia: tomo II y último, que termina con un índice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.—5 pesetas.

50.—Obras de D. J. Valera: tomo II. — *Cuentos, diálogos y fantasías.*—Contiene: El pájaro verde.—Parsondes.—El bermejino prehistórico.—Asclepigenia.—Gopa.—Un poco de crematística.—La cordobesa.—La primavera.—La venganza de Atahualpa.—Dafnis y Cloe.—5 pesetas.

51.—*Historia de la literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo III.—Contiene: la continuación de la materia anterior.—5 pesetas.

52.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XII. — *La ciencia española*, tercera edición refundida y aumentada: tomo I, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde y Ruiz.—Contiene: Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos.—De re bibliographica.—Mr. Masson redivivo.—Monografías expositivo-críticas. — Mr. Masson redimuerto. — Apéndices.—4 pesetas.

53.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo V.—*Poesías.*—Contiene: Amores. — Quejas y desengaños. — Rimas varias.—Cantos lúgubres.—4 pesetas.

54.—Obras de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: tomo I.—*Poesías*, con la biografía del autor, juicio crítico de sus obras por D. Aureliano Fernández-Guerra y retrato grabado por Maura: primera edición completa de las obras poéticas.—5 pesetas.

55.—*Discursos y artículos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon.—Un tomo con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: La Metafísica contra el naturalismo.—Fr. Luis de Granada.—José Selgas.—Epopeyas portuguesas. — Glorias asturianas. — Coronación de León XIII. — El P. Zeferino.—Menéndez y Pelayo.—Campoamor.—Pérez Hernández.—Frassinelli.—Epístolas.—Una madre cristiana.—Una visión anticipada.—El campo en Asturias.—5 pesetas.

56.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VI.—*Artes y letras.*—Contiene: De los asuntos respectivos

de las artes.—Del origen y vicisitudes del genuino teatro español.—Apéndice.—La libertad en las artes.—Apéndice.—Un poeta desconocido y anónimo.—5 pesetas.

57.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIII.—*La ciencia española:* tercera edición corregida y aumentada: tomo II.—Contiene: Dos artículos de D. Alejandro Pidal sobre las cartas anteriores.—In dubiis libertas.—La ciencia española bajo la Inquisición —Cartas.—La Antoniana Margarita.—La patria de Raimundo Sabunde.—Instaurare omnia in Christo.—Apéndice. 5 pesetas.

58.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo IV.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Ultimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.

60.—Obras de D. J. Valera: tomo III.—*Nuevos estudios críticos.*—Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El *Fausto* de Gœthe.—Shakespeare.—Psicologia del amor.—Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa. —Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.

61.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XIV.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VII (siglo XIX).—5 pesetas.

62.—Obras de D. Severo Catalina: tomo I.—*La Mujer*, con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: octava edición.—4 pesetas.

63.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo II.—*Fábulas:* primera edición completa.—5 pesetas.

64.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XV.—*La ciencia española:* tomo III y último.—Contiene: Réplica al Padre Fonseca.—Inventario de la ciencia española.

Sagrada Escritura: Teología: Mística; Filosofía: Ciencias morales y políticas: Jurisprudencia: Filología: Estética: Ciencias históricas: Matemáticas: Ciencias militares: Ciencias físicas: 5 pesetas.

65.—Obras de D. J. Valera: tomo IV.—*Novelas:* tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez.—El Comendador Mendoza.* 5 pesetas.

66.—Obras de D. J. Valera: tomo V.—*Novelas:* tomo II.—Contiene: *Doña Luz.—Pasarse de listo.*—5 pesetas.

67.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV*: tomo I.—Contiene: Revolución de Portugal: Textos y reflexión.—Negociación y rompimiento con la República inglesa.—5 pesetas.

68.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo III.—*Teatro:* tomo I.—Contiene: *Los amantes de Teruel.—Doña Mencia.—La Redoma encantada.*—5 pesetas.

69. Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas é ilustradas por el conde de la Viñaza: tomo I.—Contiene las de Lupercio: Prólogo.—Poesías líricas.—Epístolas y poesías varias.—Obras dramáticas.—Opúsculos y discursos literarios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

70.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella, y un prólogo de D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

71.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VIII.—*Estudios del reinado de Felipe IV*: tomo II.—Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy. Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.—5 pesetas.

72.—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón: (*El Solitario*): tomo IV.—*Poesías.*—4 pesetas.

73.—*Poesías* de D. Enrique R. Saavedra, Duque de Rivas, con un prólogo de D. Manuel Cañete y retrato del autor, grabado por Maura: tomo único.—Contiene: Impresiones y fantasías.—Recuerdos.—Hojas de álbum.—Romances.—La hija de Alimenón.—Juramentos de amor. 4 pesetas.

74.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XVI.—*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo VIII (siglo XIX).—4 pesetas.

75.—Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas é ilustradas por el conde de la Viñaza: tomo II.—Contiene las de Bartolomé Leonardo: Poesías líricas.—Sátiras.—Poesías varias.—Diálogos satíricos.—Opúsculos varios.—Cartas eruditas.—y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

76.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella: tomo II.—5 pesetas.

77.—Obras de J. E. Hartzenbusch: tomo IV.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *La visionaria.—Los polvos de la madre Celestina.—Alfonso el Casto.—Primero yo.*—5 ptas.

78.—Obras de D. J. Valera: tomo VI.—*Novelas:* tomo III. Contiene: *Las ilusiones del Doctor Faustino.*—5 pesetas.

79.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios:* tomo I.—Con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: la lengua castellana en los códigos.—La poesía y la historia.—Poema, crónica y romancero del Cid.—Un poema inédito.—Vida del rey Apolonio y de Santa María Egipciaca.—La poesía castellana de los siglos xiv y xv.—4 pesetas.

80.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Melia.—Primera serie.—Contiene: Libro de Cetrería y profecía de Evangelista.—Carta burlesca de Godoy.—Privilegio de D. Juan II en favor de un hidalgo.—Carta del bachiller de Arcadia al capitán Salazar, y respuesta de éste.—Sermón de Aljubarrota.—Carta de D. Diego Hurtado de Mendoza á Feliciano de Silva.—Proverbios de D. Apóstol de Castilla. Carta del Monstruo satírico.—Libro de chistes de Luis de Pinedo.—Memorial de un pleito.—Carta hallada en el correo sin saber quién la enviaba.—Carta de un portugués.—Carta burlesca de Fr. Guillén de Peraza.—Descendencia de los Modorros.—Carta de Diego de Amburcea á Esteban de Ibarra.—Carta del Conde de Lemos á Bartolomé L. de Argensola.—Carta de Ustarroz al maestro Gil González Dávila.—Epitafios y dichos portugueses.—Carta de un quidam al Castellano de Milán. Carta ridícula de Diego Monfor.—Mundi novi y diálogo.—Carta sobre el destierro del Duque de Escalona.—Cartas del Arcediano de Cuenca al cura de Pareja. Nota de las cosas particulares del anticuario D. Juan Flores.—5 pesetas.

81.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IX.—*Problemas contemporáneos*: tomo III.—Contiene: Ejercicio de la soberanía en las democracias modernas.—Las revoluciones de la edad moderna.—Clasificación de los sistemas democráticos.—La democracia pura en Suiza.—La democracia del régimen mixto en los cantones suizos.—La soberanía ejercida en Suiza por la Confederación.—El régimen municipal.—La democracia de los Estados Unidos.—El conflicto de la soberanía en los Estados Unidos y en Suiza.—Principios teóricos de la democracia francesa.—Conclusiones.—El juicio por jurados y el partido liberal conservador.—La economía política y la democracia economista en España.—La producción de cereales en España y los actuales derechos arancelarios.—Necesidad de proteger á la par que la de cereales, la producción española en general.—De cómo he venido yo á ser doctrinalmente proteccionista. La cuestión obrera y su nuevo carácter.—De los resultados de la conferencia de Berlín y del estado oficial de la cuestión obrera.—Ultimas consideraciones.—5 pesetas.

82.—Obras literarias de D. Manuel Silvela.—5 pesetas.

83.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios:* tomo II.—Contiene: Vida del trovador Juan Rodríguez del Padrón.—D. Alonso de Cartagena.—El Centón epistolario.—Juan de Valdés y el *Diálogo de la lengua.* Fr. Pedro Malón de Chaide.—¿Tomé de Burguillos y Lope de Vega son una misma persona?—Observaciones sobre la poesía dramática.—Viajes por Galicia en 1836.—Recuerdos de un viaje á Toledo en 1842.—Descubrimientos en América.—Poesías.—4 pesetas.

84.—Obras de D. Juan Valera: tomo VII.—*Disertaciones y Juicios literarios.*—Contiene: Sobre el *Quijote.*—La libertad en el arte.—Sobre la ciencia del lenguaje.—Del influjo de la Inquisición en la decadencia de la literatura española.—La originalidad y el plagio.—Vida de Lord Byron.—De la perversión moral de la España de nuestros días.—De la filosofía española.—Poesía lírica.—Estudios sobre la Edad Media.—Obras de D. Antonio Aparici y Guijarro.—Sobre el Amadís de Gaula.—Las Cantigas del Rey Sabio.—5 pesetas.

85.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo I.—Contiene: Manojo de la poesía castella-

na, formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, por los poetas de los dos mundos.—Tomo I, 5 pesetas.

86.—OBRAS DE ANDRÉS BELLO: tomo IV: *Opúsculos gramaticales:* tomo I.—Contiene: Ortologia.—Arte métrica.—Apéndices.—4 pesetas.

87.—DUQUE DE BERWICK.—*Relación de la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia.—Viaje á Rusia:* Prólogo de D. A. Paz y Melia.—5 pesetas.

88.—FERNÁNDEZ-DURO (D. CESÁREO).—ESTUDIOS HISTÓRICOS.—*Derrota de los Gelves.—Antonio Pérez en Inglaterra y Francia:* un tomo.—5 pesetas.

89.—OBRAS DE ANDRÉS BELLO: tomo V.—*Opúsculos gramaticales:* tomo II.—Contiene: Análisis ideológica.—Compendio de gramática castellana.—Opúsculos.—4 pesetas.

90.—*Rimas de D. Vicente W. Querol:* un tomo, 4 pesetas.

91.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo II.—Contiene: *Manojo de la poesía castellana*, formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante el siglo XIX por los poetas de los dos mundos.—Tomo II, 5 pesetas.

92.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XVII.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IX (siglo XIX).—5 pesetas.

93.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo V.—*Teatro.*—Tomo III. Contiene: *El Bachiller Mendarias.—Honoria.—Derechos póstumos.*—5 pesetas.

94.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta, con algunas de sus obras poéticas y dramáticas y la biografía del autor, por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

95.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XVIII.—*Ensayo de critica filosófica.* Contiene: De las vicisitudes de la Filosofía platónica en España.—De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant.—Algunas consideraciones sobre Francisco de Vitoria y los orígenes del derecho de gentes: tomo, 4 pesetas.

96.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española*

desde 1654 á 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo II.—5 pesetas.

97.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el marqués de Valmar: tomo I. — 5 pesetas.

98.—Obras de Fernán Caballero: tomo I. Contiene: Fernán Caballero y la novela contemporánea.—*La familia de Alvareda.*—5 pesetas.

99—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo III.—5 pesetas.

100.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el marqués de Valmar: tomo II.—5 ptas.

101.—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón *(El Solitario)*: tomo V. — *Novelas, Cuentos y Artículos.*—4 pesetas.

102.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el marqués de Valmar: tomo III y último.—5 pesetas.

103.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo IV y último.—5 pesetas.

104.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo I (de 1770 á 1814).—5 pesetas.

105.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo I.—*poesías.*—5 pesetas.

106.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria.*—Segunda serie.—4 pesetas.

107.—Obras de Fernán Caballero: tomo II.—*La Gaviota.* 5 pesetas.

108.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo II.—*Poesías.*—5 pesetas.

109.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo II.— 5 pesetas.

110.—*Ocios poéticos*, por D. Ignacio Montes de Oca: un tomo, 4 pesetas.

111.—Obras de Fernán Caballero: tomo III.—*Clemencia.* 5 pesetas.

112.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo III.—5 pesetas.

113.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo III.—*El moro expósito.*—5 pesetas.

114.—Obras de Fernán Caballero: tomo IV.—*Lágrimas.* 5 pesetas.

115.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo. IV—*Romances históricos.*.—5 pesetas.

116.—*Estudios de historia y de crítica literaria*, por el Marqués de Valmar.—4 pesetas.

117.—Obras Completas del Duque de Rivas: tomo V.—*Tragedias y Leyendas.*—5 pesetas.

118.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria.*—Tercera serie.—4 pesetas.

119.—*Oraciones fúnebres*, por D. Ignacio Montes de Oca; un tomo, 4 pesetas.

120.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo VI.—*Dramas y Comedias.*—5 pesetas.

121.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Mélia.—Segunda serie.—Contiene: Diálogo de Villalobos.—Cuentos de Garibay.—Carta de las setenta y dos necedades.—Cuentos recogidos por D. Juan de Arguijo.—Cartas inéditas de Eugenio de Salazar.—Carta del licenciado Claros de la Plaza, al maestro Lisarte de la Llana.—Máscara en el convento de Trinitarias de Madrid.—Memorial al Presidente de Castilla.—Descripción del Escorial.—Poesía macarrónica á Baldo.—Poema macarrónico de Merlín á la entrada del Almirante en Cádiz.—Pepinada: Poesía macarrónica de Sánchez Barbero.—5 pesetas.

122.—Obras de Fernán Caballero: tomo V.—Contiene: *Elia ó la España treinta años há.—Con mal ó con bien á los tuyos te ten.—El último consuelo.*—5 pesetas.

123.—Obras de Andrés Bello: tomo VI.—*Gramática de la lengua castellana:* tomo I.—5 pesetas.

124.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo VII.—*Dramas y Comedias.*—5 pesetas.

125.—Obras de Fernán Caballero: tomo VI.—Contiene: *Una en otra.—Un verano en Bornos:—Lady Virginia.*—5 pesetas.

126.—Crónica de Enrique IV, escrita en latín por Alonso de Palencia: *(Décadas de sucesos de su tiempo).* Traducción castellana por D. A. Paz y Melia.—Tomo I.—5 pesetas.

127.—Crónica de Enrique IV, escrita en latín por A. de Palencia.—Tomo II.—5 pesetas.

128.—Obras de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo: *Corrección de vicios y la sabia Flora Malsabidilla*, tomo I.—5 pesetas.

129.—Obras de Andrés Bello: tomo VII.—*Gramática de la lengua castellana*, tomo II.—5 pesetas.

130.—*Crónica de Enrique IV*, escrita en latín por A. de Palencia.—Tomo III.—5 pesetas.

131.—Obras de Fernán Caballero: tomo VII.—Contiene: *La Estrella de Vandalia.—¡Pobre Dolores!—Un Servilón y un Liberalito, ó Tres almas de Dios.*—5 pesetas.

132.—Obras de Fernán Caballero: tomo VIII.—Contiene: *Simón Verde.—La Farisea.—Vulgaridad y nobleza.—Deudas pagadas.—La maldición paterna.—Leonor.—Los dos memoriales.*—5 pesetas.

133.—Obras de Fernán Caballero: tomo IX.—Contiene: *Estar de más.—Magdalena.—La Corruptora y la buena maestra.—Las dos Gracias ó la expiación.—Callar en vida y perdonar en muerte.—No transige la conciencia.*—5 pesetas.

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Obras del Duque de Rivas, tomo VIII.
Corrección de vicios, tomo II.
Crónica de Enrique IV, tomo IV.
Obras de Fernán Caballero, tomo X.

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

NOVELISTAS

EX-LIBRIS.

OBRAS COMPLETAS

DE

FERNÁN CABALLERO

ESTAR DE MÁS.—MAGDALENA

LA CORRUPTORA Y LA BUENA MAESTRA — LAS DOS GRACIAS

Ó LA EXPIACIÓN—CALLAR EN VIDA Y PERDONAR EN

MUERTE—NO TRANSIGE LA CONCIENCIA

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo, del. . . . . 1 al 50
10 » en papel China, del. . . . . 1 al X

LS
C1125

FERNÁN CABALLERO

OBRAS COMPLETAS

IX

RELACIONES

ESTAR DE MÁS—MAGDALENA
LA CORRUPTORA Y LA BUENA MAESTRA
LAS DOS GRACIAS Ó LA EXPIACIÓN
CALLAR EN VIDA Y PERDONAR EN MUERTE
NO TRANSIGE LA CONCIENCIA

282314
2.33
α

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
Infantas, 42, bajo izquierda.
1907

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

ESTAR DE MAS

Al Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.

Mi muy querido amigo: Si el dedicar un escrito pudiera interpretarse como señal de graduarlo digno de la persona á que va dedicado, no estaría por cierto al frente de esta atropellada relación el esclarecido nombre de usted.—Pero el nombre de usted, tan distinguido entre todos los que de fama gozan, pues en usted brilla en todos conceptos la distinción, así como brilla el oro á todas luces, está puesto aquí, no sólo por la simpatía y por la amistad, sino también por el corazón ufano de publicar las aficiones que le llenan y le honran, pues dice un refran: «Dime á quién prefieres, y te diré quién eres.»

FERNÁN CABALLERO.

PRÓLOGO DEL AUTOR

Corto será, pues se escribe sólo para contestar á los que nos echan en cara hablar en nuestros escritos demasiado religiosamente, hasta el punto de haberlos honrado *La Discusión* calificándolos de *novelas devocionarias*. Diremos, en primer lugar, que difícilmente se pintaría exactamente las costumbres y la sociedad española, alta y popular, sin este requisito; y en segundo lugar, contestaremos con este corto diálogo que sostienen en el Cuadrito *Vulgaridad y nobleza*, el noble capataz Pascual y su vulgar amo D. Anacleto:

—«Erraste la vocación, Pascual, debías ser cura, pues eres más místico que los Santos Padres y echas más textos de Escritura que un predicador.

—»¡Qué, señor! pues si no sé más que la doctrina.

—»Pero la metes en todo, como el tomate.

—»Señor: para eso se nos dió—contestó el capataz con gravedad.»

ESTAR DE MÁS

> Si quieres entrar en la vida, guarda los Mandamientos. Si quieres conocer la verdad, créeme. Si quieres ser mi discípulo, niégate á ti mismo. Si quieres poseer la vida bienaventurada, desprecia la presente. Si quieres ser ensalzado en el cielo, humíllate en el mundo. Si quieres reinar conmigo, lleva también conmigo la cruz.
>
> *Imitación de Cristo.*

VILLAPLANA es un pueblo situado en la parte llana de Andalucía, que se extiende desde Córdoba hasta la sierra de Ronda, y es de los menos nombrados y visitados entre los de su categoría.

Visto de lejos, desnudo de arbolado, no tiene nada de ameno ni de pintoresco; pero la altura de la torre de su iglesia, la blancura de las casas que le rodean, como palomas alrededor de su palomar, le dan una monotonía grave, que no carece de atractivo para aquellos que no se empeñan en dar reglas al gusto, que es lo que

menos se sujeta á ellas, influído como lo está por mil causas diversas en cada individuo.

Los caminos que al pueblo conducen son llanos, pero malos, y atraviesan solitarias dehesas cuya vegetación robusta y vigorosa se ensancha, pero no se alza, como el bueno y honrado campesino. Se pasa por predios que fueron pinares del común y que, modernamente vendidos, han sido cortados en su totalidad por la codicia, dejando el suelo arenoso que ocupaban á sus retoños, á los que despojan de sus ramas para que crezcan más de prisa, haciéndoles aparecer altos, débiles y desgarbados como muchachos en la edad desgraciada. Al acercarse al pueblo, encajónanse los caminos en vallados.

¡Qué cosa tan linda son los vallados! Parecen guirnaldas de hojas y flores extendidas sobre los campos como para guarnecerlos é interrumpir la monotonía que el cultivo les imprime. Todas las flores y plantas desterradas de ellos, cuando están metidos en labor, se aglomeran en aquellas pequeñas alturas alrededor de las pitas ó áloes que las amparan, formando una bullanga vegetal en la que se afanan las flores en sacar sus lindas caras entre la multitud de hojas que las ahogan. Los lirios, margaritas y violetas se sientan al sol de Dios en las laderas de los vallados y gozan de la vida en compañía de los pája-

ros, mariposas y demás seres que desean como un bien la ausencia del hombre.

Subiendo por la calle Real se llega á la plaza; ésta tiene enfrente la iglesia, y frente á la iglesia al Ayuntamiento, cuyo piso bajo ocupan el Correo y el Juzgado. El lado derecho de la plaza lo ocupan las paredes de un convento de monjas, en otros tiempos limpias y bien conservadas, y hoy día desmoronándose, y el lado izquierdo de la plaza lo ocupa un grandioso caserón denominado el palacio del Duque, aunque de palacio sólo tiene las armas de su dueño esculpidas en piedra, colocadas sobre la puerta de entrada.

El gran patio de este palacio está enchinado; una ancha escalera conduce á los corredores altos, rodeados de una baranda de hierro, excepto el que á la izquierda conduce á la sala, que por haberle necesitado el frío (que, á no dudarlo, ha aumentado en tiempos modernos) se ha cerrado con un tabique, dejando hueco para dos ventanas y formando así una antesala á las habitaciones, con vistas á la plaza; aquellas consisten en dos salones, el uno que era la sala de la familia del Administrador del Duque, y el otro constituía su despacho. A izquierda del testero de la sala principal había una puerta que conducía á una serie de alcobas que tomaban luz de grandes ventanas que daban al corre-

dor descubierto; un comedor enorme y una cocina mayor componían el costado situado frente al de los salones, y este conjunto con altos techos y antiguo portaje componían el viejo y abandonado edificio.

Dícese, y con razón, que la gente hace las casas, y así había sucedido con ésta, que por infinidad de años había sido habitada por un Administrador viejo, viudo y sin hijos, que no salia de un cuarto cercano al comedor que le servía de sala, alcoba y despacho, habiendo tenido constantemente las demás habitaciones cerradas ó sirviendo de graneros; pero hacía algún tiempo que con la venida de un nuevo administrador, su mujer y su hija, había cambiado completamente el aspecto de dicho edificio; la limpieza había reemplazado al polvo; cortinas á las telarañas; esteras y muebles, aunque sencillos, cómodos, ocupaban las viviendas; profusión de macetas perfumaban el ambiente, y cantidad de pájaros, cantando en sus jaulas, interrumpían alegremente el silencio hasta entonces austero y solo regente de aquel edificio.

Don Ignacio Arana era hijo del Administrador general del Duque, dueño del descrito caserón. Su padre lo empleó en aquellas oficinas y le dió, joven aún, el encargo de llevar mensualmente una pensión que le tenía señalada el Duque á una parienta suya que había

perdido su marido, que era militar, y había quedado sin recursos y con una hija.

Eran madre é hija modelos de virtudes adquiridas en el retiro en que vivían. Los jóvenes se amaron y se casaron con pleno beneplácito de sus padres, pues para el de Arana no fué óbice la pobreza de la novia en comparación de la felicidad de su hijo, y no lo fué para la madre de ella por la misma razón el descender un tanto de clase. Su felicidad fué, ciertamente, completa al nacerles una preciosa niña; pero como la felicidad completa no es duradera, con aquella ocasión perdió la mujer su salud. Todos cuantos medios se emplearon para curarla fueron inútiles, y quedó desde entonces valetudinaria. Ultimamente le aconsejaron los médicos salir de Madrid y habitar el mediodía de la Península, y habiendo por entonces acaecido la muerte del administrador de aquel pueblo, en el que tenía el Duque grandes bienes, pidió y obtuvo fácilmente dicha administración D. Ignacio.

Llegó, pues, D. Ignacio Arana con su mujer y su hija Blanca á Villaplana; como sucede en general en España, fué cordialmente acogida esta familia, y no tardó este primer afecto en trocarse en calurosa amistad cuando fué conocida.

Madre é hija eran muy parecidas, de manera que la primera, habiendo perdido la

belleza de la juventud y de la salud, parecía el sol lánguido que se pone, y la segunda, con la frescura y lozanía de la salud y de los diez y ocho años, parecía el sol luminoso que se levanta. Pero ambas en el retiro (que por causa de los males de la una habían vivido) no se cuidaban de su bien parecer y menos conocían el inmoderado deseo y afán de agradar conocido con la moderna palabra de coquetería, que no creo haya admitido todavía el Diccionario, que se ha mostrado más intransigente con la palabra que la sociedad con la cosa. Tenían su madre y Blanca uno de los más bellos dones que puede hacer la naturaleza á la mujer, pues con él le presta su mayor encanto, esto es, una dulzura inalterable. Sus mayores emociones no tenían nunca otro intérprete que las lágrimas; pero tranquilas y calladas; así sucedía que, teniendo D. Ignacio el genio vivo, si por algún raro acaso se incomodaba, se veía tan luego apaciguado por una sonrisa ó por una lágrima.

Entre las personas que habían muy en breve intimado con esta familia se señalaba el médico, hombre que, aunque no llegaba con mucho á los cuarenta años, parecía haberlos cumplido por lo sentado de su carácter y maneras, por la falta completa de pretensiones en su vestir y su producción, y

por sus gustos tranquilos y estudiosos.— Había hecho profundos estudios de su ciencia, los que continuaba en todas las revistas y obras que sobre ellos se publicaban, así en España como en el extranjero. Esto había bastado y bastaba para llenar toda su existencia. Hijo único del anterior médico del pueblo, éste le había dejado una pingüe herencia que le hacía vivir holgadamente y sin deseos de aumentarla. Los cuidados que había prestado á D.ª Teresa, mujer de don Ignacio, fueron asiduos y acertados, siendo menos frecuente la horrible crisis que padecía. Al par de esto, como era hombre tan entendido, había dado á D. Ignacio nociones y consejos sobre los asuntos de su administración en extremo acertados; de manera que D. Ignacio, que era hombre de talento y de mundo, había conocido y apreciado las excelente dotes de cabeza y de corazón del Doctor (que así le denominaba siempre), que su falta de pretensiones de fatuidad ocultaban en parte á los ojos vulgares; unido este conocimiento á la gratitud que por él sentía, habían producido en D. Ignacio la más viva amistad hacia aquel de quien reconocía la superioridad.

—Pero, Doctor, solía decirle: ¿por qué vive usted aquí retirado y desconocido? ¿Por qué no se traslada usted á una capital?

—¿Para qué?—contestaba el Doctor.

—Para hacerse conocido.

—¿Para qué?—repetía el interpelado.

—Para procurarse una brillante posición.

—¿Para qué, si estoy satisfecho con la mía?

—Para que se conozca su nombre y alcance usted gloria.

—¿Para qué, si no la ambiciono?

—Para hacerse rico.

—¿Para qué, si con lo que tengo me sobra, y no sé qué hacer con lo que me sobra? Así es que hermoseo de continuo la casa en que mis padres vivieron y yo nací, por tal de darles trabajo á los jornaleros. Estoy asistido con el mayor cariño y acierto por dos antiguos y fieles criados; así es que sólo me ocupo en dar gracias á Dios por sus beneficios.

—Decididamente es usted un cena á oscuras y no conoce la noble ambición.

—Seguramente que desconozco esa fatal hija de la vanidad y del orgullo, modernamente ennoblecida como tantos otros plebeyos.

El otro amigo que D. Ignacio había adquirido era el Juez, señor de setenta años, alto, derecho y delgado, nombrado D. Justo Recto, y por cierto que así el nombre como el apellido le cuadraban; pero, á pesar de esto, había llegado á la vejez sin haber tenido en cua-

renta años un solo ascenso, porque, por los mismos principios severos del deber que tenía, no se había inmiscuido en política, ni afiliado á partido militante alguno. Eso, y el ver á su hijo, joven audaz y bullicioso, que había llegado á Regente de una Audiencia, mientras él permanecía Juez de Distrito, le tenía agriado y descontento.

El tercer amigo que tenía D. Ignacio era D. Sebastián López, el labrador más rico del pueblo, del que no había estado ausente sino sólo dos días, que se le habían hecho siglos.

Este señor, padre de numerosa familia, tenía buenas luces naturales, buen sentido y gran acopio de conocimientos agrícolas; no había leído un libro ni aprendido más que la doctrina, que no se le había olvidado nunca.

Una noche de invierno hallamos á todas las mencionadas personas reunidas en la sala del palacio. Junto á la ventana, en un ancho y cómodo sillón, estaba sentada la doliente D.ª Teresa, liada en un gran pañolón de lana dulce. A su frente estaba sentada en una silla baja D.ª María Josefa, mujer de D. Sebastián. Sus cabellos entrecanos estaban primorosa y lisamente peinados y recogidos en un rodete y sujetos con una peinetita de concha; vestía un vestido de buen percal, y un pañuelo de espumilla de Manila cubría su pescuezo y sus hombros. Como de costumbre,

después de dar las buenas noches y preguntar por su salud al ama de la casa, tenía inclinada la cabeza sobre el pecho y dormía.

Delante del sofá estaba colocada la estufa ó mesa de enagüillas con su brasero; á un lado estaba sentada Blanquita, ocupada en bordar una almilla para su madre, á la que no perdía de vista por si algo se le ofrecía.

En un ángulo del sofá estaba sentada, liada en un tartán, una señora de mediana edad, cuya cara, de finas facciones y hermosos ojos negros, hubiera sido singularmente bella si algo de vulgar y de parado no le hubiesen robado su mérito. Era esta señora hermana de D. Sebastián y viuda de un Coronel que murió dejándole un hijo, al que al morir recomendó á un hermano suyo, que cuidó de la educación del niño, y al que, á pesar de la oposición de su madre, había dado la carrera de marino. Este joven, notablemente aventajado, hacía tres años que navegaba por lejanas mares, lo que tenía afligida á su madre, que lo amaba con esa pasión con que aman las madres, y más si es único el objeto de este cariño apasionado.

En el lado de la estufa, frente al sofá, estaba sentado un joven alto, flaco, feo y chocante, haciendo suertes y paciencias con naipes y diciendo á media voz vaciedades á Blanquita, la que procuraba y fingía no oir.

Era éste el hijo menor de D. Sebastián. No había querido ser labrador, como sus hermanos, sino remontar el vuelo é ir á estudiar á Sevilla. Su padre no quería, conociendo los cortos alcances y malas inclinaciones de su hijo; pero su madre, de quien era el Benjamín, al fin consiguió de su padre que el niño fuese á Sevilla. Allí lo que aprendió (además de otros vicios) fué la burla, el sarcasmo y el desprecio á todo aquello que los demás acataban, así como á no considerar nada serio en este mundo, ni en el otro, sino el dinero.

Algo distante estaban sentados, alrededor de una mesa de tresillo, D. Sebastián, el Juez, el Doctor y D. Ignacio.

La noche era de temporal; el viento soplaba con una violencia tal que movía las viejas puertas y mugía en los largos corredores tan fúnebremente como si viniese á anunciar desastres; la lluvia caía á raudales, y, acercándose gradualmente, se oía cada vez más fuerte el estampido del trueno.

La madre del marino, D.ª Carmen, había salido de su acostumbrada apatía.

—¡María Santísima!—exclamaba cruzando las manos—; ¡mi hijo! ¡mi pobre hijo! ¿Dónde le cogerá esta tempestad? ¡Ay qué dolor! hijo de mi alma, que teniendo con qué vivir te han engreído y llevado á tantos peligros,

teniendo siempre expuesta tu vida y en un hilo el alma de tu madre.

—No seas terca ni necia—,le dijo su hermano—;te he dicho mil veces queel tiempo varía á corta distancia, y que los temporales de aquí no llegan á Cuba ni á Manila, y puede que ni aun á Sevilla.

—No obstante, esto aterra—dijo al oir otro trueno, conmovida, D.ª Teresa.

—Sí, por cierto—dijo D.ª María Josefa—; son avisos del Señor á los hombres, con los que nos muestra cuán fácil le sería destruir lo que ha creado.

—Vamos á rezar—clamó angustiada doña Carmen—; vamos á rezar el Trisagio.

—Vamos—exclamaron todos los demás.

Blanquita se levantó apresuradamente para ir á traer el rosario.

—En otra ocasión—dijo con una risita burlona el ex-estudiante—mi madre también acudió á su panacea, y mientras San Jeremías oía cantar en el cielo, cayó un rayo en el suelo matando los mejores bueyes de la masía.

—Calla, impío; calla, hereje—le gritó su tía angustiada.

—Pero ni cayó en la casa ni mató á ninguno. Es broma, hermana—dijo D.ª María Josefa avergonzada; pero queriendo disculpar á su hijo.

—Que pega aquí materialmente como los perros en misa. Tu hijo es un descreído, camina para protestante.

—¡Ave María!—exclamó la madre apurada—. ¿No es cierto, hijo, que tu tía no dice verdad y que tienes fe, la hermosa fe, la santa fe que salva?

El ex-estudiante, que conoció que el auditorio que tenía no era propio para hacer alarde ni de espíritu fuerte ni de librepensador, hizo un esfuerzo, mirando con disimulo á su padre, cuyas explosiones de cólera le atemorizaban.

—Pues ya se ve que tengo fe; pero una fe racional.

—Dice usted un contrasentido — le dijo el Juez—; la fe está tan separada del raciocinio, que con éste no puede existir. Para creer lo que la razón nos demuestra no necesitamos fe. La fe nos la ha impuesto Dios para creer aquello que no comprendemos; así es que creemos todo lo sobrenatural por la fe.

En este momento estalló la formidable voz del trueno.

—A rezar, á rezar—exclamaron todos.

Los señores soltaron los naipes sobre la mesa y se pusieron en actitud reverente, mientras D.ª María Josefa entonaba el Trisagio.

Concluían la santa plegaria, cuando todos se sobresaltaron al oir abrirse violentamente

la puerta, y al volverse vieron precipitarse en la sala á un joven con uniforme de marino, que corrió hacia el sofá, cogiendo en sus brazos con apasionada ternura á D.ª Carmen, cuyo rostro cubría de besos, repitiendo:

—¡Madre, madre mía! Aquí estoy, no me he ahogado ni me han comido los tiburones.

—¡Gracias á la Virgen del Carmen, hijo mío, hijo de mi alma!

Y entre acciones de gracias, lágrimas y sonrisas, se había transformado, por el amor de madre, aquella figura insípida en la más viva y elocuente personificación de la tierna madre cristiana.

—Pero, señora—dijo el recién venido dirigiéndose á la dueña de la casa, que dedujo serlo por ser la sola que no conocía—, usted perdonará al ansia de un hijo que hace tres años no ve á su madre, que me haya entrado tan marcialmente en su casa sin anuncio ni permiso.

Doña Teresa no le dejó acabar.

—En lo que ha honrado usted mi casa, y complacídome en extremo—le dijo; y señalándole á D. Ignacio, que se había acercado para cumplimentarle.—Este es mi marido; —y señalándole á Blanca, que permanecía en pie en su mismo sitio: —y ésta es mi hija.

El marino se volvió para saludarla; pero, apenas sus ojos se clavaron en Blanca, no pudo apartarlos, y quedó como absorto.

Blanca, al notar la tenacidad de aquella mirada, bajó los suyos y se sonrojó como si un rojo rayo de sol hubiese repentinamente alumbrado su rostro.

Este pequeño incidente pasó inapercibido de todos, menos de Andrés el ex-estudiante, que dijo:

—Primo, no te distraigas; mi padre se encamina hacia aquí, y quiere saludarte.

Efectivamente D. Sebastián, que quería mucho á su sobrino, se acercaba diciendo:

—Vengan esos brazos, aunque estén embreados. Ramiro, muchacho, todavía has crecido, estás casi tan alto como Andrés, ese gran largo, que ya que para otra cosa no sirve, podría servir de palo mayor á tu buque.

—Y usted, querido tío, ha engordado, lo que prueba su buena salud, su falta de penas y de cuidados.

—Tienes razón, hijo mío, gracias á Dios, que tales mercedes me hace, con otra gracia, que es no pedirle más y estar agradecido.

Cuando Ramiro hubo abrazado á todos cariñosamente, y éstos le dieron cordialmente la bienvenida, volvieron á ocupar sus respectivos asientos, el recién llegado se sentó en el sofá al lado de su madre, y mientras ésta le hacía multiplicadas preguntas sobre sus viajes, sus percances y su salud, cada cual volvió á su ocupación anterior; pero pres-

tando involuntariamente su atención á las respuestas del joven marino, en particular su tío, lo que le ocasionaba hacer frecuentes renuncios; esto incomodaba al Juez, el que le dijo:

—Don Sebastián, dice la máxima: *haz lo que haces.*

—Espantábame yo—repuso el interpelado—que ya no hubiese usted echado alguna sentencia, en particular ésta, que es la que á todo saca.

—Sí, señor, y es porque aquí en España es cosa muy poco común el entregarse de un todo á lo que se hace; aquí todo se hace sin impregnarse de su cometido.

Oyendo á su primo, dijo Andrés á media voz á Blanca:

—De luengas tierras, luengas mentiras.

Blanquita, según su costumbre, cuando le hablaba Andrés, hizo como si no lo hubiese oído. Entonces Andrés, para forzarla á contestar, se dirigió á ella en tono de pregunta:

—¿Ha reparado usted el modo de andar de mi primo, que, como todos los marinos, qué desgarbado que es?

—No le he visto andar—contestó secamente Blanca.

No dejó de notar Ramiro, que era vivo, la intimidad que afectaba Andrés con Blanca,

así como el marcado desvío con que Blanca le correspondía.

Poco después se retiraron los concurrentes, y apenas estuvieron solos en su casa doña Carmen y Ramiro, cuando éste dijo á la primera:

—Madre, qué admirablemente bella es la hija del administrador del Duque.

—Pues la menor de sus ventajas es su bien parecer—contestó la interpelada—; más admirables son su carácter, sus virtudes y completa falta de pretensiones. Las pretensiones son la gangrena de la sociedad moderna, y si no, mira á tu primo.....

—¡Oh!—repuso riendo Ramiro—, hoy se labran grandes edificios con pocos cimientos; mi primo ha hecho más, pues me parece que quiere edificar sin cimiento alguno.

La tertulia siguió reuniéndose todas las noches cual solían. Todos ocupaban, como siempre, el lugar acostumbrado, y Ramiro el que ocupó el primer día, teniendo así á la derecha á Blanca y al frente á Andrés, haciendo, por hacer algo, sus sempiternas suertes y paciencias.

—¿Qué haces metido en tu casa todo el día, que hace tres ó cuatro que no vas por casa? — preguntó D. Sebastián á su sobrino.

—Nada, señor; descanso.

—Ocio, *ni para descansar*—dijo con voz grave el Juez.

— Ya encajó usted otra sentencia — dijo D. Sebastián.

—*Aprovecha el tiempo, que vale el cielo* —repuso el Juez en el mismo tono.

—Dígale usted eso al gran largo de mi hijo, que no sabe, según dice, cómo *matar* el tiempo; y así duerme todo lo que puede, y el demás lo pasa tendido á la bartola.

—Pero si es porque está malo—dijo su madre.

—Está malo por eso mismo; que si, como yo y sus hermanos hacemos, montase á caballo y se fuese á los cortijos, estaría bueno como lo estamos nosotros. ¿No es verdad, Doctor?

— De que están ustedes buenos doy fe —contestó el interpelado.

Habíase concluído la partida; los jugadores se habían levantado, y el Juez, colocado á espaldas de Andrés, seguía con la vista las paciencias en que aquél se ocupaba. — Este, que preocupado é incomodado por las críticas que de él hacía su padre, y mucho más por las muestras de atención que dirigía Ramiro á Blanca y las señales de simpatía con que eran recibidas, olvidaba de poner las cartas en el lugar que les correspondía, y las tiró diciendo:

—¡Qué suerte la mía!

—Su culpa de usted es—dijo el Juez—; estaba usted pensando en otra cosa; *haz lo que haces*; mire usted á Blanquita qué cuidado pone en su bordado. ¿A que no ha dado una puntada mal dada?

—Puede que esté dando más de las que usted piensa—repuso Andrés con despecho.

Blanca se sonrojó, entendiendo la intención que llevaba Andrés.

—¿Eres inteligente en puntadas?—le preguntó Ramiro.

— ¡Oh! el gran largo es, á su parecer, inteligente en todo, y es como aquel otro á quien preguntaban si sabía tocar el violín, y contestó: *no lo he ensayado*—dijo su padre.

Ramiro se había acercado á la mesa, en la que apoyó sus dos codos, é inclinándose hacia Blanquita, le preguntó á media voz:

—El no levantar los ojos con tanta insistencia de su bordado, ¿es pretexto para no mirar á nadie?

—No es pretexto, es causa—respondió ésta.

A la mañana siguiente bajó Blanca al jardincito que se había complacido en cultivar, y cuyas plantas, por tantos años abandonadas, revivían ufanas y alegres con sus cuidados, como si quisieran demostrarle su gratitud por ellos.—Tenía este jardín una ventana con reja, que daba á una calle ancha y soli-

taria, por tener al frente un gran molino y almacén de aceite, á la sazón cerrado por haber pasado el tiempo de la molienda.

Embebecida en su faena, y además distraída como hacía algún tiempo que lo estaba, Blanca se acercó á esta ventana para coger las flores que le brindaba un inmenso jazmín, cuando oyó una voz que en quedas palabras dijo:

—¡Cómo envidio esas flores!

Blanca al pronto se sobrecogió; pero habiendo reconocido en el que hablaba á Ramiro, dijo sonrojándose y sonriendo á un tiempo:

—¿Y por qué?

—Porque usted las quiere.

—¿Y quién puede envidiar el amor á las flores, que no es amor de corazón?—repuso ella.

—En punto á amor todo lo envidio, y como no conozco en usted otro que el que tiene á las flores, ése envidio: si otro amor puede abrigar su corazon, está tan dormido que no lo despierta el amor que usted inspira.

Blanca, al oir aquellas palabras tan nuevas para ella, se turbó, é instintivamente echó hacia alrededor una mirada asustada.

—Nadie nos ve—dijo Ramiro, que observó ese movimiento espontáneo del pudor femenino; —pero aunque eso fuera—continuó—

nada le hace; el amor se oculta como tímido y recatado, pero no se esconde como criminal cuando es inocente y honrado, pues en ese caso no es el niño alado y con flechas como el pagano, es el padre de familia cristiano. En mi vida, en tierra como en la mar, no he hallado tiempo ni ocasión para amar; es usted mi primer y ardiente amor y será el único de mi vida; si cruelmente lo rechaza usted, mañana me alejo de aquí para no volver jamás.

Blanca, que amaba á Ramiro, pero que era retenida y modesta, estaba perturbada sin saber qué contestar á tan apremiante declaración, y cuando él, con apasionada insistencia le dijo:

—Blanca, por Dios, contésteme usted.

—No puedo contestar—balbució Blanca—sin el consentimiento de mis padres.

—¿Y si es favorable á mis ruegos?—preguntó ansioso Ramiro,—¿entonces...?

—Será favorable á mis deseos—contestó Blanca en voz queda y desapareciendo entre el ramaje como una mariposa.

Blanca se fué en seguida al cuarto de su madre y le contó su entrevista con Ramiro.

—Y tú, hija mía, ¿le quieres?—le preguntó doña Teresa, que harto se lo sospechaba.

Blanca se echó en los brazos de su madre, deshecha en lágrimas.

Al conocer la madre el amor de su hija sintió una amarga angustia, pues sabía el decidido empeño que tenía su marido en casar á Blanca con el Doctor, y desde luego se opondría á dar su consentimiento á un enlace que no tenía las grandes ventajas que ofrecía el del Doctor. Así, con el corazón oprimido, dijo á su hija:

—Blanca mía, me temo que tu padre no sea gustoso.

—¿Y por qué, madre?—preguntó llena de asombro Blanca.

—Porque, hija mía, no es afecto á la carrera de la marina.

—Y el que no le guste su carrera, ¿es un óbice?—dijo Blanca, volviendo á derramar abundantes lágrimas, pero muy distintas de las primeras.

En este momento entró D. Ignacio en el cuarto de su mujer, y Blanca se apresuró á alejarse para que no notase su agitación y sus lágrimas.

—Me alegro que vengas, Ignacio—dijo doña Teresa, — pues tenemos que hablar.

—Eso nunca falta—contestó sonriéndose su marido.

—Pero en esta ocasión es cosa grave de la que se trata. Tenemos una hija joven, pero ya en edad de casarse.

—Eso mismo pienso yo—contestó D. Ignacio,—y ya sabes cuánto lo deseo.

—Sí; pero los deseos de los padres no concuerdan siempre con los de los hijos, que son los interesados en este asunto.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Que tú quieres al Doctor por yerno, y puede que Blanquita no lo quiera por marido.

—¿La razón?

—Muchas puede haber; pero la principal es que quiere á otro.

—¡Pamplinas!

—No, Ignacio; cuando una joven del carácter y del juicio de Blanca ama, no es pamplina.

—*Una pasión volcánica, un amor que es el destino de la vida*, eso es, todas las paparruchas que leen ustedes y que traen los folletines de los periódicos. ¿Y quién es el que llena el ideal de la señorita?

—Es, como no podía menos de ser, un excelente joven, que desde niño ha sido un modelo en todo y por todo; es Ramiro Estrada.

—¡Ramiro! ¡marino! De manera ninguna consiento en ello.

—Es una carrera lucida y de porvenir.

—Dile á esa niña que le mando no pensar en tal cosa.

—Hombre, acuérdate de la sentencia: *aconseja y no mandes, persuade y no decidas.*

—Buenas son ustedes, madre é hija, tan apocadas y lloronas para tener marido y yerno enterrado vivo en un gran féretro en las olas de la mar, temblando cuando silbe el viento, sin una hora de sosiego y viviendo separados más de la mitad de la vida. No que con el Doctor, que está muy rico, ¡qué vida tan descansada! Con su carácter de ángel, ¡qué vida tan feliz!

— Pero, vamos á ver, ¿el Doctor te ha pedido á Blanca?

— No.

— Entonces, ¿cómo sabes que la quiere?

—¡Bah, bah! Lo mismo que yo sabes tú que casarse con Blanca sería para el Doctor una felicidad á la que su exceso de modestia al considerar su falta de juventud, de elegancia y de despejo, le impide aspirar.

— Acuérdate de tu prima — dijo D.ª Teresa , — á la que sus padres obligaron á casarse con un hombre rico y de brillante posición, lo desgraciada que ha sido.

— Eso fué porque los padres, vanos y orgullosos, no tuvieron en cuenta sino lo que halagaba á estos dos vicios. ¿Pero es este mismo caso con el Doctor? Dilo, dilo.

— Lo creo el mejor y más entendido hombre del mundo; su posición tan honrosa como holgada, y creo que su mujer sería la más feliz si lo amase; pero si amase á otro,

ni él ni ella lo serían. ¿Quieres, Ignacio, hacer á tu hija desgraciada?

— Quiero impedir que lo sea.

— Lo será si no se casa con Ramiro.

— Amores de veinte años, chubascos de primavera, pasan pronto.

— No te conozco, Ignacio. En ninguna razón seria fundas tu negativa, que, por consiguiente, es un despotismo paternal de que no te creía capaz. No, no quieres, no, á nuestro ángel de hija.

Diciendo esto D.ª Teresa se echó á llorar amargamente.

Don Ignacio, que era en extremo bondadoso; que quería con entrañable cariño á su mujer, y que temía con angustia lo que pudiera dañar á su salud, tembló al notar sus lágrimas, y su incomodidad y oposición cayeron, como cae un globo de goma que se raja y pierde el aire que lo elevaba.

— No llores, no llores, por Dios, que te vas á poner mala — dijo apurado. — Vamos, que parece que estás tú tan enamorada del marinito como tu hija. Hagan ustedes lo que quieran; pero dile á esa niña que se arrepentirá de no haber escuchado los consejos de su padre; la vista de un padre penetra en el porvenir de sus hijos.

Y salió profundamente apesadumbrado.

Doña Teresa repitió á su hija lo ocurrido; pero tanto por su carácter suave y delicado como por amor á su hija, tuvo cuidado de endulzarle las palabras de su padre, y de no hacer mención de su deseo de casarla con el Doctor.

Aquella noche entró D.ª Carmen más temprano de lo que solía en la tertulia, diciendo:

— A este hijo mío en dando la oración se le cae la casa encima, y esta noche en particular.

Ramiro había fijado una mirada ansiosa é inquieta en Blanca, mirada cuya expresión se trocó en la de alegría cuando notó la satisfacción que se traslucía en la expresión del modesto semblante de Blanca, como la viva luz de un reverbero al través de un cristal bruñido.

— ¿Soy feliz? — preguntó al sentarse sobre el sofá, cerca de la mesa en que bordaba Blanca.

— Lo somos ambos — contestó Blanca atreviéndose ya á mirarle con cariño.

Entonces tuvo lugar entre ellos uno de esos diálogos del amor sincero é inocente, en los que no toma parte el entendimiento y sólo son dictados por el corazón, y que mutuamente se escuchan con ese inefable placer con que una madre escucha las primeras sencillas palabras que balbucea su niño.

— Blanca — dijo pasado algún tiempo Ramiro, — ¿ha amado usted alguna vez á otro?

El semblante de Blanca demostró la mayor sorpresa.

— ¿Yo amar? — exclamó con dulce gravedad; — yo no he amado nunca sino á mi padre y madre. Y usted ¿acaso ha amado á otra?

— No — replicó Ramiro. — En la Habana creí amar á una linda y graciosa joven; me convencí de que no era yo el solo á cuyo amor correspondía, y me alejé de ella sin darle inútiles quejas.

— Pero su recuerdo no lo podría usted huir como huyó de la persona—dijo Blanca.

— ¡Oh! sí, porque muy pronto la realidad acabó con la ilusión. Blanca, repito lo que en la reja del jardín le dije, y de que son testigos los pájaros y las flores: usted es y será el solo amor de mi vida.

Cuando todos los tertulianos estuvieron reunidos, no se le fué por alto á la celosa observación de Andrés la inteligencia que reinaba entre Blanca y Ramiro. No durmió aquella noche, que pasó en cavilar, y á la mañana siguiente se encerró con su madre, á quien dijo que había abandonado su proyectado viaje á Madrid á buscar una colocación, y quería darle gusto estableciéndose y casándose en su pueblo.

La madre, aunque de cortas luces para todo lo que no era de la esfera doméstica, no creyó muy fácil poner por obra los planes que le expuso su hijo; pero éste, con el dominio que sobre ella le daba el ciego cariño que le profesaba, la hizo prometer que hablaría á su padre y que influiría cuanto pudiese en que accediera á los planes de su hijo.

Mientras que Andrés, con su manera seca y despótica, conferenciaba con su madre, Ramiro hacía otro tanto con la suya.

— Lo que más quiero en este mundo es á usted, madre mía — exclamó abrazándola.

— Y yo á ti, hijo de mi alma.

— Pero el cariño de una madre no basta para llenar la vida de un hombre, y deseo casarme, madre mía.

— Deseo muy puesto en razón — repuso doña Carmen con la dulce esperanza de que su mujer, uniendo sus ruegos á los de ella, consiguiesen que Ramiro se retirase del servicio y se fijase en su pueblo.

— ¿Con que es decir que estás enamorado? — prosiguió doña Carmen.

— Y que en parte tiene usted la culpa, señora mía.

— ¿Yo?

— Sí, usted, con los merecidos elogios que me ha hecho de Blanquita.

—¿Es Blanquita? ¡Que me alegro! ¡Que lo celebro, Ramiro mío! No pudieras haber elegido más á gusto mío y á mi satisfacción.

—Pues, madre mía, no hay tiempo que perder; sólo me queda mes y medio de licencia.

—Pedirás prórroga.

—No quisiera.

—Pues hablaré hoy á tu tío para que mañana vayamos los dos á pedir á la novia.

—Madre, lo primero es saber si ella y sus padres son propicios á mis deseos.

—¡Pues tendría que ver que no lo fuesen! ¡Pues si yo fuese la reina me alegraría que tú fueses mi yerno!

Aquella noche, cuando D. Sebastián y su mujer estuvieron acostados, dijo ésta á su marido, que estaba ya medio dormido:

—Sebastián, no te duermas, que tengo que hablarte.

—Mañana será, déjame dormir—contestó D. Sebastián.

—De día no se te puede hablar una palabra.

—Si no te fueras antes de día á misa de alba, no sería eso.

—Si he de oir misa ha de ser la de alba, pues cuando vuelvo ya estás pidiendo el almuerzo, y apenas acabas de almorzar te tienen ensillado el caballo y te vas al cortijo.

— Como que el ojo del amo engorda al caballo.

— Vuelves — prosiguió D.ª María Josefa, — y vienes pidiendo la comida, después de la cual te echas á dormir la siesta. Te levantas y te falta tiempo para irte á sentar en el porche de la iglesia con los curas; vuelves á la oración.....

— Mujer, acaba, que ya sé yo lo que hago todos los días, y así di lo que tengas que decir, y si no, déjame dormir.

— Se tratá de nuestro hijo Andrés.

— ¿Y qué es lo que quiere ese gran largo, ese zurriago, ese berlinga, que sólo para eso sirve?

— Porque no está establecido; es preciso que le des, como á sus hermanos, una hacienda ó cortijo que labrar, casa en que vivir y que se case, que es lo que él desea.

— ¿Y quién lo mantiene? Si se quiere casar, que tenga antes con qué cubrir sus obligaciones. Y ¿con quién se quiere casar ese desgabilado?

— Con Blanquita, la del Administrador.

— ¡Pues no es nada lo que se remonta! Dile que esa moza está para él más alta que el *Inri*.

— Pues quiéreme parecer que en el pueblo no hay otro que le competa á Blanquita sino mi Andrés.

—Lo hay, y es Ramiro, en cuyo nombre vamos mi hermana y yo á pedirla mañana.

—Pues me parece que donde alcanza Ramiro podrá alcanzar Andrés.

—¿Quieres poner á ese pitaco, más feo que el sargento de Utrera, que reventó de feo, sin oficio ni beneficio, con mi sobrino Ramiro, que es más bonito que un San Luis Gonzaga, más garboso que un navío á la vela, más discreto que un predicador, con una carrera hecha, que si la sigue podrá llegar á Almirante? ¡Bueno está!!

—Con que, hombre, ¿nada quieres hacer por tu hijo, que caerá enfermo si se casa Blanquita, porque se le morirá el corazón en el pecho?

—Déjalo que vaya á Madrid, ¿quién sabe? otros que valían menos que él han hecho suerte, puede que él la haga.

—¿Se la vas tú, su padre, á entrabar? No seas cabezudo, Sebastián: tú, que á todos atiendes, ¿vas á estrellarte con tu propio hijo?

—Si tú no hubieses metido en la cabeza de complacerlo mandándolo á Sevilla, fuera hoy un hombre como son los hombres, inteligente y trabajador, buen cristiano y hombre establecido, como son sus hermanos.—Pero después de hacerme gastar cien mil reales ha vuelto como los pájaros de la marisma,

que no son de tierra ni de la mar; hecho un vago, con más humos que una chimenea, y, lo que es peor, hecho un descreído, y el que no cree en Dios es un hombre sin corazón; pero con vida, es decir, un bruto; pero por su mal le crecieron alas á la hormiga.

La madre añadió otras razones, hasta que D. Sebastián exclamó:

—¡Caracoles con la mujer esta, que en metiéndosele una cosa en la cabeza ni las tenazas de Nicodemus se la arrancan! Que se largue con viento fresco á Madrid; pero que tenga entendido que todo el dinero que gaste se lo pongo en cuenta, para que conste en la herencia y no perjudique á sus hermanos. Y ahora déjame dormir, si es que no me has desvelado por toda la noche con tus canseras. Bien dice el refran: «Si tu mujer se empeña en que te eches de un tejado, pídele á Dios que sea bajo.»

Al día siguiente fueron D.ª Carmen y don Sebastián á casa del Administrador á pedir la novia, y aunque todos contentos, las dos madres derramaron abundantes lágrimas.

Entretanto, D.ª María Josefa participaba á Andrés el mal resultado de sus peticiones; pero como en cambio le traía el ansiado permiso de ir á Madrid, y él no era capaz de amar profundamente, se consoló muy luego del mal éxito de sus peticiones matrimonia-

les, dando por pretexto á su afán de alejarse el no poder ser testigo de que otro gozase de la dicha que él para sí tanto había anhelado; por lo cual partió sin demora.

D. Ignacio estaba en sumo grado disgustado por tener que dar al Doctor la noticia del casamiento de su hija; pero el temor de que llegase á sus oídos por otro conducto le hizo vencer su repugnancia, y una tarde, de vuelta de su paseo, le dijo:

—Estoy disgustadísimo, Doctor, y vea usted cómo no por tener una hija modelo está un padre exento de sinsabores.

Hizo una pausa, y el Doctor asombrado preguntó:

—¿Qué es ello, D. Ignacio? Blanquita, ese angel del cielo.....

—Angel, sí; pero un ángel poco sumiso, pues quiere casarse, si no precisamente contra mi voluntad, contra mi gusto.

Al oir esto el Doctor, sintió tal conmoción que no comprendió, ni pudo analizar, pues era completamente inexperto en pasiones y su mente estaba sumida en tan oscuro y confuso caos que no hallaba razones ni palabras para replicar á D. Ignacio, y permaneció mudo.

Viendo que el silencio del Doctor se prolongaba, prosiguió D. Ignacio:

—No tengo razón ni óbice que oponer á la pretensión de Ramiro, que es quien pide

su mano; pero sí muchas contras, y no es la menos la de que sea marino, pues, conociendo el carácter tierno y extremoso de mi hija, así como el de mi mujer, sé que se les prepara una vida de martirios siempre que esté embarcado.

El Doctor, por un supremo esfuerzo, y gracias á la firmeza de su carácter, se había aparentemente hecho dueño de su turbación; así es que contestó en voz que en vano quiso afirmar:

—Puede Ramiro pedir su retiro.

—En primer lugar—contestó D. Ignacio,—no tiene su madre suficiente caudal para eso, y en segundo, no es justo ni racional el exigir de un joven que ha gastado su juventud y parte de su patrimonio para formarse una carrera, que hoy día le llena y entusiasma, que la abandone y renuncie á sus aspiraciones, mate sus esperanzas y porvenir, se cruce de brazos al principiar su vida y se meta en un pueblo, dedicado á la ociosidad, que es el más temible de los enemigos del hombre.

Llegaban en este momento al palacio, y el Doctor se despidió.

—¡Qué!—dijo sorprendido el Administrador,—¿no entra usted, Doctor?

—Tengo una enferma muy grave—contestó éste,—y me precisa visitarla esta noche

— lo que diciendo se alejó precipitadamente.

Entró en su casa sin contestar á los criados, que extrañaban verle entrar á aquella hora poco acostumbrada, y se fué á su cuarto.

Dejóse caer en un sillón, y apoyando los codos en la mesa que tenía delante, escondió el rostro en sus manos, y permaneció así mudo, inmóvil y concentrado, escudriñando por vez primera los recónditos y hasta entonces mudos sentimientos de su corazón, desconocidos de todos, hasta de él mismo.

—¡Infeliz!—se decía,—¡¡oh infeliz!! la amo. ¡Cómo yo, que entre mis estudios, libros y ocupaciones graves, consideraba al amor como una bella quimera de la juventud y de la ociosidad, verme insensiblemente poseído de él á este punto, á mi edad, con mi carácter, gustos y costumbres, amando á una niña de diez y ocho años, yo que tengo treinta y ocho y puedo ser su padre! Pero si ella es la realización del ideal que sin darse cuenta de ello lleva el hombre en su mente! ¡Yo vivía tranquilo y feliz en la ilusión de que no había mortal que á su altura pudiese ni pretendiese llegar, y ahora que la veo alcanzada, me desconcierto, me anonado, me desconsuelo! Dios mío, ¿á qué me sirven mis años, mis estudios, mi razón y escepticismo en punto á las decantadas pasiones que mi-

raba como del dominio de la poesía? Tarde y dolorosamente me enseña la vida lo que influyen en ella; ¡oh estúpido! lo que sucede es lo que lógica y naturalmente había de suceder; ¿cómo es que no lo has previsto? ¡Blanca, estrella fugaz, que desapareces para siempre de mi cielo! El pueblo cree que esas estrellas fugaces que atraviesan el firmamento son las almas de los que mueren, que salen de este mundo, y dicen, al verlas, esta piadosa deprecación: *¡Dios te guíe por buen camino!* Lo mismo te digo á ti, mi brillante estrella: *¡Dios te guíe por buen camino!*

La buena ama del Doctor entró en su cuarto á traerle luz, y lo halló en la misma actitud en que lo había dejado. A las diez volvió á entrar trayéndole su cena, y lo halló como antes, y sin moverse el Doctor, le dijo que se la llevase, que no quería cenar.

—¿Está usted malo?—le preguntó inquieta la buena mujer;—¿quiere usted algo?

—No estoy malo, ni quiero nada, sino estar solo—contestó el Doctor.

La pobre mujer salió, y le dijo al mozo gallego Francisco:

—¡Jesús! nunca le he visto así, y aunque diga que no, me parece que está malo.

Entretanto que sufría tan acerbamente el Doctor, Blanca y Ramiro gozaban de la más plena y dulce felicidad que puede brindar la

vida á dos amantes dignos el uno del otro. Seguramente que esta apacible felicidad se habría turbado algún tanto si Blanca hubiera sabido, ó sospechado siquiera, el amargo desconsuelo que causaba en el Doctor, al que tanto quería; pero este desconsuelo lo había de tal suerte encerrado en el fondo de su corazón, que estaba Blanca muy lejos de imaginarlo, y así fué que, cuando el Doctor, con su dulce y grave sonrisa, le dió la enhorabuena, ella le respondió, estrechando con cordialidad su mano entre las suyas:

—Bien sabía yo, buenísimo Doctor, que usted se alegraría de mi dicha.

Ramiro, que veía pasar volando los días como hermosas mariposas de primavera y desaparecer, y sabiendo que cada uno que transcurría acortaba el tiempo de su licencia, daba prisa para que se verificase la boda.

Don Sebastián, que era el padrino del casamiento, quería una boda lucida y con boato, y los novios le rogaban que fuese modesta y sencilla.

— Esta niña, con su monita, todo lo que quiere lo logra — decía D. Sebastián.

— Como todas las mujeres, D. Sebastián, — opinaba el Juez —; que lo que mujer quiere, Dios lo quiere.

— ¿Nunca sale usted, Blanquita? — preguntó Ramiro á las pocas noches.

— Nunca — contestó ésta.

—Si creo que aún no ha visto la ermita del Señor con la cruz á cuestas—dijo D. Sebastián.

— Madre: ¿vamos á ir mañana y llevar á Blanquita?

— Sí, hijo mío — contestó D.ª Carmen.

Blanca miró á su madre.

— Sí, hija mía, ve — respondió ésta á la muda interrogación; — me siento bien.

— Y yo, por que no me gusta andar — dijo D.ª María Josefa — no iré, y vendré á acompañar á usted.

Al día siguiente todos, menos D. Sebastián, que no salía de sus costumbres, emprendieron su paseo.

A corta distancia del pueblo, la senda se abría camino por medio de un hermoso pinar.

Blanca, al hallarse bajo las bóvedas que formaban los derechos y altos pinos en aquella opaca luz, pisando la grama, hierba que crece poco y se extiende mucho, formando una blanda y fresca alfombra para el pie, exclamó encantada:

— ¡Oh, Ramiro, qué bello y solemne es este lugar! Me parece entrar en una iglesia formada para adorar á Dios.

— Pues ponga usted atención — respondió el interpelado — al dulce y grave sonido que forman las barbajas de los pinos.

Suave y plañidera descendía esa voz de los pinos de aquellas bóvedas, sin poder discernir su lenguaje; pero comprendiendo que algo vivía y sentía en aquel pausado movimiento y dulces voces.

— Esto — dijo Ramiro — suena al oído y hace sentir exactamente como lo hace el lento movimiento y el sonido de las olas de la mar. — La mar, con su inefable encanto, que ensancha el alma; la mar, terrible en sus iras, pero en su calma ¡cuán seductora! Aquellas hablan de lo infinito, de lo insondable: estos árboles de la altura y de la pureza de otra atmósfera.

Ramiro se quedó absorto, la vista fija, el oído atento, hacia las bóvedas que á gran altura se alzaban.

Blanca, no acostumbrada á pasear, se sintió cansada, y se sentó al pie de un pino, y al verse desatendida por su compañero, inclinó la cabeza sobre el pecho. Pocos instantes después estaba Ramiro á su lado y le decía:

— ¿Qué tiene usted, Blanca?

Ella contestó:

— Tengo celos de la mar.

— ¿De la mar?

— ¿No los tenía usted de las flores?

— ¿Y sabe usted lo que son celos, Blanca?

— Sí; dice Hartzenbusch, en su pieza *La Duquesita*, que son envidias de amantes; pero

yo digo que no es envidia, sino el dolor que causa una separación, aunque sea pasajera. Mientras estaba usted en la mar no estaba conmigo. El amor no es envidioso, pero sí es egoista.

— ¡Oh, Blanca! — exclamó Ramiro enajenado — ¡repíteme esas palabras para que tenga la dicha de volver á oirlas! ¡Oh, Blanca! ¿Eres tú tan feliz como lo soy yo?

— Si, siempre que no le oiga á usted hablar de la mar.

— ¿Quien habla de la mar ahora?—dijo D.ª Carmen, que llegaba con los señores.

— Ramiro,—respondió Blanca—; el que dice que la mar tiene inefables seducciones.

— Vamos, que mi hijo está borracho de mar como otros de vino. Mi madre (q. e. p. d.) decía que el campo era para los lobos, y yo digo que la mar es para los tiburones.

— Vamos á la ermita — dijo Blanca levantándose y siguiendo la senda que en aquel paraje torcía á la derecha y conducía al pie de una altura en cuya cumbre se levantaba una pequeña ermita. Esta se componía de tres frentes de paredes de mampostería, y el cuarto, que daba al camino, lo cerraba una verja de hierro. Al frente estaba el altar, cuyo retablo lo formaba un cuadro pintado al óleo, que representaba al Señor coronado de espinas y con la cruz en los hombros.

Debajo del cuadro había un letrero que decía:

El que quiera venir en pos de mí,
tome su cruz y sígame.

—Este dulce llamamiento es á los que tienen cruces—dijo Blanca cuando hubieron llegado.

—Habla con todos, pues todos debemos seguir á Jesús—dijo Ramiro.

—Es cierto—repuso Blanca;—pero los que tienen cruces están más cerca del Señor.

—Es que todos tenemos cruces.

—No llame usted cruces á las que no lo son. No son cruces las que nos forjamos con nuestras propias manos. Las cruces verdaderas son las que nos manda Dios. Vamos, Ramiro, ya que no la tenemos, á rogar al Señor que cuando sea su santa voluntad enviárnosla la llevemos, pues así nos lo manda, con resignación, siguiendo el ejemplo del divino maestro. Complázcame usted, Ramiro, y únase á mí en esta santa súplica.

—Yo me uno á tí en todo, Blanca mía, pues sé que así me uno á todo lo bueno.

Ambos se arrodillaron; Ramiro bajó la cabeza y apoyó su frente en los barrotes de la reja. Blanca levantó la suya, cruzando sus manos, fijando sus puros y dulces ojos en la imajen del Señor; y después de un rato de

recogimiento y de oración, dijo en voz alta.

—Señor, aquí postrados á tus sagrados pies hacemos voto, si el destino que tú riges nos depara en lo sucesivo alguna cruz, de acudir á tu llamamiento y seguir en pos de ti con humilde resignación, por pesada que sea.

—Me agrego á esta súplica y á este voto,—dijo á espaldas de los jóvenes arrodillados una voz grave y profunda.

—Los jóvenes se volvieron sorprendidos y vieron al Doctor, enviado por Doña Carmen, que les dijo que, cansada como estaba, no podía subir la cuestecita, y los aguardaba sentada en el pinar.

La boda se verificó sencilla y modestamente, y sin concurrir más que las dos familias y el Juez, pues el Doctor había tenido (según él decía) que concurrir á un congreso médico á una capital lejana.

Más fácil es comprender que describir la felicidad de los recién unidos, felicidad que era la más cumplida, pues en amarse unían el más dulce de los placeres con el más santo de los deberes, que ésta es la más exacta de las infinitas definiciones que se han hecho de la felicidad.

Mas algo había que, cual ligero vapor, venía á enturbiar la pura atmósfera de esta

felicidad, y eran los constantes y repetidos ruegos con que su madre y Blanca hostigaban á Ramiro para que dejase su carrera. Esta insistencia fatigaba á Ramiro, que era tan tierno y condescendiente hijo como marido, pero que tenía firmeza de carácter y estaba decidido á no abandonarla, así por convencimiento como por inclinación.

—Blanca,—le dijo un día su padre, que presenciaba con disgusto el malestar que estos altercados causaban á Ramiro,—Blanca, te casaste por tu voluntad sabiendo que Ramiro era marino, y para que renuncie á serlo estás abusando de tu influencia sobre su corazón, queriendo decidir en un asunto que es exclusivamente de su competencia. Caso que, si cediendo á tus apremiantes ruegos, te complaciera, sería para llenar su vida de arrepentimiento y la tuya de remordimientos, de haberlo exigido. La influencia de la mujer debe tener por base la prudencia; á cuya voz nunca se arrepiente el hombre de haber cedido. ¿Cómo te atreves, niña sin mundo, á querer cortarle la carrera que ama tu marido?

Blanca, que, como hemos dicho, tenía los mayores encantos de una joven, esto es, la dulzura y la docilidad, bajó la cabeza y desde aquel día no volvió á insistir en sus ruegos.

El tiempo es como el azogue, mientras más se le quiere retener más ligero se escurre. El de la licencia de Ramiro llegó, y aunque pidió prórroga, la respuesta que recibió fué el nombramiento de Comandante del *Neptuno*, que debía partir inmediatamente para las Islas Filipinas.

No pudo, no obstante el placer del ascenso, mitigar el dolor de la despedida, aumentado por el que partía el corazón de su mujer y su madre.

Así fué que, cuando después de dos meses de ausencia regresó el Doctor, halló la casa de sus amigos, poco antes tan dulce y alegremente feliz, entregada al más amargo desconsuelo.

— ¡Mi mujer y mi hija — le dijo D. Ignacio — no hacen más que llorar; lo preví, lo advertí, no se me hizo caso, y ya se están tocando los resultados. Las menos á propósito para mujer y suegra de un marino, son mi mujer y mi hija! Bajo buenos auspicios empieza el embarazo de Blanca, y si esto sigue, se desgraciarán la madre y la criatura.

— No tema usted, D. Ignacio — repuso el Doctor, — las lágrimas no influyen en la salud. Su hija de usted está muy bien constituída; parirá con felicidad, y la dicha de ser madre secará sus lágrimas.

La vida de las personas de que nos venimos ocupando había vuelto á su anterior monotonía; pero sobre ella se había extendido un crespón fúnebre que, si bien lo atravesaba un luminoso rayo de esperanza, era tan lejano que no alcanzaba á disipar su sombra.

Pasaron los meses de duelo, así como habían pasado los de felicidad, como pasan las agujas en las esferas de los relojes, inalterables, sin cuidarse el péndulo de los deseos de los unos que desean retener, y de los otros que desean acelerar sus movimientos.

Por fin llegó una carta fechada en Manila, donde había llegado Ramiro con felicidad. Esta carta, escrita con inefable ternura, hizo asomar una sonrisa, en medio de lágrimas, á Blanca.

Esta se apresuró á contestar, y al concluir su carta decía:

«Por el bien de nuestro hijo, que en mi seno me avisa de mirar por él, paseo todas las tardes con mi padre y sus amigos; el blanco de estos paseos es siempre la ermita del Señor, el que muy pronto me ha puesto en el caso de cumplir el voto que á sus pies hicimos, y todas las tardes le digo: «Señor, con resignación llevo la cruz y te sigo.»

Ramiro le prometía escribirle por cuantas ocasiones se le presentasen; pero llegaron

varios correos sin que trajesen las anunciadas cartas.

—No es de extrañar—decía su padre á la angustiada Blanca: — ¿no te anunciaba que en breve tendría que salir de aquel apostadero con una comisión?

Un día leyó el Doctor en un periódico la siguiente noticia, fechada en Manila: «El vapor de guerra *Neptuno,* que salió de aquí con una comisión hace algunos días y ya debía haber regresado, no lo ha hecho, y esta tardanza está causando ya bastante alarma.»

Por fortuna este periódico no era el que recibía D. Ignacio, y el Doctor calló por no alarmar á su familia, y permaneció en la más triste incertidumbre.

Su corazón se oprimió cuando, pasados unos días, leyó en el diario que recibía:

«Escriben de Manila: «No era, por desgracia, infundada nuestra alarma tocante al *Neptuno.* Un barco de guerra inglés, que acaba de llegar trayendo el mismo rumbo que llevó el *Neptuno*, ha visto en alta mar la quilla de un barco, que necesariamente volcó uno de esos horrorosos huracanes que han asolado últimamente este archipiélago, y que no puede ser otro que el *Neptuno.* En semejante catástrofe han tenido forzosamente que perecer todos. El mayor interés lo inspira su joven Comandante, brillante oficial

tan querido y estimado de sus compañeros como de todos cuantos lo han tratado.»

El Doctor sintió su corazón tan oprimido y su cabeza tan perturbada que no supo qué hacer. Pero pronto se serenó, según su costumbre; tomó su sombrero y se fué en casa del cura.

Para fiestas, alegrías y regocijos no se piensa en los curas; pero en los males y desgracias lo primero que se hace es acudir á ellos.

—Aquí me trae, señor cura—dijo el Doctor,—el tener que comunicarle una terrible catástrofe.

—¿De qué se trata? — preguntó alarmado el cura.

— Ramiro Estrada ha muerto — contestó el Doctor.

—¡Dios le haya cogido en buen hora!—exclamó consternado el cura.

— ¡¡Pobre D.ª Carmen!! ¡¡Pobre Blanquita!!—añadió el Doctor, que refirió al cura lo que traía el periódico, y le dijo que venía á combinar con él el modo de dar la noticia á los padres y ocultársela á Blanquita, que estaba en vísperas de su alumbramiento.

Convinieron en esto, y el cura quedó con el triste cargo de anunciar la desgracia á don Sebastián, y el Doctor de anunciársela á don Ignacio, antes que lo supiesen por los periódicos.

Aquella tarde, al regresar de paseo, dijo el Doctor á D. Ignacio que fuese con él á su casa á ver un merendero que estaba construyendo en su jardín, y llegado que hubieron, el Doctor le comunicó la infausta nueva, que aterró á D. Ignacio, no sólo por el cariño que le había inspirado Ramiro, sino por el dolor de su hija, que sería sin consuelo.

Al regresar á su casa D. Ignacio hizo por parecer sereno, y la tertulia se animó algo con la inesperada aparición de Andrés, que acababa de llegar sin haber logrado, como era de esperar, ninguna de las muchas cosas que fué á pretender.

—¿Cómo es eso, Blanca? —le dijo, después de haber saludado, —¿cómo es que no estás de luto?

—¡¡Luto yo!! —preguntó sobresaltada Blanca.

—Luto, sí; pensé hallarte con toca de viuda y hecha una Magdalena.

Blanca dió un grito y se levantó con ojos extraviados, empezando á delirar extraviadamente.

—¡Mi hija está loca! —exclamó con la mayor angustia la pobre madre.

—¿Qué has hecho, bárbaro? —gritó don Sebastián dirigiéndose á su hijo.

—Pues qué ¿no lo sabían ustedes? En Madrid la noticia es ya vieja.

En la infeliz Blanca, con el extravío de su razón, coincidieron los primeros dolores de parto.

Blanca cayó amenazada en su razón y su vida.

Si ambas conservó fué debido al saber y asiduos cuidados del Doctor, que no desamparó la cabecera de su cama ni de día ni de noche.

Blanca volvió á la vida tan débil y tan parada, que el Doctor se vió obligado á prohibir que nadie le hablase y que no se le enseñase á su hija, que había nacido entre el cadáver de su padre y su madre moribunda. La niña estaba tan caída que no prometía vivir, afectada, como estaba, por alferecías.

Al cabo de algún tiempo brilló un día en los ojos de Blanca un rayo de inteligencia; los fijó en el Doctor, que se había acercado á ella para pulsarla, y le dijo con voz queda y apagada:

—Doctor, ¿por qué no me ha dejado usted morir?

— Porque — contestó el Doctor — había quien me pedía que no lo hiciese.

Lo que diciendo se acercó á la cuna, en que yacía la niña, y la acostó al lado de su madre. Ésta, al verla, dió un doloroso gemido, la atrajo con el brazo á su pecho y prorrumpió en un copioso llanto. El Doctor,

con el rostro animado por el gozo, se dirigió á los padres y les dijo:

—¡Se ha salvado!

Don Ignacio lo estrechó en sus brazos y le dijo derramando lágrimas:

—Después de á Dios, á usted se lo debemos.

—No sé—añadió D.ª Teresa—cuál es en mí mayor, si la admiración al facultativo ó la gratitud al amigo.

Desde aquel día siguió la convalecencia su lento y seguro curso. Pero mientras más fuerzas adquiría más energía tomaba en la convaleciente la facultad de sentir, y el dolor que exacerbaba la tenía en un estado de agitación que solía hasta hacerla desbarrar; ni á súplicas, ni á reflexiones ni á ruegos prestaba oído. En vano se le recordada su anterior docilidad, el cariño que siempre había demostrado á sus padres y el que debía á su hija; nada le impresionaba, y este estado de sobrexcitación empezó á dar cuidados al Doctor.

Un día entró éste y suplicó á D. Ignacio y á D.ª Teresa que le dejaran solo con la enferma; ambos salieron, y el Doctor se sentó á la cabecera de la enferma.

— Blanquita — le dijo, — usted se goza en traer á su memoria cuantos recuerdos tiene del hombre que ha amado. Uno hay, no obstante, que ha olvidado usted del todo.

—¿Olvidado yo?—exclamó Blanca.

—Sí.

—¡Imposible! ¿Y cuál es, caso que lo tenga usted presente?

—Sí, por cierto, presente lo tengo, pues fué un voto que hicieron ustedes dos... y yo lo hice también; y los votos que se hacen cuando uno es feliz para cumplirlos, cuando no lo es, no se pueden, no se deben olvidar cuando llega el caso de cumplirlos.

—Es cierto—repuso Blanca;—pero el dolor se ha hecho de tal suerte dueño de todo mi ser, que todo lo embarga.

—¿No recuerda usted, Blanca, el voto que hizo al pie del Señor en su ermita, que acudiría á su santo llamamiento llevando en pos de él la cruz que le pluguiera enviarla?

Blanca calló un rato, al cabo del cual dijo en tono desesperado:

—Sí... pero esta cruz...

—Es muy pesada—dijo el Doctor,—y así se la ha enviado el Señor para cerciorarse de la sinceridad de aquel espontáneo voto que, como todos, es fácil decir, pero difícil de cumplir.

Blanca permaneció callada.

El Doctor continuó:

—¿Acaso hizo usted este voto con la idea de que no llegaría nunca el caso de cumplirlo? Más valiera que no lo hubiese usted

hecho. Un voto es cosa grave, Blanquita, y si una promesa hecha á un hombre y no cumplida, deshonra, ¿qué será una promesa hecha á Dios? Discútalo usted con su confesor, Blanquita; esos consejeros y guías que para su ministerio tienen saber infuso, ó mejor dicho, infundido por Dios, aunque á veces sean hombres de no grandes alcances y faltos de mundo. Cabalmente, sabiendo la mejoría de usted, ha venido el cura á verla.

—Sí, sí, sí; que éntre—dijo Blanca acongojada.

El Doctor se levantó, abrió la puerta, y el anciano cura, previamente avisado, entró en el cuarto.

Una hora duró la entrevista que tuvieron, al cabo de la cual, habiéndose despedido el cura, entraron los padres y hallaron á Blanca inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho y sus hermosos ojos levantados al cielo, la que con la blanquísima palidez de la enfermedad parecía una santa de alabastro.

Desde aquel día cesó el estado de agitada desesperación que tanto atrasaba el restablecimiento de Blanca, y pasados unos días, pudo levantarse del lecho y dedicarse á los cuidados que exigía su hija, que se criaba en sumo delicada, gracias al estado de inquie-

tud y de dolor en que se encontró la madre durante el embarazo y parto de la niña.

En cuanto á D.ª Carmen, por carácter y por edad, más templada que Blanca, el golpe que recibió fué como el de una daga, poco sangriento, pero incurable. Su único consuelo lo halló en hacer sufragios por aquel hijo que era para ella todo su pasado, su presente y su porvenir. Uno de estos sufragios fué costear en la iglesia un altar de ánimas de que carecía, que llevase al pie una lápida en que se expresase en sufragio de quién se había erigido aquel altar, concluyendo con estas palabras: *Rogad por su alma.*

— ¡Qué lástima — dijo Andrés, cuando se trataba de este asunto — que no se pueda poner en lugar de esa vulgaridad el magnífico mote romano: *Séate la tierra ligera!*

— Mira, Andrés — dijo su padre con coraje, — te he advertido ya que esa herejía, que se usaba antes que alumbrase á los hombres la luz del Evangelio, no la celebres en mi presencia ni en la de ninguna persona cristiana.

— ¿Hereje? Yo soy, señor, más católico que nadie, sino que no confieso, no ayuno, no voy á la iglesia, no oigo misa ni hago ninguno de esos actos de fanatismo.

— ¿Hay paciencia para esto? — exclamó D. Sebastián ;— de manera que para ser re-

ligioso es menester omitir las muestras de serlo.

— Pero, padre, ¿qué tiene de hereje ese hermoso lema? Pregunte usted al Doctor, que dice usted que sabe tanto.

— Dejaré — contestó éste — que prejuzgue la cuestión un hombre cuyo saber é ilustración no podrá usted negar, Andrés, pues es D. Nicasio Gallego.

— Ya se ve que ni uno ni otro negaré; vamos á ver la opinión de ese culto sabio.

— Dice en la *Revista de Madrid*, 2 de Abril, tomo II, folio 346:

«Hemos oído decir más de una vez en el Congreso Nacional: «Séale la tierra ligera.» Esta ridícula afectación de gentilismo es tanto más risible cuanto que ni se explica ni los oyentes pueden creer que la tierra que cubre un cadáver haya de serle ligera ni pesada. Increíble extravagancia la de preferir aquella expresión vacía de sentido á la de «descanse en paz», que satisface á la razón y dilata el ánimo de cuantos debemos á Dios el inmenso beneficio de creer en la vida futura y en la eficacia de los sufragios.»

Al oir esto Andrés se quedó parado un momento, y luego dijo sentenciosamente:

— Eso lo dijo D. Nicasio cuando era viejo.

Uniformes pasaron dos años tranquilos, pero tristes como la noche. Con placer veían

los padres que, como un débil rayo de luna, venía de cuando en cuando una sonrisa á iluminar el rostro de Blanca cuando su niña daba los primeros vacilantes pasos y venía á caer con alegre risa en los brazos de su madre; y cuando la primera palabra que sus balbucientes labios pronunciaron fué el nombre de su madre, y el segundo el nombre de Doctor, que la niña quería con extremo.

Si los hombres detuviesen su atención más á menudo sobre la idea de que tienen todos sobre sus cabezas, pendiente de un hilo, la muerte, como la espada de Damocles, vivirían mejor y morirían más tranquilos, pues es la *cierta*, como la denomina el pueblo en su expresivo lenguaje.

Don Ignacio era un hombre de buena edad; en su vida había estado enfermo ni había cometido exceso alguno; era frugal; no usaba bebidas espirituosas; hacía un ejercicio moderado; en fin, era por inclinación y por costumbre un dechado de las reglas de la higiene. Cuán en lontananza estaba el término de su vida, y no obstante solía decir cada noche al acostarse:

— Vamos á poner el cuerpo donde le encontremos vivo ó muerto mañana.

Una noche D. Ignacio se sintió resfriado; la pasó inquieta, y á la mañana siguiente le acometió una fuerte calentura con un vio-

lento dolor de costado. Tan luego se avisó al Doctor, pero éste había ido á un pueblo vecino, de donde había sido requerido para una junta. Cuando volvió á la tarde se sobrecogió al ver al enfermo, el que inmediatamente fué sangrado; pero era tarde.

— Lo pensé — dijo abatido el Doctor.

Don Ignacio, que conservaba toda su lucidez de espíritu, conoció desde luego su estado, y dijo al Doctor:

— ¡Dios mío, esos dos pedazos de mi corazón que quedan sin abrigo y sin amparo, dos cañas dulces sin arrimo y sin apoyo!

— ¿Tiene usted confianza en mí, D. Ignacio? — dijo el Doctor.

— Como en el ángel de nuestra guarda, que ha sido usted siempre.

— Pues si mi palabra le basta, esté usted tranquilo, pues no le faltará á la una ni á la otra apoyo, ni conocerán cuidados mientras yo viva.

Don Ignacio cogió las manos del Doctor, que estrechó entre las suyas; dos lágrimas surcaron sus mejillas; quiso hablar y no pudo.

En este momento entraron su mujer y su hija.

— ¡Venid! — exclamó el moribundo;—dad gracias á este hombre que Dios ha puesto en nuestra senda como dispensador de sus beneficios, el que me acaba de hacer el mayor de

todos, procurándome una muerte tranquila, pues me acaba de prometer cuidar de vosotras, por lo que no muero en la congoja de dejaros desemparadas.

El Doctor se había ausentado, tanto para no oir las expresiones de gratitud, que no creía merecer, como para hacer avisar al cura, pues urgía el auxilio divino.

— Blanca—le dijo su padre después de un rato, en el que sólo se oyeron los sollozos de las dos desgraciadas que iban á perderlo — Blanca, si quieres ser feliz en lo que te queda de vida, si quieres pagar la inmensa deuda de gratitud que con ese hombre sin igual hemos contraído todos, si quieres justificar y santificar el amparo que necesitáis y él os dará, sé su mujer y devuélvele en felicidad la que él nos ha proporcionado; ésta es la súplica y esperanza de tu moribundo padre.

Entraba el sacerdote con el Doctor, el que arrancó á la madre y á la hija de la cabecera del enfermo, dejándolas al cuidado de doña María Josefa y D.ª Carmen.

Poco después llegó el teniente cura trayendo el Viático, al que con cirios en las manos recibieron el Juez y D. Sebastián, y al que seguían en dos filas con faroles encendidos cuantos hombres se hallaban en el lugar, pues la campana de la iglesia, con el

grave toque que avisa la salida de Su Divina Majestad, los había reunido.

Al día siguiente se enterraba al más querido de los maridos y padres, el probo funcionario, el honrado patricio, del que nadie habló nunca, por la sencilla razón de que sólo bien se podía decir de él; y aún no habían enjugado su mujer y su hija las primeras lágrimas, cuando recibieron aviso de que habiendo sido nombrado nuevo administrador, desocupasen la casa.

— Esto debía de suceder — dijo el Doctor á las desconsoladas viudas; — así es que en estos días me he ocupado en preparar á ustedes sus habitaciones en mi casa, y espero que las hallarán cómodas.

— Eso no puede ser — dijo Blanca sumamente agitada.

— Pero ¿por qué?

— ¿No comprende, usted, Doctor, usted que es tan delicado, que pareceríamos unas parásitas?

— Tiene Blanca razón — dijo suspirando D.ª Teresa.

— Un medio habría de evitar este inconveniente que tanto alarma á usted — dijo con voz conmovida y temblorosa el Doctor.

— Arrendar una casita — se apresuró á decir Blanca.

— No las hay de arriendo en este pueblo, en el que cada cual vive casa propia, á no ser alguna de pobres jornaleros, inhabitable para ustedes.

Blanca calló.

— Doctor: ¿qué es lo que quería usted decir? — preguntó D.ª Teresa; — ¿qué medio propone usted?

El Doctor titubeó y dijo:

— Que Blanca éntre en la casa como dueña suya.

— Ese fué — dijo llorando D.ª Teresa — el más vivo deseo de mi pobre Ignacio.

En este instante la puerta se abrió, y con pasitos vacilantes entró la niña, que, al ver al Doctor, se fué hacia él y se echó en sus brazos.

—Madre é hija están en mi favor — dijo el Doctor, acariciando á la niña;—usted sola me rechaza; pero hace bien, yo no la merezco; así, arreglemos el asunto de otra manera; ustedes se irán á mi casa, pues no tienen otro albergue, y yo saldré de ella.

—¡Eso no! —exclamó con energía Blanca, que al fin, vencida por tanto cariño, tanta generosidad y tanta abnegación, añadió:

—Pues bien, tome usted mi mano, y si con ella no le doy el corazón es porque está muerto.

A los pocos días se corrieron las amonestaciones. El casamiento se hizo triste y silenciosamente, sin más testigos que los amigos

íntimos, y las señoras pasaron á casa del Doctor, que éste había arreglado con sumo gusto y primor, de manera que madre é hija quedaron agradablemente sorprendidas. Sólo notó Blanca que en la sala, en cuyas paredes pendían ricos cuadros dorados, solamente en el testero, sobre el sofá, quedaba un espacio vacío.

En el alegre comedor, que tenía luces y vistas al jardín, había preparada una sencilla y bien condimentada cena con manjares y golosinas traídas de la capital. Concluída la cena, después de dejar Blanca acostada á su madre en su tranquila y cómoda alcoba, regresó á la sala para pasar á la suya. En la sala la aguardaba su marido; sobre el velador estaba colocado un reverbero que esparcía una brillante luz, con la que vió Blanca, en el vacío que había notado sobre el sofá, colocado el retrato al óleo de Ramiro, que durante la cena había cuidado el Doctor que del palacio fuese traído y colocado en aquel testero. Enternecida Blanca por tanta delicadeza, se acercó á su marido y prorrumpió en lágrimas, apoyando su cabeza sobre el hombro de aquél; éste, estrechándola sobre su pecho, le dijo:

—Ya que los infortunios te han traído á buscar este amparo, procuraré que la felicidad te apegue á él.

Blanca era mujer y delicada, y amaba con extremo el aseo, el primor, las flores, y lo *bonito*, por lo cual se encontró en su centro en la primorosa casa del Doctor, en aquel jardín tan lleno de flores, á cual más bellas, de las que solía decirle el Doctor:

—Las sembré y las cultivé solitario, de manera que las mariposas y abejas creyeron que lo hacía para ellas; pero las flores deseaban otra reina, y han logrado tenerla.

Doña Teresa, cuya salud se había mejorado, no cesaba de dar gracias á Dios por la compensación tan cumplida que concedía á sus dolores y pérdidas. La niña, gracias á los cuidados y cariños de su padre, como llamaba al Doctor, crecía hermosa y con el dulce carácter de su madre, y el Doctor, creyéndose siempre poco merecedor de su dicha, demostraba á Blanca una gratitud que la enternecía y avergonzaba.

El nacimiento de un niño vino á colmar la felicidad de seres tan dignos de gozar esa felicidad doméstica, la sola real, y, según el espíritu de Dios, la sola que no tiene inquietudes, que no deja remordimientos, que no crea censuras ni envidias; la única que se substrae á la sabia sentencia: *Al entrar en la iglesia deja al mundo detrás de la puerta*, pues entra en ella con el que la posee.

Así pasaron ocho años sin que el más leve celaje turbase la serenidad de la dulce y diáfana atmósfera en que respiraban; pues entre aquellos seres, carácter, sentimientos, ideas y gustos, todo congeniaba de tal manera, que hacía inútil la fina y prudente calidad de ceder, por no llegar el caso de hallarse divididas sus voluntades; esto provenía de tener por base sus caracteres la bondad; calidad menos común de lo que se cree, y que, aun unida á la falta de talento, constituye las personas más apreciables.

Era el día de San Juan, día del Doctor, cuando nos volvemos á ocupar de esta feliz familia.

La niña, que tenía ya diez años cumplidos, y su hermanito, que tenía seis, estaban ambos en una sala del piso bajo que tenía la puerta cerca de la cancela del zaguán, y estaban ocupados en adornar la mesa que allí estaba puesta aquella mañana para recibir á los convidados que habían de acompañar al dueño de la casa. Este había tenido que ir temprano á un cercano pueblo, de donde había sido requerido, y la madre y abuela de los niños habían ido á la función del Santo, que era patrón del pueblo.

—¡Qué día tan hermoso y alegre es éste, ¿no es verdad, hermana?—dijo el niño.

—Sí, por cierto,—contestó ésta;—es el

día más largo de todos los del año; es día del primo de Nuestro Señor, su precursor.

—Esta noche hay candeladas por las calles —añadió el niño,—y dice Santiago el gallego que en este día se levanta el sol bailando.

—¿Lo has visto?

— Yo no, porque siempre que yo me levanto se ha levantado ya el sol. Pero cierto será cuando lo dice la copla que canta Santiago, y el niño se puso á cantar:

San Juan pideu á Cristo
Que non adormentase
Para ver bailal ó sol
Dia de su romaxe (1).

Oyeron llamar á la campanilla, y en la creencia de que fuese alguien que trajese uno de los muchos obsequios que en su día le eran enviados á su padre, fueron á abrir; pero se encontraron con un hombre muy moreno, con poblada barba negra, singularmente vestido con un levitón y sombrero de paja de anchas alas que le tapaba la frente y los ojos.

—¿Vive aquí el Doctor D. Juan?—preguntó el forastero.

---

(1) San Juan le pidió á Cristo
Que no lo adormeciera,
Para ver bailar al sol
El día de su fiesta.

—Sí, señor—contestó la niña algo sobrecogida;—no está en casa ni en el pueblo.

—Desearía hablarle.

—Pues éntre usted, que ya no puede tardar padre.

—Pues qué, ¿eres su hija? ¿Está casado?

—Pues ya se ve.

—¿Y con quién ha casado?

—Con mi madre.

—Lo supongo; pero ¿cómo se llama?

—Blanca Arana.

—¡Qué has dicho! — exclamó el forastero con el rostro demudado y la voz insegura.

La niña lo miró asombrada y contestó:

—El nombre de mi madre, que es su mujer.

El forastero apoyó una mano en la pared para no caer, pues sus piernas vacilaban y no podían sostenerle.

—Blanca Arana—dijo al fin con trémula voz,—¿no casó con un marino?

—Sí, señor, con mi padre que está...—y levantando sus hermosos ojos negros y una de sus blancas manos señaló al cielo.

El forastero abrió los brazos y dió hacia la niña un paso; pero se contuvo y dijo:

—Conque ¿murió tu padre?

—Sí, señor—contestó el niño,—ahogado, y se lo comieron los tiburones y otras fieras que están dentro del mar.

—Y mi pobre madre—añadió la niña,—cuando lo supo, se puso á morir y perdió el juicio, y entonces nací yo tan débil y enferma, que si no hubiera sido por mi padre que me cuidó y asistió, me hubiese muerto; así es que dice mi madre que le debo la vida.

—¿Y tus abuelos?—preguntó el forastero.

La niña, como casi todas, tenía penetración; pero sólo alcanzaba á las cosas propias de su edad, así no comprendió la extrañeza é importunidad de las reiteradas preguntas del forastero, ni alcanzó á explicarse la fuerte impresión que le causaban las respuestas que le daba.

—Mi abuela—dijo,—que quiere á mi padre tanto como lo queremos mi madre y yo, está aquí con nosotros; mi abuelo murió, y como poco después tuvieron que dejar la casa al nuevo administrador, se hallaron solas y desvalidas sin saber dónde refugiarse, y entonces mi padre nos trajo á todas aquí, y se casó con mi madre.

—Pero—dijo el forastero,—¿por qué no se fueron en casa de tu otra abuela?

—Mi otra abuela había muerto—respondió la niña.

Al oir estas palabras el forastero dió un profundo gemido y cayó desplomado sobre una silla, diciendo, con un sollozo y voz casi inteligible:

— ¡Mi madre muerta! ¡Dios mío! Nadie me echa de menos y... estoy de más.

—¿Qué tiene?—preguntó el niño á la niña.

— Se habrá puesto malo; voy á darle una copa de vino.

La niña llenó una copa y se la presentó al forastero; éste la cogió y bebió ávidamente, conociendo que iba á desfallecer.

— ¿Y tú — dijo á la niña después de haberla bebido, — no quisieras que volviese tu padre?

— ¡No, no, no! — exclamó la niña; — madre no puede tener dos maridos, y el primero se la querría llevar, y madre, ¿quién la separaba de mi padre y de mi hermanito? No, eso no puede ser; estése mi padre en el cielo, allí arriba.

— Gracias á Dios — dijo el niño — los muertos no vuelven.

El forastero, al oir aquellas palabras, apoyó la cabeza en la pared y murmuró:

— Mi presencia haría la desgracia de todos; estoy de más.

Al cabo de un instante, levantándose con un brusco movimiento, dijo:

— Me voy.

— Pero madre no puede tardar — advirtió la niña.

— No puedo detenerme — repuso el forastero. — Decid á vuestra madre que su marido me dijo, antes de emprender su último viaje,

que la amaba y la amaría hasta su último aliento...

Oyéronse entonces las pisadas de un caballo.

— ¡Padre, padre! — exclamaron los niños gozosos, echando á correr para ir á recibirlo.

El forastero los siguió apresuradamente, calándose el sombrero hasta los ojos, y al llegar á la calle vió apearse del caballo un hombre de cincuenta años, pero que no los representaba, que cogía con un brazo á la niña, que se había colgado de su cuello, y con el otro rodeaba al niño, que abrazaba sus rodillas.

El forastero huyó precipitadamente.

Mientras, había entrado el feliz padre con sus dos hijos en la casa, y éstos se apresuraban á ofrecerle, la niña la pechera de una camisa, primorosamente bordada por ella, y el niño la primera plana de bien alineados palotes que escribía.

La madre, que regresaba de la iglesia, entró en el momento en que su marido preguntaba á los niños:

— ¿Quién era ese hombre que salió con ustedes de casa y se apresuró en alejarse?

— Era uno —contestó la niña—que dijo ser amigo de mi padre, que está en el cielo, y contó que le había encargado que si venía

á España dijese de su parte á su mujer que la amaría hasta el último aliento de su vida.

— ¡Qué recado tan extraordinario para haberlo dado á un extraño! — dijo Blanca conmovida. — ¿Y cómo era ese hombre?

— Viejo y feo — respondió el niño, — y cuando miraba, sus ojos reñían.

— No, hermano — repuso la niña, — cuando sus ojos miraban, lloraban.

— ¿Tú lo viste? — preguntó Blanca á su marido, — ¿qué te pareció?

— Sólo lo vi de espaldas, al alejarse precipitadamente — respondió el Doctor, — y me pareció su continente el de un extranjero de escasos medios.

— ¿Y por qué no se detuvo á aguardarme? — volvió á preguntar Blanca á los niños.

— Porque dijo que traía mucha prisa y no podía detenerse — respondió la niña.

— Yo me alegré de que se fuese — añadió el niño, — pues me daba miedo.

En esto entraron los parientes y amigos á felicitar al Doctor en sus días, y poco después se sirvió la comida con bien cocido jamón y bien asado pavo, y los abundantes y exquisitos postres con que había sido obsequiado el santo del día, y entonces la alegría de los niños y de sus primos fué tan ruidosa, que al cabo de un rato D. Sebastián exclamó:

— Niños en tortilla yo no los quiero, fuera la gente menuda, y al patio, al patio.

Los niños salieron todos apresuradamente.

— ¡Qué hermosas criaturas! — dijo doña Teresa á su yerno, al lado del cual estaba sentada.

— Sí — respondió al oído de su suegra el Doctor; — pero ninguno tan hermoso y distinguido como los nietos de usted.

Blanca, que medio oyó y medió adivinó lo que dijo su marido, lo miró con indecible y dulce simpatía.

El forastero, mientras, salía en desatinada carrera del pueblo.

—Mi vida—iba diciendo—es una desgracia para ellos y para mí: mi muerte es una necesidad. Venga, venga, pues, la muerte, que todo lo remedia; ella es dulce cuando la vida es amarga. ¡Oh, que no me hubiese hecho su presa cuando tan cerca la tuve! ¡Por qué, cuando el huracán hubo volcado el barco, permitiste, Dios mío, que hallase bajo mi mano aquel leño, al que me así, y que empujado por corrientes y mareas me depositó moribundo sobre las arenosas playas de aquella isla de salvajes, en la que tantos años he pasado sirviéndoles, hasta que al fin atravesó las desiertas mares un barco que pudo distinguir las señales que, pidiendo socorro, yo le hacía! Me recogió y desembarcó en Gi-

braltar. ¡Qué gozo, mi Dios, cuando volví á pisar el suelo de mi patria! ¡Con qué embeleso me lancé, para venir á estrechar entre mis brazos los seres más queridos que tiene el hombre, su madre, su querida legítima y su hija! y hallo á mi madre muerta; á mi mujer que lo es de otro; á mi hija que, lejos de desear mi vuelta, la mira como una desgracia que vendría á turbar la dicha de todos! ¡Cuán cierto es que el tiempo todo lo nivela, todo lo reemplaza! Sucede como al mar, que ve desaparecer sus olas, que tan luego son reemplazadas por otras, sin que dejen huellas ni se note su falta; mi muerte es una necesidad para ellos y para mí; mi existencia es un desastre para ellos y para mí. Mi muerte todo lo evita; venga, pues, esa libertadora; que la muerte es dulce cuando la vida es amarga. En el caso en que me hallo, vivir sería una falta de generosidad, y el acabar con la vida no es un crimen, es generosidad, es abnegación y es heroísmo. Madre mía Santísima, y tú, madre mía, que me diste el ser, recibid mi alma, y si separarla de mi cuerpo y miserias de este mundo es un crimen, abogad por mí con nuestro Dios y Criador para que me perdone.

Haciendo estas amargas reflexiones y corriendo fuera de sí por el camino que lo alejaba del lugar, había llegado á la ermita del

Señor con la cruz á cuestas, al pie de cuya reja cayó abrumado por la desesperación y el cansancio.

Entonces fijó la vista en el Divino Rostro, del mismo modo que años antes, cuando la vida le brindaba todas sus sonrisas y felicidades en lo presente, y todas sus más bellas esperanzas para el porvenir. Mas ahora, en la más horrible de todas las desgracias, en la más terrible de todas las agitaciones, le repetía suavemente: «Quien quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame.»

Cual entre negras y espesas nubes apiñadas por el huracán se abre á veces paso un rayo de sol, de la misma suerte se abrió paso en el henchido corazón de aquel infeliz, con la condolida y resignada imagen del Salvador, la idea de la eternidad; envióle el Señor de las misericordias, en aquel momento, como un áncora de salvación, un recuerdo. Este recuerdo era el voto que había hecho años antes, en aquel mismo santo lugar, de llevar la cruz con que le abrumase el destino hasta el Calvario, como el Señor llevó la suya.

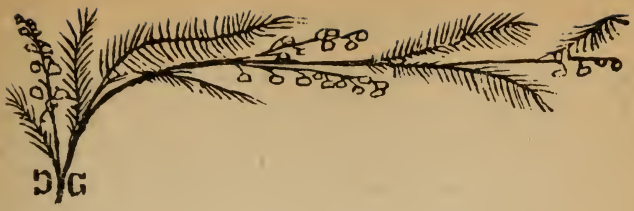
Largo tiempo quedó prosternado en el mismo sitio, en las más terribles luchas. Parecíale ver á su mal ángel con ademán decidido y heroico señalarle la muerte como el solo y definitivo fin de aquella situación ho-

rrible, y á sus acerbos é irremediables dolores; pero luego se le aparecía su ángel bueno que le decia: Si eres cristiano, ¿no te parece que son de sufrir todas las cosas trabajosas por la vida eterna? ¿No es de pequeña estima ganar ó perder el reino de Dios? Levanta, pues, tu rostro al cielo; mira que el Señor y todos sus santos, los cuales tuvieron grandes combates en este siglo, ahora gozan y están consolados» (1).

Al fin se levantó exclamando:

— Tú mandas como Dios, como Rey y como Padre; yo te obedezco como tu criatura, tu vasallo y tu hijo, y cumplo el voto que á tus pies hice..... Te sigo.

(1) Kempis, *Imitación de Jesucristo.*



EPÍLOGO

A una legua de Córdoba y á su vista está la sierra, y en ella un asperísimo cerro, casi de piedra, lo que motivó á denominarlo Cerro de la Cárcel, y también Cerro de las Víboras. En este sitio hay un cercado alto, construído de mampostería, como de media legua de circunferencia; dentro y en medio de él se halla la iglesia con depósito del Santísimo Sacramento, dedicada á María Santísima, Nuestra Señora y Madre de Belén, patrona dulcísima de esta Congregación. Dentro del cercado están distribuídas las ermitas en número de 15, con los nombres de los doce apóstoles, San Pablo, San Pedro de Alcántara y Santa María Magdalena, y una cueva subterránea que habitó el venerable hermano Francisco de Santa Ana, primer hermano mayor de esta Congregación, distantes entre sí como un tiro de fusil, y cada una situada en medio de un cercado de piedra suelta, como de veinte

varas de travesía, con un torno pequeño para introducir la comida sin ver ni comunicar con el que la lleva. Las ermitas se reducen á dos separaciones como de á dos varas en cuadro; la primera para el trabajo de mano, y la interior para dormir y orar. Tienen una torre pequeña para su campana, la que tocan siempre que lo hacen en la iglesia.

Es tan grande la antigüedad de estos ermitaños y de su vida cenobítica, que se pierde en la obscuridad de los tiempos, pues existían ya con bastante anticipación, y aun permanecieron en el dominio de los romanos, godos y agarenos, sufriendo muchísimo en el tiempo de los árabes (1).

Como muestra de precocidad poética, y como prueba de la popularidad de estas santas ermitas, trasladaremos unos trozos de una preciosa composición escrita por Gonzalo Arcos y Segovia, niño de once años, dedicada á las ermitas:

«Si alguna vez los ángeles
Bajan del cielo,
De Córdoba lo saben
Los altos cerros.

---

(1) Manual que contiene las prácticas religiosas que observan los ermitaños de San Pablo de Córdoba.

Allí en ermitas
Silenciosas y blancas
Sólo se habitan.
Ni de revoluciones
Ni crudas guerras
Las armas y el estruendo
Suben á ellas,
Que están muy altas,
Y ambiciones del mundo
No las alcanzan.
Manantial de virtudes
Es allí el llanto;
Van allí á llorar penas
Pechos mundanos,
Puros y limpios
Los más manchados salen
Cual castos niños.»

Dos años después de los sucesos referidos doblaba la campana de la iglesia de aquel lugar, que en lentos y solemnes tañidos parecía decir: «¡Murió!», y las campanas de las demás ermitas repetían á intervalos el solemne tañido que decía «¡Murió!»

Una sólo callaba, cual el ermitaño que la ocupaba, y que yacía frío cadáver en ella.

Era un hermano que dos años antes había llegado; se había presentado al hermano mayor de las ermitas, el que le había dado posesión de aquella en que yacía muerto, y de la que no había salido sino únicamente para ir á la iglesia.—No se hallaron papeles

ni cosa alguna que pudiera dar luz sobre éste, el más recoleto de todos esos cenobitas. Sólo sobre su corazón se halló, pendiente de un cordón, una pequeña estampa del Señor con la cruz á cuestas, en cuyo reverso estaban escritas estas palabras:

«Te sigo, mi buen Jesús,
Pero ya no puedo más,
Que la más pesada cruz
Es saberse estar de más.»

MAGDALENA

El Autor de esta narración no pretende alabanza ni vituperio. La publica tal como ha llegado á su noticia, y la ha escrito de memoria. No ha querido hacerle amplificación alguna, ni revestirla de ningún ornato, á fin de conservarle toda su sencillez.

(WALTER SCOTT: *La Alcoba tapizada.*)

OBRA INÉDITA

MAGDALENA

Haber nacido de gentes honradas, esto es, de una familia sin mancha, es una ventaja tan preciosa para el pueblo escocés, como para los nobles el descender de una antigua casa. La estimación y el respeto tributados á una familia de aldeanos son considerados por propios y extraños, no sólo como un justo motivo de orgullo, sino también como una garantía de la buena conducta de todos los demás miembros de la familia. Por el contrario, una mancha como la que acababa de caer sobre uno de los hijos de Deans se extendía á todos sus parientes.

(WALTER SCOTT: *La Prisión de Edimburgo.*)

I

ENTRE los barrios que componen la hermosa, interesante y antigua ciudad de Sevilla y que toman el nombre de sus respectivas parroquias, hay uno silencioso y solitario, que se extiende desde la puerta de San Juan hasta la de la Barqueta y se llama de San Lorenzo. La mayor parte de sus calles son anchas y sosegadas; la hierba nace entre el empedrado; sus casas son bajas y humildes; su lujo es el aseo; su adorno flores asomadas á las rejas como

niños curiosos. Casi todas están habitadas por honrados tejedores de seda. Se encuentra en este barrio algo de la paz de los campos; jamás pisan su interior los forasteros, y hasta es muy contada la gente principal de la ciudad que por él transita más allá de la iglesia parroquial en que existe la admirable y venerada imagen, obra del célebre escultor Martínez Montañés, que representa á Nuestro Señor bajo la advocación del *Gran Poder*.

En una de sus casas vivía Pedro Almeda, hombre excelente, adherido á su propiedad como á un antiguo muro un bajo relieve. Pedro respetó y amó siempre su viejo telar, heredado de padres á hijos, productor de hermosos damascos y soberbios tisúes, y que ahora suspiraba al ver su dignidad comprometida teniendo que limitarse á producir sencillos y ligeros tafetanes de mil colores. ¡Pobre viejo! ¡Te fué preciso doblegarte al espíritu del siglo! ¡Otros tan buenos como tú lo han hecho... y lo hacen!

Casóse Pedro con una hermosa joven, hija de un vecino suyo; pero enviudó no muchos años después, quedándole de su matrimonio dos hijos, un varón y una hembra. Los niños, aún pequeños, sintieron, naturalmente, poco la muerte de su madre. Pedro tuvo una verdadera aflicción; pero el tiempo le consoló, mientras que cada día hacía más sensible y

acerba á sus hijos la pérdida de su buena madre. Pedro vendía sus géneros á un rico mercader, en cuya casa siempre se encontraba con una criada solterona que empezaba á desconfiar del poder de sus gracias, ya en decadencia, al paso que no pretendía de ningún modo el honor de llevar palma á la sepultura. El sencillo tejedor se dejó coger en sus redes, tan perfectamente tejidas como las de una traidora araña, y los pobres niños tuvieron una madrastra que, acostumbrada á chismes de criados y á la insolente imitación del lujo de sus señoras, embaucó al padre é hizo mártires á los hijos, de modo que el infeliz Pedro murió víctima de la miseria y de un tardío arrepentimiento. El telar, su antiguo amigo, aquel benéfico sostén suyo y de sus mayores, fué vendido para pagar el entierro de su dueño.

Poco tardó en seguir á éste á la otra vida su segunda mujer; y una hermana suya, no mala en el fondo, pero de cortísimos alcances, vino á sustituirla al lado de los huérfanos.

Fernando, llegado entretanto á la edad viril, era el báculo de su familia. El y su hermana Magdalena se querían con una ternura que el dolor de haber perdido á su padre aumentó más y más. Habían vivido, crecido y padecido juntos. No habían conocido otro

cariño sino el que se tenían recíprocamente, pues su madrastra se había apoderado exclusivamente del de su padre. ¡Cuántas lágrimas no había derramado el uno en el seno del otro! ¡Cuántas promesas no se habían hecho de no separarse nunca! Magdalena se estrechaba á su hermano en su frágil juventud, como el blando y dulce jazmín se enlazaba en el patio de su humilde casa al naranjo que le ofrecía sus ramas. La última voluntad de su padre, que dejó á Fernando por guía y custodio de su hermana, había impreso á su cariño un sello exaltado y solemne. Estimulado por éste, el altivo y noble joven se entregó con ahinco á los duros trabajos del oficio de albañil, á que no estaba acostumbrado; y cuando, sofocado por el ardiente polvo de la cal, fatigado por penosos esfuerzos, desatentado en los altos andamios, se sentía desfallecer, se decía: «Es por Magdalena», y sus fuerzas y su valor se reanimaban.

Así pasaba su existencia aquella familia, y, sin embargo, Magdalena cantaba y cultivaba flores, pues el canto y las flores son en Andalucía el entretenimiento de la juventud, la emanación del aire purísimo que allí se respira, los naturales frutos de aquel sol esplendoroso. Estando un día cosiendo en su ventana, rodeada de claveles, como una pas-

tora de sus ovejas, vió pasar dos hombres. El uno era alto, hermoso y rubio, é iba esmeradamente vestido; á su lado caminaba otro, que parecía ser su *Cicerone*.

— Mira — exclamó el primero: — ¿no me decías que en este barrio aislado, en estas calles solitarias, nada hallaría de notable? Pues, sin embargo, nada he visto entre las maravillas de Sevilla que se pueda comparar á ese tipo de la verdadera belleza española, á la cara de esa joven, que aparece en aquel marco de flores. Llévame á su casa.

— ¡Oh! Milord — respondió el *Cicerone*, — no es eso tan fácil como V. S. piensa. Las gentes que habitan este barrio son honrados y ásperos tejedores, que así dan entrada á un extraño en sus casas como San Pedro á los judíos en el cielo. Además, nada encuentro yo de particular en esa cara. ¡Ah! señor, señor: esas rosas silvestres están llenas de espinas. Créame V. S., señor, busque otro entretenimiento, porque Fernando VII con ictericia (1) tiene poco poder entre estas gentes, orgullosas con su probidad como un Duque con su nobleza

— No obstante — replicó el inglés, — no te romperán las costillas por llegar á ha-

---

(1) Modo de llamar el pueblo á las onzas de oro con el busto del Rey.

blarla. Anda, que si te dan de palos yo te indemnizaré.

El *Cicerone* se acercó, aunque con repugnancia, á la casa; pero en el momento cerró Magdalena la ventana. La candorosa niña había creído que las miradas del extranjero se fijaban en sus flores, lo cual le parecía muy natural: cuando comprendió ser ella su objeto, se retiró abochornada.

II

El inglés se alejó de mal humor; pero la imagen de la hermosa sevillana no se borró de su memoria.

Hallóle el día siguiente paseando la calle solitaria en que la había visto; pero ni aquel día ni los que le siguieron vió en la reja sino las flores que, mecidas en sus tallos por una suave brisa, parecían decirle que no. El Lord G., que poseía millones para satisfacer sus caprichos, no podía comprender que su despótica voluntad se estrellase en el umbral de la humilde casa de una pobre.

—Tadeo—dijo un día á su condescendiente *Cicerone*, al desembocar con él frente á la casa en que vivía Magdalena: —me vas á introducir hoy mismo en esa casa, ó si no te despido.

—¡Señor!—dijo Tadeo todo asustado,—¿cómo quiere V. S. que lo haga....?

—¡Eso es cuenta tuya!

Después de algunos instantes de ansiosa reflexión, dióse Tadeo un golpe en la frente,

dejóse de pronto caer en el suelo, y empezó á gritar y lamentarse de tal manera, que todos los vecinos salieron de sus casas y le rodearon, mientras gritaba sin tomar aliento:

—¡Ay mi pierna! ¡mi pobre pierna! ¡Ah, señor! ¡yo no puedo pasar de aquí; que me entren, por caridad, en la casa más próxima!

El inglés permanecía inmóvil, no pudiendo hacer otra cosa en aquella escena ridículamente criminal, que desde luego comprendió, sino conservar su gravedad.

—¡Y qué! ¿no puede usted andar? — preguntó á Tadeo un joven alto y bien parecido que le ayudaba á levantarse.

—¡Oh, imposible, imposible! — respondió Tadeo,— ayúdeme usted á arrastrarme á esa primera casa.

— A mi casa, á mi casa — decían unas buenas y caritativas mujeres.

—A ésta, á ésta, que es la más cercana—dijo Tadeo arrastrándose hacia la de Magdalena.

El inglés le siguió.

Magdalena y Micaela, la hermana de su madrastra, á quien aquélla y Fernando llamaban tía, salían en aquel momento presurosas á recibir al herido, con todas las muestras del más vivo interés y de la más sincera compasión. La anciana le trajo una silla.

— No puede usted andar — le dijo,— está usted pálido como un difunto. Blas — añadió

dirigiéndose al joven que había ayudado á Tadeo á levantarse:— anda en busca de un cirujano.

Temeroso al oir esto Tadeo de que, acudiendo, en efecto, un facultativo, se descubriese su superchería, y calculando por otra parte que ya estaba conseguido su objeto, cambió de táctica y se apresuró á decir:

— Ya me siento mejor; á Dios gracias va pasando el dolor, y sin duda ha sido sólo un esguince. No es necesario que nadie se incomode en ir á buscar un médico.

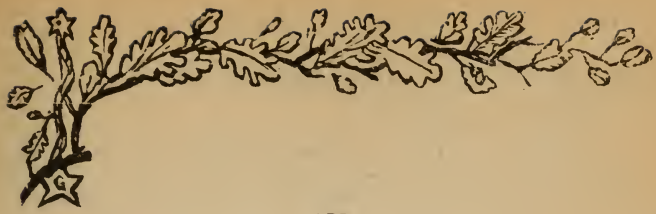
— Es usted sufrido y valiente como un mártir — repuso Micaela;— pero se conoce que está usted padeciendo mucho. ¡Vean ustedes cómo tiembla el infeliz! Blas: ¿has vuelto?

— Señor— exclamó Tadeo apurado: —¿no es verdad que ya estoy bien?

Mas aquel á quien apelaba en su apuro no le oía. Apoyado en la pared, los brazos cruzados sobre el pecho, estaba absorto contemplando á Magdalena.

En el rostro encantador de aquella joven se unían la inocencia y la viveza, como en una joya las perlas y los brillantes. Sus miradas revelaban un tesoro de compasión y de bondad, mal empleado por cierto en aquel hombre, que tan indignamente la estaba engañando. Con un vaso de agua y vinagre en

la mano, hízolo tomar á Tadeo, y éste, así que lo hubo bebido, fingió grandes esfuerzos para conseguir levantarse; logrólo al fin, aseguró que con la ayuda de un palo podía andar, dió gracias á aquellas buenas mujeres y se alejó cojeando, seguido de su señor, que, durante toda esta escena, no había desplegado los labios.



III

El día siguiente aparecieron el Lord inglés y Tadeo en casa de Magdalena.

—Mi amo—dijo al entrar el segundo sirviendo de intérprete—estaba ayer sobradamente asustado y conmovido para poder expresar á ustedes su agradecimiento por los servicios que le han hecho en la persona de su humilde criado. Venimos, pues, hoy á cumplir las obligaciones que impone la gratitud. Mi amo es rico, riquísimo, nadie le hace un favor ó le presta un servicio sin sentir los efectos de su generosidad. Le afligirían y ofenderían ustedes si rehusasen admitir esta pequeña muestra de su agradecimiento.

Diciendo esto, les presentaba hermosos regalos, entre los cuales sobresalía una preciosa peineta de carey, adorno favorito de las españolas de todas las clases sociales en aquella epoca.

Micaela estaba absorta; Magdalena, ruborizada de sorpresa y alegría, con rápido movimiento cogió la peineta; pero un instante

despues la soltó, retirando la mano como si se hubiera quemado.

— Pero — dijo, — ¿gratitud? ¿Y de qué? ¿Cómo la hemos merecido? ¿Por un vaso de agua y vinagre?... No, no podemos tomar estos ricos regalos.

— Tienes razón — dijo Micaela; — no los hemos merecido.

— Pero, en fin — repuso Tadeo, — como este caballero es tan generoso y el rehusar le podría parecer una ofensa, sería injusto herir á una persona que no desea sino agradar á ustedes.

La visita se prolongó. La vieja se deshacía en elogios al Lord; Magdalena, avergonzada, no se atrevía á tocar los hermosos regalos; pero sus ojos se fijaban involuntariamente en la peineta, y su sencillo corazón latía bajo su modesto, pero limpísimo jubón.

Excusado es decir que durante todo este diálogo el inglés no apartó ni un instante la vista de Magdalena, y que sus ojos procuraron harto dar á entender á la preciosa andaluza lo que sus labios no podían expresarle.

Comprendiendo al fin que la prolongación de su visita no tenía ya explicación plausible, levantóse y se despidió, con ademanes los más afectuosos, alejándose seguido de su *Cicerone;* pero quedando más y más prendado de la humilde artesana.

IV

APENAS se hubieron ido, levantóse Magdalena precipitadamente de su silla y se apoderó de la peineta, corrió á su espejo, y rodeándose á la cabeza su soberbia trenza, negra como el ébano, la sujetó con ella, saltando y riendo de gozo.

—Mire usted, tía —exclamaba,—es una peineta digna de una Marquesa.

Entretenida en su inocente contemplación, pasaron algunos minutos sin que viese á su hermano que, apareciendo en la puerta, se había detenido en el umbral al oir lo que decía, y tenía fijos en ella sus ojos con dolorosa sorpresa.

—¿Cómo está esa peineta en tu poder? —le dijo después de un momento de silencio.

Contóle entonces Magdalena lo ocurrido; pero apenas concluyó cuando, arrancándole su hermano la peineta de los cabellos, la tiró al suelo, y pisoteándola la hizo mil pedazos. Quedó Magdalena petrificada de sorpresa y temor.

—¿A qué viene esa violencia, insensato?—exclamó Micaela encolerizada.—Una prueba de gratitud por un servicio que se ha prestado...

—¡Servicio!—dijo Fernando,—¡un vaso de agua y vinagre!.. ¡y admitir esto de un desconocido! ¡Dios mío! ¿qué es esto? Créeme, Magdalena—prosiguió dirigiéndose á su hermana, que lloraba á lágrima viva,—esa peineta te afeaba, y mira que te lo advierto: si ese extranjero ó su criado se atreven á pasar el umbral de mi puerta tú y él os arrepentiréis.

V

Junto á la puerta de Jerez se hallaba entonces la Posada Nueva de las Diligencias. En una de sus mejores habitaciones, echado sobre una silla, con todas las muestras de una viva impaciencia, Lord G. golpeaba el suelo con sus relucientes botas.

—Pero ¿qué razón da ese orgulloso menestral para prohibirnos la entrada en su casa? —preguntó á Tadeo, que había un cuarto de hora estaba en pie delante de él presentándole un vaso de *Shrob*.

—Señor — contestó el interrogado: —aquí son más precavidos y maliciosos que en el país de V. S. ¿Piensa V. S. que no sospecha el motivo de sus regalos? Señor: permita V. S. que humildemente le dé un consejo, y es que desista de una empresa que es más difícil y arriesgada de lo que parece, y busque amores menos peligrosos en la sociedad que trata.

— Tontería — dijo el Lord, y prosiguió como hablándose á sí mismo:—La Condesa R., á pesar de su escasa estatura, me mira de alto á bajo porque mis abuelos no mataron moros. La señorita N. se ríe en mis barbas porque pronuncio mal el español. La señorita M. rehusa walsar conmigo, y en seguida lo hace con un cadetillo, á quien ya hubiera yo desafiado si tuviese pelo de barba. La señorita P., á quien me declaré noches pasadas, me dijo haciendo una mueca: «A ave que va de paso, cañazo.» Todas son graciosas y bonitas, pero altivas y burlonas. Además: ¿cuál de ellas se puede comparar á Magdalena?

— Pues, sin embargo, señor, le aconsejo á V. S. que la olvide.

—Y yo te aconsejo á ti que calles—dijo el Lord.

Tadeo volvió á su papel de criado mudo, presentando siempre el vaso de *Shrob*.

Después de algunos instantes, el Lord dijo á Tadeo:

—Es menester ganar á ese hermano rebelde. Tú dices que están en la miseria; ofrécele oro, todo el oro que quiera.

—¡Oro!—replicó Tadeo.—¡Ah, señor! no conoce V. S. á esas gentes; con su obstinada probidad y sus ideas de honra son incorruptibles los muy zopencos.

—Tadeo—repuso el Lord, en quien las contradicciones llevaban al extremo la pasión;—¡Magdalena ha de ser mía! Diez mil duros daría sólo por verla un momento á solas.

Tadeo dió un paso atrás, abrió la boca y los ojos cuanto dieron de sí, el vaso que tenía en el plato cayó y el *Shrob* se derramó sin que él lo advirtiera.

—Señor—dijo al fin:—no he oído bien, ó si he oído no lo he comprendido. ¿Cuánto ha dicho V. S.?

—Diez mil duros—replicó el inglés.

—¡Diez mil duros!—repitió Tadeo:—¡dos cientos mil reales!

Y volvió la cabeza á todos lados para asegurarse de si soñaba ó estaba despierto. En seguida cogió su gorra y salió precipitadamente murmurando:

—¡Diez mil duros! ¡Pues ahí es nada! ¡Y el corretaje (es claro) será á proporción!

VI

TADEO corría por las calles tropezando con los pacíficos transeuntes, los cuales unos lo enviaban al diablo y otros le echaban á empujones al medio del arroyo. Antes de aventurarse á entrar en casa de Magdalena, preguntó en la vecindad dónde estaba Fernando. Le dijeron que trabajaba con su maestro en el reparo de un molino de aceite del pueblo de Camas, á algo más de media legua de Sevilla. Veníale esto á maravilla. Entró en casa de Micaela.

—¿No os he dicho—le manifestó ésta así que lo vió—que me está prohibido abriros la puerta?

—No entraría por ella—contestó Tadeo—aunque me fuese abierta de par en par como lo está la del Perdón, si no fuera porque es menester absolutamente que os hable. Tengo que comunicaros un asunto del mayor interés. Id en seguida á la Alameda Vieja, allí os aguardo.

Micaela le hizo una señal de inteligencia, y el mensajero de amor se dió prisa á alejarse.

La Alameda Vieja es un hermoso paseo, situado dentro de la ciudad, que la moda caprichosa ha abandonado. Consiste en cuatro hileras de soberbios álamos negros, y lo adornan tres bellas fuentes de mármol. A la entrada se alzan dos altísimas columnas romanas que sostienen las estatuas de Hércules y de Julio César.

Concurren ya solamente á él algunos ancianos de los alrededores, que van á tomar el fresco por las tardes, sentándose en los bancos de los *aguaduchos*, resplandecientes de aseo, que allí existen, y en que encuentran los parroquianos agua fresquísima, con anises ó panales; y suelen prestarle animación algunos niños que lo hacen teatro de sus bulliciosos juegos, y en quienes están seguros de encontrar benévolo auditorio los infelices que, á cambio de solazar á sus bienhechores con *trovos*, coplas y recitados populares, entonados con mejor voluntad que fortuna, impetran la caridad pública.

El día á que nos vamos refiriendo, un gran grupo de muchachos rodeaba á un pobre inválido que acompañándose á la guitarra, recitaba estas canciones de la época de nuestra guerra de la Independencia, en que parecía haber sido desgraciado y valeroso actor:

1.ª

Napoleón, por traidor bien señalado;
Junot, sin su Ducado y escondido;
Del Trinquete Murat desarbolado;
Lefebre, en Zaragoza destruído;
Moncey, sobre Valencia derrotado,
Y Dupont, en Bailén roto y rendido.
Así ve Europa, de sorpresa llena,
Los héroes de *Austerlitz*, *Marengo* y *Jena*.

2.ª

Daoiz y Velarde, dando el *Dos* de Mayo
El grito de española valentía;
Apodaca con Morla, siendo rayo
Que de Cádiz fulmina en la bahía;
Castaños, Palafox, que sin desmayo
Vencen en Aragón y Andalucía:
Héroes que á Napoleón causan espanto
De *Dios*, de *Patria* y *Rey* al nombre santo.

Aquí llegaba el inválido, cuando Tadeo aparecía en la Alameda, tan absorto y preocupado, que ni reparó en aquél ni en los que embebecidos y pendientes de sus palabras le rodeaban.

Nuestro Mercurio se paseó un corto rato, sumergido en profundas reflexiones, de las cuales le sacó una voz conocida.

— ¡Ah, señor Tadeo — dijo la vieja, que venía llorando; — ¡usted ignora hasta dónde llega nuestra desgracia! Acaban de apuntar á Fernando para el sorteo de la quinta. ¡Ah, Dios mío! ¿qué será de nosotras si tiene la mala suerte de salir soldado?

— Ya yo lo sabía — dijo el astuto Tadeo contentísimo con esta noticia, — y vengo á evitar esa desgracia. Podrán ustedes poner un hombre en su lugar. ¡Cuán felices son, que van á convertirse en una familia rica y considerada. Mi amo les da diez mil duros.

— ¡Diez mil duros! — dijo Micaela; — señor Tadeo, ¿viene usted á burlarse de mí?

— Fácil le será á usted convencerse de la verdad cuando reciba el dinero peso sobre peso. Ustedes á su vez procuren demostrar su agradecimiento. Persuada usted á Magdalena que lo reciba bien cuando vaya mi amo á verla...

— ¡Qué infamia, señor Tadeo! — exclamó Micaela.

— ¡Qué infamia ni qué niño muerto! — repuso Tadeo; — la verdadera infamia es morirse de hambre. Usted es pobre, pobrísima: ¿quiere usted salir de su miseria? ¿sí ó no?

— Pero ¿y Fernando? — dijo la vieja.

— Fernando no lo ha de saber, — respondió Tadeo; — Magdalena será rica y la po-

drá usted casar con algún hombre de bien; conmigo, por ejemplo.

— Pero — replicó Micaela — nuestra rápida fortuna causaría sospechas.

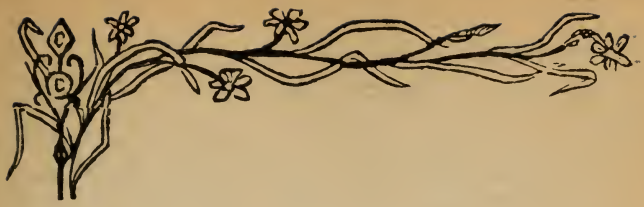
— En todo hemos pensado, señora; yo traeré á usted al mismo tiempo que el dinero un billete de la lotería, y usted dirá que ha ganado el premio grande.

— Pero...

— ¡Jesús! qué de dificultades pone usted, sin reflexionar que hay muchas muchachas bonitas en Sevilla, y que mi amo puede hallar en cuanto quiera gentes más racionales que ustedes.

Después de algunos reparos se pusieron de acuerdo, y la vieja prometió venir á verse con Tadeo en el mismo sitio al siguiente día.

Sería menester dar tormento á la imaginación para reproducir las razones, las persuasiones, los sofismas con que la vieja condujo á Magdalena al fin que se había propuesto. Pero sus principales, sus eficaces seducciones fueron la ciega y pura inocencia y el amor á su hermano que atesoraba la preciosa niña.



VII

Protegido por la ausencia de Fernando y por una noche negra como el crimen, el Lord G. entró con gran sigilo y sin obstáculo alguno en aquella casa humildísima, pero que durante siglos había sido el santuario de la honradez y de la virtud. Un joven tejedor que vivía enfrente, Blas, el mismo que había ido á buscar al médico el día de la fingida contusión de Tadeo, y que desde entonces había observado recelosamente las idas y venidas de amo y criado, porque amaba perdidamente á Magdalena, si bien la indiferencia que ésta le demostraba le había hecho encerrar su amor en lo más profundo de su corazón, hallábase contemplando desde el fondo de su cuarto la reja de su amada, y la visita nocturna del inglés no pudo escapar á sus penetrantes miradas.

— ¡Oh —exclamó con rabia,— por esto se me desprecia.

Y saliendo precipitadamente de su casa, dirigiéndose á las viejas murallas morunas

de la ciudad, bajas y destruídas desde la puerta de la Barqueta hasta la de San Juan, saltólas, corrió á Camas y encontró á Fernando sumergido en un profundo sueño.

—¿Duermes? — le dijo sacudiéndole por los hombros,— ¿duermes como un muerto, cuando deberías vigilar á tu hermana?

Instantáneamente despertó Fernando: su sangre, que circulaba tan sosegadamente, empezó á hervir en sus venas y se agolpó toda á su corazón...

— Pero mi tía — dijo — está con ella.

— Un rico inglés es el que está con ella en este momento — replicó Blas con acerbada sonrisa.

— ¡Mientes! — gritó Fernando saltando de la cama.

— ¡Que miento! — dijo Blas; — ¡ven conmigo y verás si miento!

— Vamos — repuso Fernando; — pero si mientes, prepárate á que te arranque la lengua que injurió á mi hermana. ¡Lo juro por el alma de mi madre!

Volaron á la ciudad. Paráronse á la puerta de la casa de Fernando, como dos negras nubes precursoras de una tempestad. La débil vislumbre del crepúsculo hacía ya los objetos más distintos, cuando oyeron el ruido de un cerrojo que descorrían con precaución. Ocultáronse en la sombra, y entonces se abrió la

puerta y vieron salir un hombre de elevada estatura embozado en su capa. Fernando se precipitó hacia él; pero Blas lo detuvo.

— Tienes razón — dijo Fernando, — estoy sin armas, y podría escapárseme.

Y desprendiéndose de su compañero, entróse precipitado en su casa.

Magdalena, en el mayor desorden, estaba tendida en el suelo, el rostro contra la tierra, y cubierta con sus soberbios cabellos negros como con un velo fúnebre. Junto á ella estaba Micaela, y parecía querer consolarla.

Fernando al verla se lanzó á ella, la agarró, la levantó del suelo y la volvió á dejar caer.

—¡Maldita seas en esta vida y en la otra! — dijo con voz trémula de ira.— Pero ¡qué veo!— añadió reparando en un saco puesto encima de la mesa: — ¡Dinero! ¡Jesucristo! ¡Dinero!!! ¿No te lo anuncié cuando te rompí la peineta...? ¡Mira al cielo! ¡mi madre llora sobre ti, mi padre te maldice!... ¡nos has perdido á ambos!... ¡Te lo avisé, Magdalena! ¡Infeliz! Ya no me volverás á ver.

Magdalena dió un grito y alzó sus ojos desatentados. Fernando había desaparecido.

VIII

L día siguiente había gran fiesta en la Posada de las Diligencias. El Lord G. daba una comida á una porción de compatriotas suyos, Oficiales de la Guarnición de Gibraltar recién llegados á Sevilla. A los postres trajeron nuevos vinos y reinó suma franqueza. Cuando la conversación recayó, como es costumbre entre jóvenes, sobre aventuras amorosas y se trató del honor de las mujeres con la misma ligereza con que se bebían las copas de Champagne, el Lord G. dijo con aire de triunfo:

—Muy caro *cuesta* acercarse á las bellas de Sevilla. No me ha bajado á mí de dos mil libras.

Y refirió su aventura, que excitó grandes risas y chanzas.

Entretanto nadie había reparado en un hombre del pueblo que se mantenía inmóvil en el umbral de la puerta. Sobre la palidez mate de su semblante, hermoso y varonil, centelleaba con febril ardor el fuego de sus ojos.

— ¿Con que es usted, señor Tadeo, el que urdió esta intriga coronada de éxito tan feliz?—preguntó uno de los jóvenes ingleses al criado de Lord G., quien le hizo una humilde reverencia, sonriéndose modestamente.

—¡Valiente milagro!—dijo otro;—con dos mil libras en la mano, ¿creéis que hay albañil ni muchacha del pueblo que resista? ¡A la salud de vuestra Magdalena, Milord!

Y entrechocando los vasos brindaron.

—¡En memoria de Magdalena! — dijo una voz fuerte y sorda.

— ¡Ah! ¡me han asesinado! — exclamó el Lord G. cayendo con el pecho atravesado en brazos de sus amigos.

— Y aquí está vuestro dinero — continuó la misma voz arrojando un saco sobre la mesa, con tal ímpetu, que platos, botellas y vasos saltaron en mil pedazos.—Decid á vuestros paisanos — añadió — que el honor de una familia honrada no se compra en España con oro.

—Apoderaos del asesino — gritaron los ingleses lanzándose sobre él.

— Amigos — dijo el moribundo: — dejadle que huya; facilitadle los medios de hacerlo. Se ha conducido como un hombre de honor. Salvadle; es mi último deseo!

Fueron éstas también sus últimas palabras.

IX

No se pasa — dijo el centinela de la puerta de la cárcel pública, situada entonces en la calle de las Sierpes, á un joven que pretendía entrar.

—Puedo hacerlo — repuso éste;—acabo de matar á un inglés.

El centinela quiso apoderarse de él.

—Déjame—le dijo;—por mi propia voluntad he venido; considera si he de querer escaparme.

X

La noticia de este terrible suceso cundió rápida por Sevilla, y sólo se hablaba de él.

Uno de los más célebres abogados, interesado por Fernando, fué á ofrecérsele para encargarse de su defensa; pero todas sus gestiones para que le suministrara los medios de hacerlo fueron inútiles.

—He matado, y debo morir —respondía Fernando á todos sus argumentos.—Por otra parte —añadía:—¿quién puede volverme la honra de mi hermana? Sin ella no quiero vivir; las generaciones se han sucedido en mi familia sin que nuestro pobre pero honrado nombre se haya nunca manchado. Más vale la muerte, que ha de darme la Justicia, que no la infamia y el remordimiento.

No fué posible sacarle de estos razonamientos, y el abogado hubo de retirarse sin conseguir su noble objeto, y habiendo podido sólo obtener de sus averiguaciones que Fernando había tenido que empeñar el único

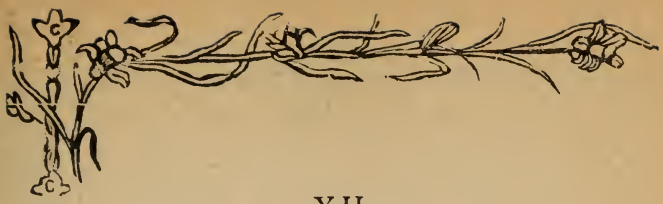
objeto de algún valor que poseía, recuerdo de su madre, para adquirir el puñal con que dió muerte al inglés.

A la observación que el Abogado le hizo de por qué había recurrido á este medio cuando tenía en su poder un saco de oro, contestóle Fernando entre indignado y sorprendido:

—¿Había yo de tocar al precio de mi deshonra? ¿al dinero del vil seductor?

XI

Por entre los naranjos cuajados de azahar que orlan el rio junto á Sevilla, navegaba un buque precioso y ligero como el ensueño de un niño. El sol naciente lo iluminaba, como la esperanza los primeros días del amor. Sus blancas velas se henchían de aire puro y embalsamado. La bandera inglesa, ostentando orgullosa sus vivos colores, ondeaba con gallardía y parecía gozar de aquella brillante atmósfera... Pero aquel buque llevaba un féretro, féretro de plomo que contenía los restos de Lord G. ¡Tal solemos contemplar á una bella y elegante dama que baja la corriente de la vida con la sonrisa en los labios y la serenidad en la frente, mientras que encierra su pecho el peso abrumador de un corazón muerto á impulsos de una pena desgarradora é implacable!



XII

En la plaza de San Francisco estaba erigido, en tanto, el patíbulo. Veíase expuesto en él á un hombre, cuyos miembros colgaban con una indefinible expresión de cansancio de la vida.

Su cabeza, poco antes erguida y noblemente altiva, el verdugo la había humillado. Una multitud compasiva y atónita contemplaba el cadáver con horrible anhelo. ¡Singular lección de moral pública!

Cuando el sol, que luce con la misma indiferencia sobre las dichas que sobre las desgracias de los hombres, se sumergió en su ocaso, las personas más ilustres de Sevilla cumplieron su deber de Hermanos de la Caridad bajando el cadáver y enterrándolo. ¡Honor que á los Reyes no da su corona, pero que la Caridad cristiana tributa á los infelices marcados con el sello de la infamia!

Vino la noche á extender sus fúnebres sombras sobre el sitio de aquella horrible catástrofe. Un hosco silencio reinaba en la plaza, sólo interrumpido por la fuente que murmuraba como un niño inocente, que todavía no ha comprendido el horror ni el

padecer, y por la campana del Convento de San Francisco, que daba las horas de un modo tan lúgubre y solemne como si cada una estuviese destinada á señalar alguna nueva desgracia.

Dos serenos se encontraron próximos á aquel sitio

—¿Vas á la plaza?—preguntó el uno.

—Bien quisiera no ir—replicó el otro,—porque me repele el cadalso.

—No vayas—dijo el primero;—allí hay una alma en pena. Estos ojos que ha de comer la tierra la han visto con su mortaja blanca; yo mismo la he oído gemir. ¡Sería el alma del infeliz Fernando!

—¡Iría, sin duda—observó el otro,—á la Sala de la Audiencia, donde tan inicuamente lo sentenciaron!

—¡Dios tenga misericordia de su alma!

—Amén—exclamaron ambos.

Y se separaron, siguiendo cada uno una calle distinta, y gritando:

—¡Ave María Purísima, las doce y media y nublado!

Cuando vino el día á descubrir los misterios de la noche, vióse tendida al pie del patíbulo, abrazada estrechamente con uno de sus maderos, á una hermosísima joven, rígida ya por el helado soplo de la muerte.

¡Era Magdalena, la infeliz Magdalena!

EPÍLOGO

El tiempo y el olvido, bálsamo á la par y azote del hombre, sepultaron no mucho después estos sucesos, como todos los de la vida humana. Nada quedó de ellos sino esta exclamación, de nuevo repetida en boca de los ingleses:

¡Los españoles son asesinos!

A lo cual replicamos nosotros, repitiendo asimismo á nuestra vez una frase hoy muy citada:

¡Así se escribe la historia!

LA CORRUPTORA

Y

LA BUENA MAESTRA

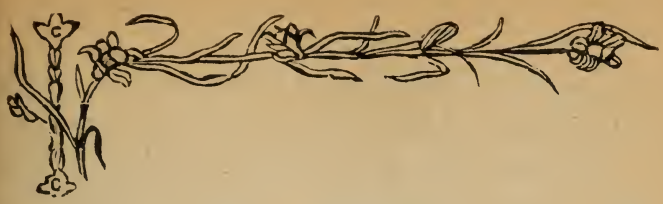
NOVELA DE COSTUMBRES

AL EXCMO. SR. D. CÁNDIDO NOCEDAL

Señor y amigo:

Cuando, hace algún tiempo, escribí el adjunto bosquejo, había pensado, antes de darlo á la estampa, haber hecho del bosquejo un cuadro con detalles más concluídos y con colores más vivos; pero en vista de que una reciente enfermedad me tiene por ahora con las fuerzas perdidas y el ánimo caído, mando á usted el bosquejo tal cual lo escribí, semejante á un capullo al que un norte frío y seco ha pasmado, sin dejarlo dilatarse y tomar colores. La idea en que se funda está demostrada: si esto basta, reciba usted este pobre y débil «siete-mesino» con esa indulgencia, hija de su amistad, que tanto complace, favorece y honra á su agradecido amigo

Fernán Caballero.



CAPÍTULO PRIMERO

PARÓSE ante la puerta de una casa principal, en una de las calles más céntricas de Madrid, uno de esos ligeros carruajes para uso de los jóvenes ricos y fastuosos que, bien ó mal, guían sus propios dueños. Saltó al suelo el de este carruaje, entregando al lacayo las riendas del magnífico caballo extranjero que de él tiraba, y se dirigió á la casa.

Era un joven alto, bien parecido, cuya elegancia en el traje no tenía más defecto que su misma exageración; la exageración en todas materias es el ímpetu que traspasa el blanco.

En el portal se encontró frente á frente con otro joven que llegaba á pie á la misma casa. Su físico era agradable; grave y dulce la expresión de sus ojos negros, vestido bien, aunque con mucha más sencillez y modestia que el primero.

Apenas se vieron cuando, con una exclamación de gozo, cayeron en brazos uno de otro.

—¡Isidro! *Provinciano* inamovible: ¿tú en la coronada villa?—preguntó el del carruaje.

—¿Y tú, ingerto parisiense? ¿Cómo tú por estos vulgares Madriles, privado de todos los encantos de las orillas del Sena? Verte por aquí me causa á mí igual extrañeza—contestó el interrogado.

—Hijo mío—repuso éste,—dicen los franceses, y mi padre y yo somos de la misma opinión, que los negocios ante todo, y á Madrid me trae uno muy atendible: me voy á casar.

—¿Y á eso llamas negocio?—dijo su amigo.

—Y el más trascendental de la vida.

— No hay duda — repuso sonriendo su interlocutor;—pero la calle no es el lugar más á propósito para confidencias de esta clase, y en vista de que vivo en esta casa, sube á mi habitación y hablaremos.

—Qué, ¿vives en esta casa? No sabía yo que hubiese en ella pupilería alguna, que si la hay, será desconocida y de poco fuste.

—Eso es cierto, por lo cual conviene á mi posición, á mis aspiraciones y á mis gustos, cosa que, por suerte, están en mí completamente de acuerdo. Vive en el tercer piso una buena señora que por muchos años tuvo casa de huéspedes, y ya no la tiene. En aquella época hospedó á mi padre, que pudo prestarle algunos ligeros servicios, y quedó con

ella en tan buenas relaciones, que exige siempre que mi padre ó yo venimos á Madrid que paremos en su casa, en la que nos asiste con esmero.

Así hablando, habían llegado los dos jovenes al tercer piso y entrado en una habitacion que, sin participar del lujo moderno, estaba cómoda y aseadamente alhajada. Sentáronse en un sofá de cojines forrados de damasco amarillo. Pero antes de seguir escuchando el diálogo que prosiguieron sentados en él, diremos en breves palabras quiénes eran estos dos amigos.

Ambos habían nacido en Salamanca. Isidoro era hijo de un profesor, hombre sabio y virtuoso que, dedicado á la enseñanza, se esmeró siempre en cuidar de la de sus hijos.

Amaro, tal era el nombre del elegante, era hijo de un tendero bien acomodado, hombre emprendedor y de mucha suerte que, por una serie ascendente de ventajosas especulaciones, había llegado á la sazón á ser uno de los capitalistas surgidos en la palestra de la especulación.

Isidro y Amaro habían concurrido á la misma escuela y después á los mismos cursos en la Universidad, los que, sin concluir, abandonó Amaro para reunirse á su padre, que se había trasladado á Madrid, donde podía ensanchar su círculo de acción.

Isidro fué recibido abogado, y había cinco años que ejercía su facultad con poco común acierto, aplicación y honradez, cuando, habiendo llegado á ser Ministro un amigo de su padre, ofreció á éste un Juzgado para su hijo, del que excelentes noticias tenía, con el fin de que ingresase en la carrera de la magistratura. Isidro dejó su bufete á cargo de otro abogado que había casado con una hermana suya, y vino á Madrid para activar el despacho del ofrecido nombramiento.

Isidro participó á su amigo esta última parte, que ignoraba, quejándose de que, tan pródigo en esperanzas, fuese este negocio tan nulo en resultados.

—Puede—añadió—que cumplan lo prometido; pero estas dilaciones á veces son más crueles que una negativa, que impide nacer y crecer las esperanzas, las que, si vivas nos sonríen y halagan, muertas son el tormento y desencanto de una vida que sin ellas habría sido buena y tranquila.

Cuando Isidro hubo concluído de hablar, le dijo Amaro con tono amistoso, pero asaz fatuo:

—Deja á mi cuidado el pronto despacho de tu nombramiento; me encargo de obtenerlo.

—Pues qué—repuso Isidro,—¿eres amigo del Ministro de Gracia y Justicia?

—No, no le conozco; pero te harás cargo que mi posición me da influencia, así como se la da á mi padre.

—Mucho te agradeceré que en esta ocasión la emplees en mi favor—repuso Isidro.—Mi cuñado ha caído enfermo, y mi padre me escribe que es precisa mi asistencia allá en estos momentos. Además, Amaro, yo también deseo casarme, lo que sólo pienso y puedo efectuar teniendo mi nombramiento.

—Mucho lo celebro, sobre todo si te trae ventajas. ¿Y es de Salamanca la futura jueza? ¿La conozco yo?

—No es de Salamanca, ni la conoces. Al llegar hace dos meses aquí, mi buena patrona D.ª Pepita no cesaba de hablarme con entusiastas elogios de una joven que con su madre ciega vivía en la buhardilla. Esta pobre señora, hija de un coronel, al quedarse muy joven huérfana, se casó con un oficial del regimiento, su pariente, que no tenía grado que diese opción á su mujer á viudedad. Ascendió á comandante y murió en la gloriosa guerra de Africa, dejando á su mujer y á una hija sin recursos. La hija desde entonces se aplicó de tal suerte á la costura, que ha mantenídose á sí y á su madre, pobre, pero decorosamente, no teniendo más ayuda sino la que le proporciona un tío pobre y avaro, que sólo les paga el alquiler

de su miserable morada. Al principio no paré mientes en cuanto me decía la buena D.ª Pepita, la que, unas veces se enternecía refiriéndome los tiernos cuidados con que la huérfana rodeaba á su madre; otras eran su juicio, su modestia y su laboriosidad el tema de sus celebraciones, y otras se indignaba contra la avaricia del tío ó contra las exigencias impertinentes de la señorita rica, para la que trabajaba la huérfana, que la hacía desbaratar muchas veces las cosas sólo por puro capricho, y esta caprichosa pollita, como D.ª Pepita la denomina, que es hija del dueño de esta casa y vive en ella...

Al oir estas últimas palabras Amaro soltó una carcajada, diciendo:

—Esta censurada pollita es la que va á ser mi mujer; y me parece que el amor que siente tu D.ª Pepita por la costurerita la lleva á ser demasiado severa con la que, si paga bien, desea ser servida á su gusto; pero observa, Isidro, una verdad patente, y es, que muy pocos hay entre los ricos que no sean compasivos y caritativos con los pobres; pero entre los pobres no hay uno solo que deje de ser ingrato y hostil hacia los ricos. Pero, prosigue, pues nada me has dicho todavía de quién sea la que has elegido para unirte á ella.

— Mucho te he dicho — repuso Isidro,— porque habiendo al fin conocido á Elena,

que ese es el nombre de la hija del comandante muerto en Africa, y viendo cuán ciertos y fundados eran los elogios que de ella me había hecho D.ª Pepita, comprendí que la mujer que tales virtudes practicaba era destinada á hacer la felicidad de un hombre honrado, debiendo ser, la que tan buena hija era, buena mujer propia y buena madre de familia.

—¡Con una costurera! — dijo con mal disimulado desdén Amaro.

—La hija de un valiente tiene los timbres de su padre; y Elena tiene además, los suyos personales, que son la aguja y el dedal.

— ¡Una mujer sin un cuarto! — prosiguió Amaro.

— Los españoles rancios ó provincianos no hemos hecho todavía del casamiento un *negocio*. Elena tiene, quizás debido á su misma triste situación, los mismos gustos que yo, que amo la sencillez como hermana de la verdad y de la inocencia, y odio el lujo, que es el cinismo de la vanidad.

— Tu alma en tu palma, Isidro — dijo Amaro.—Tú siempre has sido un poco filósofo y algo montado á la antigua, tomando las máximas morales á la letra como las leyes, y aplicando la austeridad á todas cosas, como la gramática al lenguaje. Hijo mío, no tienes actualidad, y esto es lo peor que te

puede acontecer; á los pobres inamovibles seres como tú los ridiculizó para siempre el gran Cervantes en su *Don Quijote*.

—Que tan justo fué—dijo Isidro,—que si los ridiculizó, hízolo sin despojarlos de su honradez, de su nobleza y caballerosidad. Pero dejemos esto, y dime á tu vez algo de la que has elegido por compañera.

—¡Oh! ¡Ya la verás! Es una hada, un ángel, una sílfide...

—No pon leres tanto, Amaro—dijo Isidro sonriendo,—que dice De Maistre que la ponderación es la mentira de las gentes honradas.

—¡Tate! — exclamó Amaro. — ¿Tú lees á De Maistre? Mis amigos en París le llamaban el gran Preste del obscurantismo.

—Pues sus escritos forman una de las lecturas preferidas de mi padre.

—Por lo visto, pues, ¿eres neo-católico?

—Si leer este y otros autores cristianos con preferencia á Renán y á filósofos anticristianos coloca al que los lee en esta categoría, lo seré.

—¿Y te atreves? — exclamó escandalizado Amaro.

Isidro le miró asombrado, y repuso:

– Dime: ¿tenemos acaso una inquisición anticristiana?

Amaro contestó riendo:

—Hablando francamente, creo que algo hay de eso. Pero á mí, ¿qué me importa ni lo que dice De Maistre ni lo que dice Renán?

Y así era, porque Amaro pertenecía á la gran falange que ha creado el indiferentismo, ese indiferentismo que ahoga el sentir, el pensamiento y la reflexión, y sólo deja el cálculo, sin más incitativo que la vanidad, sin más anhelo que obtener los medios de satisfacerla y sin más Dios que su cuerpo.

En este momento asomó á la puerta la cara vulgar, viva y benévola de D.ª Pepita, que dijo:

—Vamos, don Isidrito; ¿no sube usted? Las vecinitas nos estarán echando de menos, y ya don Tristán ha subido.

Pero al notar que Isidro, contra su costumbre, no estaba solo, añadió dirigiéndose á Amaro:

—Caballero, usted perdone; creí que no había en el cuarto más que mi huésped.

—Si es la hora en que tienes costumbre de visitar á tus vecinas, no te detengas — dijo Amaro á su amigo;—haz más: dame el gusto de presentarme á esas señoras, que siendo tu mejor amigo, tengo derecho y deseos de conocer.

— Sí, sí — exclamó doña Pepita; — suba usted á conocer las palomas de mi palomar, que no dará usted por perdido el tiempo que

eche y la molestia que se tome en subir unos cuantos escalones.

Nada tuvo que objetar Isidro, y aunque contrariado por el temor de que en la situación desgraciada y aislada en que se hallaban Elena y su madre no les agradarían visitas, con poco contento suyo, pero mucho de doña Pepita, subieron los tres á la buhardilla.

Cerca de la ventana estaba sentada una joven, tan atareada en la costura que tenía entre las manos, que apenas fijó la atención en el amigo que introducía Isidro. No era bella, pues una extremada delgadez y un color pálido y amarillento robaban toda frescura á sus facciones correctas, pero no finas; no obstante, su aire triste y modesto prestaban á su persona un singular interés.

En el ángulo inmediato, y apartada de la luz, estaba sentada una señora anciana, de fino y noble continente, en cuyo abatido rostro se abrían unos grandes ojos pardos, pero sin vista, lo que la hacía semejante á la estatua de la resignación. Esta señora, á un excelente carácter, unía un entendimiento muy claro y ese espíritu religioso verdadero que prescribe é infunde una completa conformidad en las desgracias, lo que impide que se agríe el ánimo y asimismo el vivir rebelado contra su suerte, que es el modo de empeorarla. Hacía esto que esta señora nunca ha-

blase de sí ni de sus quebrantos, lo que, naturalmente, es enojoso para las personas que no se interesan en ellos.

Entre su madre y Elena estaba sentado el tío de ésta y cuñado de aquélla, que era un viejo flaco; mal vestido, hasta rayar en desaseo; de nariz acaballada; de ojos hundidos, tristes é inquietos; de escasos y canosos cabellos, tan poco unidos entre sí como pobres en cotarro. Era este señor un ex-intendente militar, el que en sus tiempos había formado parte de una expedición enviada á América, en donde había adquirido fama de poco buena cabeza, ó cosa peor; en fin: de haber hecho con los naipes y otros medios poco honrosos una buena fortuna. Pero á su regreso á España tuvo la desgracia de perderla por la quiebra de un Banco de Norte-América en que había depositado sus fondos.

Desde entonces este señor se había convertido en el tipo de la miseria llorona, la que se ostentaba con motivo de este revés de una manera repugnante y ruin.

Doña Pepita sentó á Amaro junto á doña Manuela; se puso á su lado, teniendo á su izquierda á Isidro, que cerraba el círculo, lo que le colocaba cerca de Elena.

Después de los primeros cumplidos, dijo á media voz el ex-intendente á su sobrina:

—Deja la costura, Elena, y ven á tomar parte en la conversación, como lo exige la política

—Tío, me es imposible—contestó la pobre niña;—tengo que concluir esta chaquetita de embutidos, alforzas y buches para Blanquita Aransegui, que la quiere para mañana y que no gusta de que le falten, aunque pida lo imposible.

—¿De manera—repuso con queda y azorada voz su tío—que no me habrás puesto para mañana el cuello nuevo en la camisa vieja?

—No lo tema usted, señor,—contestó la joven;—velaré esta noche para que á usted no le falte su camisa.

Isidro, que había oído este coloquio, fijó sobre las abatidas y fatigadas facciones de Elena una mirada llena de interés, de compasión y de cariño.

El intendente lo notó, y exclamó en tono compungido:

—Vea usted, D. Isidro, á qué extremo me ha traído la desgracia: ¡si no fuese por la laboriosidad de mi sobrina, no tendría mañana camisa que ponerme! Porque ha de saber usted, caballero—añadió dirigiéndose á Amaro,—que el fruto del trabajo de toda mi vida, que á mi regreso de América puse en un Banco... ¡Banco maldito! que no pare-

cía sino aguardar el coger mi dinero para declararse en quiebra y dejarme por puertas. Pero á mi sobrina la remunero el trabajo que la pido pagándola, á costa de mil sacrificios, la habitación que ocupa, que yo desearía fuese un palacio. ¿No es verdad, Elenita?

Elena contestó sonrojándose:

— Usted nos socorre, tío; pero no me remunera mi trabajo; si esto creyese, lo haría con menos gusto del que tengo en hacerlo.

—¡Por *vía* de los gatos!—murmuró D.ª Pepita.—¡Remunerar! ¡socorrer! ¡cuando sólo le paga el alquiler de este miserable chiribitil!

—Pero ¿por qué—preguntó Amaro—no se lleva usted á estas señoras á vivir consigo á su casa?

—Pues ¿acaso tengo yo casa? ¡Ni aun en casa de huéspedes vivo! — exclamó en tono de lamento el intendente. — Estoy recogido en un mal entresuelillo en un barrio pobre y solo, con la viuda anciana de un sargento, que nos asiste á un sobrino suyo, sacerdote, y á mí; y aunque pobremente, lo paso bien por la economía y sosiego que logro, pues en las casas de huéspedes desuellan á uno...

—¡Es lo que me queda que oir!—exclamó indignada D.ª Pepita. — ¡Desollar! ¡Perder una el capital que tiene que emplear en mon-

tar una decente casa de huéspedes, los que en ellas se creen todo permitido y lícitas todas las exigencias, teniendo cada cual diferentes gustos; y si son extranjeros no digo nada! Estos lo quieren todo guisado con manteca de Flandes, lo que no gusta á los de por acá, y menos si son andaluces, que todo lo quieren guisado con aceite. En una ocasión tuve un huespedito francés; era pintor y se decía *artiste*, lo que en su tierra quiere decir *guasón*, porque así lo llamaba otro huésped andaluz. Este no se cansaba nunca de hacerme todos los días la misma pregunta, que era si estaba en Madrid muy caro el aceite, pues para lechuza no tenía precio mi andaluz. Un día en que les puse una pescada cocida, recordando la peregrina pregunta de mi andaluz, al aliñarla la eché abundantemente aceite; aquel día no se presentó éste á la hora de comer, y serví al francés la pescada. De allí á poco oí una voz lastimera que me llamaba: «¡Madama Pipelet, madama Pipelet!», que era como me nombraba, porque decía que á las Pepas así se les decía en su tierra. Acudo, y dejo á la consideración de usted cómo me quedaría, y el asombro que se apoderó de mí cuando me encuentro con el comedor á oscuras, con todas las puertas y ventanas cerradas, como á media noche. Sobre la mesa estaba mi pes-

cada, acostada en su plato como en un ataúd, y todo alrededor de ella, en el aceite, ardiendo, cuantas mariposas había hallado el dichoso niño en una cajita que yo guardaba en el cajón de la mesa.

Doña Pepita no pudo proseguir, por atolondrarla las ruidosas carcajadas de Amaro y de Isidro, á las que se unieron la suave risa de Elena y aun la de su madre. En cuanto al ex intendente, no se reía nunca.

—¿Ustedes le hallan á esto gracia?—prosiguió D.ª Pepita.—Pues yo, ni la hallé entonces, ni la hallo ahora maldita la gracia.

—Ni yo—añadió el ex intendente.—¡Qué dolor de aceite!

—Y añada usted, ¡qué dolor de pescada! Porque las mariposas la sollamaron y pusieron tan negra, como si hubiese salido del mar Negro; de manera que sólo los gatos la pudieron comer. Estas son las ganancias que dejan las casas de huéspedes, señor mío.

—Pues usted no se puede quejar, amiga; usted, que habiendo hecho su agosto, se ha retirado á vivir de sus rentas como una propietaria.

—Gracias á que heredé de un tío alguna cosilla—repuso D.ª Pepita.

—¡Quien hizo un viaje á China, fuí yo—prosiguió en tono llorón el ex intendente,—con poner mi dinero en el Banco que quebró!

—¡Déjenos usted ya de su Banco!—se apresuró á decir D.ª Pepita, — que en tomando usted el tema del Banco es preciso sentarse en el de la paciencia los oyentes.

—¡No, que usted con las cuitas de su casa de huéspedes!...

—Eso tiene lances,—dijo interrumpiéndole D.ª Pepita,—y si no, vea usted cómo el señor decía que se las refiera.

Efectivamente, Amaro, divertido con los percances y cuitas de D.ª Pepita, le preguntaba:

—Y el andaluz, ¿dió á usted sobrenombre?

—Sí, señor, me llamaba la *Gran Capitana*, y su paisana, pues era de Córdoba; creí al principio que era esto alusivo á que mi marido había sido capitán; pero, no, señor, se refería á mis cuentas, el muy ingrato, que dejaba sin satisfacer gran parte de lo que me debía.

Mientras D.ª Pepita contaba sus pasadas tribulaciones á Amaro y disputaba con el ex intendente, Isidro decía á Elena, que le interrogaba con la vista.

— Lo más olvidado en el Ministerio, Elena mía, es mi nombramiento. No lo extraño, la política lo absorbe todo; y no es este mi mayor pesar, porque Amaro me ha prometido activar este negocio, y lo puede hacer mejor que yo; lo peor es que he tenido carta de mi

padre, en la que me dice que la enfermedad de mi cuñado, que se ha agravado, hace indispensable mi regreso á Salamanca.

Elena hizo un gesto de sorpresa y de dolor, exclamando:

— ¡Oh! ¡Isidro, por Dios, no te vayas!

— Me lo dice mi padre — repuso Isidro;— además, tu conocerás que, no sólo está en mis intereses el volverme cuanto antes y ponerme al frente de mis abandonados negocios, sino que es el regresar un deber de familia y de gratitud, del que no puedo desentenderme.

Mientras Isidro hablaba, tenía Elena que secar con su pañuelo las lágrimas, que unas á otras se seguían, gruesas y rápidas como las gotas de lluvia de aquellas nubes que llevan tantas que no las pueden retener.

— No quiero — murmuraba — que caigan lágrimas sobre esta prenda. Blanca quiere recibir sus atavíos tales que parezca que no les han tocado manos; con cuánta más razón exigirá que no los ajen las lágrimas; no las ha vertido nunca, y no sabe que es á veces imposible contenerlas.

— ¿Y por qué las viertes?—dijo con interés y cariño, pero con la moderación propia de su carácter y educación, Isidro.

— Si otra causa no tuviesen, me las haría verter esa pregunta,—contestó Elena;—¿tan poco cruel te parece el dolor de la ausencia?

— Siempre es triste la ausencia — repuso tranquilamente Isidro;— pero cuando es tan corta como lo será la nuestra, no desconsuela; es como la voladora y pequeña nube que esparce una pasajera sombra, pero no empaña el cielo.

— ¿Y si olvidas á esta pobre y arrinconada desvalida?

— ¿Eso temes? — preguntó entre asombrado y sentido y con su inmaculada honradez Isidro.— ¿Qué dirías de mí si yo respecto á ti abrigase semejante temor?

— Tal cosa no sería dable — respondió Elena,— porque mi poco mérito, mi situación y mi modo de vivir, encerrada y solitaria, hacen imposible para mí un cambio, aun dado caso que no lo hiciese imposible mi corazón.

En este momento se levantó Amaro, y después de despedirse de su madre, se acercó á Elena, á la que dijo:

— Permítame usted que, así como Isidro me ha proporcionado el placer que he sentido al conocer á la digna joven que ha escogido por compañera, que tenga también la satisfacción de que mi mejor amigo conozca y sea conocido de la que va á ser la mía, deseando que mi elección pueda agradarle tanto como á mí me ha agradado la suya.

Isidro no pudo negar á su amigo su amistosa petición, y ambos salieron, dejando á

D.ª Pepita y al ex intendente en una nueva y acalorada disputa, por oponerse la primera á que Elena, á la que había visto llorar, cansase más sus ojos poniéndole el cuello nuevo en la camisa vieja de su tío.

Los dos amigos, entretanto, bajaban al cuarto de D. Jaime Aransegui, futuro suegro de Amaro.

En un fastuoso salón hallaron reunidos al padre, á la hija y á la aya de esta señorita, inglesa é inofensiva autómata llamada miss Sibila.

Don Jaime, en cuanto no se rozaba con negocios, era todo un buen señor: en su hogar era el buen padre, el hombre limitado y bonachón que lo había hecho la naturaleza; pero en su escritorio era el hombre poco escrupuloso, inmoral y duro, que de él habían hecho la codicia y el espíritu de su época.

Blanca era preciosa y muy joven, pareciéndolo aún más por haber pasado sin sentir en una vida regalada, sin enseñanza ni sujeción, de la edad de niña consentida á la de joven mimada. La riqueza y su humilde paje la adulación habían, cual la cizaña, impedido desarrollarse al buen trigo en su corazón. Sobre su inteligencia, luz á la vez fija y vacilante, no se habían cuidado sus guías de poner el firme cristal que le diera dirección y estabilidad, ni la suave pantalla de la mo-

destia que quebrase los descarados rayos de la arrogancia, esa vana espuma de todo poder.

Blanca estaba mirando unos figurines de moda, mientras el padre leía los periódicos y el aya hacía una labor de gancho.

Amaro introdujo á su amigo, primero con D. Jaime y después con Blanca, que lo miró de arriba abajo, y que, después de esta inspección, y de hacer, quizás sin ella notarlo, un imperceptible gesto desdeñoso, siguió ocupándose del periódico de modas.

— ¿Qué opinan ustedes — preguntó don Jaime á los dos amigos — de ese hurón del Japón, que no quiere abrir sus puertas á las naciones cultas y de la actitud que va tomando la Prusia?

Y por un rato siguió sobre este tema discurriendo del modo más necio D. Jaime, hasta que un bostezo muy sonoro de Blanca avisó á su padre que la aburría aquella conversación.

— Blanquita, hija mía — le dijo éste,— ¿es posible que no te interesen *estos eventos palpitantes de interés y llenos de actualidad*?

El lenguaje de los periódicos, que eran la única lectura que en su vida había hecho don Jaime, se había infiltrado en su lenguaje como gotas de ponche en un gazpacho.

— Ni poco ni mucho, padre — contestó Blanquita, que se complacía en mortificar á

D. Jaime llamándole *padre* en lugar de *papá*, denominación que este buen señor hallaba mucho más elegante, más sonora y más fina.

—Hija mía: la Prusia es una gran Potencia, patria de Federico el Grande.

—Será, señor — respondió su hija; — pero ello es que Federico el Grande, y el chico, y su mujer, y sus hijos, y toda la gente de Prusia se me figuran azules, así como los del Japón todos muñecos de porcelana y laca. Déjese usted, padre, de Prusia y del Japón, y vamos al Prado, lo que tiene mucha más *actualidad*, como usted dice.

—¡Qué gracia! —exclamó don Jaime; — vamos, si esta hija mía es la más *espiritual* de las herederas de Madrid.

—No me diga usted *espiritual*, padre, que las gentes que no leen periódicos ni sus folletines traducidos me van á tomar por beata, y puede que á fuerza de oírselo á usted decir se me antoje serlo.

—Si tal intentases—exclamó D. Jaime, haciendo esfuerzos para aparecer majestuoso,—te aviso que emplearía toda mi potestad paterna...

—¿Qué habla usted de potestad paterna? —le interrumpió Blanca. — ¿Qué antiguallas son esas? Sepa usted que eso de la potestad paterna no tiene *actualidad* ninguna.

Padre, me voy á poner el abrigo y el sombrero; vuelvo al instante; esté usted pronto cuando vuelva, y no me haga usted aguardar.

— Una niña bonita y déspota — dijo don Jaime cuando su hija se hubo alejado — es lo más *delicioso* que existe. Si fuese dable que á mi edad pensase en volverme á echar las *duras cadenas* del matrimonio, arrastrado á ello por una *pasión volcánica,* sería con una niña como Blanquita, excéntrica como una heroína de novela; caprichosa como las auras de la primavera; que fuese un ángel en la forma, con algo de diablo en la esencia, porque este es el tipo de la mujer que nos ha de enloquecer, según lo afirman los que lo entienden.

Isidro oía á D. Jaime asombrado. Tales dislates, emitidos por un estudiante, le hubiesen extrañado menos; pero oirlos en boca del que llevaba guarnecida su frente de una bella corona de canas, le indignó.

— ¡Pobre hombre! — pensó; — ¡al que un poco de mala política y otro poco de mala literatura, traducida ó imitada, han embrollado las ideas, haciendo de él un ente absurdo!

— Los señores me permitirán que escriba una esquela antes que venga Blanquita, que, si no me halla listo para salir, se va á enfadar, — dijo D. Jaime entrando presuroso en el gabinete.

Cuando estuvieron solos ambos jóvenes, preguntó Amaro á Isidro:

— ¿Qué te ha parecido Blanca?

— Muy bien de cara y muy extraña de maneras — contestó Isidro.

— Estas maneras *sans façon* y de mujer emancipada están al uso del día y son de *buen tono.*

— Concedo — repuso Isidro — que sean de *buen tono;* pero no de que éste sea bueno.

Entró Blanca elegantemente prendida; al ver que su padre no estaba presente, se acercó á la puerta de su gabinete gritándole:

— Todavía no ha acabado usted, *Padre Eterno.*

—Voy, voy, Blanquita, hija mía; sólo me queda que poner á la carta el sobre.

—Envíela usted sin él.

Don Jaime al llegar al coche ofreció un asiento á Isidro, que atentamente lo rechazó; le ofreció con española urbanidad su casa, le dió á la inglesa un vigoroso apretón de manos y subió al coche, en el que, con un movimiento á la vez indolente y brusco, le había precedido su hija.

CAPITULO II

Un año había pasado; un año en la vida pasa más ó menos pronto; pero un año en los libros pasa entre dos renglones.

Isidro lo había pasado afanado en los acumulados negocios que le proporcionaban su bufete y el de su cuñado, al que á su vez reemplazaba en su desempeño, en vista de que la enfermedad que le aquejaba se había agravado. Los ratos de descanso los empleaba Isidro en aliviar á su hermana en los cuidados y la incesante asistencia que requería la enfermedad de su marido, los que con tan admirable celo, inteligencia y abnegación prestan las mujeres españolas á los enfermos que asisten.

Así sucedía que, como una vida exclusivamente ocupada por el trabajo y por los cuidados y deberes de familia deja los intereses personales en segundo término, Isidro no se entregó á toda la inquietud y desasosiego que debían producir en su ánimo dos circunstancias que, si bien paulatinamente, vinie-

ron á herir su delicadeza y á lastimar su corazón.

Era la primera la falta de celo y eficacia de Amaro en activar el despacho de su nombramiento de Juez. Al principio de su ausencia le había escrito algunas cartas dándole cuenta de algunos pasos sin resultados que con el referido objeto había dado, tropezando siempre con dificultades, ya por cambios de Ministros, ya por anteponerse á lo justo y á lo prometido injustificables exigencias de diputados y periodistas, viendo con dolor que no es la senda marcada por la ley y la justicia la que conduce al logro.

Las cartas de Amaro fueron escaseando y haciéndose cada vez más lacónicas.

Isidro, que no tenía orgullo ni amor propio, y que por lo mismo que carecía de esos vicios de almas inferiores, tenía la primera virtud de las superiores, la dignidad intransigente, no le volvió á escribir ni á recordar su promesa, diciéndose á sí mismo con tristeza, pero sin encono, que cierto es el refrán pesimista: «á muertos é idos no hay amigos.»

La otra causa de dolorosa extrañeza que tenía era el que las cartas de Elena, que en los primeros días de ausencia habían sido largas, sentidas y apasionadas, se habían trocado después en cortas y ásperas, conte-

niendo sólo quejas amargas por su prolongada ausencia, mostrándose en ellas decidida y aferrada en no admitir como válidas ninguna de las razones que motivaban la necesidad apremiante de la permanencia de Isidro donde se hallaba.

En vano fué que procurase éste disipar los fantasmas que se forjaba la imaginación de una mujer que era, por carácter y por causa de su situación precaria, celosa y desconfiada.

Al fin del año, el cuñado de Isidro se restableció, lo que coincidió con la reposición del amigo de su padre en su importante destino, por lo cual Isidro, sin desatender sus deberes, pudo satisfacer sus vivos deseos de trasladarse á Madrid.

Al llegar á dicho punto se encaminó como es de suponer, á su acostumbrado hospedaje en casa de D.ª Pepita.

Al verlo ésta demostró la mayor alegría, y después de darle mil bienvenidas, le dijo con una sonrisa significativa:

—Cuánto se ha hecho usted aguardar, don Isidrito; por fin viene usted á dar el pésame; pero ya viene tarde, pues las lágrimas (caso que las haya habido) mucho ha que se han secado.

—¿Qué pésame?—preguntó Isidro alarmado.

—Vamos, vamos, camastroncillo—repuso D.ª Pepita; — que se hace usted el desentendido y sabe tan bien como yo lo que pregunta.

—Nada sé, señora.

—Pues qué, ¿ignora usted que murió casi de repente el triste D. Tristán, y que ese avariento, miserable, sin entrañas, que veía sin apiadarse á su sobrina trabajar de día y de noche, ha dejado una inmensa fortuna? ¿Usted no lo sabía?

—Yo no.

—¡Pero cómo es esto posible! ¿Ni tampoco sabe usted que la disfruta Elena, porque su dueño no se la pudo llevar al otro mundo, de manera que como no tenía más heredera legal sino esta sobrina, todo ha recaído en ella?

—¿Y de qué murió?—preguntó Isidro.

—De un accidente — contestó D.ª Pepita.—Su buena patrona mandó inmediatamente á avisar á D.ª Manuela la novedad; no pudiendo ir allá la pobre señora, me suplicó que acompañase á Elenita para que prestase á su tío la asistencia debida. —¡Ay, D. Isidrito! ¡no se me olvidará mientras viva lo que allí presencié, que fué la muerte de un avariento que no ha pensado en su vida más que en su dinero, y esta muerte es espantosa! ¡Qué sabia es la Iglesia en haber

colocado á la avaricia entre los pecados capitales ó mortales! ¡Yo que lo creía más inocentón que los otros seis! y es tan malo ó más; pues aunque mete menos ruido y es menos escandaloso que los otros, estoy para mí que aparta más el alma de Dios. No, no, D. Isidrito, no quiero riquezas si han de enterrar mi alma en metales antes que mi cuerpo en tierra.

—Dice usted bien, y como una buena cristiana que es, que no olvida que tiene un alma que Dios nos comunicó con su soplo después de haber formado nuestro cuerpo del polvo de la tierra. Pero prosiga usted su relación.

—Cuando Elena y yo llegamos á la zahurda que su tío habitaba, vimos tendido sobre un catre de tijera á su dueño, cubierto de sucios jirones, el que permanecía sin sentido; una mala mesa de pino, dos sillas rotas y un gran arcón de hierro con doble candado, era todo lo que allí se encontraba. El médico estaba á la cabecera del enfermo, sin haber dispuesto otra cosa sino que se llamase al sangrador y que se trajese el Santo Oleo, el que apresuradamente había ido á requerir el buen sacerdote que en la misma casa vivía. Pero ni el auxilio espiritual ni el corporal llegaron á tiempo, pues á poco de haber entrado el médico y nosotras abrió aquel hombre, casi cadáver, desmesurada-

mente los ojos, los que desatentados y saliéndose de sus órbitas se fijaron en el arcón de hierro, y solevantando su exhausto cuerpo sobre el codo, con las ansias de la muerte, y sin apartar sus ya quebrados ojos del arcón, hizo un último esfuerzo, y con voz ronca y acento desesperado gritó: *¡Ahí queda!* y recayó horrible y desfigurado cadáver sobre su inmunda almohada.

Isidro, á pesar de su carácter sereno y contenido, hizo un gesto de repulsa, diciendo en seguida:

—¡Dios se haya apiadado de esa alma degradada!

—Ya le dije á usted, D. Isidro — prosiguió D.ª Pepita,—que lo que allí vi no lo olvidaré mientras viva. No padezco de nervios, como las damas enfermas ó niñas románticas; pero la muerte de ese hombre tan olvidado de su alma, de otra vida y de un Supremo Juez que de ésta nos pedirá cuenta, me horrorizó á punto de sentir una congoja y temblor nervioso, que traté y pude dominar con la oración, que aparta el espíritu de las cosas terrenas; pero ocho noches estuve sin poder dormir, porque siempre tenía ante mis ojos aquel espanto.

Apenas murió, cuando Elenita y yo quisimos retirarnos; pero la patrona y el clérigo que en la misma casa vivía no lo consintie-

ron, pretextando que, como era de suponer que tuviese el difunto la llave de aquel arcón (su solo pensamiento en vida y en muerte) debajo de su almohada, suplicaban á los presentes que no se moviesen de allí hasta que llegase el Juez del distrito, al que ya habían mandado á llamar para contrastar é inventariar lo que el difunto dejaba.

A poco llegó el Juez, trayendo testigos. La llave del arcón se halló, efectivamente, debajo de la almohada del muerto, cuya cabeza parecía retenerla todavía con su peso.

El arcón fué abierto por el Juez, que hizo formar un inventario de lo que contenía, que todos los que estaban presentes firmaron como testigos.

Mentira, mentira, la de la quiebra del Banco, D. Isidro. En el arca estaban los documentos que acreditaban que por el tiempo de su regreso de América había puesto cien mil duros en el Banco de Inglaterra y otros cien mil en el de Francia. Metidos en talegos, en buenas onzas de oro, tenía todos los réditos de este dinero año por año, de manera que estaba el capital más que doblado. Además tenía casi todo lo que como jubilado había cobrado del Tesoro, puesto que nada gastaba.

En lo demás, ni notas, cuentas, ni testamento se hallaron; de manera que no

teniendo hermanos ni más sobrina que Elenita, ésta ha sido declarada heredera universal, y ha sido puesta en posesión de ese enorme caudal.

Si no se lo ha escrito á usted es porque desea sorprenderlo, y para no quitarle esa satisfacción, no se dé usted por entendido de que lo sabe.

Lo que había oído dejó á Isidro parado. Había en su alma noble y digna un sentimiento indefinido que lo llevaba á repeler la idea que él, pobre en la actualidad, con un porvenir que todo lo más llegaría á ser descansado y honroso, pero nunca opulento, se uniese á una mujer poderosa.

—Vamos, ¿qué me dice usted de su buena suerte? — le preguntó D.ª Pepita.

—Yo hubiese deseado—contestó Isidro—que su tío hubiese dejado algo á su sobrina; pero que fuese menos, que fuese poco.

—¿Qué está usted diciendo? — exclamó la buena señora, incapaz de comprender las elevadas, razonables y delicadas ideas que habían inspirado á Isidro lo que acababa de decir.

Este se sonrió y repuso:

—Señora: digo que soy tan lugareño y tan vulgar, que no me deslumbran ni deseo grandes riquezas, que suelen ser más provechosas á la vanidad que á la dicha.

—¡Jesús, María! — exclamó D.ª Pepita;— desde las que oía á mi andaluz y al *artista*, no he oído proposiciones más descabelladas. ¡No querer mujer poderosa! D. Isidro: el romanticismo y sus extravagancias han pasado de moda; ahora lo está el dinero y el lujo, que llaman género *positivo*.

—Voy á ver á esas señoras — dijo Isidro levantándose.

Y añadió distraídamente:

—¿Viven aún en el cuarto piso?

—¿Qué está usted diciendo, señor? — repuso D.ª Pepita. — Viven en el principal, en el cuarto que ocupó D. Jaime Aransegui; como que Elena compró la casa cuando se vendió.

—¿Que se vendió la casa? — preguntó asombrado Isidro.

—Sí, pues fué labrada y era propiedad de D. Jaime, por lo que fué vendida poco después de su muerte, porque, á pesar de la bambolla con que vivía, dejó las cosas tan enredadas, que su hija ha quedado por puertas.

—¡Pobre Blanquita!... — dijo compadecido Isidro; — con la educación que ha recibido, con las costumbres que la han hecho adquirir, debe sufrir mucho con ser pobre; pero esto es transitorio, porque en casándose con Amaro...

—¿Casarse con D. Amaro? — interrumpió D.ª Pepita, — ¡buena hora es! Este señor no piensa en cuanto á dinero como usted; no desea poco, sino mientras más, mejor; y como se casaba por conveniencia, como se dice hoy y según dijo el boquifresco pretendiente, y las circunstancias han cambiado, estaba libre de todo compromiso.

—¡Pobre Blanquita! — repitió compadecido Isidro.

—Sí, y no — repuso D.ª Pepita. — Ella no ha sentido el proceder de su amigo de usted, pues, por lo visto, no le quería. Como Elena es tan buena, la ha recogido y la tiene á su lado, pero con el cargo de asistir y acompañar á su madre.

—¡Ya! — dijo Isidro; y ese *ya* que la buena D.ª Pepita no supo evaluar, hacía descender mucho de la altura en que D.ª Pepita la colocaba la bondad de Elena.

—Vaya usted con Dios — dijo ésta á su huésped, que tomaba su sombrero. — Allí encontrará usted á su amigo, que es el *tu autem* de Elenita. Él la compró la casa, y ha colocado su dinero. Sus dos hermanas, de las cuales una es viuda, se han apoderado de ella, á quien acompañan y llevan á todas partes, en vista de que su pobre madre no puede hacerlo.

Isidro estaba confuso, atolondrado.

Las noticias que le había dado D.ª Pepita, ciertas en lo concerniente al fondo de las cosas, eran superficiales y daban sospechas sin seguridad, y ésta era la que deseaba Isidro cuanto antes tener, por lo cual se apresuró á bajar á la habitación de su prometida, á la que le precederemos.

En el testero de un suntuoso salón, sobre un rico sofá, estaban sentados Elena y Amaro. Aquélla vestía aún un luto lujoso, adornado y alegre.

Amaro la decía en aquel momento:

—Mi padre era el que estaba empeñado en que me casase con Blanca, la que nunca me agradó, así como yo no tuve la suerte de hacerme querer.

Desengañado al fin mi padre de que este matrimonio no me haría feliz, y teniendo por otro lado fundadas quejas de D. Jaime, desistió de su empeño, dejándome libre de elegir compañera, según me inspirase mi corazón. Ahora bien, Elena: ya le he dicho á usted que desde que vi á usted... (pondremos aquí un etc. para evitarnos repetir, y al lector leer, el empalago de las palabras de un amor salido del arcón de hierro del miserable avaro), me propuse—prosiguió Amaro,—como leal amigo de Isidro, no volver á ver á usted; pero puesto que él se ha portado tan inícuamente, faltando á su palabra y olvi-

dando sus compromisos, puedo, sin faltar á la delicadeza, seguir los impulsos de mi corazón. Además, Elena, el mundo es mundo, y en el mundo vivimos; bueno ó malo, hijos somos de nuestro siglo; si la suerte destina á usted á ser uno de los astros que brillen en las altas regiones de la capital con la esplendidez que le proporcionan sus riquezas, sería un suicidio irse á un villorrio á ver firmar sentencias á su marido.

—¡Eso nunca! — dijo con decisión y desdén la flamante millonaria.

—Elena: á usted corresponde un partido adecuado, que aumente y no eclipse el brillo de su posición.

Al pie del salón estaba sentada D.ª Manuela en un sillón apartado de la luz del día, y á su lado estaba Blanca, cubierta de un sencillo y triste luto, leyendo en alto.

—Ya estarás cansada, hija mía — le decía con cariño y dulzura D.ª Manuela; — deja, pues, la lectura; te lo pido.

—Señora, permítame usted que prosiga —respondía Blanca; — ¡lo hago con tanto placer! no sólo porque á usted se lo causo, sino por lo que á mí me interesa la lectura. Mi pobre padre (que de Dios goce) me quería tanto, que nunca me obligó á ocuparme en nada serio, y me crié como la mala hierba, sin cultivo. ¡Cuánto he aprendido desde que

tengo la dicha de estar al lado de usted! ¡Cuánto, por sus lecciones, por su ejemplo y por las buenas lecturas espirituales, instructivas y amenas en que repartimos el tiempo!

—Las lecturas, hija mía — repuso D.ª Manuela: — deben instruirnos, aclarar nuestro entendimiento, formar el buen sentido, refinar el gusto, ennoblecer los sentimientos, reprimiendo sus excesos para que no se desboquen en pasiones, y avivar los amortecidos para que no se emboten en la inercia, para lograr de esta suerte que la razón domine en la juventud...

—Y la bondad y la austeridad en la edad madura, como en usted, señora, se ve — interrumpió Blanca.

En este momento entró Isidro.

Amaro se levantó sorprendido al verlo; pero dominando cierto embarazo, causado, no por su conciencia, sino por consideraciones mundanas, fué á su encuentro y le dijo:

—Bien venido. ¿Cómo no has avisado tu llegada?

—Nunca lo he hecho — contestó fríamente Isidro, que se acercó á saludar á D.ª Manuela.

Esta le recibió con las más sinceras demostraciones de satisfacción y de cariño. Saludó igualmente á Blanca, preguntándola

si había olvidado al amigo que Amaro había introducido en su casa.

—No, señor — contestó Blanca, y añadió sonrojándose: — ni tampoco he olvidado la manera inconveniente y descortés con que lo recibí; era muy niña y muy necia entonces.

Isidro se acercó á saludar á Elena. Toda la dulzura, timidez y modestia con que la pobreza y su triste situación habían hecho tan simpática y atractiva la persona de Elena, habían desaparecido; había envanecido, lo que contribuía á dar á su talante erguido una altanería y entono que rechazaba á las gentes razonables y cultas, que no han llegado á hallar (á la moda del día) atractivos y gracias, en vicios, defectos y rarezas. Sus cejas negras, que eran muy pobladas, se unían en este momento, formando un entrecejo duro y desdeñoso. Todos los santos y poéticos atractivos de la virgen cristiana se habían desvanecido al soplo del orgullo y de la vanidad, del deseo de lucir y de dominar.

—Elena — le dijo Isidro con tristeza: — ignoraba vuestro cambio de situación; lo celebro, si os hace feliz; pero, por mi parte, mucho he sentido no subir á aquella modesta habitación, que encierra para mí tan gratos recuerdos.

— Pues mucho he celebrado yo dejarla — contestó Elena, — porque para mí no tiene más recuerdos que las muchas lágrimas que por distintas causas en ella he derramado; no siendo las menos amargas el olvido y abandono que sufrí cuando era pobre y que...

Elena iba á añadir, «y que si cesa no será debido al amor;» pero Isidro, que adivinó el final de la frase, la interrumpió, diciendo:

— No prosiga usted, señora, ni piense que sea necesario el insulto para alejarme; basta desearlo.

Lo que diciendo se alejó. La indignación hacía hervir su sangre; pero no por eso le abandonó esa calma y esa sangre fría que, cuando no es debida á una naturaleza insensible y floja, es la varonil fuerza de voluntad, patrimonio de naturalezas superiores, y la que se mira propiamente simbolizada en esos grupos de la estatuaria griega en que se ve un hombre fuerte y hermoso que sujeta por el freno, con vigorosa mano, cuatro fogosos caballos que se encabritan y tascan el freno.

Isidro se acercó á D.ª Manuela para despedirse.

—¿Se va usted ya, D. Isidro?—le dijo con profunda tristeza la buena madre, que presentía lo que acababa de suceder.

Isidro se disculpó con los quehaceres que le traían á la capital; pero prometió volver.

—¡Sí, sí, vuelva usted!—rogó la excelente señora, que tan capaz era de apreciar lo que valía Isidro.—De noche vienen sus amigas á llevarse á Elena al teatro ó á sociedades numerosas, y, á no venir D.ª Pepita, estamos solas con esta pobre niña, que en vano me esfuerzo por consolar de la muerte de su padre; tráigale usted consuelos.

—¿Consuelos por la muerte de un padre? ¿Acaso los hay?—repuso Isidro. — Pero admito con gratitud el permiso de acompañar á ustedes en sus horas de soledad, que lo son también para mí.

—¿Recuerda usted á mi padre?—preguntó Blanquita.—¡Mi pobre padre, cuánto sufrió en su cuerpo y en su espíritu! ¡Y yo, niña egoísta y loca, no veía apenas sus padeceres, ni sospechaba la causa! Cuando quería introducir alguna economía, que el estado de sus negocios hacía necesaria, ¡Dios mío! yo me oponía con ese despotismo de niña mimada, que es la serpiente del labrador que le dió vida en su seno. Veía sufrir y desmejorarse al mejor de los padres, y en lugar de consolarle y de provocar una confidencia que me hubiese hecho compadecerlo y cuidarlo, forzaba al padre amante, que no sabía resistirme, á llevarme á paseos y teatros, en los que tanto se aumentaban sus sufrimientos! ¡Oh Dios, qué conducta! ¡Ella con-

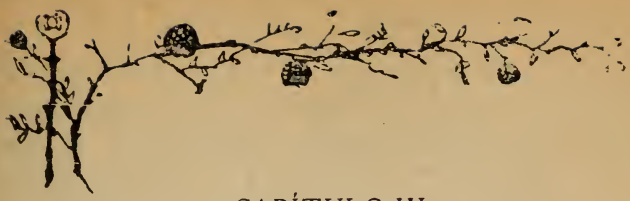
tribuyó ciertamente á acelerar su muerte! ¡Y su recuerdo graba en mi alma tal dolor y tan acerbos remordimientos, que han de amargar toda mi vida! ¡Los buenos hijos pueden hallar consuelo; los malos no!

A Blanca cortaron sus sollozos la palabra.

—Hija mía—le dijo D.ª Manuela,—tu reciente dolor por la muerte de tu padre hace que exageres tus faltas, que no han sido hijas de tu corazón, sino de tu viciada educación; y la prueba es la esmerada y cariñosa asistencia que tuviste á tu buen padre cuando, al agravarse el mal, no te lo pudo ocultar. Pero para ti, Blanca mía, ha sido la primera desgracia de tu vida, como dice un autor, el rayo que derribó á San Pablo.

Isidro miraba y oía con admiración á aquella joven, tan completamente transformada por la desgracia; aquel orgullo necio y frívolo que antes ostentara, anonadado por la pobreza; aquella fría indiferencia, ahogada por las lágrimas; aquel espíritu frívolo, sentado y madurado por la instrucción y buenas lecturas; aquel completo vacío del corazón y de la cabeza, ocupado por la reflexión y los sentimientos religiosos, que son las alas que alzan el sentir y la mente á aquellas altas regiones por las que el alma ansía. ¡Qué contraste formaba con Elena, esa mujer que abusaba del lujo como legítima pobre enri-

quecida; aquella mujer que daba oídos al hombre rico y elegante, pero villano, que abandonaba á su prometida al verla empobrecer; que buscaba un pretexto para deshacer su compromiso con un hombre que valía y la había amado pobre y desamparada!



CAPÍTULO III

En una tarde de Noviembre, fresca precursora de los alegres días de frío y de los tristes temporales que gimen y lloran, se hallaba en un olivar poco distante de la estación que cerca del pueblo de Posadas tiene la vía férrea de Córdoba á Sevilla una cuadrilla de cogedores de aceituna, las que, como es sabido, se componen de mujeres, niños y ancianos, conducidos por el *manijero,* que dirige la cogida, y por el *veedor*, que es el que lleva la cuenta de las fanegas de aceituna recogidas.

Toda recolección es un trabajo bien retribuído y en el que se reúnen multitud de trabajadores; y así, por penoso que sea, es un trabajo alegre para el pobre, el que, además, siente instintivamente el amor y amparo del Todopoderoso en los dones que expende á sus criaturas. Sólo el dueño, si es avaro, frunce el ceño cuando aún le parece corto el beneficio de Dios.

Habíanse sentado los cogedores á la orilla del camino para descansar, cuando vieron acercarse, viniendo de la estación, á una se-

ñora de edad, gruesa, que traía en la mano un saco de viaje, una caja de madera redonda y una cartonera colgada del brazo. Tenía puesto sobre un vestido color de castaña un abrigo ceniciento, guarnecido de verde, una cofia negra con lazos de cinta amarilla, y por cima un velo de tul, que á duras penas retenía de las embestidas de un viento largo, que se empeñaba en llevárselo por trofeo.

— Esa hembra no es de por acá — dijo al verla uno de los cogedores, anciano derecho y acartonado.

— ¿En qué lo conoce usted, tío Bumbum? — le preguntó una de las muchachas, que admiraba el visual atavío de la forastera.

— En que aquí las ancianas no andan tan acicaladas ni llenas de colorines y moños como conejo de rifa.

— Cuando lo dice el tío Bumbum, que ha sido soldado y ha andado todas *las partes del siglo* y todos *los que han sido puertos de mar*, y se remontó hasta donde está el ruso y los osos blancos, verdad será — opinó un viejo pequeño y encogido, gran admirador del tío Bumbum, que llamaban, por ser muy moreno el *tío Caoba;* — cuando él lo dice, verdad será — repitió por segunda vez.

Llegó en este instante la señora aludida muy sofocada, y dijo con afabilidad y acento madrileño:

— Buenas tardes tengan ustedes.

— Venga usted con Dios; ¿se encamina su *mersé* al pueblo? — respondieron los cogedores.

— Sí, y quisiera que algún chiquillo me llevara este saco. ¿Me lo quieres llevar tú — prosiguió la forastera, dirigiéndose á un chiquillo que la miraba con la boca abierta, — y te dare seis cuartos?

— Sí — respondió el muchacho, que al oir la suma prometida, cerró la boca y abrió los ojos.

— Se dice *sí*, *señora*, rudo — dijo al muchacho una de las cogedoras.

— ¿Y sabrás también — prosiguió la forastera — llevarme á la casa del juez?

— Pues no ha de saber — dijo una de las mujeres: — ¿quién no sabe *en caa* del Juez, donde los pies se van solos, pues allí, si el marido es *speculum justitiæ*, la mujer es *consolatrix aflictorum*?

— ¿Con que tan buenos son? — preguntó con semblante muy complacido la forastera.

— Para celebrar al Juez nadie pone más que la boca — dijo el tío Bumbum.

— Un Juez como han de ser los jueces, más cabal que las pesas — dijo un hombre.

— Más derecho que el dedo de San Juan — añadió otro, que prosiguió mirando á la caja y á la cartonera que la señora traía; —

¡á ése le pueden venir con regalitos! ¡Como que á uno que le fué con un empeño y le llevó seis gallipavas lo metió en la cárcel, en la que cada día le mandó una de las gallipavas muy retebién guisadas, y hasta que se comió las seis, no le dió carta de libertad!

— Pero y bueno. De eso no se ha visto, y si no, lo que acaeció á la tía *Pae Santa*.

— ¿*Pae Santa* ha dicho usted? — preguntó la forastera, poco acostumbrada á oir los apodos con que se nombran y conocen los campesinos en Andalucía.

— Sí, señora; *asina* la dicen porque á su padre, que era un hombre retebuenísimo y muy arrimado á la Iglesia, le pusieron el *Pae Santo*, y ella ha heredado el nombre, que le viene de molde, pues es tan buena como su padre. La pobrecita, en las noches de verano se pone á rezar el rosario á la puerta de su casa, y como todas estamos también sentadas al fresco á las puertas, lo rezamos con ella. Despues del rosario, reza á todos los Santos de la Corte celestial, y cuando ya no le queda en la memoria ninguno, le reza al monte Tabor.

— ¿Sabes — dijo otra mujer — que la pobrecita está muy malita?

— ¿Qué me dices? Mucho lo siento, aunque á ésa antes de morir se la llevan los ángeles al cielo.

—¿Y qué es lo que acaeció á esa buena mujer?—preguntó la forastera, para la que todo lo que se rozaba con el Juez tenía gran interés.

—Murió un hombre rico—refirió la interpelada,—y dejó una limosna de doce onzas para los doce pobres más necesitados del pueblo. Entre éstos señaló el cura, que era el encargado de nombrarlos, á la tía *Pae Santa*, que tiene tres vejeces: una de penas, otra de trabajos y otra de años, sin más que un día sobre otro. Pero el albacea, que está muy retebién acomodado, pero que es más duro que los guijarros de Villamalsilla, y más agarrado que las piñas de Segura, no había forma que le entregase la manda, y no le daba más que entretenederas. Venga usted mañana, vuelva usted pasado...—Tía Pae Santa—le decíamos todos,—si no echa usted por otro camino cobrará usted cuando lluevan pasas; no tiene usted más remedio que acudir al Juez. Y tanto le dijimos, que la pobre, aunque es más encogida y metía en su concha que un galápago, porque la miseria amilana mucho, se presentó á su señoría y le dió su queja. El Juez le dijo con muchísima crianza que se sentase, y mandó á llamar al tal. Cuando llegó le preguntó con esa cara tan hermosa y respetuosa que tiene, si era verdad lo que aquella *desdicháa* le había di-

cho. ¡Ya se ve! no lo pudo negar; pero como no tiene ni chispita de carmín en la cara (1), le respondió con la frescura del mundo que el difunto no había señalado plazo para la entrega de las mandas. La pobre de la tía Pae Santa, que ve muy cercano el día de su muerte, se echó á llorar por su cara abajo.— Entonces el Juez se levantó, sacó una onza, que le dió á aquella infeliz, y encarándose con el alma de corcho del albacea, le dijo: «De aquí en adelante me debe usted esa onza á mí», y le volvió la espalda. Digo á usted, señora, que es el Juez un San Lomón (2), con una cabeza atestada de *laitines* y unas entrañas llenas de piedad.

— Verdad es — opinó una mujer;— pero si él es piadoso, su mujer es misericordiosa (3). Señora — añadió dirigiéndose á la forastera,— ¿trae su merced por acá algún asunto con la justicia?

— Calla, Josefa — le dijo el tío Bumbum,— que el preguntar lo que no se nos dice es descortesía; la curiosidad tenedla para lavar la ropa, hija mía.

---

(1) El que no se sonroja; que no tiene vergüenza.

(2) Salomón.

(3) El Diccionario hace sinónimas estas palabras; el pueblo las diferencia.

— Pero *escanse* su mersé, que viene muy acansinada — dijo una de las mujeres;— siéntese en el chueco de este olivo, que se ha de hallar más á gusto que en los *butacos* que han traído á la estación.

La forastera se sentó para descansar un rato, y preguntó:

— Señores; ¿me querrán ustedes decir por qué nombran á ese su compañero el tío Bumbum, que ese apodo me ha llamado la atención?

— Yo se lo diré á su *mersé* — repuso una vieja.— Años atrás, cuando volvió de la guerra del francés, trajo un cante que no se le caía de la boca, y este tenía por remate el *bum*, *bum* de los cañones. Tío Bumbum, bien podía usted cantárselo á la señora, ande usted.

El interpelado no se hizo de rogar, y cantó una bonita tonada, con voz fuerte, aunque cascada, esta antigua canción del tiempo de la guerra de la Independencia:

Napoleón tuvo un hijo
Y lo quiso coronar,
Por corona le pusieron
Una piedra de amolar (1).
Que gran bobazo, bum, bum,
Que quiso á España,
Y se llevó chasco; bum, bum.

---

(1) El pueblo estuvo siempre en la creencia que Napoleón había sido amolador.

— Bum! bum! — gritaron los muchachos imitando tiros.

— Otra, otra, que una no es ninguna — pidió riendo el auditorio.

— Pues vaya otra — respondió el anciano cantador:

Entró con alevosía,
Y nos quiso avasallar;
Pero se salió de prisa,
Volviendo la cara atrás.
Que gran bobazo, bum, bum,
Que quiso á España,
Y se llevó chasco; bum, bum.

La forastera, que estaba muy divertida, dijo entonces al veterano:

— ¿Sabe usted cómo tienen ahora en Francia otro Napoleón?

El veterano contestó:

— ¿Y á mí qué me se da? A ver cómo no tienen veinte.

— Y si éste viniese á España, ¿iría usted á combatirlo? — preguntó la señora.

— Yo ya no puedo *náa*, sino atizar —respondió el veterano; — pero ahí están mis hijos y mis nietos, que darían su sangre por Isabel II, la más noble y generosa de todas las Reinas.

— Suénase que este Napoleón también va á hacer guerra por allá por el Norte — dijo la forastera.

—Pues dígole á usted—dijo una pobre mujer que había perdido un hijo en Navarra y otro en Africa—que las tales guerras son una barbaridad si las hay. Bien se dice que al ver el Señor el amargo dolor de Adán cuando Caín mató á Abel, se compadeció y le dijo:—Adán, no te desconsueles, que de ti nacerán muchos pueblos que poblarán el mundo entero; vuelve el rostro, que haré que puedas ver la órbita del mundo entero, y que tu vista traspase el velo que cubre lo venidero.—Adán se levantó, y largo rato estuvo mirando el cuadro que á su vista se presentó. Poblado estaba el mundo, numerosos pueblos lo cubrían por doquier; pero á todos los miró en guerra unos con otros; por todas partes muertos y sangre. Entonces, tapándose el rostro con ambas manos, le dijo sollozando al Criador:—SEÑOR, SEÑOR, DEJADME LLORAR Á ABEL.

—¿Con lo que quiere usted poner el caso—dijo el veterano—que toditos los que van á la guerra son unos Caínes?

—Los que las disponen, cabales.

—Pues que callen las *señás* mujeres, por las que entró el pecado en el mundo, y con él todo lo malo—dijo sentenciosamente el tío Bumbum.

—¿Me podrán ustedes decir—preguntó la forastera—si se ve desde aquí el pueblo de

Cantillana que está en la línea del ferrocarril de Córdoba á Sevilla?

—No, señora—contestó el tío Bumbum;—está á catorce leguas de aquí, y no se ve sino cuando pasa á su vera el ferrocarril, porque está metido entre arbolado, como un rebaño entre matorrales.

—Pues tengo la curiosidad de verlo—dijo la forastera,—porque leí hace pocos años en un periódico una novela muy bonita, aunque á vueltas de hacer encarnizado escarnio de Andalucía, y que dedicaba, por escarnio también, el autor (que se firmaba *autora,* pero que á nadie engañó, y el que lo quiso saber supo quién lo había escrito) á un escritor andaluz que, como lo hacen cuantos la han visto, celebraba esta hermosa provincia de España, que tanto han llorado y lloran los moros. En dicha composición, á la que el autor no da nombre, venía á contar el origen de la conocida frase de *el obispo está en Brenes*, *y el diablo anda en Cantillana,* y quisiera ver la casa que labró el indiano, y...

—Señora; ¿qué está usted diciendo? y ¿qué tiene que ver indiano alguno con el dicho del diablo en Cantillana? — le dijo el tío Bumbum.

—¿Pues no ha de tener? Lo he visto impreso en letra de molde.

—Y eso ¿qué prueba?—repuso el tío Bumbum;—¿no ha oído su merced el refrán de mientes más que la *Gaceta?* Pues eso imprentado está. Señora, el dicho ese aquí tuvo principio y aquí sabemos, de unos en otros, el cuándo y el cómo fué, que por entonces no había Indias ni indianos por el mundo.

—¿Y me lo querrá usted referir?—replicó la forastera.

—¿Por qué no?—contestó el veterano, que no deseaba otra cosa que contar, y empezó de esta suerte su relato:

Salió en una ocasión el rey D. Pedro, al que los Grandes pusieron el *Cruel* y los pobres el *Justiciero*, á cacería, y tiró río arriba hacia Cantillana. Habíase separado de su séquito, y apretándole la sed, se entró en una viña en que vió trabajar á un hombre. Pidióle de beber, y el hombre, aunque sin conocerlo, fué á su sombrajo y le trajo una talla de agua. Mientras bebía observó el Rey que aquel hombre estaba muy triste y caído de ánimo, por lo que le preguntó qué era lo que le aquejaba. El infeliz le respondió que tenía una pena de las más grandes; pero que como nadie la podía remediar, no tenía por qué decirla.

—¿Quién sabe?—le dijo el Rey.—Cuente usted, *que penas participadas, si no se curan, se alivian.*

Y por aquello de que *corazón que se halla herido á pregonero se mete*, el desdichado refirió al Rey que era el mesonero de Cantillana y que el escribano del pueblo había engañado á su hija con palabra de matrimonio, palabra que no quería cumplirle, alegando que no podían casarse porque eran primos, y que esto no era más que una mala disculpa, puesto que podía pedir la dispensa al Obispo, que cabalmente se hallaba haciendo la visita en el cercano pueblo de Brenes.

—¿Y cómo no se ha quejado usted al Alcalde?—le preguntó el Rey.

—Pues ya se ve que me he quejado al Alcalde—contestó el pobre padre;—pero el Alcalde y el escribano son compadres y están compaginados en todas cosas, por lo cual el Alcalde no ha hecho maldito el caso de mis quejas.

El Rey se despidió, y se fué de un tirón, y sin perder la derechura, á Cantillana.

Entró en el mesón; habló con la mesonera y su hija, y habiéndose convencido de la verdad de lo que el hombre de la viña le había relatado, le dijo á la mujer que fuese á decir al Alcalde que había en su mesón un hombre que tenía precisión de hablarle.

El Alcalde, más tieso que un D. Pedro de palo, y con la cabeza más erguida que un

gallo castellano, se presentó en el mesón, con su vara empuñada y su sombrero encasquetado.

— ¿Me conoce usted? — le dijo D. Pedro.

—Yo no—respondió muy en sí el Alcalde.

—»Pues sepa usted, mal Alcalde, que soy el Rey—dijo D. Pedro.

La vara se escurrió de las manos del Alcalde, que se encogió como una pasa y echó á temblar como un azogado.

— Escuchad bien lo que os voy á decir — prosiguió el Rey.—Que se levante ahora mismo la horca en la plaza, y que mañana á estas horas esté casado su compadre el escribano ó colgado en ella, y cuidado como á nadie decís que he estado aquí.

El Rey salió, dejando al Alcalde más muerto que vivo.

Apenas se recobró, cuando, echando una carrera en pelo, no paró hasta llegar á la casa del escribano, en la que entró gritando:

— Compadre, cásese usted, y sobre la marcha.

— ¿Está usted ido de sentido? — contestó asombrado el escribano.

—Compadre, en su interés y en el mío se lo pido: ¡cásese usted!

—Que no.

—Pues le digo á usted que no tiene más remedio que cumplir en seguida la palabra que ha dado, y casarse. ¡Al avío! ¡Al avío!

Y el Alcalde azorado le empujaba hacia la puerta.

—Compadre—dijo amostazado el escribano,—¿qué mosca le ha picado á usted? ¿No sabe usted acaso que eso no puede ser, porque somos primos la hija del mesonero y yo?

Entonces el Alcalde, cada vez más azorado, le dijo:

—Compadre: cásese usted, que el Obispo está en Brenes y... y... el diablo en Cantillana.

Al oir esto último, el escribano comprendió lo que quería decir el Alcalde, y se casó.

—Agradezco á usted la referencia que me ha hecho—dijo la forastera al veterano.—La novela del periódico podrá parecer al que la escribió y á otros muchos más bonita; pero del modo que usted me la ha contado tiene más visos de verdad, y esto es lo que en estas cosas vale. Ahora cuando se ha de hacer una cosa de prisa, quitando estorbos que sirven de disculpa, recordaré á D. Pedro que sabía disponerlo. Pero, señores, mucho me he detenido; las tardes son las más cortas del año, y me va á anochecer en el camino.

—Mucho más cortas son allá por el Norte—dijo el veterano,—pues á las cuatro ya es de noche.

— Las cosas que dice el tío Bumbum, tan gordas son que no se pueden tragar — opinó á media voz un zagalón escéptico.

— Calla, hormigón — le dijo severamente el veterano, que lo oyó, — que cada vez que abres esa boca, que parece un obús, es para darte á ti propio la patente de sandio. Tú no has visto el mundo más que por un agujero; así, lo que tienes que hacer es oir, ver y callar, ¿estás? Cuando á ti te bautizaron hacía mucho viento y se llevó la sal.

—Muchacho: ven acá—dijo la forastera.— Cuélgate el saco del brazo para que le puedas llevar con cuidado, y sin que se traquetee esta caja en la mano. Yo llevaré la cartonera. Señores: quedaos con Dios. ¿Lloverá?

— ¡Qué, señora! ¿No ve su merced que no se vislumbra una nube, y que nos cobija el *cielo viejo*? (1) Vaya su merced con Dios.

Ya había anochecido cuando la señora llegó á la casa donde la condujo su guía; pagó á éste lo prometido, le tomó la caja y el saco, y llamó á la puerta.

Salió á abrirle una moza aseada y dispuesta, que quiso anunciar á sus amos la llegada de una visita; pero la forastera se lo impidió, rogándola únicamente que la indi-

---

(1) Así califican los campesinos al cielo despejado.

case dónde los hallaría. La criada introdujo á la señora en una sala del piso bajo, el solo que tenía la casa, siendo el alto pajar y granero, en que dejó su estorboso equipaje, y en seguida se acercó á una puerta de cristales que estaba cerrada, pero por la que, al través de sus visos de muselina, se esparcía la viva luz de un reverbero colocado sobre una mesa de nagüillas ó estufa, en una habitación más reducida que la primera.

La señora desvió un poco el viso, y una sonrisa de satisfacción se extendió sobre su bondadoso rostro al contemplar el hermoso cuadro que se la presentaba.

Sobre un sofá, frente á la puerta, estaba sentado un hombre, joven aún, á cuyo rostro daban una prematura, pero suave gravedad, y la perfecta calma de una buena conciencia, unida á la falta de ambición (la más roedora de las pasiones), toda la hermosura de un templado y sereno día de primavera, cuyo cielo, alto y puro, está sin nubes ni celajes.

Tenía este joven sobre sus rodillas á un niño de menos de cuatro años, que levantaba hacia el rostro de su padre su linda cabecita, y parecía hacerle esas preguntas, hijas de las primeras percepciones de la inteligencia, que á menudo desatienden aquellos á quienes son dirigidas, en lugar de alentarlas y satisfacerlas.

Al lado del sofá, sentada en un cómodo y sencillo sillón de paja, estaba una mujer que parecía casi niña, gracias á la frescura de su alba y rosada tez, á la finura de sus facciones y á la alegría y bondad de sus ojos azules como los de la inocencia. Había sentado sobre el borde de la mesa una niña de un año, parecida á ella, cuyos rubios ricitos, que no todos podía retener una primorosa gorrita, adornaban su nuca y sus sienes. Difícil era prefijar, al ver estos dos seres encantadores, tan amorosa y exclusivamente ocupados uno de otro, aquel que con más ternura y apego amaba al otro.

—¿Cuánto me quieres, Manolita? — preguntaba la madre.

La niña, con un movimiento impetuoso, echaba sus bracitos al cuello de su madre y la cubría de apasionados besos.

La puerta de cristales se abrió, y á los atónitos ojos del matrimonio se presentó la forastera.

—¡Doña Pepita!—exclamaron ambos consortes simultáneamente.

—La misma—contestó ésta, corriendo hacia la joven y abrazándola, impidiéndola de esta suerte el ponerse de pie;—quieta, quieta, que no quisiera descomponer el precioso cuadro que desde la sala contigua he estado admirando. ¡Qué hermosa y qué gruesa está

usted, Blanquita! ¡Qué hermosos los niños! ¡Dios los bendiga!

— Pero ¿qué es esto? — dijo Isidro, abrazando á su antigua y buena patrona.—¿Cómo está usted por estas tierras, y nos proporciona la grande satisfacción de verla en nuestro modesto hogar?

—En el que no faltará á usted rica cecina, perdices, pollos, gallinas, conservas y ricas aceitunas aliñadas por mí...

— Lo que no faltará á usted — dijo interrumpiendo á su mujer Isidro — es cariñosa y buena acogida; en cuanto á lo que dice Blanca, es amor propio de hacendosa y entendida ama de casa; tiene aquí unas amigas y maestras que han hecho de ella un portento.

— Lo cierto es — repuso Blanca riendo— que satisfago á mis comensales.

— Bien se conoce que no tiene usted casa de huéspedes — dijo suspirando retrospectivamente D.ª Pepita.

—Pero ¿cómo usted por este rincón?—repitió Isidro.

— La llegada de un hermano mío á Cádiz, donde ha caído enfermo y desde donde me llama, me obligan á ir á aquel puerto. Ahora bien: ¿cómo había yo de pasar por delante del pueblo en que ustedes viven, sin detenerme una hora para verlos y conocer á estos ángeles?

— Saluda á esta señora, que es una antigua amiga nuestra — dijo Isidro al niño; el que, obediente, aunque con pocas ganas, se acercó á la huéspeda.

— Ya nos haremos amigos — dijo besando la rosada mejilla del niño D.ª Pepita; la que, levantándose en seguida, corrió á la sala inmediata, de la que volvió con la gran caja redonda y la cartonera, abrióla, y apareció con ojos amenazadores una serpiente enrollada, á la que los niños miraron á distancia y recelosos; pero al ver á D.ª Pepita destrozarla y á sus padres, después de dar gracias á la dadora, celebrar y comer aquel monstruo, se disipó su espanto, que al gustar aquel manjar se convirtió en agrado. El niño, familiarizado ya con la huéspeda, gracias á los buenos oficios de la azúcar y de la almendra, le preguntó si todas las culebras y demás sabandijas de Toledo sabían como aquéllas.

— Hijo mío — le respondió Isidro, — algún día sabrás cuántas cosas hay á las que la malignidad y hostilidad del mundo da la apariencia de culebras, y que son suaves é inofensivas como este mazapán.

La huéspeda abrió la cartonera, y de ella sacó un sombrerito de niño, adornado con un lindo pajarito con su pico, sus ojitos y su vistosa cola, y enseñándoselo al niño le dijo:

— Para ti, hijo mío.

Este lanzó un grito de alegría y quiso echar mano al pajarito; pero su madre se lo impidió. El niño, desesperado por esa defensa arbitraria de su madre, que hollaba su derecho de propiedad, que él sostenía gritando: «¡Es mío! ¡Es mío!», se puso tan pesado é insistente, que su madre, incomodada, le dió un cocotazo; entonces los gritos, quejas y lloros del niño sonaron á toda orquesta. Doña Pepita, torpe consoladora de niños (como lo son muchas personas, que por estirpar en ellos lágrimas saludables les infunden ideas nocivas), tomó al niño sobre sus rodillas, diciéndole:

— ¡Pobrecito mío! ¡Si tú tenías razón! Lo que ha hecho Blanquita contigo es una crueldad; vamos, esa manilarga no es tu madre.

— ¿Que no es mi madre? — preguntó el niño.

— No lo puede ser.

— ¿Que no es mi madre? — repitió el niño.

— No.

— Pues si no es mi madre — dijo el niño, — le digo *buta* (bruta).

Doña Pepita y la misma Blanca se echaron á reir á carcajadas; pero su padre, reprimiendo su hilaridad, dijo al niño:

— Vaya usted inmediatamente á la cama, desobediente, rabioso y mal hablado, y pida

á Dios perdón por su mal comportamiento.

Doña Pepita, al ver la cara contrita y afligida del niño, quiso intervenir; pero, como es de suponer, fué inútilmente.

El niño, con el corazón encogido, le dió las buenas noches, besó la mano á su padre y á su madre, pidiendo su bendición, como de costumbre tenía, y se encaminó á la puerta. Llegado que hubo al umbral, recordando la tan repetida palabra de las sesiones de Cortes que leía su padre á su madre, volvió la cara, y dirigiéndose á su padre, dijo en tono resignado: *Al orden, al orden* (1); atravesó después la sala llamando con voz plañidera:

— Chacha, chacha, acuesta á este niño que ha sido malo.

— ¡Angelito, qué rigor! — dijo entonces D.ª Pepita.

— Lo necesita — repuso Isidro; — tiene mucho genio, y es necesario doblegarlo desde temprano.

— Hablando de su entereza — añadió Blanca, — dice la cocinera, madre de nuestra criada, con las graciosas ponderaciones andaluzas, que es capaz el niño de darle tres patadas al sol y quedarse preparado para

---

(1) Ambos rasgos ciertos; estas cosas no se inventan.

darle otra á la luna. ¡Pero si viera usted, D.ª Pepita, lo gracioso que es! ¡Las ocurrencias que tiene y las preguntas que hace! ¡Cómo nos entretiene y encanta las primas noches! ¿Qué teatros ni qué bailes podrían proporcionarnos más grato solaz?

— Blanca — opinó Isidro: — esto no lo comprenden los que no tienen hijos.

— Pues yo sí lo comprendo — repuso doña Pepita; — y la felicidad de tener una criatura tan hermosa como Manolita, que se ha dormido en las faldas de su madre como un pajarito en su nido; ¡y más si recuerdo la vida tan aislada de corazón de Elenita!.. ¡Pero quién hubiese jamás creído que D. Amaro, que tan apasionado estaba ó aparentaba estar de usted, Blanquita, se hubiese enamorado de Elena! ¡Qué cambio tan repentino!

—En el que él ha ganado—repuso Blanca, que añadió sonriendo á su marido:—y yo no he perdido.

— Dice usted bien, que no ha perdido—repuso D.ª Pepita; — pero no acierta si piensa que él ha ganado. ¡Si supiese usted qué mudada está Elena! ¡Cada vez que recuerdo lo modesta y fina que era cuando habitaba su buhardilla, no hablándome jamás sino para dirigirme frases laudatorias y afables, y ahora tan altiva, tan burlona!.. Cuando yo bajaba para acompañar un rato á la pobre

D.ª Manuela, que está siempre tan sola, me veía precisada á vestirme como si fuese á Palacio, y me ponía aquel vestido de seda tan bueno de color de castaña: si llegaba alguna vez á encontrarla en su casa, como yo digo que se ha vuelto tan despreciativa y burlona, la emprendía con mi vestido, al que llamaba por viejo y por su color el *general Castaños*. Un día me incomodé y la afeé ese tono burlón y desdeñoso, que por cierto no gastaba antes; me contestó que ese era el tono de la sociedad fina moderna y aristocrática que trataba, y que se conformaba á seguirlo por no parecer zalamera ni anticuada.

— Y decía bien — observó Isidro, — pues ya no existía en su corazón la benevolencia y la modestia, ni aun la urbanidad que inspiran las demostraciones finas y bondadosas, que ella graduaba de zalameras y anticuadas.

—Pero ¿es feliz?—preguntó Blanca.

—Está contenta, pero no es feliz; está contenta, porque sobrepuja á sus amigas en lujo; está contenta, porque se divierte, gasta y triunfa y hace lo que quiere.

—Pero ¿y su marido?—preguntó Isidro.

—Está casi siempre en Francia ó en sitios de baños, en que juega y pierde de una manera escandalosa. Cuando regresa es para echar en cara á su mujer sus locos gastos, sus fabulosas cuentas de las modistas de Pa-

rís; ella á su vez le reconviene por su vida ociosa y disipada; hay amenazas de divorcio y de separación de bienes. Esta amenaza, por parte de Elena, aterra á Amaro, que se mete en el primer asiento que halla en el camino de hierro, y se vuelve á París á... á lo que generalmente se va á la capital más *civilizada* del mundo. Ella da gracias á Dios cuando él se ausenta, y sigue su mismo método de vida. ¡Pero si viese usted qué mudada está! ¡qué delgada! ¡qué amarilla! ¡qué ajada! Ya se ve, esa vida tan agitada, tan desarreglada; esas trasnochadas...

—¡Qué cosa tan justa y tan profunda ha dicho el *gran Obispo*, como es denominado el que lo es de Orleáns — opinó Isidro, — al aseverar que tendría buena opinión de un pueblo cuyos habitantes se acostasen y levantasen temprano!

—Verdad es—añadió con su buen sentido, llano y certero D.ª Pepita.—A no ser velar á un enfermo, ¿qué cosa buena se hace de noche? Ninguna. La pobre D.ª Manuela, en su soledad y aislamiento, pasa la más triste vejez; teme que su hija enferme, en lo que lleva razón.

—Pues ¿acaso padece Elena?—preguntó Blanca.

—Recién casada, y á causa de una imprudencia, tuvo un mal parto, en el que no se

cuidó y no ha quedado buena. Además, su madre prevé que si siguen de esta suerte los despilfarros de la mujer y el derrochar del marido, se van á arruinar inevitablemente.

—¡Pobre Elena!—dijo Blanca con tristeza;—cuando uno es feliz quisiera que lo fuesen igualmente todos.

—¡Qué cosas se ven en el mundo!—prosiguió D.ª Pepita.—Elena, con su grande y tan codiciado caudal, fastidiada, achacosa en sus suntuosos salones, apartada de un marido que sólo pensó al pretenderla en sus millones; y usted, Blanquita, tan acostumbrada á grandezas, tan feliz, tan afanada, tan hermosa, tan unida á su marido, tan contenta en un tan insignificante pueblecito, en el que tanto bien hacéis y tan buenos ejemplos dais, por lo que todos (lo he oído) tan de corazón os aman, respetan y bendicen.

—Esto—dijo con voz sentida y grave Isidro—prueba una grande y patente verdad.

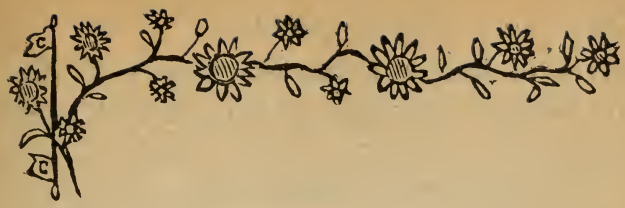
—¿Cuál?—preguntaron ambas señoras.

—La de que suele *ser la riqueza una corruptora, y la pobreza una buena maestra*—contestó Isidro.

LAS DOS GRACIAS

ó

LA EXPIACIÓN



CAPITULO PRIMERO

A la caída de una tarde de invierno, apenas hubieron concluído de tocar la oración las campanas de la hermosa iglesia de la ciudad de Carmona, cuando, trocando la gravedad de los sonidos que llaman á la oración en gozoso repique, anunciaron el bautismo de un recién nacido.

Poco después salió del templo una numerosa comparsa de bien acomodados menestrales, echando el que iba al lado de la madrina, que llevaba la criatura, monedas de cobre con gran profusión á una turba de chiquillos que á grandes gritos pedían el pelón.

Al cabo de media hora, salió igualmente de la iglesia una mujer, que llevaba también una criatura en brazos, sin más acompañamiento que un anciano al parecer, que vestía un uniforme raído, un sacerdote y un niño.

Entretanto, el cura inscribía en sus libros: «Hoy 4 de Febrero de 184... bauticé á María

de Gracia, hija de Josefa Martínez y de Mateo López, maestro carpintero de esta ciudad.»

Y en seguida con igual fecha:

«Bauticé en el mismo día á María de Gracia, hija de D.ª Teresa Espinosa de los Monteros y de D. Ramón Vargas de Toledo, Caballero de Alcántara, Coronel que ha sido de Infantería.»

La comparsa, que fué acompañada por la turba hasta su casa, al entrar en ella, se dirigió á la alcoba de la parida, á la que puso la madrina la criatura en los brazos, diciéndole:

—Aquí tienes á tu hija cristiana; Dios te dé á ti salud para criarla, y á ella el salero y gracia de su madre, para que le venga bien el nombre de Gracia que se le ha puesto.

La parida recibió á su niña, que era hermosa y robusta, con una alegría que aumentó la de los demás, los cuales, reunidos por el padre de la recién bautizada alrededor de una mesa cubierta de bizcochos, dulces y botellas de licor, empezaron á beber con ruidosa algazara á la salud de la madre y de la hija. La casa, aunque compuesta sólo de un piso bajo, era desahogada y bañada de sol; su gran patio estaba, como casi todos en Carmona, hecho un jardín de flores y escogidas plantas.

Al lado de esta casa se hallaba otra pequeña, igualmente compuesta de un solo piso: su patio, largo y angosto, era triste y sombrío, por interponerse entre éste y el sol de Mediodía las altas paredes de un convento. Estaba la casa descuidada, y no ostentaba, cual suelen hacerlo todas las de aquella población, el blanco incesantemente renovado de la cal. De este abandono se había aprovechado una hiedra, afecta á la sombra por no tener flores que, cual hijas alegres, la saquen al sol; allí se había establecido y arraigado, como un amigo grave, pero constante y fiel de la casa triste y sombría, multiplicando sus frescas hojas como el amigo sus consuelos, y adhiriéndose más y más á medida que más descuidada y abandonada la veía.

Al tiempo de entrar en ella el sacerdote y el militar, que salieron con la otra recién bautizada de la iglesia, atravesó el zaguán un hombre cargado con un pequeño féretro blanco; aquel féretro de ángel no llevaba flores, porque no había habido quien se las pusiera. El sacerdote que acompañaba al anciano había cuidado de que fuese sacado al tiempo que ellos entrasen en la habitación, para que la parida no advirtiese el momento, quizás más destrozador que el de la misma muerte, en que se cumple por completo la eterna separación.

El sacerdote, que era aún joven, tomó de los brazos de la mujer que la traía á una criatura pequeña y delgada, y entrando en la alcobita, á la que daba paso la sala, la puso en los brazos de una señora, á cuyo doliente estado se unía el destrozo que habían producido en ella las vigilias y el dolor, causados por la enfermedad y muerte de la niña que acababan de llevarse en el féretro blanco.

—Señora — le dijo: — aquí tiene usted á su hija, por la gracia de Dios cristiana; como padrino, he elegido para ella el nombre de nuestra santa patrona la Virgen de Gracia, y he suplicado al Señor que las dispensa, que colme de ellas á este angelito, que ha enviado á usted, como compensación al llevarse el otro á su gloria.

—¡Ay, Sr. D. Manuel! — repuso la pobre madre, — ¿y cómo hallarla, si aquella niña que he perdido era todo mi consuelo y el encanto de mi vida?

—Esta lo será — repuso D. Manuel.

—Esta muerte arranca de mi corazón un amor que era toda su vida.

—El amor que tenga usted á ésta lo ocupará y vivificará pronto.

—En el corazón de una madre hay lugar para el amor de cada uno de sus hijos; ninguno estorba, pero ninguno reemplaza al que arranca la muerte. ¡Por Dios, Sr. D. Ma-

nuel, que me la traigan! ¡Que quiero verla, que me quiero despedir de ella!

—Señora: esa exigencia es contra la razón y está poco conforme con la resignación que me ha prometido usted.

—¡Ay, Dios, que ya no la veré más! — exclamó la madre, prorrumpiendo en sollozos.

—Sí, señora; sí, señora; volverá usted á verla en la gloriosa patria común, en la que todos los amores puros se confundirán en uno.

La desconsolada madre, estrechando contra su pecho la niña recién nacida, exclamó:

—¡Pobre hija mía, bajo qué tristes auspicios entras en la vida!

Y dejando caer su cabeza sobre la almohada, siguió un rato de silencio, en que no se oyeron más que sus sollozos y gemidos.

De repente, mezclándose con éstos, resonaron las alegres voces, cantos y vítores con que en la casa inmediata se celebraba el bautismo de la hija que había nacido á sus dueños.

—¡Pues no es esto insultar el dolor! — exclamó el Coronel, cuyo carácter, agriado por largos infortunios y reveses, se había hecho tétrico é intolerante.

—Así es la vida, D. Ramón — dijo el sacerdote. — La alegría de los felices, sin embargo, no tiene ni puede tener intención de

insultar al dolor de los desgraciados; así como las lágrimas de éstos no tienen ni pueden tener intención de motejar ni disminuir el contento de aquéllos.

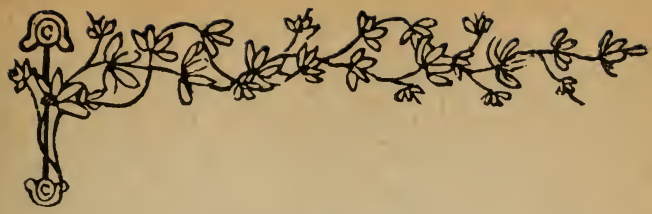
—Dice bien D. Manuel — suspiró la afligida madre; — á mí me sirve, si no de consuelo, de lenitivo en mi pena el saber que hay otras personas felices y contentas.

— Bien sentido, D.ª Teresa — opinó el sacerdote; — sentir los males y gozarse en las venturas ajenas es el cumplimiento de uno de aquellos santos preceptos en que se concreta toda la ley de Dios: amar al prójimo como á sí mismo.

A poco, y después de haber prodigado á los afligidos padres todos los consuelos que le inspiraron su fe y su corazón, se despidió el sacerdote, y en seguida entró la criada Josefa, que, llena de satisfacción, participó á su señora que el padrino de la niña le había enviado dos jamones, una docena de gallinas, una fanega de garbanzos, una arroba de chocolate y una bandeja de bizcochos.

—¡Ay, Dios mío! — exclamó en el mayor apuro D.ª Teresa.—¿Ves, Ramón? Eso es por haber aceptado que fuese el Sr. D. Manuel padrino de la niña cuando á ello se brindó.

—Y si no lo hubiese aceptado, ¿quién lo habría sido? — respondió con amarga y dolorosa sonrisa el Coronel.



CAPÍTULO II

Y ciertamente era difícil hallar una situación más aislada que aquella en que se encontraba el Coronel. Hay desamparos é infortunios que pasan ignorados, porque cuidan de no ser vistos, porque tienen el pudor de la pobreza noble, que consiste, no en avergonzarse de ella, sino en sufrirla con valor y sin el bochorno del socorro ajeno.

En España hay además dos motivos muy poderosos para sobrellevar bien la pobreza: es el uno la escasa suma de necesidades y la sobriedad de sus habitantes, de lo cual nace la independencia que los distingue; y el otro es, que en esta católica nación está desde siglos arraigado el respeto á la pobreza. Puede que andando el tiempo se llegue á menospreciar, como sucede en otros países; pero, por suerte, aún está lejos ese día, sobre todo en provincias, donde lo *rancio* no se desarraiga fácilmente.

El Coronel era el tipo de la honradez llana, sencilla, sin énfasis ni presunción. Miope

moral, veía bien lo que tenía cerca, pero no distinguía á larga distancia, por lo cual se vió en su azarosa vida pública muchas veces envuelto en situaciones críticas y comprometidas, que con más previsión hubiera podido evitar. Sin entusiasmo por su causa, como no lo tenía por ninguna, porque su carácter no era vano ni ambicioso para calcular, ni era sensible y apasionado para sentir, siguió la del *Pretendiente*, y al terminar la lucha se expatrió sin querer acogerse al indulto, por la razón (á su parecer) de que quien no había obrado mal no debía, por conveniencia, implorar indulto; y sin tener presente que cuando una causa se adhiere á su contraria, llevando ambas la bandera del país, y dando por resultado la paz y la cesación del derrame de sangre, esta adhesión la exige el patriotismo, la sanciona la honra y la aplaude la humanidad (1).

Refugióse en Francia, donde en breve se vió sin recurso alguno, y se decidió en su desvalimiento á dar lecciones de idioma español.

Para que enseñase á sus hijos, fué llamado por una señora legitimista muy acaudalada.

---

(1) No estampamos sobre esta materia nuestro insignificante parecer como fallo ó como axioma, sino como expresión de nuestra opinión individual.

Interrogado por ésta, le refirió en su primera entrevista con la mayor sencillez tales hazañas y tales sufrimientos, hechas y sufridos por ambas partes en la infausta guerra civil, dando como buen español tan poco valor á éstos y poniendo tan poco precio á aquéllas, que se quedó asombrado y completamente cortado cuando vió á la señora, que tenía un corazón muy compasivo y mucho entusiasmo, prorrumpir en copioso llanto. Su delicadeza se alarmó considerando que pudiese ella sospechar si al hacer estas referencias abrigaba intención de moverla á lástima; y cierto era que sin haberlo intentado lo había conseguido; pero en vano se esforzó la señora en procurar aliviar su situación: todas sus ofertas fueron rechazadas con una frialdad que denotaba que, en vez de halagar, herían, y sólo admitió, al cabo de algún tiempo, muy sencillamente, el préstamo que le hizo su favorecedora para poder regresar á su patria.

Cuando llegó á Carmona, pueblo de su naturaleza, se encontró con que su padre y el único hermano que tenía habían muerto, y la viuda de éste había regresado con sus hijos al pueblo de su nacimiento. Habiendo su hermano heredado el mayorazgo, no encontró más herencia que una casita, en que se estableció con su familia, y dos suertecitas

de olivar. Apresuróse á vender lo mejor de ellas para satisfacer su deuda, y quedó así reducido á una pobreza cercana á la miseria.

Habíale sucedido, pues, que con la mejor brújula, cual era su conciencia, pero con piloto poco experto y sagaz para navegar en el borrascoso mar de la presente era, como barco mal traído había venido á zozobrar en las mismas playas de donde salió con mar bonancible.

—¡Ay!—decía á veces, cuando él mismo hacía la referida comparación—, hoy día está la brújula de más; lo que se necesita es buen piloto, y no lo he tenido yo en mi hoja de Toledo.

Había casado el Coronel hacía años con una señora pobre, de una noble y distinguida familia de marinos, que le llevó la mejor de las dotes: la de las virtudes, un corazón amante y un carácter angelical. No tenía ni la propensión ni el talento suficiente para guiar á su marido; pero su completo y voluntario anonadamiento no nacía, como en otras, de una necia y afectada sumisión, sino de la sencilla y ciega fe en la infabilidad de aquél.

El Coronel, como todos los que han roto violenta y radicalmente con la vida activa, se había, digámoslo así, acostado en su huesa

anticipadamente, y caído, por lo tanto, en una apatía moral completa. Era esta tal, que no se habría cuidado de la suerte de su hijo Ramón, si con esa previsión maternal, siempre activa en el corazón femenino, no hubiese escrito D.ª Teresa, sin que lo supiese su marido, á parientes cercanos suyos que ocupaban altos puestos en el Almirantazgo, á fin de que obtuviesen para el nieto de uno de los héroes de Trafalgar una plaza de Guardia marina; y como hay más personas de lo que generalmente se cree que se interesan por otras y se ocupan en hacer bien, esto se había alcanzado.

Por suerte, como lo había previsto la buena madre al hacer aquellas gestiones, que su marido no habría consentido, sucedió que el Coronel, al tocar las ventajas, sin los inconvenientes de un desaire que habría dado por seguro, llevó á bien lo hecho, no pudiendo menos de conceder al buen sentido de su mujer, que si la propia abnegación, sea cual fuere la causa que la motive, es noble y grandiosa, no se puede, sin faltar á los deberes de padre, extenderla á los hijos.

Pero era el caso que Ramón, que tenía más talento, pero un carácter opuesto al de su padre, no quería seguir la carrera militar en ninguno de sus ramos, sino que, embaucado por compañeros de escuela mayores que él,

se obstinaba en ir á cursar á la Universidad y hacer la alegre vida de estudiante en Sevilla, que es el bello ideal de la juventud de los pueblos; inclinación, por otra parte, motivada en él, pues debía arrastrarle su instinto hacia la vía para la cual su talento natural le daba indisputable aptitud.

Como fruto prematuro de esta aptitud, puesto que á la sazón sólo contaba Ramón trece años, referiremos una escena que había pasado entre el padre y el hijo, y que hacía exclamar á aquél:

—¡No hay niñez, no hay juventud en este siglo ardiente, azorado y especulador, en que nacen los niños hombres! Nuestro pueblo, creador de imágenes, expresaba lo mismo cuando el primer Imperio, diciendo que en Francia nacían los niños vestidos de coraceros.

Sucedió que un día entró Ramón alborozado en la sala donde se hallaba el Coronel entretenido con su niña Gracia, que empezaba ya á responder á las primeras preguntas del Catecismo y á distinguir las letras; traía Ramón unos cuantos papeles en la mano.

—¡Padre!—exclamó:—aquí tiene usted su rehabilitación, su suerte, su fortuna. ¿Cómo, señor, poseyendo tales documentos, ha permanecido usted fuera del lugar que le corresponde, renunciando á las ventajas y sueldo

de su grado, que estos papeles le pueden proporcionar?

Y puso ante los ojos del Coronel unas cuantas cartas, proclamas y órdenes secretas que comprometían en sumo grado á algunos Jefes que en aquella época estaban en altos puestos.

—¿Quién ha autorizado á tu atrevida mano á registrar mis papeles?—respondió el Coronel, levantándose bruscamente de su asiento.

—Con sólo que sepan los que los han escrito—prosiguió afanado el muchacho—que usted posee estos documentos, estará usted seguro de obtener cuanto quiera.

—¿Y á semejante medio—exclamó el padre, arrebatando á su hijo los papeles—quieres que deba mi rehabilitación y mi adelanto? ¿Y piensas que por cobrar sueldo añada esta última página á mi honrosa hoja de servicios?

Y con reconcentrada indignación y amarga ironía, añadió:

—Eres de tu siglo: eres *travieso,* y sabes calcular; pero mi vida pública á fe mía que no acabará con una infamia.

Y saliendo al patio, encendió un fósforo y pegó fuego á los papeles que en la mano llevaba.

—Padre—exclamó Ramón:—lo que va usted á hacer es una tontería; lo ignorado, ni agradecido ni pagado.

—Sé—repuso el Coronel—que se ha dicho que no tengo talento; pero estaba reservado á mi hijo el decírmelo en mi cara. Cultiva tú ese talento, esa *travesura*, escalera de mano con que hoy se escalan los puestos y riquezas; pero no esperes que sea yo quien te proporcione el primer peldaño.

—¡Padre! ¡padre!—gritó Ramón, queriendo apoderarse de los documentos que ya ardían,—su vida de usted acaba, pero la mía empieza.

Mas su padre lo apartó con un gesto tan imperioso y lleno de majestad paternal, que le hizo retroceder intimidado, diciéndole:

—Todos los sacrificios pueden pedir los hijos á sus padres, menos el de su honra.

Y el Coronel echó al viento las negras cenizas de aquellos documentos.

—¡Ideas quijotescas que están fuera de uso! —murmuró el muchacho exasperado, entrando en la sala y tirándose sobre una silla.

—Pues qué, ¿tales son los usos, que se llame quijotismo á la sencilla honradez?—le dijo su buena madre.

—No sé, señora, la interpretación que usted y mi padre dan á la honradez—respondió el muchacho;—pero tener en su mano los medios de ocupar un puesto, de asegurar á usted una viudedad y á sus hijos un porvenir sin perjuicio de nadie, y utilizarse de

ellos, no creo que pueda ser contra la honradez; pero, por lo visto, para mi padre es muy honroso, después de quemar sus naves, el quemar hasta su tabla de salvación.

—Tu padre ha hecho, como hace siempre, lo que ha debido; si no te deja bienes ni posición, adquirirlos podrás; pero si no te dejase un nombre honroso y respetado, esa hermosa prerrogativa de que podrás vanagloriarte no te la podrías tú mismo proporcionar. Camina siempre derecho, hijo mío. Tu padre siempre ha dicho que el ser hombre de bien es el mejor de los cálculos.

—Sí, para venir á parar adonde ha venido á parar mi padre—murmuró el muchacho.

—No siempre son las circunstancias adversas—objetó la buena madre.

La oposición de Ramón á la carrera que le habían proporcionado acabó en abierta lucha entre el padre, que era obstinado y quería ingertar la cruz de Alcántara en un uniforme de la Marina real, y el hijo, que era temerario, decidido y grandemente amigo de hacer su voluntad.

En vano se esforzaba la buena esposa con su genio conciliador por avenir á ambas partes, haciendo presente á su hijo que, en su situación, rechazar el enorme beneficio alcanzado que le proporcionaba una brillante carrera, que había sido la de sus ilus-

tres abuelos maternos, era harto peor que haber quemado aquellos documentos, que de un modo tan vil le hubiesen proporcionado su porvenir.

El niño contestaba que abominaba la mar; que si se mareaba en una carreta, qué no sucedería en un buque, y que antes araría la tierra que surcar los mares.

Cuando repetía la buena madre estas razones á su marido, reforzándolas con suaves observaciones sobre que los padres no debían violentar las vocaciones de sus hijos, el Coronel cortaba con pocas palabras la discusión, diciendo: «que á esa edad no podían aún existir esas decididas vocaciones; que lo que había era que á su hijo le halagaba más la libertad de la vida estudiantil que no la rigidez y disciplina de un colegio militar, y, sobre todo, que no teniendo medios para costear sus estudios, careciendo la necesidad de ley y la precisión de albedrío, éstas podrían más que la en el día tan desatendida potestad paterna.»

De esta suerte, en este combate diariamente renovado, que privaba á la paz de su más dulce y preferido asilo, el hogar doméstico, pasó un año, al cabo del cual llegó la que corta y acaba todas las contiendas de los hombres, la muerte, y el Coronel bajó al sepulcro tranquilo, como el que al echar la

última mirada sobre su vida no halla en ella cosa que le inquiete, le punce ó le ruborice; tan confiado en la misericordia divina como en su providencia. De manera que no se acordó de su familia sino para bendecirla y decir estas últimas palabras á su desconsolada mujer:

—No llores tan corta ausencia, Teresa; cria á nuestra hija á tu semejanza, y habrás cumplido en todas sus partes la dulce y noble misión de la esposa.

Don Manuel arrancó de la cabecera del moribundo á la anonadada Teresa que, para más desconsuelo, se hallaba en cinta, y ocupó su lugar, que no abandonó hasta después de haber encomendado el alma y cerrado los ojos á aquel hombre honrado.

El desconsuelo de la viuda fué desgarrador; en su noble corazón se había hecho más profundo y más tierno el cariño á su marido, á medida que más desgraciado, abatido y triste, por sufrimientos morales y físicos, lo había visto.

Algún tiempo después dijo D. Manuel á la afligida viuda (siguiendo las instrucciones que le dió un rico y caritativo Marqués que se interesaba de corazón por la virtuosa y noble señora), que el difunto padre de este señor había dejado en su testamento una manda pía que consistía en sufragar los es-

tudios de Sevilla á un joven que tuviese las circunstancias que reunía Ramón, esto es, pertenecer á una familia distinguida y desgraciada, y ser hijo de viuda.

Quien no sabe mentir es crédulo, y doña Teresa nunca sospechó que fuese á la caridad de un vivo y no á una manda pía á quien iba á deber su hijo su carrera. La caridad es también ingeniosa para hacer el bien sin dar la cara, y á veces pasa por encima de su amiga la verdad, sonriéndole y poniendo el dedo sobre los labios.

CAPÍTULO III

Preciso es, antes de proseguir, que conozca el lector al padrino que había sido de la niña, persona que, sin tener parte individual en ninguno de los eventos de que se compone la relación que vamos á hacer, figura en ellos, ya para bien, ya para mal de esta familia: suave y oficioso instrumento para lo primero, completamente extraño é ignorante en lo segundo.

Don Manuel, hijo del mayordomo del Marqués de San Adrián, fué tan bien inclinado en su infancia, que desde aquella época le había elegido el Marqués para constante compañero de su hijo, niño triste y apocado, y ciego de nacimiento.

Manuel, pues, recibió la misma educación y enseñanza que recibió el heredero de su señor. Como sus buenas inclinaciones no se desmintieron nunca, á la edad competente eligió la carrera eclesiástica, cuyos estudios siguió en Sevilla y le fueron costeados por el Marqués.

Su padre le envió á parar durante este tiempo en casa de un amigo suyo, que era cura de una de las parroquias menos céntricas de Sevilla.

Este anciano vivía con una hermana y una criada, ancianas también, que formaban el interior más pacífico y reconcentrado que imaginarse puede. Su universo era su parroquia; los eventos de su vida eran las funciones y cultos que en ella se celebraban; sus ocupaciones, el cuidado material de la iglesia y de los pobres.

El cura, que era estudioso, había reunido, á fuerza de tiempo y de buscar ocasiones, una librería bastante numerosa y escogida, en que, como es de pensar, vestían los libros su poco elegante traje antiguo de pergamino, cubierto del cual un Mariana y un prontuario de teología moral del P. Lárraga, se miraban y encogían de hombros al ver sobre la mesa del cura un regalo que le había hecho un librero amigo suyo, que era un almanaque encuadernado en *moiré* y con los cantos dorados. Como esta recolección formaba las delicias de su poseedor, y esta era casi la sola persona que trataba, el escolar se fué embebiendo en su lectura, de manera que todo el tiempo que no empleaba en sus estudios lo dedicaba á instruirse de su contenido, y llegó á sobrepujar al cura en cono-

cimientos literarios, históricos y arqueológicos.

De esta suerte, siempre ocupado su tiempo y llena siempre su imaginación, aumentó su saber, se desarrollaron sus alcances, sin que nada perdiesen su candor ni su pureza de costumbres, no sólo por inclinación y sentimiento del deber, sino por hábito.

Los hombres que viven en el mundo no creen en estas puras existencias, las cuales atraviesan el revuelto mar de esta vida con su espantoso oleaje de malas pasiones, como cubiertas de un manto impermeable que ninguna de sus olas llega á traspasar; dándolas los menos materialistas y menos aferrados en oponerse á la evidencia, por posibles tan sólo en el aislamiento y retiro de los claustros, con la exaltación de una devoción ascética, fruto de una enérgica reacción; y por enteramente imposibles en el mundo, en contacto con todas las seducciones que ofrece.

El cansancio de oir sostener este triste y torpe tema hace mayor nuestro entusiasmo cada vez que observamos una de esas existencias inmaculadas, en las que no es la total ausencia de los vicios y de las malas pasiones debida á sacrificios, ni á heroísmo, ni á desengaños, sino muy sencillamente á falta de arrastre ó á ignorancia de aquéllas, y á la dulce y nunca desmentida costumbre de re-

girse por la ley de Dios. Este es el mayor comprobante de uno de los puntos más controvertidos de la doctrina cristiana: el lugar preferente dado al hijo pródigo; pues quien conoce la seducción del mal y la resiste, el que camina por una suave pendiente y retrocede, tiene más mérito que aquel que no sigue un arrastre que desconoce y camina por una senda llana y derecha que le lleva, sin que en ella pueda perderse, al fin hacia el cual camina.

Después de ordenado de sacerdote regresó á su pueblo con la cabeza enriquecida y sin haber empobrecido su corazón. Nombróle su antiguo compañero (Marqués ya por la muerte de su padre) capellán de su casa, en la que éste vivía retirado de todo trato.

De esta suerte varió poco su vida sencilla y tranquila: estudiaba con placer, cuidaba y complacía con gusto al desvalido Marqués, cumplía sus deberes de sacerdote con una dignidad sostenida y escrupulosa, no inspirada por sentimiento alguno personal, sino por las mismas funciones que ejercía. No bebía ni fumaba, por la sencilla razón de que ni el vino ni el cigarro le gustaban. En cuanto á la cerveza, contaba alegremente que, habiéndosela prescrito por un padecimiento de estómago el médico á la hermana del cura, se le encargó al sacristán que bus-

case y comprase una botella. Cuando la hubo traído, le dió el cura un poco de aquel líquido para que lo probase, y viendo que ponía mal gesto, le preguntó:

— ¿Qué te parece, hombre?

— Señor — contestó el interrogado: — me parece que si cerveza hubiese habido en el Calvario, al Señor no le dan la hiel.

No conocía los naipes, porque nunca había visto juegos de baraja. Era sobrio, por la razón de no haber comido sino en pobres mesas, ó en la del Marqués, que estando á régimen, nunca comía sino puchero; y sólo se emancipaba D. Manuel de esta uniforme frugalidad para tomar á los postres mucha fruta, manjar favorito de los frugales españoles.

En cada mujer veía la pura virgen, la casta esposa ó la austera viuda de que hablan las Escrituras y los Santos Padres; de éstas á la odiosa ramera no había para él gradación; así como no la había entre el respeto y el repulsivo desprecio que le inspiraban.

Estamos ciertos que hay hombres de mundo que de muy buena fe calificarán por este bosquejo, copiado del natural, á D. Manuel, de *mandria:* de tal suerte la *costumbre* del mal trastorna las nociones. Pero es lo cierto que D. Manuel, sin acudir al heroísmo

de la santidad por su buena inclinación, buenos principios y buenos lados y ejemplos, había constituído su vida en la *costumbre* del bien, lo que le hacía llevarla perfecta, muy ajeno de que por tal la tuviesen ni Dios ni los hombres, pues, sin ser santamente humilde (porque no era santo), creía su vida ni mala ni buena, ni el cumplir con sus deberes le parecía cosa digna de elogiarse.

No obstante, para ser verídicos biógrafos y probar que no hay interior humano bastante puro ni bastante atrincherado para que no penetre en él el mal espíritu, referiremos una circunstancia de su vida en que puso el pie sobre la más resbaladiza de las malas pendientes.

Levantábase desde su llegada D. Manuel á las cinco, é iba á la iglesia á decir misa y ayudar en sus funciones al anciano cura al que desde su infancia amaba y respetaba mucho; volvía despues á su casa, entregándose al estudio y lectura hasta que le llamaban para desayunarse con el Marqués, cuyo mismo desayuno de un huevo fresco y chocolate tomaba cuando no se lo impedía el ayuno. Eran sus estudios preferentes sobre la predicación, ramo de su carrera eclesiástica por el que sentía una marcada vocación.

Sabido esto, sucedió que le fueron encomendados los sermones de un septenario.

Cumplió tan admirablemente su misión, que todo el auditorio, incluso en él su pobre anciano padre, quedaron admirados y vertiendo lágrimas de dulce enternecimiento. Las autoridades civiles y eclesiásticas, las personas principales del pueblo, acudían concluídos los sermones á la sacristía á felicitarle y saludar en él á un nuevo padre Juan de Avila, llamado por los buenos efectos de su predicación el Apóstol de Andalucía.

Don Manuel, lo hemos dicho, era bueno, era sano, pero no era santo, y no tenía la humildad de tal. Estos elogios empezaron por halagarle, después le embriagaron, é iban quizás por sus grados contados á engreirle, cuando el anciano cura, que todo lo observaba con la vista perspicaz de la experiencia, le llamó una mañana al entrar en la sacristía.

—Oye, Manuel—le dijo:—voy á referirte un lance que se cuenta de la vida del venerable fray Diego de Cádiz. En una ocasión predicó un sermón, pero de tal suerte que, convencidas las cabezas, enternecidos los corazones, elevadas las almas de cuantos componían el auditorio, recibió una ovación entusiasta, y fué llevado entre aplausos exaltados y tiernas bendiciones á su casa. Llegado á ella, confuso, pero enajenado, se fué á su retiro, en que había una santa imagen del

Crucificado, ante la cual se postró; entonces oyó una voz, puesta por Dios en los labios de su imagen, que le dijo: *Diego: qué bien he predicado hoy!* (1)

El cura, dicho esto, se alejó, dejando á su oyente con la cabeza baja y confuso. Poco necesita el que nace bien inclinado y ha sido bien guiado para retroceder en la resbaladiza senda. La lección no fué perdida. Se habla, hasta en lenguaje mundano y vulgar, aplicado á cosas menos espirituales, de inspiraciones; ¡dichosos los que las reciben de Dios!

En otra parte hemos tenido ocasión de manifestar que el rasgo que más distingue á los ricos habitantes de Carmona es la caridad. Vicios y virtudes se generalizan y hacen endémicos en los pueblos á medida que se practican éstas y se detienen aquéllos; por lo tanto, la caridad en grande escala ha dejado de ser loable excepción en aquella ciudad, por haber llegado á ser honrosa y admirable costumbre.

Cuando hubo faltado el Marqués, su hijo, tanto por sus buenas inclinaciones naturales como por la fuerza de la costumbre, y tam-

---

(1) Fácil es colegir que esto significaba que había predicado cual los primitives apóstoles, por directa inspiración divina.

bién por verse sin heredero, destinó gran parte de sus rentas á socorrer necesitados y ayudar á indigentes. Como es de suponer, estos beneficios fueron repartidos por mano de su amigo y capellán, con la decidida prohibición de que á nadie dijese cuál era la mano que los socorría.

Don Manuel, por las tardes, y mientras el Marqués, provisto de unas gafas verdes, salía con un pariente á pasear en coche, se iba á la parroquia á buscar al cura, con el que daba un paseo por el arrecife.

Desde su llegada conoció en aquellos paseos al Coronel y á su hijo Ramoncito, que acompañaban igualmente al cura; desde luego le había apreciado mucho, así como su triste y angustiosa situación le habían conmovido profundamente.

Había hallado manera, por medio de su criada, de aliviarla algún tanto, sin que el Coronel ni su mujer se hubiesen apercibido de ello; había hecho que el colono de la suerte de olivar pasase por una alza notable en su arriendo, abonándole él por orden del Marqués la cantidad de la subida, y, últimamente, por sugestión de éste, que en las obras de caridad hallaba placer, y hasta en combinarlas un entretenimiento, había insistido en ser padrino de la criatura que naciera, por tal de tener un plausible motivo para sufragar to-

dos los gastos que este aumento de familia acarrea. ¡Cuántos socorridos existen! ¡Cuántos amparados en sus quebrantos materiales ó morales! El mundo es un valle de lágrimas, pero no un árido desierto; en él hay muchas encinas que extienden su sombra sobre la maleza. Pájaros que cantamos en él, no lo hagamos siempre posados sobre ruinas en voz plañidera; hagámoslo también al amparo de esas santas y nobles encinas, que tan altas y encumbradas descuellan en los bosques de Aranjuez, La Granja y San Telmo, con la suave voz que expresa el elogio y las bendiciones.

CAPITULO IV

Ocho años habían pasado, y Ramón estaba en vísperas de concluir su carrera. Todos los veranos había venido á pasar las vacaciones con su madre y hermana, las que suspiraban por esta época, la sola animada y variada en su monótona existencia. Con Ramón, que era alegre, entraba la vida y el movimiento en aquella casa, en la que se le aparecía la suave imagen de su hermana Gracia, entre el lecho de una madre doliente y postrada y la cuna de un niño enfermo y débil, como una vestal que á un tiempo reanimase el fuego próximo á extinguirse en la ceniza y amontonase combustible para avivar una chispa que no tuviese fuerza para arder.

Así había pasado Gracia su corta vida, por haber quedado su madre, desde la muerte de su marido y su último parto, baldada. Gracia no era hermosa, porque el cuidado moral de enfermos y un perpetuo encierro no embellecen la persona, aunque santifiquen el alma. Gracia no era hermosa, pero no se habría

podido hallar un ser más poético, interesante y simpático. Era una mezcla singular, en tan corta edad (pues sólo contaba entonces trece años), de madurez é inocencia, de reflexión y de sinceridad, de docilidad y de iniciativa, de finura y de naturalidad; dotes debidas á las inspiraciones de su corazón, bien guiadas por su excelente madre y el único amigo que tenían, su siempre cuidadoso, atento y cariñoso padrino.

Su *hermanita de la caridad*, como la apellidaba siempre Ramón, era, según éste decía, la lámpara de alabastro que alumbraba aquella casa; pero poco había de poder él si no llegaba á ser la llama de gas que le diese luz y esplendor.

—¡Qué esplendor!—contestaba la modesta Gracia;—trae salud y fuerzas á la madre y al hermano de mi alma, y deja los esplendores para el sol.

Manolito, que tenía cerca de ocho años, sólo aparentaba cinco ó seis; tal era la delgadez y debilidad de su naturaleza: tímido, asombradizo y melancólico, no conocía de la niñez sino su desvalimiento. Toda la energía nerviosa de su ser estaba concentrada en el apego apasionado á su hermana que, apenas salida de la primera infancia, cuando, guiada por su madre, que no se podía mover, empezó á hacer sus veces con el pobre niño.

Alguna vez, cargada con él en brazos, le había dado, por distraerle, algunos paseos por delante de la puerta de su casa. Solía entonces pasar por allí Gracia López, la hermosa y robusta hija del carpintero, que volvía de algún paseo cargada de flores.

—Adiós — solía decirle; — adiós, ama seca. ¡Ya podría mi madre decirme á mí que cargase con mis hermanos! ¡Que si quieres! Para eso tiene á la hija de la tía Blasa por niñera; bien que mis hermanos pesan más que el tuyo. ¡Qué hermoso está! ¡Parece la guadaña de la muerte! ¡Ni para alfiler sirve! Vaya, que en tu casa no medran ni flores ni gentes; ¡y es más triste! ¡parece un cementerio de vivos!

—Mi hermano Ramón bien fuerte y sano que es — contestaba Gracia sencillamente.

—Pues ¿y tú, que cabes holgada en una paja de centeno? ¿Por qué no te compra tu madre un miriñaque?

—Porque ni tiene dinero ni yo salgo á la calle.

Cuando las vecinas oían estos y parecidos diálogos su recto juicio y buen sentido salían á la defensa de Gracia Vargas, y solían decir duras verdades á Gracia López, deshaciéndose en elogios de la pobre niña, á quien ésta tan gratuitamente hostilizaba; de manera que habían acabado por denominar-

las, para distinguirlas, *buena Gracia* y *mala Gracia*. Esto había exasperado á la última y arraigado en ella uno de esos odios inveterados que suelen germinar en las almas duras, como la higuera del diablo nace espontáneamente entre piedras, y que si son reforzados por la envidia, se hacen implacables, acerados é inextinguibles.

No sucedía lo que á su hermana á Ramón Vargas, que se había hecho un hombre alto, fuerte y hermoso. Era parecido á su padre; pero le faltaba el aire noble y de caballero que la nobleza de su alma y la apostura militar unidas habían dado á aquél. Sus maneras eran descompuestas; nunca se sentaba, sino que se tiraba sobre una silla, deplorando que en su casa no hubiese butacas, y asegurando que el primer dinero que ganara sería para comprar cigarros habanos y el segundo para una butaca.

Cruzaba las piernas, y doblando el cuerpo, se sujetaba la de encima con ambas manos, teniendo así su persona una posición tan garbosa, que la hubiese aprovechado Fidias para modelar por ella alguna de esas estatuas en que brilla en toda su perfección física y moral (pues las actitudes expresan) la hermosura y la nobleza humana.

En medio de la total despreocupación, que era la base del ser moral de Ramón, conser-

vaba un recuerdo de la cruz de Alcántara, que, como una mosca que se ahuyenta, volvía á zumbarle incesantemente en el oído. Esto hacía que se hubiese apegado con preferencia, entre sus amigos de Universidad, á un joven, hijo del Marqués de Benalí, rico título de un pueblo de la provincia de Córdoba que había casado con la hija de un Grande de España. Alfonso, tal era su nombre, había pasado muchas temporadas en Madrid con su madre, y había adquirido, ingertadas en su carácter naturalmente fino y delicado, elegancia y suavidad de maneras.

Este giro grave y distinguido, que jamás se desmentía en Alfonso, era, á pesar que de él se burlaba el campechano Ramón, lo que le había atraído irresistiblemente hacia él.

El último año le suplicó que viniese á pasar con él las vacaciones á Carmona; y Alfonso, cuyos padres habían ido á París por ver si hallaba el Marqués alivio á un arraigado padecer, consintió en acompañarle.

—Chico — le dijo un día Ramón, — bien podías venirte, no á desenfrailar, sino á enfrailar conmigo á Carmona estas vacaciones.

—No me digas chico, ni uses esa voz grosera y chavacana, no hija de la confianza de la amistad, sino del mal tono en el trato; voz común y vulgar: dime Alfonso, como yo te digo Ramón.

—Noble Marqués futuro—contestó Ramón haciéndole un saludo,—ven á ver el *finis*, que si bien no es el *coronat opus* de mi estirpe, es su mortaja; pero no temas que por entrar en nuestro panteón te prostituyas, que sobre esa tumba verás una cruz de Alcántara vinculada desde hace muchas generaciones de padres á hijos; pero que no se verá en mi pecho, pues, aunque es bien ancho, no quiero por lo mismo colgajos en él. ¡Preocupaciones! Cada cual es hijo de sus obras; dinero es lo que debía haberme dejado mi padre; pero el buen señor se aferró en lo que ni tiene galardón en esta vida ni premio en la otra.

Lo que iba diciendo recordó á Ramón lo ocurrido con los documentos que había quemado su padre. Se lo refirió á Alfonso, y concluyó diciendo:

—De manera que, gracias al buen señor de mi padre, ànciano de cortas luces echándola de heroico, y á una buena señora de luces cortas, sumisa y adherida á la opinión de su marido como un guante mojado á la mano, no me veo hoy que concluyo mis estudios, como Fulano, Mengano y Zutano, *debutando* con un elevado puesto y un buen sueldo, sino que aquí me tienes con mi carrera concluída, sin tener una protección ni medio alguno para aprovecharla y poder ser

útil á mi familia; y cata ahí el resultado del heroísmo cena á oscuras de mi padre.

—¿Es posible, Ramón—repuso Alfonso,—que califiques de acción heroica la de tu padre? ¿Qué diría la opinión pública, que al fin todo lo descubre, de los medios puestos en juego por tu padre, si para medrar se hubiera valido de ellos?

—Ya saliste tú con tu ídolo la opinión pública. Desde que los periódicos se han apoderado de ella y la han dividido entre sí, nadie le hace caso, pues sólo entera y compacta, justa, recta y desapasionada, es la opinión pública aquella poderosa fuerza moral, aquella solemne voz que mereció ser encumbrada con el nombre de *voz de Dios;* pero hoy día es una cotorra chillona, que no hace sino repetir lo que le hacen decir. ¿Crees tú, pulcro Alfonso, esquivar su mordacidad?

—Sí, no dando razón á que me *censure*, y sólo pueda *calumniarme*.

— Te harás esclavo—exclamó Ramón.

—Todos lo somos, y ya que lo sea, quiero serlo de un buen amo.

— ¡Ay, Alfonso! — repuso Ramón cambiando de tono, — si te oyera D. Manuel te diría que no hay más buen amo que Dios, y que todos los demás son ídolos; pero hablando de tejas abajo te diré, mi amigo, que ni el D. Quijote de Cervantes, ni el Quijote

de mi padre, se han cuidado nunca de ella, y que tenían otro guía más sólido y noble, aunque tan ilusorio como es el tuyo; éste les llevaba, ante todo, á satisfacer su conciencia, y no á la opinión pública.

— Con dos guías se puede llegar al mismo punto — repuso Alfonso; — alguien ha dicho que no basta ser bueno, sino que es preciso *parecerlo*.

— Sí; pero allí viene el *parecerlo* después del ser *bueno;* mas tú truecas las primacías: bien advierto que te parezco poco escrupuloso, y que piensas de mí que por una ventaja real sacrificaría yo tu ídolo: puede, pues no es tu ídolo el mío, como tampoco lo es el que lo fué de mi padre, y no pienso por tonterías y exageraciones morirme de hambre. Te repito que ese ídolo, que es para ti la opinión pública, desde que ha trocado su tono grave y austero por el tono frívolo y sarcástico, desde que suenan sus cien trompetas discordantes en tonos destemplados, nadie le hace mayormente caso; vanos serán tus esfuerzos por dominarla. ¿Puedes acaso esperar que ande derecho por la senda de la verdad quien premeditadamente se aparta de ella? ¿Pedirás justicia al que se emancipa de la ley de la razón, que hace de la justicia una deuda de honor de hombre á hombre? Desde ahora te predigo que serás víctima de tu orgulloso empeño.

— Si orgullo fuese — repuso algo sentido Alfonso, — sería un noble orgullo.

—Un pícaro vestido de caballero es tan pícaro como otro vestido de presidiario. El orgullo aristocrático mató y reemplazó al orgullo feudal, que yace en su cota de malla y yelmo. El orgullo popular mató y reemplazó al aristocrático, que yace en sus vestidos de terciopelo y pelucas empolvadas. Este, á su vez, será muerto por otra especie de orgullo, pues, como añade el mismo D. Manuel, sólo un enemigo tiene el orgullo, que le mata sin reemplazarle, y es la humildad cristiana.

— Me recuerdas — dijo sonriéndose Alfonso, — por encumbrada que sea la comparación aplicada á nosotros, que somos estudiantes, á Diógenes, cuando pateando las alfombras de Platón, dijo: «Pisoteo el fausto de Platón.» A lo que respondió éste: «Sí; pero con otra clase de fausto.»

— Y ambos, como diría D. Manuel — añadió Ramón riéndose, — hijos del mismo mal padre.

— ¿Quién es ese D. Manuel? — preguntó Alfonso.

— Es — contestó Ramón — el ser benéfico que la Providencia envió á nuestra familia. En sus brazos han sido bautizados mis dos hermanitos; en sus brazos murió mi pobre

padre; por su mediación me fué aplicada la manda pía que ha sufragado los gastos de mis estudios; él ha proporcionado un honroso enterramiento al que me dió el ser. Si llego alguna vez á ser Ministro, á fe mía que he de hacerle Obispo.

— ¿Es vuestro pariente?

— Por Adán y Eva.

— Tanto más mérito contrae.

— Tanta más gratitud y cariño le tenemos — añadió Ramón.

CAPÍTULO V

L cabo de algunos días de hallarse los amigos en Carmona, vino Alfonso á casa de Ramón para que diesen su acostumbrado paseo. A la vuelta hallaron los dos jóvenes á Gracia, que, sentada en un poyete á la puerta de la casa, entretenía á su hermanito contándole cuentos.

—La sultana Scheherazada—dijo Ramón,—que, para entretener á este sultán Schachriar, tiene un repertorio de cuentos interminable. Manolito: ¿quieres que te cuente el de la buena pipa?

—Esos son los que tú sabes, de pipa y de cigarros—contestó el pobre niño entre mal humorado y afligido;—no quiero que tú me lo cuentes, sino Gracia.

—Calla, Ramón; no le vayas á contar aquel cuento horrible del negro sin cabeza, que le tuvo impresionado é inquieto tantos días y noches, sin poder dormir.

—Y no te dejaría ese niño mimoso dormir á ti.

— Eso no importaría nada; peor es el daño que á él le causa el no dormir. ¡Pobrecito mío!

En este momento volvía Gracia López á su casa, y pasó delante de ellos con un aire tan altanero, suelto y provocativo, que apenas podía concebirse en sus pocos años. Vestida y peinada con esmero, adornado su gran rodete de flores, animado el color por haber venido de prisa, era una beldad tan notable, que ambos jóvenes se quedaron admirados.

— Gracia López: ¿así pasas de largo? ¿No me has visto? — le dijo Ramón.

—¿Pues no había de verlo? ¿Tengo acaso los ojos en presidio?—contestó ella.

— Gracia López: ¿sabes que apenas te reconozco? ¡Cómo has crecido y te has desarrollado de un año á esta parte! ¡Estás hecha una mujer!

— Y usted un hombre, señorito, y, por lo tanto, ya no está el tutearse de razón.

— ¡Hola! ¿esas tenemos?—repuso Ramón, acercándose á ella.— ¿Y va usted á poner el dictado como un muro entre nosotros?

— Yo ni quito ni pongo.

— Pues entonces no me opongo al usted, y aunque sea al usía, porque podré decirle que está usía hermosa y desconocida, así de parecer como de trato. Más hermosura, pero

más desabrimiento; váyase lo ganado por lo perdido.

—No; váyase lo perdido por lo ganado.

—Sea; á mí me gustan los potros por domar — dijo Ramón.

—A mí no — recalcó la muchacha con descaro.

Ramón, que la seguía, entró en casa del bien acomodado carpintero, su vecino. La mujer de éste, que estaba en el patio, le recibió con mucho agasajo, y al ver que su hija, cuya hermosura tenía vanagloria en enseñar, seguía hacia las habitaciones, en que entró, se puso á llamarla; pero Gracia López, la mal criada y engreída niña, la oyó sin que acudiese, y sin responder siquiera á la llamada.

—¡Qué desabrida es! — murmuró su madre; — pero qué quiere usted, las bonitas se engríen; eso ¿quién lo remedia?

El caso era que Gracia López estaba picada de que Alfonso, que era el que entre los dos jóvenes le había llamado más la atención, no hubiese hecho caso alguno de su belleza, y por esa ansia de dominación, propia de las malas almas, se había sentido herida en su amor propio al notar la preferencia que aquél había hecho permaneciendo al lado de la hermana de Ramón. Alfonso, á quien había chocado el precedente coloquio

descocado y grosero, así como el aire altivo de la niña, se había sentado efectivamente en el poyete al lado de Gracia Vargas, que sostenía en su falda la cabeza de su hermanito.

—¿Quién es esa muchacha? — preguntó.

—Es nuestra vecina; nacimos el mismo día.

—¿Es tu amiga?

—No; yo no tengo amigas.

—¿Y no deseas tenerlas?

—¿Qué más amiga que mi madre de mi alma?

—Es la mejor y la primera; pero yo hablo de amigas de tu edad.

—Pues qué, ¿en la amistad hay edades?

—¿Ninguna distracción tienes?

—Muchas; cuidar á mi madre y hermanito.

—Qué, ¿está enfermo?

—Sí, señor. Vino al mundo algún tiempo después de la muerte y enfermedad de mi padre, que tanto afligieron y destruyeron á mi pobre madre, por lo que nació Manolito, el hijo mío, con ictericia y con unas alferecías, de que nunca le han podido curar. Tengo además las visitas de mi padrino, que me da lecciones y me manda libros entretenidos para leer, lo que al mismo tiempo entretiene á mi madre.

—¿Y qué libros son?

—Variados: de Historia, de Moral, de Historia natural... y ahora me ha traído una novela.

—¿Una novela?

—Sí, señor; ¿lo extraña usted? ¿Acaso son malas las novelas?

—No tienen fama de ser buena lectura para las niñas — dijo Alfonso.

—Según sean: Gracia López me dice que lee muchas muy divertidas que le trae su padre del casinillo. Una había que tenía yo muchos deseos de leer, porque trata del *Judío errante*, y á mí me gusta mucho esa historia; pero D. Manuel no quiso, y por eso me ha enviado la que estoy leyendo, que es una cosa preciosa, y se llama *Fabiola*.

Alfonso se sonrió dulcemente, con la satisfacción de un alma noble, en que la realidad desvanece una maliciosa sospecha.

En este momento sonó el toque de oración, y la niña, con la mayor naturalidad, porque en su retiro no sabía que, aunque no sea obligatoria esta oración, hubiese quien dejase de hacerla, se levantó y se puso á rezarla en voz alta.

Mientras rezaba había levantado sus ojos con una expresión plácida, recogida y melancólica hacia el cielo, que iba trocando el divino color á que ha dado nombre en ese tinte blanquecino que parece servir de mor-

taja al día hasta que se sepulta en la noche.

Gracia, cuyo rostro de frente era demasiado demacrado para constituir una verdadera hermosura, tenía en cambio la belleza poco común de un perfil perfecto, formado por sus finas facciones y por la postura y corte de su cuello y cabeza; de manera que, vista de lado en la posición que había tomado y con la expresión tan sencillamente dulce, pura y reflexiva que tenía, era ciertamente el ideal del poeta, del pintor y del hombre que piensa y siente.

Nosotros entendemos por ideal, no un nombre vano de una cosa que no existe, sino el último grado de la estética de las cosas humanas, que la realidad no llega á alcanzar.

Cuando hubo concluído se volvió á sentar, puso la cabeza de su hermanito sobre su falda, pero sin dejar de fijar sus ojos en el cielo.

—¿Qué miras, Gracia? ¿Qué buscas en el cielo? — le preguntó Alfonso, que, al tutearla, aún la trataba de niña, sin que ella lo extrañase.

—El descubrir la primera estrella — respondió Gracia.

—¿Es algún agüero? ¿Crees ver en ella la tuya?

—¡Oh, no! Bien ha dicho usted, que esos son agüeros, aunque son bonitos y poéticos; pero yo no soy poeta, por lo que no podría explicar la atracción que sobre mí ejercen las estrellas; pero más que nada es una idea religiosa, porque entre las obras de Dios, son una de las más hermosas las estrellas. Así, en la que á las demás se anticipa, me parece ver la primera palabra del credo, y por un impulso de glorificación á Dios, apenas la descubro, cuando alzo al Señor mi espíritu con el símbolo de la fe.

—¿Quieres, Gracia, que te recite unos versos que he compuesto á las estrellas?

—Ay, sí, sí; cuánto lo agradeceré: seré como el pajarito que no sabe cantar y escucha enajenado al ruiseñor.

Apenas empezaba Alfonso á recitar su composición, que oía Gracia embelesada, cuando se oyó la débil voz de su madre que la llamaba.

—Mi madre me llama—exclamó interrumpiéndole Gracia.

Y tomando á su hermanito dormido en sus brazos desapareció, sin pensar en despedirse de Alfonso.

—Si ángeles hay en la tierra—pensó éste cuando estuvo solo,—esta niña es uno de ellos.

CAPÍTULO VI

MIENTRAS Ramón, á pesar del sincero cariño que tenía á su madre, mortificaba el ya tan abatido espíritu de esta señora con las recriminaciones que hacía á su padre, pasaba una escena de distinta índole en casa del Marqués de San Adrián. Sentado éste sobre un sofá, reclinado en sus cojines, oía complacido lo que su capellán le refería de la manera brillante con que había concluído Ramón su carrera, y de lo bella y vigorosamente que se había desarrollado su físico.

—Pero ahora—añadió D. Manuel, á quien los años, que habían pasado suavemente en la más dulce de las vidas, la monótona, habían dado mucha madurez y reflexión, sin cambiar en nada lo apacible y benévolo de su carácter,—ahora, ¿qué va á ser de él?

El Marqués apoyó sobre los cojines del sofá su cabeza, calva y cana ya por sus padecimientos, á pesar de ser poco mayor que su capellán, el cual parecía, con alguna corpulencia más, casi el mismo que era cuando

e gresó de Sevilla; y levantándola después con alguna animación:

—Manuel—le dijo,—he recordado lo que olvidado tenía. El hermano de mi padre es ayudante del Rey, jamás le he molestado con empeño alguno; aunque es mi tío, está llamado á ser mi heredero: en vista de esto, y de que una desatención de su parte podría ser perjudicial á sus intereses, creo que me atenderá. Le vas, pues, á escribir una carta de recomendación para Ramón en los términos más apremiantes y expresivos. En cuanto á los gastos del viaje y estada en Madrid, fácil será hacerles creer que son parte de la manda.

Con la sinceridad y con el calor propios de un corazón nacido para el bien, y que del bien había hecho todo el interés y ocupación de su vida, acogió D. Manuel y dió gracias al Marqués por este nuevo beneficio, que, costándole á él poco, acababa de cimentar el porvenir de un joven de mérito y de amparar á su desvalida familia; y concluyó opinando que era llegado el caso de que supiesen á quién eran debidas tantas y tan trascendentales mercedes.

—Eso no—exclamó el Marqués apurado,—no lo pienses; querrán venir á verme y darme gracias, y sólo el pensarlo me agita. No, Manuel; ¿crees que pongo precio ni doy valor á la gratitud de los hombres? Ninguno;

y si supiese que el ayudar á los necesitados era darles ocasión de que interrumpiesen mi sosiego, dejaría de hacerlo en vida para que después de muerto se hiciese en mi nombre. La carta, que lacrarás, puedes decir que es una sencilla carta de recomendación que me has pedido, lo que no vale la pena de agradecerse.

Y después añadió:

—¿Y tu pobre ahijadito, que es el que más me interesa?

—A fuerza de cuidados va saliendo adelante. Encanta ver aquella niña, su hermana, hecha, como la llama su hermano Ramón, una hermanita de la Caridad. ¡Ay, señor Marqués, qué buena escuela es la desgracia! ¡Qué buena preceptora la necesidad! Si á estas lecciones se juntan los ejemplos de una madre justa y cristiana, con resignación de mártir, conformidad y dulzura de santa, dan por fruto criaturas, que bien pueden, envueltas en su humildad, pasar inadvertidas de los hombres en su modesta senda, pero que Dios mira con predilección y complacencia.

—Manuel—dijo el Marqués,—si quieres á tu ahijada, pide á Dios para ella que así siga su vida, y que nunca la perciban las miradas de los hombres.

Según lo había dispuesto el Marqués, arregló D. Manuel todo este asunto, y como lo

había previsto también aquél, creyeron en la ampliación de la obra pía.

Ramón tomó la carta con entusiasmo, creyendo en su poca experiencia que llevaba una llave de oro que le abriría desde luego un seguro y brillante porvenir.

Alfonso, que tenía más mundo, sin desilusionar á su amigo, se sonrió al ver su fe en esa carta de un oscuro y valetudinario Marqués de provincia á un cortesano, porque estaba muy lejos de sospechar, ni el apremiante contenido de la carta, ni las circunstancias que mediaban y la hacían una carta de crédito pagadera á la vista.

Los amigos partieron, pues, juntos para Madrid. Grande fué el desconsuelo en casa de Ramón. Su pobre madre lloraba su separación como eterna, porque no pensaba volver á verle. Ramón, que quería mucho á su madre y á sus hermanos, no obstante la íntima satisfacción que le causaba ese viaje, que hacía en las suaves alas de la esperanza, se afligía del dolor de los seres que amaba.

—Madre — decía: — me voy, pero es para prepararnos allá un dulce interior en que nos reunamos todos. ¡No se aflija usted, madre, que poco ha de vivir quien no me vea en buena posición, adquirida por mí!

— ¡Hijo de mi alma! — respondía su madre,—recuerdo que tu excelente padre, que

santa gloria haya, decía que eras listo y *travieso;* pero te suplico, te encargo y te mando que tengas presente que desaprobaba esa *travesura*, como guía de la vida y comportamiento del hombre. No olvides el refrán que dice: «Quien va despacio, anda bien; quien anda bien, anda mucho.» Nada hagas ahora de lo que al fin de tu vida no quisieras haber hecho, para que tengas la muerte del justo y puedan poner sobre tu sepultura el sencillo pero honroso epitafio que han puesto sobre la de tu padre:

«Aquí yace un hombre honrado.»

— Y tú, Gracia mía — dijo Ramón, mezclando en un abrazo sus lágrimas con las abundantísimas que derramaba su hermana,—¿qué me encargas?

— Que pidas á Dios—contestó ésta — que dé vida á nuestra madre y salud á nuestro hermanito.

—Sí que lo haré, hermana mía, pues no podré pensar en vosotros sin pensar en Dios y los ángeles. ¡No llores! Vamos á ser todos felices: el primer dinero que gane no lo gastaré en cigarros, no, que será en un vestido para mi hermanita de la Caridad.

— ¡No, Ramón, no; cómprale juguetes á Manolito, que es el pobrecito mío tan triste y tan apocado, y que cuando se distrae está mejor!

—Y á mí, ¿qué me encargas, Gracia?—dijo Alfonso enternecido al presenciar el amor y la consagración de aquella dulce criatura á los suyos.

—Que no me olvide usted—dijo Gracia, la cual se había ya apegado con tierna simpatía á aquel joven bello, fino y delicado, que era el solo ser que fuera de su padrino le hubiese demostrado interés.

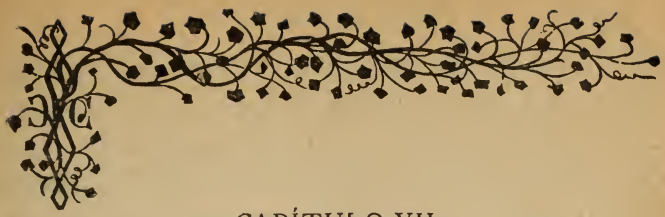
—¡Eso nunca!—respondió Alfonso con cariñoso y convencido acento;—la memoria olvida, el corazón no. Pero yo te hago igual encargo: no me olvides.

—No olvidaré á usted; el recuerdo es como las cuentas del rosario: siempre dicen lo mismo, y siempre se reza con la misma devoción.

—¿Y cuándo pensarás en mí?

La niña bajó un momento su cabeza; sus lágrimas cayeron sobre sus manos, que tenía cruzadas sobre su pecho, como para comprimir su dolor y no aumentar con él el de su madre, y dijo en voz queda:

—Cada tarde, cuando vea asomar la primera estrella.



CAPÍTULO VII

No es nuestro propósito seguir en todas las fases y pormenores de la vida pública á las personas que hemos presentado, sino en aquellas de la vida íntima y privada que se enlazan con el asunto que bosquejamos. Basta saber que Ramón había llegado á Madrid, y que había sido recomendado de una manera especial y activa á un Ministro por el personaje á quien había escrito el Marqués de San Adrián; que éste le dió un modesto empleo, al que renunció poco después.

Dejando, pues, á Ramón por dos años, que empleó en Madrid con bastante provecho, gracias á su *travesura*, volvamos á encontrarle en ocasión de haber venido á Sevilla y pasado á Carmona á ver á su familia. Aunque su viaje no había tenido esta visita por objeto (pues cuando la cabeza lo absorbe todo el corazón queda muy postergado), sintió el más intenso placer al hallarse entre los suyos; pero se mezclaba á este placer una dolorosa compasión al hallar á su madre siempre inmóvil y postrada; envejecida de

muchos años en los dos que habían transcurrido; delgada á un punto que parecía incompatible con la vida, y, tan pálida, que cuando cerraba sus dulces y serenos ojos se la habría creído cadáver. Su hermano Manolito seguía macilento y enfermizo, y entre ambos estaba Gracia, formada, embellecida, como un sereno y despejado mediodía entre una débil y nebulosa aurora y un triste y nublado ocaso.

Al cabo de algunos días, le dijo su madre:

—¡Cuán poco has escrito, hijo mío, y los pocos renglones que de tarde en tarde hemos recibido de ti nada nos han dicho de tu suerte! Dime, hijo, ¿qué haces en Madrid?

—Un poco de todo, madre—contestó Ramón:—versos satíricos, artículos de fondo, ejerzo la abogacía, defiendo malas causas, como suelen hacer usted y otras buenas señoras; escribo correspondencias, invento noticias, juego en la bolsa por otros y algo por mí, vendo protección, ahueco la voz y aguzo la pluma y el ingenio; en fin: me busco la vida y un porvenir como Dios me da á entender.

—¿Dios?—preguntó con tierna solicitud su buena madre.

—O la fortuna, que es la que más directamente interviene en estas cosas—contestó su hijo.—Madre: no meta usted el nombre de Dios en todo. ¿Le irá usted acaso á decir

á la cocinera que en nombre de Dios no eche demasiada sal y que no deje pegarse la olla?

—No se trata en lo que vamos hablando de sazonar una comida, hijo mío; se trata de consultar y guiarse por la conciencia en todos nuestros pasos, pero con más particularidad en los primeros y más trascendentales de la vida.

—Madre — repuso Ramón:—la conciencia tiene una vara de medir distinta de la que sirve para el comercio, que es universal y la misma para todos. Si usted, que es una santa, fuese á medir con la de su conciencia las acciones de los hombres que se mueven en la vida activa y tienen que seguir usos y costumbres que existen sin ellos haberlos creado, eso sería querer hacer pasar un torrente por un angosto tubo de puro y delicado cristal. Lo que ahora hago es preparar el terreno para ser elegido diputado en cuanto cumpla la edad.

—¡¡Tú!!

— Yo; ¿pues qué le sorprende á usted? ¿Qué me falta para diputado?

—¡Hijo, tantas cosas!

—Madre, sólo el voto de usted, que, por suerte, no es elector.

— ¿Sabes, hermana—añadió Ramón dirigiéndose á ésta,—que Gracia López está hecha un sol?

— Sí que está bien parecida — contestó la interpelada;—siempre lo ha sido.

—¿Y por qué no son ustedes amigas?

—Yo no salgo nunca, Ramón.

—Pero ella podría venir aquí.

—Eso poco le divertiría.

—Pues vendría por amistad y no por divertirse. Ella lo desea, pero dice que tú nunca se lo has dicho; yo se lo diré de tu parte.

— Me harás el favor de no hacer tal — le dijo su madre.

—¿Y por qué, señora?

— Porque mi hija no tendrá más amigas que las que le elija su madre, que, por lo tanto, serán las que le convienen.

— ¿Se acuerda usted todavía quizás — dijo Ramón sonriéndose — de la cruz de Alcántara y de la cruz de Isabel la Católica de su abuelo el Almirante?

—No miro los pergaminos de las personas, sino sus cualidades, para permitir á mi hija el intimar con ellas.

—¿Y qué cualidades faltan á Gracia López para ser amiga de mi hermana?

— Todas las buenas — contestó su madre.

— Señora: un fallo tan acerbo se me hace extraño en los benévolos labios de usted—repuso con mal disimulado disgusto Ramón.

—Si la benevolencia sirviese para medir á todo el mundo por un mismo rasero, y ha-

cerse indistintamente amigo de los buenos y de los malos, esa benevolencia causaría más daño que la misma malevolencia.

— Ramón — preguntó Gracia á su hermano para cortar entre la madre y el hijo aquel debate, que parecía excitarlos á impulso de algún sentimiento ó presentimiento oculto:—¿y tu amigo Alfonso?

—El Marqués de Benalí — respondió Ramón—se ha dedicado á la diplomacia, que le viene de molde.

—¿Por qué?

— Porque en la corte de Inglaterra se ha perfeccionado en la altivez y la reserva, en la de Francia en la elegancia y quisquilla, y en la de Austria en la preocupación y susceptibilidad. Hace tiempo que no le veo; la última vez me preguntó por ti, Gracia, y me dijo que había visto en un álbum inglés una imagen de la inocencia velando sobre la infancia que se parecía á ti.

Un sonrosado suave se extendió sobre las mejillas de Gracia, que iluminó su semblante como una débil luz ilumina y colora una lámpara de alabastro.

— Quiero y aborrezco á ese hombre con igual intensidad — prosiguió Ramón; — me atrae y me desvía con la misma fuerza.

— Pero ¿por qué le aborreces?—preguntó su madre.

—Porque, sabiendo que le quiero, se separa de mí.

—¿Y tú no te has separado de él? — tornó á preguntar su madre.

Ramón calló un momento, y dijo después:

— Puede; ¡nuestras sendas son tan diversas!

—Lo siento, Ramón.

— Él debe á sus padres — repuso éste — hallar su carrera hecha; al paso que yo...

—Ese es, no obstante, el amigo que te conviene, Ramón— replicó su madre. — La preocupación de que le tildas y la despreocupación de que, sin deberlo, haces gala, se modificarían quizás ambas en vuestro amistoso trato.

— Esta sibila, es decir, adivinadora — repuso Ramón acercándose á su madre y tomando entre sus vigorosas manos las finas, blancas y casi yertas de su madre, — todo lo quiere saber, predecir y juzgar desde su apartado retiro. Sabe cuál es la amiga que no conviene á su hija y el amigo que conviene á su hijo.

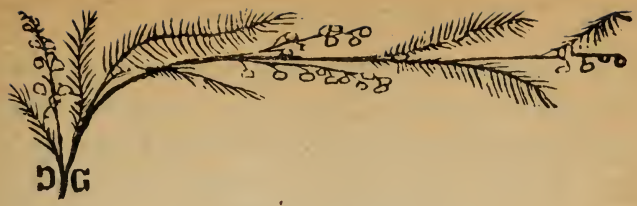
— Las sibilas iluminadas por su amor de madre rara vez se equivocarán, hijo mío.

— Pues ya que acierta, indíqueme mi sibila dónde hallar un tesoro.

—Hijo mío: no se hallan tesoros ni alhajas en la vida real, como en los cuentos de ha-

das; ni es necesario al hombre más tesoro que su honradez y trabajo, ni á la mujer más alhaja que su juicio y su modestia.

—Sistema de caldo de pollo y dieta de Broussais: muy sano, pero muy poco substancioso—dijo alejándose Ramón.



CAPÍTULO VIII

Pocos días después estaba Ramón en casa del maestro López. Este, como ya se ha dicho, había prosperado, y en ese desnivel general y rápido, hijo de nuestra era, y que sería inconcebible en tiempos normales, habíasele visto subir sin divisar en qué escalones asentaba sus pies; de la misma manera que á otros se les ve bajar sin que se descubra la rápida pendiente por la que se despeñan. En ambos casos tienen, por lo general, más parte las circunstancias de la vida pública y la marcha de la época que los empuja, que la acción delos individuos; pero, por lo regular, se ensalza al que medra y prospera, y se le adjudica el galardón de bu na cabeza, así como al que decae y tiene mala suerte se le culpa, porque no se toma para juzgar más regulador que el éxito. Falta tiempo y falta equidad al mundo para formular sus fallos; los fabrica el vapor, que es el método por el cual se va haciendo todo en este siglo de las luces, como modestamente se califica á sí mismo.

El maestro López había empezado por comprar la casa en que vivía. Después había levantado sobre el bajo un cuerpo alto, en el que dispuso una sala de estrado, para la que compró en Sevilla buenos muebles, entre los cuales sobresalían dos butacas talladas y con muebles que le habían costado cien duros cada una; un espejo diminuto que costó sólo media onza, y el retrato suyo y de su mujer al óleo; dos estupendos mamarrachos dignos de los originales, pero colocados en soberbios marcos tallados y dorados.

Por de contado, aquel *estrado* estaba herméticamente cerrado, y no se abría sino para hacerlo admirar de los conocidos de sus dueños.

Lo que el maestro López, á pesar de ser un buen carpintero, no había podido pulir, era á su hijo, que antes y después de rico era un leño. Pero eso no impedía, como solía decir el maestro López á Ramón, que se viese de sacarle un destino.

Ramón, que para lo sucesivo quería tener propicio al maestro López, hombre de influencia, prometía y aseguraba que su primer cuidado al ser nombrado padre de la patria sería colocarle, aunque dejase cesante á algún Matusalén de oficinas, porque los empleados, como los Gobiernos y las botas, se gastan pronto, y es necesario reemplazarlos

con novatos, que son muy preferibles á los rutinarios.

—¡Lo que sabe esta gente nueva!—decía entonces admirado el maestro López á su mujer.

—Y muy bien que dice—añadía sentenciosamente;—los hombres no son como las maderas, que para que no se rajen y tuerzan y puedan servir es preciso dejar pasar el tiempo, dando lugar á que se sequen y consoliden: los hombres han de ser nuevos y mozos, que mientras más sean lo uno y lo otro, mejor.

Ramón, por de contado, no pensaba todo lo que decía; pero tenía que contentar al maestro López, y también á su hija Gracia, de la que estaba enamorado.

A pesar de que estos amores eran sabidos y muy celebrados por los padres, que bien conocían que el mozo era llamado á hacer carrera y á figurar, Gracia y Ramón, siguiendo la costumbre del pueblo, cuando en casa del maestro estaban reunidos, nunca se hablaban.

Esta universal é inveterada costumbre del pueblo tiene varios orígenes: es el primero el respeto á los mayores, en particular al padre; el segundo, es una mezcla de pudor y orgullo que hace al amor huir de entremetidas y curiosas miradas, y ocultarse como una

joya en su estuche, como una esencia que en un bote se lacra, como las más bellas flores en un jardín reservado; y por estas y otras causas, en un círculo que bien puede formar una *reunión*, pero no una *sociedad*, en un pueblo morigerado como el español, nunca se acercan los muchachos á las muchachas, en las que la *conversación* con los *mozos* está mal vista.

Establecida esta costumbre, no pueden, ni les placería á los que son novios, infringirla llamando la atención y exponiéndose á la crítica. Por esta razón hablan los novios por las rejas, si bien con menos comodidad, con más franqueza y menos embarazo que delante de gente.

El maestro López estaba aquel día furioso.

—Ese indigno hijo mío—exclamaba—me va á quitar la vida. D. Ramón, cuando sea usted diputado no le saque usted empleo; sáqueme, como en los odiosos tiempos del despotismo, una orden para mandarlo á las islas Marianas y que se pudra allí entre las ratas. ¿No es allí, D. Ramón, donde hay tantas ratas? Me parece que así lo dice el *periódico*.

—¿Y qué ha hecho su hijo de usted?—preguntó Ramón.

—¡Pues no quiere el muy bárbaro casarse con la hija de un gañán!

—¡La hija del tío Escambrón! ¿Está loco?—exclamó la madre.

—¡Buena cuñada quiere darme! - dijo con desprecio y altivez Gracia.

—Yo creí—añadió el maestro López—que era un zoquete, ni del campo ni de la ciudad, sin más afición que su maldecida escopeta; pero el niño está saliendo un ciento-pies. ¡Casarse con la hija de un gañán! ¿Podrá darse mayor necedad?

—Ya veremos de impedirlo—opinó Ramón.

— No ha de poder impedirse; le ha dado palabra. Don Ramón, ello es que un tonto echa una piedra en un pozo y cien discretos no la pueden sacar.

—Y tan fea es la niña—añadió Gracia con burla,—que el verla quita el hipo, y él tan torpe, que para hacer una O necesita un canutero. ¡Vaya una pareja!

Pocos momentos después de emitir esta opinión decía Gracia López en la reja á Ramón, que se hallaba al lado de afuera:

—¿Con que las vanas de tu madre y hermana no quieren que yo vaya á su casa?

—No he dicho eso, Gracia—repuso Ramón;—te he dicho las propias palabras que mi hermana me contestó; yo no miento nunca.

—¡Ya! ¡Si tú eres muy caballero! Los caballeros no mienten, ¿no es eso? Lo que te digo

es que porque tu padre tenía sangre azul, galones y cruces, no quieren que te cases conmigo, porque se las come la vanidad.

Anda diciendo tu madre
que la Reina es para ti;
anda, ve, dile á tu madre
que la Reina está en Madrid.

—No es eso, Gracia...

—Pues ¿qué había de ser?

—Que mi pobre madre está tan mala, tan triste y huraña, que no quiere ver á nadie. Bien sabes que fuera de D. Manuel; la hermana del cura, que es amiga antigua de madre, y el médico, no entra nadie en casa.

—Digas lo que digas, bien se me advierte que estás supeditado por ellas, y ellas por su gran orgullo. ¿Qué hombre con barbas tiene que contemplar voluntades ajenas para disponer de su suerte?

—¡Ay, Gracia! Hace media hora que de muy otra opinión eras, cuando se trataba de tu hermano.

—Eso es distinto—contestó Gracia, que tenía salida á todo;—mi hermano tiene padre, y mi padre dinero; y mi hermano es un zopenco que nada es ni nada puede sin mi padre y su dinero (ya vemos las bases sobre que fundaba Gracia López la obediencia y sumisión á la potestad paterna). Pero tú no

tienes padre, y no recibes, sino que das á los tuyos, por lo cual, lejos de contrariarte, deberían contemplarte; más ello no es así, y lo mejor será que esto se acabe y que yo me case con el hijo del boticario, que es rico y buen mozo, y que sabes que me pretende.

—Luego dirás que me quieres — exclamó con despecho Ramón.

—Si no te quisiera ya le habría dado el sí al hijo del boticario; pero necia sería la que dejase lo cierto por lo dudoso.

—¿Dudas de que te quiero?

— Obras son amores y no buenas razones.

Siguió la conversación aquella y otras noches, con largos y parecidos argumentos, empleando Gracia todos los medios que su mal instinto le sugería, y consiguiendo al fin reducir á Ramón á que se casase; si bien él exigió, por varias razones, que el casamiento fuese secreto y no se verificase allí. Dispuso que él se iría y que ella le siguiese á Sevilla, donde debería efectuarse la boda, y después seguirían los recién casados á Madrid.

La víspera de marchar pasó Gracia López, poco antes de la oración, por delante de la puerta de Gracia Vargas.

Estaba ésta sentada con su hermanito en el poyete donde solía situarse, y, según su costumbre, miraba á las estrellas, por lo cual

no notó que se le acercaba su vecina hasta que ésta le dijo bruscamente:

—¿Estás contando las estrellas? ¿No sabes acaso que á la que cuenta las estrellas le salen verrugas en la cara (1)?

—No las contaba—contestó Gracia,—porque dice D. Manuel que nadie las ha podido contar.

—Pues ¿á que D. Manuel, ya que es tan *sabijondo* y nada ignora, no te ha dicho, porque no la sabe, cierta cosa?

—No sé á qué puedes aludir.

—Pues yo te lo diré; y es que me caso.

—Sea en hora buena; deseo que seas feliz, Gracia.

—Muy joven soy—prosiguió ésta;—pero tengo dos pretendientes, y me he decidido por uno de ellos nada más que por hacerle tragar quina á su madre y hermana, que no querían que se casase conmigo. Ya lo sabes, adiós; algún día conocerán qué necedad es enturbiar el agua que se ha de beber.

Gracia, herida como lo estaba siempre que le dirigía la palabra su vecina, y además, sobrecogida por un triste presentimiento, entró en la alcoba de su madre, á la que refirió todo lo que había dicho Gracia López.

---

(1) Ignoramos del todo la causa que, ya en sentido material ó moral, pueda haber dado origen á este aserto popular.

—Hija mía—le contestó su madre:—debemos celebrar este suceso que, como es de esperar, aleja á esa mala Gracia de nuestra vecindad, y quizá del pueblo.

La hija, que vió cuán lejos estaba la madre de sospechar lo que ella temía, calló, dejando al tiempo la triste misión de desengañarla.

Pero pocos días después entró la criada muy afanada, y con esa ansia que tienen las gentes vulgares por comunicar malas nuevas, refirió á su señora el casamiento de Ramón con todas sus circunstancias, que con suma complacencia le había referido la madre de la novia, añadiendo con soez y provocativa insolencia, que Ramón para casarse no había necesitado ni del beneplácito ni de la presencia de su madre.

Al oir tal noticia, sazonada con tal veneno, permaneció la enferma unos segundos muda é inerte de espanto. Dió luego un gemido, y perdió el sentido.

Su hija, fuera de sí, mandó llamar á su padrino y al médico. Cuando, después de varias horas de desmayo, volvió D.ª Teresa á la vida, fué con una violenta calentura, en cuyo delirio no cesaba de repetir:

—¡Mis hijos! ¡Mis pobres hijos!

—La calentura la sostiene—dijo el médico á D. Manuel;—pero no hay vida: la tranquilidad de que antes gozaba impedía al mal

hacer rápidos progresos; pero esta sacudida la acaba.

Al día siguiente la calentura bajó, y lentamente volvió á despejarse la enferma. La desconsolada Gracia estaba de rodillas, no lejos de la ventana, dirigiendo al cielo sus fervientes oraciones. Al tiempo que, cual una dulce respuesta de arriba, asomaba la primera estrella, se oyó el sonoro y solemne toque de la campanilla que anunciaba la venida de su Dios y de su Padre á la postrada criatura, al amante mortal que por unirse á El clamaba.

Concluída la santa ceremonia, quedó inerte, con los ojos cerrados y ensimismada la favorecida.

—¡Madre no me mira! — dijo con tristeza Manolito á Gracia, la que, hecha á dominarse desde niña, sofocaba con heroico esfuerzo sus sollozos y seguía orando.

— Hermano mío — contestó Gracia al niño: — alza tu vista y mira aquella estrella que desde allá nos está mirando á ti y á mí, y nos seguirá mirando cuando madre cierre sus ojos.

Al cabo de algún tiempo la enferma llamó con débil voz á sus hijos para bendecirlos.

— ¡Mis pobres hijos! ¡Mis pobres hijos! —suspiró, alzando sus ya quebrados ojos ha-

cia D. Manuel, como pidiendo amparo para ellos.

—Prometo á usted señora — le dijo éste,— velar sobre ellos, y recibo el sagrado depósito.

—Y yo, D. Manuel, admito el beneficio, y llevaré al cielo, para que Dios la satisfaga por mí, tamaña deuda de gratitud, que Dios sólo puede pagar... Gracia: el señor don Manuel es vuestro tutor. Nada hagas jamás sin su beneplácito. Si me lo prometes, moriré tranquila.

Y luego añadió:

—Don Manuel: evite usted á toda costa que estos inocentes caigan en poder de la mujer de su hermano, el que debería haber sido su padre, y que para nada ha tenido en cuenta ni á ellos ni á mí. Dios le perdone como yo lo hago. Mi perdón para el hijo ingrato; todas las bendiciones de mi alma y corazón para ti, Gracia. ¡Angel de mi vida! Sélo, como lo has sido mío, de ese huérfano infeliz y desvalido. ¡Don Manuel! ¡Don Manuel!.. Pierdo la vista... ¡Ay Dios, ya no los veo!.. ¡Mis pobres hijos!.. ¡Mis pobres hijos! ¡Dios los ampare y ampare mi alma!.. . .

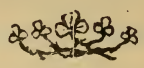
. . . . . .

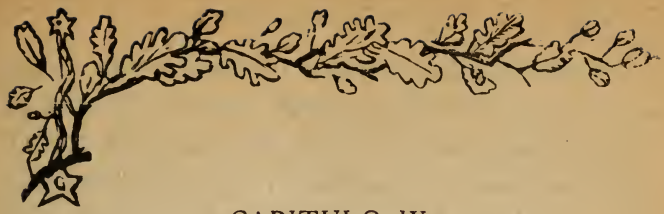
Al cabo de unos días, D. Manuel escribió á Ramón á Madrid, con laconismo y sin pormenores, la muerte de su madre. Ramón es-

tuvo algunos días muy afectado, al cabo de los cuales la aglomeración de sus negocios le distrajo de su pesar. Escribió que sus hermanos podrían reunirse á él; pero sin mostrar empeño.

Don Manuel le contestó que el estado de salud de su hermano no les permitía ponerse en camino.

Ramón les envió el corto socorro que solía remitir á su madre (porque Ramón era al uso del día, pródigo en cosas personales y de fausto, pero en sumo grado económico en los demás dispendios), y las cosas quedaron cual estaban, con gran satisfacción de Gracia López, que deseaba poco vivir con sus cuñados, ni que se enterase Gracia de que Ramón, con varios pretextos, no la había llevado á su casa, sino que la había instalado en una habitación aparte, en un barrio extraviado, donde vivía sola y obscuramente.





CAPITULO IX

Cinco años después, estaba Ramón un día en su despacho, cuando se abrió la puerta y dió entrada á una persona que, con pausa, pero con cordialidad, se adelantó á saludarle. Realzaba la bella presencia del introducido una elegancia de porte y de maneras que, unida á una dignidad sencilla y á una afabilidad natural, pero reservada, infundían tanto agrado como consideración. Puede que en otras circunstancias se hubiese hallado en el sujeto que presentamos algún retraimiento, debido mucho más á la desconfianza en el trato que á orgullo personal; pero en este momento se franqueaba abiertamente, y cuando Ramón se levantó para ir á su encuentro, exclamando:

— ¡Alfonso! ¡tú en mi casa!

Le contestó estrechando su mano:

— Y más afortunado que he sido en la mía, te encuentro en ella, cuando tú á mí no me has hallado.

— Tres veces he ido á verte desde que supe que habías vuelto de la Embajada de París, de que formabas parte.

— Yo también tengo contadas tus visitas para agradecértelas; pero desde mi vuelta, originada por la falta de salud de mi madre, no queriendo ya separarme de ella, renuncié á mi destino. La asistencia de mi enferma me ocupa la mayor parte de las horas del día; esta es la causa de no haberme hallado. Gracias al cielo, se encuentra aliviada... y ahora hablemos de ti. Pocas veces podré verte, así como á mis demás amigos, y quiero aprovechar el tiempo para que me pongas al cabo de cuanto te concierne. Sé que has perdido á tu buena madre, que fuiste elegido diputado, que ejerces la abogacía, que has tenido empleos, que has hecho pingües negocios y que hoy cuentas ya en el número de los capitalistas. Me congratulo sin envidiarte.

Y una imperceptible sonrisa acompañó estas últimas palabras; una sonrisa parecida á esos soplos de Guadarrama que, sin que los marque la veleta, penetran el más impermeable y tupido abrigo.

— En fin: que has dado razón á tu buen padre, que te designaba como *travieso* y listo. Tienes buena cabeza; lo has probado.

— No debo mi fortuna á mi buena cabeza, sino á mi buena suerte — contestó Ramón, — y en particular á la subida fabulosa que han tenido las acciones que yo poseía, de... — aquí enumeró varias grandes empresas de

que era accionista, y prosiguió después: — ¿Quieres que te ceda alguna?

— Gracias — respondió Alfonso, — no me gustan acciones, y se me ocurre lo que en una ocasión dijo Mr. de Brancas al avariento duque de Bourbon Bondé, que le señalaba lleno de entusiasmo un paquete de acciones del Mississipí, creadas y puestas en circulacion por Law: «Monseñor, una sola de las *acciones* de vuestro abuelo vale más que todas éstas.» Pero — añadió Alfonso, para dar otro giro á la conversación — dime, ¿qué es de tu hermana, la suave, la *linda*, la *buena Gracia*?

— Está en Carmona con mi hermano menor, que es una débil, enferma y pusilánime criatura, al que tiene un cariño apasionado y exclusivo.

— Extraño es, Ramón, que no la traigas á tu lado, no teniendo ella más amparo que tú.

— Se lo he propuesto, y no quiere — replicó Ramón, — y es por lo que te decía que su cariño á Manolito era exclusivo.

Al marqués de Benalí pareció sorprender esta respuesta.

— Por cierto que es extraño — dijo, — y tú debes sentirlo, pues, soltero y solo como vives, ella podría llevar aquí una vida regalada, y tú tendrías quien estuviese al frente de tu casa.

En este momento se abrió la puerta, y dos hermosos niños, de cinco á seis años de edad, se precipitaron en el cuarto gritando:

—Papá: hemos salido bien de los exámenes.

— He ganado en premio esta medalla de plata.

— Y yo — añadió el más pequeño — esta hermosa banda.

— Y ¿quién os ha dado licencia para venir á mi estudio, lo que tengo prohibido? — dijo con voz áspera su padre.

La alegría de los niños se trocó al punto en consternación.

— Mamá nos dijo que viniésemos para enseñar á usted los premios — contestó en voz queda el mayor.

— Cuando mamá mande lo que yo prohibo no la debéis obedecer — repuso su padre; — salid al punto, y no contéis ya con la recompensa con que había pensado celebrar vuestros premios.

Los niños, con la cabeza baja y con las lágrimas en los ojos, se encaminaron hacia la puerta.

— ¿Y no saludáis á este caballero? — les gritó el padre con mal reprimido encono al notar la impresión que en el Marqués había causado la precedente escena.

Los pobres niños se volvieron, y sin mirar al Marqués dijeron simultáneamente:

— Que usted lo pase bien, quede usted con Dios.

Y desaparecieron.

— Y qué, ¿eres casado? — preguntó el Marqués á su amigo.

— Sí — contestó éste con sequedad, y visiblemente contrariado.

— No será, supongo, con Gracia López, la calificada por la voz pública de *mala Gracia*, de la que, cuando muchachos, te enamoraste.

— Con ella, precisamente — contestó mortificado Ramón.

Hubo un momento de silencio penoso, al cabo del cual preguntó con resolución el Marqués:

— ¿Y por qué no vive contigo?

— Tú que la conoces — contestó Ramón, — convendrás conmigo en que...

— Lo que conozco, Ramón — le interrumpió el Marqués, — es que el hombre que comete un desacierto debe confesarlo y someterse con valor y dignidad á sus consecuencias, que ese es el modo de hacérselo perdonar.

— Someterse, bien; pero ostentarlo, no, y esto hago.

— Yerras. Tener á tu lado á la que has hecho madre de tus hijos y mujer tuya no es ostentar tu desacierto, sino dar honor y

dignidad á tu matrimonio. Al contrario, tenerla oculta y lejos de ti es quitarle, así como á tus hijos, su sello de legitimidad; es dar justo pábulo á que te crean peor de lo que eres; es ser tú el primero en menospreciar á la madre de tus hijos, en robarle su decoro, en negarle su respeto, en arrostrar la opinión pública, que, severo juez, sabe harto bien que el misterio es un velo muy trasparente que pocas veces oculta lo que no honra. La manera de que á su puesto alces á tu mujer es que en él la coloques, y no que la rebajes.

—Si tú, pulcro Marqués, te hubieses casado con una Gracia López, ¿la traerías á tu lado?

— Yo — dijo el Marqués con algún calor — jamás hubiese amado á una Gracia López; si la hubiese amado, habría huído de ella, en vez de procurar su fácil seducción.

— ¡Ya! si tú tienes el corazón revestido de amianto.

— Ni de amianto ni de yesca, Ramón; compárame más bien á las fieras que á ningún peligro temen, pero huyen del fuego; mas, supuestos estos dos imposibles, la madre de mis hijos habría sido mi mujer ante Dios y ante los hombres.

— Eres un Catón.

— No es necesario ser un Catón para ser un hombre de juicio y de moralidad.

— Tu moral es evangélica, la mía es más bíblica — repuso Ramón acudiendo á la chanza, auxiliar de las malas causas.

— En las opiniones que he expresado tiene más parte el honor que el Evangelio —contestó el Marqués.

— Concedo; cierto es que el verdadero honor enaltece al hombre — repuso Ramón; — pero cuida no tome el orgullo su nombre, pues hoy día ya sabes que andan los nombres trocados.

—Este es un ardid de la fraseología. Pero dejemos á un lado ardides, y hablemos de buena fe — repuso el Marqués de Benalí. — La vanidad es la necedad del egoísmo, y el orgullo es la insolencia de la vanidad, y ambas cosas ajenas del asunto de que tratamos.

— Pues si no es una ni otra cosa la base de tus principios, lo serán las preocupaciones; pero sábete que el hombre que se emancipa de su freno opresor hace lo que le conviene y quiere, sin cuidarse de ellas.

— No, Ramón; el hombre, ante todo, tiene que hacer lo que debe.

— Estando su conciencia de hombre honrado en lo esencial tranquila, ¿qué le importa lo que piensen los demás? Pues qué, ¿á ti te ofenden las habladurías?

— Te lo he dicho ya en otras ocasiones; distingo: desprecio completamente aquellas,

hoy tan frecuentes, debidas á la malevolencia gratuita, á la calumnia infame, falsa moneda de la verdad, que gentes sin honor ni conciencia fabrican y expenden, y que están destituídas de todo fundamento y verdad; pero no así las censuras que tienen una base cierta, ó siquiera una suposición probable.

— Y yo también te he dicho ya — repuso Ramón — que la opinión del mundo, de la que te haces esclavo, se vengará de ti; créeme: la exageración, aun en lo bueno, saca las cosas de quicio y daña.

CAPITULO X

En Ramón, que tenía un buen fondo, aunque, como el buen trigo á veces, sofocado por esa mala hierba que hoy día crece y se mece erguida, sin que mano alguna escarde los campos, no habían caído en balde las reflexiones del Marqués de Benalí. De allí á poco, habiéndole encontrado en un teatro, le participó cómo había traído á su mujer á su casa y hecho público su casamiento. Benalí le felicitó cordialmente, y añadió que ahora pensaba que no se negaría su hermana á venir á su lado.

Al día siguiente fué el Marqués á ver á la mujer de su amigo que, con una elegancia de traje exagerada, le recibió con la misma exageración de halagos. Para esto tenía ella muchos motivos, los unos ostensibles, los otros secretos. Sabía que él era el que había influído en su marido para que hiciese público su casamiento, blanco de todas sus aspiraciones; era además el Marqués uno de los hombres más distinguidos y pulcros de la

aristocracia de Madrid, por lo cual daba gran prestigio y honra á la sociedad poco selecta que recibía su marido, y, por último, era el hombre que desde niña había llenado todas las ilusiones de su vano y ambicioso corazón. Sus provocaciones, como de una mujer grosera y que no había nunca conocido ninguna clase de sujeción, fueron demasiado marcadas para que no chocasen al Marqués, el cual se mostró más frío y acompasado que nunca, y no volvió.

Ramón, que en el fondo quería bien á sus hermanos, les participó su casamiento, lo que antes no había hecho, renovando sus instancias para que se reuniesen con él. . . .

. . . . . .

— Ya no tienes motivo para no irte con tu hermano, que te llama — decía por entonces D. Manuel á Gracia Vargas.

— Lo conozco — respondió ésta, que contaba ya veintiún años; — pero cuánto temo el salir, y, sobre todo, el sacar á mi pobre hermanito de esta vida sosegada y tranquila, que es la sola que nos conviene; y qué temor y repugnancia me causa el ir á vivir con Gracia López, que siempre tan mal nos ha mirado á ambos. ¡Ay! acuérdese usted, padrino, de los leales avisos que me da mi corazón; á su lado hallaremos la desgracia ambos.

— No creo tal — repuso don Manuel; — casada con tu hermano, mirará Gracia á los suyos con cariño y como cosa propia; tu hermano es bueno, y sabrá daros el lado que os corresponde.

—Obedezco los consejos de usted, padrino, como me lo encargó mi santa madre; mi hermano es bueno, es cierto; pero usted sabe que Gracia es mala.

Algún tiempo después mandó Ramón á sus hermanos un dependiente de su confianza, que los acompañó á Madrid.

Grande fué la alegría de Ramón al estrecharlos en sus brazos, y tanto más contraste formó con ella la seca frialdad que les demostró su cuñada.

Pero esta alegría primera de Ramón pronto se disipó, no por falta de cariño, sino porque, abstraído del todo y ocupados su tiempo, su atención, y casi siempre sus afectos, en el cúmulo de negocios arduos, excitantes, peligrosos, comprometidos, secretos unos, públicos otros, que había abarcado, los goces y solaces tan dulces del hogar doméstico, de la familia, de la amistad íntima, no hallaban tiempo ni cabida en su vida, ni espacio en su corazón. Además, las influencias de su mujer eran una lima sorda que, si no llegaba al tronco, iba despojando al frondoso árbol de sus hojas y de sus ramas.

Los niños que, por desgracia, son inclinados á la malevolencia, no necesitaron de las insinuaciones de su madre para ponerse en pugna y en abierta oposición con el infeliz é inofensivo Manolito, que, aunque mucho mayor que ellos, era por su extenuación un niño ruin y apocado, y que criado como entre algodones al lado de su cariñosa y dulce hermana Gracia, sufría como un reciennacido echado sobre abrojos. Gracia padecía de una manera destrozadora por la hostilidad de que era objeto, no ella, sino su hermano, á quien quería ahora más que nunca, pues el amor y la lástima son dos llamas que, al unirse, forman una intensa y flamante hoguera; pero como de tan suave y prudente carácter, maduro antes de tiempo por la gravedad de la desgracia y el fructífero rocío de los buenos ejemplos y buena enseñanza, conoció que con quejarse á su hermano Ramón nada conseguiría sino agriar y empeorar su situación.

El único consuelo que tenía era desahogar su corazón escribiendo á su padrino, que en sus cariñosas respuestas la exhortaba á sufrir con resignación y conformidad las pruebas que Dios envía á sus escogidos, que son cual el lastre que se pone en los barcos para que naveguen en la mar con aplomo y sin rendirse, obedeciendo al timón que los guía.

Largo, penoso, monótono y poco grato sería para el lector el referirle todas las crueles escenas que de continuo se renovaban, y cómo fueron influyendo en Manolito, á quien, por lo débil y nervioso, la menor emoción de temor ó de sorpresa causaba ataques epilépticos.

El estado de sobrexcitación en que las hostilidades y burlas de su cuñada y de sus hijos le ponían, había recrudecido en él los insomnios, uno de los padecimientos más crueles de la infancia. Su hermana pasaba las noches á la cabecera de su cama entreteniéndole y alejando de su imaginación las ideas lúgubres con suaves imágenes de floridos cuentos de hadas. Todo esto era materia para un escarnio cruel que, cuando no estaba presente Ramón, se hacía hasta delante de personas extrañas, las que, desconociendo la realidad de las circunstancias, admitían como positivo todo el ridículo que se sabía prestarle. Un niño zarangullón que no quiere dormir solo porque tiene miedo, tan mimoso que es preciso contarle cuentos cuando está en la cama, este tema en bocas vulgares y malévolas era una mina inagotable de desdeñosa burla.

Deseosa de hacerse olvidar todo lo posible, había escogido Gracia Vargas para situarse el lado de una ventana detrás de las corti-

nas, ocultándose con su hermano casi del todo á los ojos de las personas que se hallaban en la sala. Allí llevaba su labor y algunos libros con estampas para entretener á su pobre hermanito, y á veces llegaba á conseguir el anhelado olvido; pero una mañana en que estaban solos la madre y sus mal criados niños, éstos, no teniendo gentes con quien entretenerse, se propusieron hacerlo con el infeliz enfermo.

Muchas fueron las bromas insolentes y los epítetos groseros que le dirigieron.

El niño empezó á angustiarse.

—Si son chanzas, hijo mío — le decía Gracia; — en viendo que no haces caso de ellas, dejarán de gastarlas.

Pero no fué así, porque acercándose al pobre niño le dijeron que saliese de allí para jugar.

El infeliz, en la mayor angustia, se asió del vestido de su hermana.

—Déjenle ustedes; ¿no ven que está enfermo, y que ni sabe ni quiere jugar? — les dijo Gracia en tono suplicatorio.

—Nosotros le enseñaremos, — replicaron los niños; — lo que tiene es que es un mandria, un terco, y ha de jugar.

Y tirando cada cual de uno de sus brazos, lo arrancaron del lado de su hermana.

El niño empezó á hacer desesperados esfuerzos para zafarse de las manos de sus verdugos.

—¡Ay, madre! — gritó uno de ellos; — este pícaro me ha arañado.

Al oir esto su madre que, como de costumbre, estaba impaciente y hostil, se levantó con la mano alzada para descargarla sobre Manolito; pero en este instante, la suave, la sumisa Gracia, se arroja entre ambos, y estrechando con una mano á su hermanito contra su pecho, y extendiendo la otra con toda la energía de su tanto tiempo contenida indignación:

—Eso no — exclamó, — no pondrás tú la mano sobre este inocente; ¡guárdate! Pobres somos, pero el mundo es ancho, y tengo manos para trabajar y procurar al hermano de mi alma el trato dulce y la vida tranquila que su doliente estado necesitan. Mañana saldré de tu casa.

La sorpresa, la rabia, y más que nada el temor, habían sellado los labios á la mujer de Ramón. Conoció que había abusado, que había traspasado los límites, y vió ante sus ojos la figura amenazadora de su marido. Ya buscaba su perspicacia la manera de disipar la tormenta cuando su cuñada llegase á hablar, haciéndola pasar por calumniadora, asegurando que á quienes había tenido in-

tención de castigar había sido á sus hijos y no á Manolito; pero no fué necesario. Gracia se había llevado en sus brazos á su pobre hermano con una espantosa alferecía, de la que no volvió.

Al siguiente día estaba de cuerpo presente.

CAPÍTULO XI

A qué pintar el dolor de Gracia? ¿Quién ha podido sondar el mar? ¿Quién contar las estrellas del cielo, ni las lágrimas que unidos pueden verter la más destrozadora lástima, el más cruel dolor y el más profundo desconsuelo?

Ya lo que Gracia pudiese decir á su hermano mayor de ningún alivio podía servir al que yacía frío é inerte en su huesa, y Gracia calló.

Este generoso proceder, lejos de amansar el encono de su cuñada. lo avivó, porque se había preparado á una lucha de que esperaba salir vencedora.

Gracia escribió á su padrino lo que había pasado, acabando así su carta: «Siempre me llamó Ramón *hermana de caridad,* y puesto que ya cumplí mi misión con los míos, dulce misión que ha llenado toda mi vida, porque amaba con tanta ternura á los que asistía, estoy decidida á proseguirla en los hospitales.

Si no fuese mi vocación, si no fuese el camino del cielo, si no fuese en mí ya costumbre, la elegiría sólo por salir de la vida que llevo, que es una vida harto peor y sin provecho para mí ni para nadie.»

Don Manuel le contestó que nada tenía que oponer á su santa determinación, y sí sólo que parecía haberla tomado en un momento de agudo dolor; que las determinaciones necesitaban mucho tiempo para adquirir madurez, y que su opinión, así como la del señor cura, era que aguardase algún tiempo antes de efectuar su propósito.

La dócil joven siguió el dictamen para ella sagrado del consejero que le había señalado su madre, y vestida de rigoroso y sencillo luto, volvió á ocupar su puesto en la sala detrás de la cortina, que la ocultaba á la vista de todos.

Una tarde fría y desabrida, estaban Ramón y su mujer sentados, cada cual ocupando una butaca, al lado de la chimenea. Gracia Vargas ocupaba su acostumbrado puesto cerca de la ventana, detrás de la cortina, donde permanecía tan oculta á las miradas como lejos de la memoria de todos. Además, como era tan silenciosa, su cuñada no cuidaba de hablar delante de ella, aun de las cosas más secretas.

— ¿Sabes, Ramón, — dijo á su marido, — que hoy ha estado aquí D.ª Rosa y me ha

vuelto á hablar para que influya contigo á fin de que te hagas cargo del pleito de la Marquesa de Oropeles, la millonaria señorona?

— Es un pleito repugnante, mujer, — respondió Ramón, cuyo buen fondo y noble sangre hablaban siempre que su interés, su ambición, ó la pésima influencia de su mujer, no ahogaban su voz. — Su hermano ha muerto sin hacer testamento, y valida de eso, aunque sabe el cariño que él tenía á su pobre mujer, que ha perdido su salud por un acto de heroísmo al salvarle la vida, no sólo la quiere despojar de cuanto posee, sino impedir que señalen á la infeliz enferma una triste pensión con que pueda vivir.

— Eso no es cuenta tuya: los abogados no se eligen como jueces, sino como combatientes; los abogados deben dejarse el corazón en casa y no llevar al tribunal sino el Código. Si no aceptas, la Marquesa no nos convidará al gran baile que va á dar, donde estará la flor y nata de la alta sociedad de Madrid.

— Y si acepto la defensa como deseas, ¿acaso te ha dicho que te convidará?

— Terminantemente... ¡Podrías ahora salir con las ideas de tu padre! Si aquéllas te han costado tu posición y suerte, ahora te costarían perder el lustre que á tu mujer le falta, el ser introducido en la intimidad de

personajes altos é influyentes que todo lo pueden, empezando por la Marquesa de Oropeles, que aseguró que el buen éxito de su pleito lo pagará con el nombramiento de Secretario honorario de S. M.

— Promesas al aire, — repuso Ramón; — pero sea como fuese, dices bien: el abogado no juzga, defiende. Sea, pues, y si ese marido desprevenido no hizo testamento, él es, y no sus naturales herederos, quien tendrá la culpa de lo que á su mujer sobrevenga.

—Gracias á Dios, Ramón, que te veo razonable: si por tu quijotismo me hubiese quedado sin ir al baile, no sé qué me hubiera sucedido; por la parte más corta me cuesta una enfermedad; y en ti, el renunciar por melindres á todas las ventajas que esa defensa te va á proporcionar, hubiese sido una necedad.

— Pero es el caso que si al fin parece un testamento...

— ¡Qué ha de parecer!

— Dícese que lo tenía hecho.

— ¿Cómo se ha de saber eso?

— Por varios testigos que se lo oyeron decir, entre ellos Benalí, amigo íntimo del difunto.

— ¡Mienten! y así se les dice en buenas palabras, y que lo hacen por compasión; y sa que la ejerza cada cual con su bolsillo, y

no que por ella se menoscaben las leyes. Ramón: este pleito es una fortuna que se nos entra por las puertas; pero calla, oigo pasos... en la antesala.

Efectivamente, en aquel instante se abrió la puerta, y dió paso á la hermosa y noble persona del Marqués de Benalí, en cuyo rostro se advirtió un ligero tinte de inquietud y de tristeza.

Gracia López, agradablemente sorprendida, se deshizo en agasajos y amables quejas por el olvido en que los tenía el mejor de sus amigos; pero el Marqués, con glacial cortesía, puso término á la afectada afluencia de Gracia López, diciendo á Ramón que venía á hablarle sobre un asunto de interés.

— ¿Quieres que vayamos á mi despacho? — preguntó Ramón.

— Yo me ausentaré, si estorbo — dijo su mujer.

— No, señora; no se incomode usted—respondió el Marqués visiblemente contrariado;—urge el tiempo, y sólo vengo á preguntar á Ramón si puede encargarse de defender un pleito.

Ramón se sobrecogió, sospechando que pudiese ser del mismo que su mujer le había hablado.

— ¿Qué pleito es? — preguntó.

— El de la infeliz viuda del mejor de mis amigos, de la noble y generosa mujer que le salvó la vida á costa de exponer la suya, y que él amaba con el más tierno cariño. La perversa Marquesa de Oropeles, al saber la muerte de su hermano, la quiere despojar de todo el gran caudal que posee, por no hallarse el testamento que á ella le consta tenía aquél hecho. Hízolo en Cádiz antes de embarcarse para Méjico, donde le llamaban cuantiosos intereses; para más seguridad, entregóselo, para que me lo confiase á mí, al más fiel de sus criados. La eficacia de éste, que no quiso desprenderse de la cartera que lo contenía, fué la causa del contratiempo; porque habiéndose dormido en la galera en que venía desde Cádiz á Madrid, se le escurrió la cartera del bolsillo y se le perdió en el tramo de Sevilla á Ecija. Todas sus gestiones por volverla á hallar han sido infructuosas. La pérdida de ese documento sume en la más espantosa miseria á la mejor y más desgraciada de las mujeres.

Ramón callaba.

— ¿Está usted seguro — preguntó Gracia López — de que esa cartera con su contenido haya existido? ¿No podría ser que ese fiel criado hubiese mentido por fidelidad á su señora? Las personas que no son capaces de mentir no sospechan que otros

puedan hacerlo; esto pudiera sucederle á usted.

El Marqués miró con asombro á su interlocutora, y estuvo por contestarle que las personas que sabían mentir sospechaban la mentira aun en los más verídicos; pero se contentó con responder:

—Señora: de la veracidad de ese hombre respondo yo.

—Buena garantía es; pero podría ser burlada la buena fe que la ofrece—repuso ella;—por mí estoy persuadida de que á usted le engañan, Marqués, y de que no existe tal testamento. Por lo que yo, en lugar de Ramón, no tomaría la defensa de lo que aparece claramente una superchería. Un testamento que se entrega á un criado, que no parece ni parecerá nunca, porque no existe; una cartera, que de puro guardada se pierde, sin que pueda darse con ella...

—Esa cartera existe, y la tengo yo en mi poder—dijo Gracia Vargas levantándose y apareciendo de repente á los ojos de Alfonso como el hermoso genio del bien para hacerle triunfar de sus enemigos.

El Marqués, asombrado, fijó sus ojos en aquella inesperada aparición, y exclamó:

—¡Gracia! ¡Gracia Vargas! ¡Ella es!

—¿Que tú tienes esa cartera?—preguntó su hermano;—¿cómo puede ser eso?

— En mal hora entró en mi casa una cuñada — murmuró Gracia López con reconcentrada ira.

— Hermano — contestó la interrogada: — todo se explica fácilmente. El médico había prescrito á nuestro infeliz hermano que hiciese ejercicio, y todas las tardes lo sacaba yo por el arrecife...

Dos gruesas lágrimas, atraídas por el recuerdo de su hermano bajaron lentamente por las mejillas de Gracia, que prosiguió:

— Una tarde nos habíamos sentado sobre la hierba, á la orilla del camino, cuando de repente el hermano de mi alma exclamó: — Gracia: mira lo que me he encontrado, — y me entregó una cartera. La llevé á casa y enseñé á mi padrino, que, viendo que contenía papeles de interés, me encargó la guardase con cuidado mientras él trataba de averiguar el dueño; pero tanto sus investigaciones como los avisos que se insertaron en *El Diario* de Carmona y en los de Sevilla, fueron inútiles; nadie reclamó la cartera, y yo seguí conservándola con el cuidado que me había encargado mi padrino.

— Tráela — dijo su hermano.

— ¿Qué prisa hay? — murmuró su mujer, fijando en su marido una mirada de reconvención.

Gracia Vargas, con su paso mesurado y su continente natural, digno y modesto, atravesó la sala, mientras los ojos del Marqués, fijos en ella, la seguían por una atracción tan dulce como irresistible, y con tal embeleso, que le hizo no acordarse de expresar su satisfacción por el hallazgo, que salvaba de un despojo infame á la viuda de su amigo. En aquel momento todo lo había olvidado Alfonso al ver á aquella niña que tanto le había interesado, convertida en la hermosa y modesta joven que se le aparecía como la representación de la verdad y de la justicia.

Poco después volvió Gracia con la cartera, y el Marqués procuró hacerse dueño de la turbación en que se hallaba para examinar los papeles que contenía.

— ¡Es el testamento! — exclamó. — ¡Loado sea Dios, Gracia! Prosigue usted su misión de *hermana de la Caridad*, contribuyendo en este instante á salvar á la desamparada viuda.

Al decir esto, sorprendió el Marqués en los ojos grandes, negros y expresivos de Gracia López una mirada de odio y encono dirigida á su cuñada, que le reveló súbitamente la situación de la pobre huérfana en aquella casa.

Esta había vuelto á ocupar su puesto; Ramón y su mujer se habían echado con avidez sobre los documentos. Entonces Alfonso se

acercó á Gracia, la que fijaba sus ojos llenos de lágrimas en el cielo. La cartera le había recordado viva y dolorosamente á su infeliz y amado hermano.

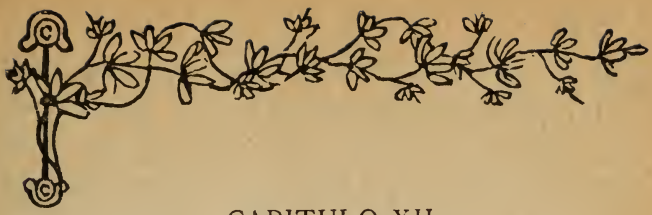
— Gracia — le dijo con su queda y melodiosa voz:—¿mira usted al cielo buscando la primera estrella?

— Sí — respondió Gracia con ahogado acento.

— ¿Recuerda usted la promesa que me hizo de acordarse del amigo de su niñez cuando descubriese en el firmamento esa estrella, exacta imagen de un recuerdo, porque su luz es un reflejo?

— Recordaba al verla — respondió Gracia inmutada, y aún más que inmutada, conmovida por la solemnidad de la presente escena y el recuerdo de su hermano, — recordaba que mi pobre hermano decía cuando aparecía á nuestra vista, que era la mirada de nuestra madre que velaba sobre nosotros.

— ¡Pobres huérfanos! — dijo con profundo interés Alfonso.—Gracia: no será ya la inerte estrella la que velará; de aquí en adelante será un amigo.



CAPITULO XII

Cosas muy comunes son en la vida los amores, á los que hace la sabia Providencia que creó el universo tanto más poderosos y atractivos, cuanto que nos los pone al nacer en los corazones; pero los inspira distantes del círculo de los propios, para unir así á las familias y hombres entre sí. Porque son los amores y sus peripecias cosas tan repetidas en las novelas que cuentan la vida del hombre, omitiremos los pormenores de los de Gracia y Alfonso. También quedan muy analizados y repetidos los sentimientos que inspiran y los efectos que causan, ya la envidia, ya los celos; y si ambas cosas se unen, envidia y celos, en una naturaleza como la de Gracia López, se podrá conjeturar el estado de exasperación y despecho á que por grados la conduciría el amor respetuoso, pero franco y abierto, que el Marqués desde luego empezó á demostrar á Gracia, y el ver que este amor, dulce y exclusivamente admitido y correspondido por su cuñada, no sólo la iba á encumbrar á una grande altura, sino que la hacía tan dichosa,

que la iba hermoseando como el sol á un día en tempranas horas empañado y obscurecido por neblinas. Gracia, que después de errar tanto tiempo por áridos desiertos de arena, hallaba un oasis en el cariño que inspiraba y sentía, en el dulce amparo que hallaba su vida, había perdido el aire abatido, triste y temeroso que le hacía ensimismarse y bajar su pálida frente; había embarnecido, sus mejillas se habían cubierto del suave sonrosado de la juventud; su boca sonreía, como sonríe la inocencia á la felicidad, y sus ojos, que no habían olvidado la sentida costumbre de alzarse al cielo, la conservaban; pero ahora era dándole acciones de gracias y confiando á su madre su felicidad.

A Ramón llenaba de contento la buena suerte de su hermana (buena suerte que, por lo regular, no logran aquellas que la merecen), y siempre calculador, consideraba con alegría y afán todas las ventajas que le proporcionaría á él su cercano parentesco con un hombre como el Marqués; así fué que el día en que su hermana le comunicó que Benalí la había elegido por compañera, necesitó su talento poner un freno á su excesiva alegría para que no apareciese ridícula, y se deshizo en demostraciones de cariño con ella, parte por amor á ella misma, parte por amor á sí propio.

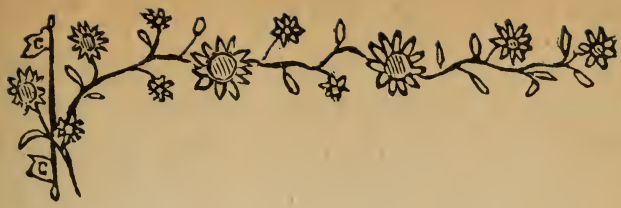
Gracia López siempre se había burlado de esos amores, asegurando á su marido que su hermana, que era una criatura sin mundo, sin saber y sin trato, se las prometía felices sin causa sólida; que tomaba por dinero contado cuatro cumplidos que le hacía un hombre fino y galante, y que ya vería cómo el día menos pensado, por cualquiera asunto que ocupase más su atención, dejaría el Marqués de venir, sin acordarse ya de lo que sólo habría sido para él un mero pasatiempo.

Ramón oía todo esto con impaciencia y disgusto, sin poder combatir tales asertos con razones sólidas, y porque, como es sabido, en sus altercados siempre lleva la ventaja la malicia á la buena fe. Así fué que aquel día entró Ramón en el cuarto de su mujer, cuyas burlas y falsas profecías se complació en anonadar con la misma sorna y acritud que ella había gastado hacia su hermana, participándole que Gracia le había confiado la intención del Marqués de unirse á ella.

Su mujer, pálida de envidia y despecho, le dejó concluir, y se contentó con decirle:

—No lo creo.

Esta sostenida incredulidad era tan ofensiva á su hermana, que Ramón volvió la espalda con un gesto de profundo desdén, y salió del cuarto indignado.



CAPÍTULO XIII

Al día siguiente, después de comer, se hallaban reunidos delante de la chimenea, Ramón, que ocupaba una butaca; su mujer, que ocupaba la del lado opuesto; Gracia Vargas, que, no lejos de su cuñada, bordaba á mano, á la espléndida luz de un reverbero colocado sobre un velador, y junto á éste un convidado á quien Ramón trataba con una franqueza exagerada, que sabía refrenar cuando el amigo con quien la gastaba era persona de buen tono. El caballero que ocupaba este puesto era rico.

Estamos en la era de la publicidad, parte por el *métome en todo* del periodismo, parte por el cinismo que la falta de dignidad de nuestra época tolera, parte por la malevolencia de los que descubren y publican, ponderándolas, las maldades ajenas, creyendo, sin duda, que por vituperarlas en otros se les tendrá por completamente exentos de ellas. No obstante, hay arcanos que no es dado descubrir del todo, y que el mismo cinismo,

si bien no por vergüenza, oculta por temor. Tales son muchas fortunas salidas de repente como del fondo del mar, que con su pródiga y rica vegetación se ostentan sobre su superficie como islas flotantes. A éstas pertenecía la de D. Arturo Rico, hijo de un sacasillas y metemuertos de un teatrillo, cuyos antecedentes formaban un *quotlibet* de naipes, de agencias secretas, de desfalcos, jugadas de bolsa y falsificaciones, harto extraño y repugnante. Ramón le había defendido hábilmente en alguno de sus lances elevado á los tribunales. D. Arturo le había pagado espléndidamente su trabajo, y de ahí nacía la intimidad que entre ellos reinaba, y que D. Arturo quería asentar sobre más sólidos cimientos, casándose con Gracia Vargas. Para alcanzar su propósito contaba con un celoso auxiliar, y éste era Gracia López, que escudaba la dañina intención de casar á su pobre cuñada con un hombre desacreditado, despreciable y antipático además á su noble y delicado ser, con la frase vulgar y moderna: *es un buen partido.*

Pero Ramón, que aunque contaminado con los vicios de su época, era bondadoso y amaba á su hermana, se oponía decididamente á tan desigual unión. D. Arturo, sentado en el espacio que había entre la mesa de velador y la butaca en que estaba medio

tendido y soñoliento Ramón, trataba de anudar una conversación con aquélla, cual la oruga que busca la senda para llegar á una alta y blanca azucena; pero no podía lograrlo, porque Gracia, sin altivez, pero con severa decisión, sabía mantener íntegra la gran distancia que desde luego había puesto entre ellos.

—¿Querrá usted creer — dijo Gracia López—que mi cuñada pueda constantemente echar de menos y preferir á esta buena chimenea la mesa de nagüillas cubierta de hule que tenía en Carmona, y á este espléndido reverbero su velón de pantalla verde?

—Muy poco creíble es, en efecto —contestó D. Arturo, —y sólo si Gracia me lo afirmara le daría entero crédito.

—Puede usted dárselo, pues, —dijo Gracia sin levantar la vista de su bordado.

—Extravagancias románticas—opinó Gracia López.

—Puede que sea el encanto que tiene lo que es propio — repuso D. Arturo;—y en tal caso, si estos cómodos objetos fuesen de su propiedad, tendrían para ella el mismo encanto que conservan en su memoria aquellos otros de Carmona.

—No, señor — repuso Gracia Vargas, que conoció que callando podría parecer que otorgaba; —el encanto que tuvieron aquéllos

no lo pueden tener para mí ningunos otros, pues consistía en la presencia de la madre de mi alma, del hermano de mi corazón y de mi querido y buen padrino.

—Esos cariños se reponen con otros cuando una no es obstinada y no cuenta con un apoyo que puede faltar—dijo Gracia López.

Su cuñada no contestó, pero inclinó aún más sobre el bordado su rostro pálido de indignación; mas de repente brillaron sus ojos, sus mejillas se cubrieron del carmín del corazón, su rostro se iluminó como un aposento obscuro cuyas ventanas se abriesen súbitamente á la luz del sol, porque en este momento se abrió la puerta y apareció el Marqués de Benalí. Apenas le vió D. Arturo, se puso de pie, y mientras Ramón hacía otro tanto para ir al encuentro de su amigo, se despidió aquél de Gracia López, que en vano le instó para que permaneciese.

Cuando se hubo retirado, dijo el Marqués, dirigiéndose á la dueña de la casa:

—Espero, señora, que no extrañará usted que anticipe hoy la hora en que suelo venir á su casa; supongo que Gracia le habrá dicho que ya no vengo á ella sólo como una visita ni como un amigo, sino que vengo como un hermano.

Ramón dirigió á su mujer una mirada de triunfo, y no pudo menos de extrañar lo de-

mudado de su semblante y la expresión de encono y tedio que en él se dibujaba.

Benalí ocupó el sitio que había dejado vacante D. Arturo, habiendo rehusado la butaca que le ofrecía Ramón, y decía á media voz á Gracia:

—¿Para cuándo has fijado la boda?

Gracia no contestó.

—¿No respondes?—tornó á preguntar Benalí;—¿qué dispones?

—Yo no estoy acostumbrada á disponer, ni sé hacerlo, — respondió ella.

—Pues necesario es que te acostumbres, porque lo has de hacer siempre de aquí en adelante, — repuso el Marqués.

—¿Sabe y aprueba este enlace la Marquesa, sin cuya aprobación dice usted que no quiere hacer nada? — le preguntó Gracia López.

—La prevé y la desea, —repuso Benalí; — y cuando mañana vaya á Aranjuez, donde se halla, á participarle mi alegría por haber acogido Gracia mi petición favorablemente, sé que será grande la suya.

—Como Gracia no tiene dote, ni herencia alguna en perspectiva... — objetó su cuñada.

—Señora, —respondió con algún desdén el Marqués, —hasta hoy eran esas objeciones desconocidas en España, y mi madre pertenece á la generación anterior á la nuestra.

Mi madre, así como yo, buscamos el valer de la persona en su mérito y prendas personales; en sus antecedentes y en los de sus padres; en el amor, simpatía y aprecio que sienta é inspire; en su virtud, en su dignidad y buenos principios; con cuyas cualidades pueda ser la honra de los hijos que tenga y el orgullo de su marido.

Gracia López, herida, sin que hubiese sido la intención de Benalí herirla, iba á contestar, cuando Ramón, temiendo con razón que lo hiciese de una manera inconveniente, dijo riéndose á su amigo:

—Vamos, Alfonso, para que quedase tu pulcritud completamente satisfecha, sería necesario que naciese y se criase una mujer libre de toda culpa, hasta de la original, como María Santísima.

—No pretendo imposibles; pero te confieso que tu noble padre y tu santa madre forman una aureola admirable á tu incomparable y pura hermana, así como la cubre á los ojos de todos, cual de una nube de incienso, el epíteto de *buena Gracia* con que la voz general la calificó.

El recuerdo de este epíteto, que iba unido al de *mala Gracia* aplicado á la otra, cuyas mejillas se pusieron encendidas y cuyos ojos echaron chispas, no sólo hirió á ésta, sino al mismo Ramón, que dijo con algún despique:

—Los epítetos que se dan á los niños, no sólo no pueden serles aplicados cuando grandes, sino que suelen estar basados en defectos ó cualidades que luego el tiempo desmiente. Recuerda que en la escuela te pusieron por nombre *Alfonso mírame y no me toques,* á causa de tu suscept bilidad y entono, lo que ahora por cierto no te cuadraría.

—Puede, —contestó Alfonso riendo, —que algo de ello, modificado por la razón y la experiencia, me haya quedado; pero lo que sí es cierto, y forma mi gloria y encanto, es que á tu hermana le cuadra ahora, como antes, ó más que antes, el dulce sobrenombre que le pusieron cuando niña.

—Conozco, —dijo gravemente Ramón, —que todo hombre honrado y digno debe dar un valor grande á la opinión pública, que forma la reputación; pero asimismo estoy persuadido de que cuando esta veneración á una cosa que se puede llamar noble y santa se exagera, se torna en culto ó en ídolo, y confesarás que en este exceso tiene más parte el orgullo que el pundonor.

—Me resigno á tu fallo— contestó el Marqués. —Como hoy día ha desaparecido el *orgullo señor*, y lo veo reemplazado por la grosera soberbia y la ridícula vanidad, elegiré el primero, que me apartará de los dos últimos.

—¿Y todo lo sacrificarías ciegamente á tu ídolo como tosco é inculto romano?

—Todo, — recalcó el Marqués.

—¡Jesús!—exclamó Gracia Vargas, —poco sé de las cosas del mundo; pero confieso, Alfonso, que ese *todo* que ha lanzado usted como un proyectil, cuyo alcance y cuyo estrago no puede graduar, me ha sobrecogido é impresionado mal, como lo haría un acorde falso en una bella sinfonía.

—Pues á mí me ha causado un efecto opuesto, —dijo Gracia López, en cuyos ojos negros brilló un repentino júbilo como el relámpago de la tempestad; —porque lo hallo lógico y consecuente con la manera noble y digna de ver las cosas propia del Marqués. El que, como el señor, se ha propuesto vivir en un palacio de cristal, no puede ni debe sufrir que nada lo empañe, porque entonces sus pretensiones serían ridículas. Las gentes despreocupadas no tienen tales pretensiones, y si las toleran en otros es en cuanto éstos las puedan sostener con la frente muy erguida. Así es que dice bien el Marqués: para no asemejarse á los que patullan en el barro es necesario sacrificarlo todo á la invulnerabilidad de la buena opinión; y no puede menos de llamarme la atención y de causarme extrañeza que tan mal te impresione á ti, Gracia, la noble declaración del Marqués; das

pábulo á que se pueda falsamente imaginar que tienes motivos para negar su importancia al qué dirán.

Gracia Vargas había escuchado cuanto había dicho su cuñada con la instintiva repulsa con que las almas rectas, puras y sensatas rechazan los sofismas (que son en el raciocinio lo que los albinos en la humanidad: blancos nacidos de padres negros), sintiendo y demostrando su semblante el disgusto que se experimenta cuando se ve inducir al que equivoca una senda á proseguir en ella; pero al oir las últimas palabras de su cuñada, levantó su serena frente y respondió:

—Dije mi opinión, porque entendí, y entiendo, que esa frase *sacrificarlo todo* no se puede aplicar en toda su latitud sino al deber.

CAPITULO XIV

Benalí había anunciado que iría al día siguiente á Aranjuez, en donde se hallaba su madre, y fijado el día de su regreso; pero este día llegó y Benalí no vino, y llegó el siguiente y tampoco pareció.

La pobre Gracia empezó por extrañarlo é inquietarse, y acabó por afligirse, porque la felicidad era para la pobre huérfana demasiado nueva é inusitada para que pudiese confiar en ella.

Al tercer día, cuando á la noche estuvieron reunidos, preguntó Ramón á su hermana:

—¿Te ha dado aviso Alfonso de la causa de su ausencia?

—No, hermano mío, —contestó Gracia.

Y no pudiendo retener sus lágrimas, salió del cuarto precipitadamente.

—Estará indispuesto, —dijo Ramón cuan do su hermana se hubo ido.

Una sonrisa, una de esas sonrisas que harto más prueban una mala alma que una puñalada, vagó por los labios de Gracia López.

Su marido, que la observó, dijo con enojo:

—Comprendo la malicia de tu sonrisa; pero te engañas, porque Alfonso no es capaz de una villanía.

—Es capaz de mudar de parecer como todos los hijos de Adán, —contestó su mujer. — Ustedes hacían reliquias de él, y á mí siempre me ha parecido tener mucha fatuidad y muchos humos. Ni está, ni se cree comprometido; eso tenlo por cierto.

—Una palabra basta para comprometer á un hombre honrado. No es probable, no es posible que Alfonso mude inmotivada é inopinadamente de parecer, estando por medio una hermana mía, que vive bajo mi custodia y amparo.

—¡Lo mismo hubiera hablado el buen señor de tu padre! Y bien: si no volviera á acordarse ese enamorado de tu hermana, ¿irías acaso á dar un escándalo, que, además de no remediar nada, la dañaría á ella grandemente y te cubriría á ti de ridículo en la era presente, en la que los Quijotes no están de moda? Al saber sus allegados su intento (si es que lo ha tenido y se lo ha comunicado), le habrán disuadido de él, le habrán propuesto una novia millonaria que le tenga más cuenta, y cátalo ahí. No existen papeles ni otras razones que le puedan comprometer, sino frases y palabras que se pueden negar ó atribuir á bromas.

—Verdad es—repuso indignado Ramón—que no liga al Marqués á mi pura y sencilla hermana pacto alguno, sino meras palabras; de modo que si se casa con ella, como creo que sucederá, será por el aprecio que le merece, por el verdadero y profundo amor que la tiene, por la dulce certeza de que le hará feliz, no siendo, como á otros desgraciados acontece, por compromiso, ni tampoco por ventajas que le pueda traer.

—Como no aspira á ser diputado ni tiene Gracia padre que se lo pueda proporcionar... —repuso incisivamente su mujer.—¿Tú crees que ese don Infulas se ha de casar con tu hermana porque todo se lo merece esa *mosquita muerta*? ¿Apostamos que no? Apostemos.

—En breve lo hemos de ver. Con las mujeres honradas no juegan sino los malvados, y Alfonso no lo es. Cuando los veas casados quedará confundida tu malevolencia, y cuando, además, los veas felices, podrás convencerte de cuánto más lo es el hombre que une su suerte á aquella que mereció el epíteto de *buena*, que no aquel que la unió á la que mereció el epíteto de *mala*.

Y Ramón salió, cerrando con violencia tras sí la puerta.

Su mujer le siguió con sus ojos negros, en los que ardía, como arde una hoguera en la

noche, la ira y el coraje; mientras que, formando extraño contraste, vagaba por sus labios una sonrisa de satisfacción y triunfo.

La ausencia del Marqués se prolongaba. Ramón fué á su casa á preguntar por él, y se le contestó que no había regresado; y á los pocos días se supo de público que el Marqués de Benalí había salido con una comisión del Gobierno para una corte extranjera.

Gracia Vargas, con el decoro y modestia de su noble ser, reprimió las muestras exteriores de su agudo dolor; no lloró, no se quejó, no estuvo ni pretextó estar enferma para entregarse á él. Sólo se la vió más callada y más metida en sí que lo había estado antes.

Su cuñada la observaba con malévola intención, y aunque no se le ocultaba cuánto sufría, dijo un día á su marido:

—Poco quería tu hermana al Marqués, y así bien ves que no ha sentido gran cosa el fin de sus relaciones. Tu hermana es fría como una lechuga, y lo que quería era ser Marquesa; y puesto que esas uvas están verdes, lo que debe hacer ahora es querer ser rica, y para eso que se case con D. Arturo, que acaba de tomar de una mala deuda una hermosa carretela con dos yeguas normandas, y se paseará en coche como una duquesa. Te he dicho yo antes de ahora que

trates de persuadirla á que consienta en ese casamiento, que para ella es una buena suerte. Si antes no quería, porque la tenía el Marqués trastornada la cabeza, puede que ahora se mire mejor en ello.

—Y yo— respondió Ramón — te tengo dicho antes de ahora que, no sólo no influiré en mi hermana para que se case con ese hombre, sino que si fuese capaz de pensar en ello, me opondría á su determinación cuanto pudiese.

—¿Y si se aferra esa vana en aguardar á otro Marqués, que no vendrá?

—Hará lo que quiera; mi hermana es libre en mi casa.

—Y si no le halla, ¿tendremos toda la vida en casa esa pejiguera?

Nada pudo contestar Ramón, porque en este instante entró Gracia, á cuyos oídos llegaron las palabras de su cuñada; pero hizo como si no las hubiese oído, sonriendo con sincero cariño á su hermano.

CAPITULO XV

Algún tiempo después recibió don Manuel la siguiente carta de Gracia:

«Mi querido padrino: Muchas veces había oído hablar de hombres que dicen á las mujeres que las quieren sin quererlas, y que hallan un placer en captarse su cariño para abandonarlas luego con la mayor indiferencia. Estas como otras cosas las había oído sin poderme persuadir de que fuesen ciertas, ó á lo menos las creía excepcionales y propias de almas dañadas como las que cometen otras maldades. ¿Cómo habría podido yo sospechar cosa semejante en el Marqués de Benalí, en ese modelo (que por tal esta reputado) del buen caballero? Y, sin embargo, mi querido padrino, esto es lo que acaba de hacer aquel joven en quien usted creyó descubrir, durante su primera juventud, tanta nobleza y tanta formalidad. Un día, en cuya víspera me había pedido á mi hermano con el mayor cariño, dejó de venir, sin mandar una disculpa, sin dar una razón. Mi hermano fué á preguntar por él á su casa, y se le dijo

que no había vuelto de su excursión; y á los tres días partió para el extranjero. Mi cuñada, muy afanosa, para que mi desaire no se trasluzca, me quiere casar con un señor rico, amigo de mi hermano, que es tan tosco como grosero. Mi hermano no quiere, por causa de su malos antecedentes, lo que, por fortuna, me evita á mí dar una negativa á mi cuñada, con más indignación de lo que convendría, pues hasta ahora he guardado con ella el silencio que usted me recomienda, y sólo tengo que acusarme de que, si bien en este silencio han entrado la obediencia á sus santos consejos y la prudencia, ha entrado también algún desdén. ¡Siempre ha de mezclarse con algo de malo lo poco bueno que hacemos!

»Confesaré á usted con vergüenza, que en los primeros días me dejé dominar enteramente por la violencia de un acerbo dolor; pero ya me he hecho dueña de mí misma, como lo verá usted por el contenido de esta carta. Usted me decía en su última, al celebrar la noticia de mi casamiento (la que supo usted tarde, por haberse perdido mi primera carta), que ya conocería por qué razón me aconsejaba usted algún tiempo antes el diferir mi entrada en las Hermanas de la Caridad, pues visto estaba que Dios me había querido para casada. Ahora digo á usted, pa-

drino, que para lo que Dios me quiere es para su santo servicio en la persona de sus pobres y desvalidos, y que aseguro á usted con toda la energía de mi voluntad, que nunca me casaré, y usted sabe que en mí todo es constante. No puede mortal alguno ocupar en mi corazón el lugar que ocupó Alfonso, ni nadie, ni aun él mismo, podría curar la herida que he recibido. ¿No es cierto, mi querido padrino, que existe en la mujer una dignidad natural, que sin estar reñida con la modestia, la aparta de toda debilidad y bajeza? Pues esa dignidad me aparta para siempre del hombre que así pudo pagar un cariño que me inspiró con falsía y me apartará igualmente de esta palestra, cínica y misteriosa á un tiempo, de las pasiones humanas, con la que hacen mala liga las personas sinceras, rectas y de buena fe.

»No crea usted que hablo con acrimonía, no la tengo; lo que me ha sucedido es, como dice mi cuñada, demasiado cotidiano para que me pueda quejar. Así, si usted no se opone cruel y decididamente, entraré en breve en el hospital, para lo cual he dado algunos pasos. Muchas razones hacen que no pueda permanecer por más tiempo en esta casa, en la que sufro de un modo cruel, sin que aproveche á mí ni á nadie. Por Dios, no se oponga usted á mi firme determinación,

ni me ponga en el caso extremo de faltar, desatendiendo su parecer, al respeto y obediencia que le debe esta su humilde ahijada y segura servidora, q. s. m. b.,

Gracia Vargas de Toledo.

CAPITULO XVI

Dos años pasaron. Ninguno de los eventos que hemos referido, de tanta trascendencia en la vida de las personas que hemos presentado, había llamado la atención del público. La travesurilla del Marqués de Benalí había sido al principio motivo de risa y solaz en los cafés y casinos; luego había caído, no en el Manzanares, sino en otro río mayor que corre por el mundo entero: el Leteo.

Busquemos, empero, á nuestros personajes, aunque muy distantes unos de otros.

Al Marqués le hallamos en una corte extranjera, fino, digno y elegante como siempre; pero á la sonrisa alegre y benévola que hermoseaba su rostro y que le daba un aire juvenil que atraía, ha reemplazado una sonrisa escéptica y fría que le envejece. Es una rosa marchita que ha perdido su frescura y perfume, conservando sólo las espinas. Las señoras de buen tono advierten con extrañeza que el tema favorito de su conversación

es la sátira contra las mujeres, en la que invierte todas las sales de su ingenio, y notan en él el vulgar afán de anatematizar la hipocresía, haciendo de ella el blanco de todos sus tiros, reforzados con la enorme falange de lugares comunes que desde hace un siglo se han aglomerado en pos de Tartufe, intentando hacer á la religión su cómplice. Para los que le observan de cerca es seguro que el orgullo y algún otro sentimiento agarrotado, pero no muerto, luchan en su corazón y amargan su vida. Hay en él, dicen, un lleno que le oprime y un vacío que le desquicia.

De la casa de Ramón Vargas de Toledo había huído, no sólo el poco contento y la aparente paz que en ella hubo algún día, sino hasta la esperanza. Su mujer yace en su lecho, víctima de un horroroso cáncer. Varias crueles operaciones ha sufrido, sin que hayan logrado curar un mal que está en la masa de su sangre. Sus crueles é incesantes padecimientos han agriado su genio á tal punto, que todas las criadas que sucesivamente han venido á asistirla se han despedido, no pudiendo soportar, ni moral ni físicamente, la asistencia que se les exige. El aseo extremado que necesita este mal está desatendido, lo que le agrava y emponzoña el ambiente. Su marido, víctima como los demás de la exasperación de una mujer que ni ama ni respeta

nada, y al que, por otro lado, sus negocios apremian, hace lo que debe en poco tiempo y con un interés en que entra más la humanidad que el cariño; dispone juntas, busca asistencia, derrama dinero, pero ansía por alejarse de aquella mujer, que fué fresca y hermosa, y es un espectro; que fué cariñosa, y es una furia; que seducía, y ahora rechaza y hace huir.

No sabiendo qué hacer ni de quién valerse, Ramón se decidió á mandar venir á una hermana de la caridad, lo que no dijo á su mujer, seguro de que se hubiese opuesto. Cuanto tenía carácter religioso le causaba desvío, aumentándose éste, como suele suceder, á medida que más gravada sentía su conciencia. Veía desvanecerse cuanto el mundo seductor le había brindado, cuantas satisfacciones la vanidad le había ofrecido; y ¿qué le quedaba? Nada. Vacío alrededor de sí, vacío en su interior, en su alma, en su corazón...

Y no obstante, la fortuna había favorecido á Gracia López, á Ramón y á Alfonso, hasta que la enfermedad de aquélla puso término á sus goces y prosperidades. Habían hecho los tres lo que habían querido y logrado lo que habían deseado; las circunstancias no habían influído en su suerte ni doblegado su voluntad; ellos habían sido los dueños de las circunstancias, ellos las habían creado.

Pero busquemos á la pobre criatura, esclava y víctima de ellos. Gracia Vargas atiende plácida y sosegada á sus penosos quehaceres en el hospital. Ha embarnecido, á pesar de ellos, y la inalterable serenidad de su precioso y distinguido rostro muestra á las claras que hay para la criatura una clase de felicidad fuera de las condiciones en que los hombres la colocan y sólo la creen posible; felicidad tranquila que olvida el recuerdo por la esperanza, lo presente por lo venidero, lo temporal por lo eterno. Pero esto el mundo lo niega, como el ciego niega la luz, ó, lo que es peor, como el que ve y niega lo que ve.

Es una sencilla verdad (y asombra que sea negada) que es necesario despojarse de las cosas que envenenan y martirizan nuestra existencia como una túnica de Dejanira, y vestir la túnica del sacrificio para poder devolver la paz al alma y curar las heridas del corazón.

Cuando Gracia se enteró de que era en casa de Ramón donde se requería la asistencia de una de las hermanas, se apresuró á suplicar á la superiora que fuese á ella á quien se encargase esa misión; lo que le fué concedido.

Gracia López estaba en uno de sus accesos de exasperación. Se había quejado á su ma-

rido de la mala asistencia que tenía y del abandono en que se hallaba. Ramón, cansado ya de repetirle que había hecho cuanto humanamente era dable para evitar el extremo de no tener quien la asistiese (lo que era debido á que á todas cuantas habían venido á asistirla las había alejado su carácter violento y exigente), añadió que había escrito á la superiora de las hermanas de la caridad, rogándole que enviase alguna hermana en las circunstancias apuradas en que se hallaban. Gracia López, que era la oposición personificada, y que á todo, por regla general, empezaba por oponerse con violencia, lo hizo á la determinación de su marido con desesperado coraje.

—Pues qué — exclamó, — ¿es mi casa un hospital para que vengan esas desechadas á prestarme sus rutinarios cuidados y su fría asistencia? A lo que vendrán será á mandar, en lugar de obedecer, y á predicar dormidas, en vez de velar calladas. No, no quiero que se me acerquen. No quiero verlas; ¿me oyes?

CAPITULO XVII

En este instante se abrió la puerta y se presentó Gracia Vargas á los ojos de Ramón y su mujer, con rostro sereno, en el que se dibujó al ver á su cuñada la más tierna compasión. Ramón lanzó un grito de júbilo y corrió á abrazarla.

—¡Esto era lo único que me faltaba!—exclamó Gracia López.—¡Vete! ¡Vete de mi casa! ¡Te saliste de ella sin pedir licencia ni parecer á nadie, y tras la emancipada joven se cerró mi puerta para no volver á abrirse viviendo yo! ¡Aguarda á lo menos que muera para venir á engatusar á tu hermano con tus hipocresías y á tomar posesión de ella!

—Gracia, pobrecita, yo no vengo á tomar posesión más que de la cabecera de tu cama para asistirte, á lo que estoy obligada como hermana de tu marido y por el instituto de la Orden á que tengo la dicha de pertenecer. Te prometo, Gracia, que si no acertase á contentarte, si mi asistencia no te satisfi-

ciese, regresaré al hospital en el momento que me lo indiques y hayan ustedes encontrado quien me reemplace; pero hasta tanto, te ruego, hermana, que no me despidas y tenga que alejarme de ti con el desconsuelo de dejarte sin asistencia.

Diciendo estas palabras, Gracia Vargas se había quitado el velo de lana negro en que venía envuelta, lo había doblado y colocado sobre una silla, y empezó á poner orden en aquella alcoba, en que estaba tan desatendido el òrden como el aseo. Llamó á una criada de la casa, tosca y desabrida, la que, guiada por ella con buenas y suaves maneras, fué prestándose cada vez con mejor voluntad á cuanto le fué indicado. Entre ambas, y con el mayor cuidado, arreglaron y renovaron el lecho en que yacía la enferma, á pesar de su resistencia y exasperación.

— Vienes á coronar tu obra de hipocresía — exclamaba ésta, — ofreciéndote á prestarme asistencia, cuando en realidad sólo vienes á gozarte en verme padecer.

—No hay, Gracia, hipocresía en prestarte los servicios que hace dos años presto á los pobres del hospital; es mi destino, y obligación que con todos cumplo con gusto y celo; cuánto más no lo haré con la mujer de mi hermano. No soy una fiera para gozarme en tus padeceres, pues á lo que vengo es á ali-

viártelos en cuanto me sea posible; ¿qué motivos me llevarían á tal necedad?

—El aborrecerme, de lo cual me has dado mil pruebas.

—¿Cuáles han sido?

—Primero, que no hubo medio de hacerte venir al lado de tu hermano cuando quedaste huérfana, y eso no podía tener más causa que el no querer vivir á mi lado.

—Sabes, Gracia, que mi infeliz hermano menor estuvo mucho tiempo imposibilitado de ponerse en camino.

—A poco de haber llegado, como para ostentar todo tu desvío hacia mí, rehusaste un ventajoso y lucido porvenir, y te fuiste, sin consentimiento de nadie, á hacerte la interesante á un hospital.

—No necesitaba ni aun el del tutor que me dió la última voluntad de mi madre, puesto que había entrado ya en mi mayor edad. No obstante, se lo pedí y lo obtuve: ¿tienes más cargos que hacerme?

—¡Oh! muchos, los suficientes para que te aborrezca y me sea insufrible tu presencia.

—Pues te prometo alejarme en el momento que haya encontrado Ramón quien me reemplace en tu asistencia.

En este momento entró el cirujano para hacer la cura á la enferma. A pesar de lo acostumbrada que estaba Gracia á presen-

ciar males espantosos, se quedó horrorizada de ver la extensión y profundidad del cáncer que devoraba todo el lado derecho de la enferma, extendiéndose debajo de su brazo y profundizando hasta las costillas. Pero pudo reprimir su emoción con el hábito y valor que había adquirido en el ejercicio de su santo y admirable ministerio; fuerzas y valor superiores á las facultades físicas de la mujer, pero no á los ángeles que guían y sostienen á estas heroínas de la caridad.

El cirujano celebró con entusiasmo la ayuda que le prestaba Gracia á él y la que en su ausencia prestaría á la enferma, á la que dió la enhorabuena, pronosticándole que con tal asistencia sus sufrimientos serían menores. El natural egoísmo de los enfermos triunfó entonces del repulsivo y envidioso tedio que inspiraba su inocente hermana á aquella mala alma, y Gracia permaneció á su lado. Por muchos días sufrió los desvíos y malos tratos de su cuñada, que, poco á poco, merced á la paciencia de Gracia y al beneficio que recibía de su asistencia, se fueron templando. Por fin, un día en que, cansada de quejarse y agitarse violentamente, había quedado rendida y exhausta la enferma, dijo Gracia á su cuñada al ver que volvía de su paroxismo:

— Hermana: ¿quieres que roguemos á Dios y á su bendita Madre para que te envíe conformidad y con ella la tranquilidad de espíritu?

—Oye—repuso volviéndose á agitar la enferma:—aguarda á que el médico declare que es tiempo de prepararme, para venir á fatigarme más con tus beaterías. Eso me lo estaba yo temiendo desde que te vi llegar; no podía faltar; la hipocresía había de salir á relucir, aunque con las tales mojigaterías empeores mi estado y exacerbes mis fatigas.

—Hermana—repuso su enfermera: —al proponerte que roguemos á Dios he pensado más que en nada en tu estado físico, pues si te otorga tranquilidad de ánimo, ella más que ninguna medicina ha de templar la excitación de tus nervios y la irritación de tu sangre, y tú misma juzgarás, si Dios nos oye, del alivio que sentirás. Mira—añadió poniendo á los pies de la cama un cuadrito,—aquí está la Santísima Virgen de Gracia, tu Patrona y la mía; no nos negará ella su misericordiosa intercesión, la que vamos á pedirle ambas.

Diciendo esto, Gracia Vargas se arrodilló ante la santa imagen y empezó á rezar.

Gracia López, por malvada que fuese, por olvidados que tuviese los principios santos de la religión, había sido bautizada, criada

y confirmada en ella, y la comprendía. El timbre superior de la religión de Cristo, conservada sin bastardear en su Iglesia, es, no el preservar de la culpa al hombre que nada pone de su parte, sino el dejar en su conciencia el conocimiento del mal, y de esta suerte hacerle posible el arrepentimiento, sola y única rehabilitación del prevaricador, solo y único medio de alcanzar el divino perdón; y por eso el católico implora para sí y pide para los demás el perdón de sus pecados para alcanzar *una buena muerte*, esto es: que el que va á comparecer ante el Supremo Tribunal lleve consigo ese arrepentimiento, esa protesta contra la culpa, ese divorcio con la impiedad que sólo pueden alcanzar el misericordioso y divino perdón. ¡A cuántos pecadores contritos y fervorosos, libres del orgullo que perdió á Luzbel, habrá consolado el Señor en su divina Eucaristía, recibida en el Viático, como á Dimas, con estas dulces y consoladoras palabras: «¡Hoy serás conmigo en mi reino!» Mas ¿puede acaso dirigirse esta promesa de misericordia á la impenitencia final, al suicidio del alma?

—¡Madre mía de Gracia! —proseguía la suplicante,—salud de los enfermos, consuelo de los afligidos, ten compasión de esta tu hija, bautizada con tu santa y bendita advocación en tu sagrado templo! ¡Mediadora

nuestra, alcánzale la salud si le conviene, y si no, obtenle al menos algún alivio en su padecer, y, sobre todo, paciencia y conformidad para soportarlo con la santa resignación y mansedumbre de que el Señor y Tú, Madre mía, nos habéis dado ejemplo!

Varias veces, durante la oración de Gracia, había salido de los cárdenos labios de su cuñada la dulce exclamación de *¡Madre mía!*, no traída á ellos por la rutina, tan genuina, general y extendida en la católica España, sino salida del fondo de su corazón, como el espontáneo suspiro del enfermo que despierta de un pesado sueño. Gracia seguía arrodillada, y con voz cada vez más sentida y fervorosa prosiguió implorando al Señor con un acto de contrición, que de esta suerte concluía:

Para enmendar lo pasado
y perseverar resuelto
en vuestro santo servicio,
lo ruego con tanto afecto,
que hasta la muerte la pido
y hasta la muerte la quiero
por no llegar á ofenderte,
manso Jesús, dulce Dueño.
Esto pide un corazón
todo en lágrimas deshecho,
por culpas que ha cometido
sin saber lo que se ha hecho.
¡Misericordia, Dios mío!
¡Piedad, divino Cordero!

que el corazón á pedazos
parte el dolor en mi pecho.
¡Ay! ¡Quién pudiera aliviarte
de ese tan duro tormento,
tomándome yo la carga
que justamente merezco!
Pero ya que es imposible
aliviarte, dulce Dueño,
confesaré mis delitos
en mares de sentimiento.

Al repetir esta última plegaria, prorrumpió la enferma de repente en un copioso llanto.

—¡Pobre hermana mía!—dijo la suave hermana de la Caridad abrazándola.

—¡Perdóname, Gracia! ¡Perdóname, inocente! ¡Perdóname, bendita!—exclamó la enferma.

—¡Calla, hermana, calla, ó me alejo! ¿Me vas acaso á pedir perdón por las impertinencias tan naturales en los enfermos? ¡Demasiado pocas tienes para lo que padeces, pobrecita mía!

—¡Demasiado poco padezco para lo que merezco!—repuso la enferma redoblando su llanto.

—Ese es un pensamiento cristiano, hermana mía—dijo con suave gozo Gracia Vargas;—y ya notas el favor y gracia que la Santa Madre que hemos invocado te ha con-

seguido; pero no te debe apurar, sino consolarte!

—¡Si tú supieses!..—prosiguió la enferma.

—¿Tus culpas? ¡Si tú supieses las mías! Cada cual tiene que implorar por ellas misericordia y perdón. Pero calla, no te agites más; calla, te lo pido y te lo mando. Levanta tu corazón á Aquel que los purifica y consuela.

Desde aquel día la enferma, resignada y paciente, todo lo sufrió con inusitada mansedumbre, demostrando á su cuñada una gratitud exaltada y un cariño triste, que se deshacía frecuentemente en lágrimas.

—Eres una santita—decía Ramón á su hermana en los pocos momentos que podía hablarla fuera del cuarto de la enferma;—una santita que hace milagros.

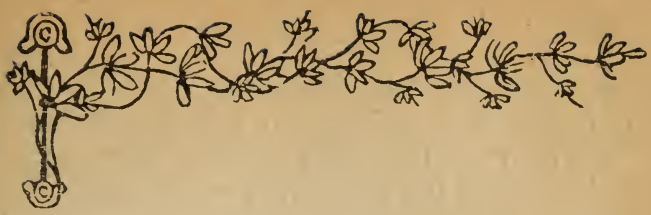
—¡Milagros yo! ¿A qué aludes?

—Al cambio verificado en Gracia, que hace poco era una furia y la has convertido en manso cordero.

—Verdad es, Ramón, que es un milagro; pero no hecho por mí.

—¿Pues por quién?

—Por la Virgen de Gracia, Ramón.



CAPITULO XVIII

Un día entró Ramón en el cuarto de su mujer, y la halló en un estado de gravedad tal, que la habrían mandado administrar los facultativos, á no haber ella misma solicitado días antes prepararse y que le trajesen un confesor. La mansedumbre admirable que había adquirido, y que en su progresivo padecer conservaba; el cariño humilde, que tanto á él como á su hermana demostraba, habían hecho que Ramón se apegase más á ella y permaneciese más tiempo á su lado. En la clase de mal que llevaba á Gracia al sepulcro es sabido que la cabeza no padece y que se conserva el entendimiento claro y sin ofuscación hasta el último momento.

Ramón estaba preocupado. Su hermana, atendiendo exclusivamente á la enferma, no lo notó; pero ésta le preguntó con débil voz:

—Ramón, ¿qué tienes?

Ramón contestó al punto:

—Acabo de encontrar al Marqués de Benalí; no sabía su regreso, y la sorpresa, unida á mi resentimiento, me ha trastornado.

La escasa luz que había en el cuarto y su misma preocupación impidieron á Ramón notar dos cosas, que ambas le hubiesen sorprendido igualmente. La primera fué que el nombre del Marqués no causaba en su hermana ninguna impresión; y la otra, la mucha que causó este nombre en la moribunda.

A la mañana siguiente, el aspecto del cuarto de la enferma era lúgubre. La noche había sido espantosa. Ramón se había alejado lleno de horror. Las criadas no se atrevían á entrar en el cuarto, porque la enferma causaba el mismo miedo que un cadáver frío é inmóvil, pero aún con vista en los ojos y palabras en sus blancos labios. Sólo Gracia, agitada y trémula, á pesar de estar acostumbrada á ver muertes, agonías y horrores, continuaba inseparable de la cabecera de su cuñada. Esta, pocos momentos antes había sido administrada, y después se había ausentado su confesor para evacuar un encargo que la moribunda le había hecho.

—¿Y Ramón?—preguntó con más tristeza aún que extrañeza la enferma.

—Ha ido—contestó con embarazo su hermana—á una subasta del Gobierno; le era humanamente imposible faltar á ella, por

ser el representante de casas extranjeras y poderosas; comprenderás, hermana, que tales intereses no se pueden abandonar.

—¡Oh, sí! lo comprendo— repuso Gracia López; —los intereses materiales tienen hoy sobre todos los demás la preferencia. ¿Cómo podría quejarme de eso yo que hasta hace poco he seguido la misma doctrina? ¿Cómo me quejaría de que no exista un amor y un apego que no he sabido ni me he esforzado en conservar?

Un triste y solemne silencio reinaba en aquella habitación. La administrada parecía descansar dando gracias.

Su cuñada, hincada de rodillas entre la pared y la cama, oraba, lloraba y ocultaba sus lágrimas, apoyando su frente sobre los colchones de la cama.

Este silencio fué interrumpido por el confesor, que abrió la puerta y dijo:

—Hija, aquí está la persona que deseabais ver.

Dicho lo cual, se retiró y cerró la puerta.

La persona que había introducido el sacerdote, que era el Marqués de Benalí, venciendo el asombro que le causaba el contemplar á aquella mujer que dos años antes había visto tan hermosa y arrogante y llena de vida, convertida en un inmóvil y espantable

esqueleto, y dominando por compasión la repugnancia que le producía aquella criatura, que siempre le fué antipática, se acercó y la preguntó en tono serio, pero suave:

—¿Qué me quiere usted, señora?

—Que me escuche usted — repuso en voz queda la moribunda—, y que después de haberme oído me perdonen ambos agraviados, si es que cual nuestro Criador tienen misericordia y dan mérito al arrepentimiento y valor á la expiación.

La enferma calló un rato para tomar nuevas fuerzas.

—¿Que yo tenga algo que perdonar á usted? — preguntó el Marqués, temiendo que aquellas palabras que había oído fuesen hijas del delirio.

—¿Se acuerda usted — prosiguió la moribunda — de una carta anónima que recibió por el correo pocos días antes de marchar al extranjero?

Este recuerdo, inesperadamente evocado, hirió á Alfonso como una estocada en una oculta herida enconada, y exclamó:

—¿Quién ha podido decírselo á usted?

—¿Sabe usted quién la escribió?—dijo con angustia la infeliz.

—No, y lo siento, porque fué, sin duda, un hombre honrado, un amigo, que me evitó caer en un precipicio.

—¡Se equivoca usted! — suspiró la moribunda, como todos los que ven en un anónimo el interés y no el odio á aquel á quien daña.

—¡Ah! no; aquí la tengo, pues siempre la llevo conmigo puesta sobre el corazón, como una égida contra el amor fingido y las astucias de las mujeres. Ella me salvó de haber hecho compañera de mi vida y madre de mis hijos á una mujer indigna de serlo. Ella me salvó de haber sido objeto de la menospreciadora lástima de los cuerdos y de la insultante burla de los que valen menos que yo.

—¡Pues ella fué una calumnia! — dijo con energía Gracia López.

—Eso no; las verdades que encerraba eran demasiado patentes: no quiera usted disculpar á la hora de la muerte á una cuñada á quien tan poco amó en vida.

La moribunda dió un gemido y llevó á sus labios la mano de su cuñada.

—Sobre todo, oiga usted — prosiguió el Marqués, sacando del pecho una pequeña cartera, y de ella una carta que desdobló; y acercándose á una lamparilla que ardía ante la imagen de la Virgen de Gracia, se puso á leer:

«CARMONA Á TANTOS.—Un sujeto de esta vecindad, que tiene de su persona de usted las mejores noticias, cree que es un deber de

honradez evitar el que sea usted víctima de gentes sin conciencia y perversas, que con la mayor hipocresía le han urdido una trama. Me cuesta repugnancia decirlo, y quizás no lo haría á no ser el caso tan público aquí que nadie lo ignora. Todo el mundo sabe que D. Manuel Sánchez, padrino de Gracia Vargas, si ha mantenido la casa, si ha educado á la niña, si costeó la enfermedad del padre y le ha erigido un túmulo, si ha costeado los estudios del hermano y enviádolo á Madrid, no lo ha hecho por caridad cristiana, que por caridad cristiana no se roba al Marqués ciego, de quien es capellán, para hacer gastos tan cuantiosos. Así fué que, cuando se murió su madre, no se fué Gracia con su hermano, como debió hacerlo, sino que se quedó por disposición de D. Manuel en Carmona. Todo esto salta á la vista, y quien no lo ve, es que no quiere verlo. Pero aun los hipócritas tienen sus descuídos, y así ha sucedido que el capellán del Marqués, al salir de su casa, prendió fuego á un papel para encender un cigarro, tirándolo casi consumido. No faltó quien lo recogiera, y es el pedazo de una carta que remito á usted para que se convenza; papel que ha andado aquí de mano en mano, y que yo guardé para evitar el escándalo y para remitírselo, impidiendo así que un hombre, caballero y

confiado, sea víctima de una trama hábilmente urdida.»

En seguida desdobló el marqués un pedazo de carta, cuyos bordes estaban ennegrecidos por el fuego, que había consumido lo demás, el que contenía estos renglones, que leyó en alta y estridente voz:

«Usted es el único hombre que ha llenado mi corazón.

GRACIA VARGAS DE TOLEDO.»

Mientras el Marqués leía, Gracia Vargas había levantado la cabeza, después se había puesto de pie y con los ojos asombrados y sonrojado el rostro de vergüenza, escuchaba absorta, trémula é indignada.

Cuando el Marqués hubo concluído, cruzó sus manos, exclamando con voz ahogada:

—¡Qué infamia!

El Marqués, que no había notado su presencia, se volvió hacia su lado, y al verla, exclamó á su vez con profundo dolor y concentrada indignación:

—¡Cierto, qué infamia!

La moribunda, haciendo un supremo esfuerzo, dijo, dirigiéndose al Marqués:

—No fué un amigo vuestro ni un hombre honrado quien escribió esa carta; la escribió una mujer malvada, por odio, celos y en-

vidia, pues esa carta calumniosa y perversa la escribí yo.

Gracia, al oir esta declaración inaudita, se cubrió el rostro con ambas manos.

—Puede ser—dijo el Marqués con tono amargo y despreciativo;—pero ¿y la carta de la interesada, en que todo queda confirmado?

—La carta—prosiguió la enferma, haciendo un heroico esfuerzo,—que yo sustraje al criado que la llevaba al correo, iba dirigida por Gracia á su padrino, y había en ella un párrafo que decía así: *Temo escribir con libertad excesiva; pero Alfonso, bien lo sabe usted, es el único hombre que ha llenado mi corazón.* Quemé la carta hasta la palabra *sabe*, y truncada la primera frase, quedó unida á la siguiente, formando en ella distinto sentido... ¡Si podéis, perdonadme por Dios, perdonadme, para que muera tranquila!

Gracia se echó sin titubear al cuello de su cuñada, diciendo:

—Perdonada estás, hermana mía, perdonada de corazón, y tanto más, cuanto que no es un acto de generosidad el que me pides, sino un acto de justicia, pues la expiación anula la culpa; y tú has expiado la culpa con la noble y esforzada declaración que acabas de hacer, con tu arrepentimiento y tu terrible padecer.

—Escríbele á don Manuel que me perdone —rogó la culpable.

—No—contestó Gracia,—lo debe ignorar todo; pídele á Dios perdón de una ofensa que no le puede dañar, y que ignora el agraviado.

Alfonso, al descubrir y convencerse de tamaño crimen, se había quedado inerte de pasmo y de indignación; mas al considerar que le había costado la felicidad de su vida, y que su mismo afán por la opinión pública era lo que le había traído á perder su buen concepto con su inexplicable conducta, dando suelta á todas las iras y dolores de su corazón, exclamó:

—No, no; yo no perdono. Muchos hay en los presidios arrastrando cadenas, cuyos delitos no admiten comparación con el imperdonable, el pérfido y denigrante anónimo que fraguan mancomunados la vileza, la cobardía, la envidia, la calumnia y la crueldad. En esta época de trastorno social, de trastorno de ideas y de opiniones, todos los vicios y crímenes se han querido defender y disculpar, achacándoselos á la mala organización de la sociedad. Al robo, al asesinato, al adulterio, á la prostitución, á todos se les ha prestado una fuente pura; todos han sido disculpados y se han hecho interesantes en sus perpetradores; pero los mismos que idealizan la

maldad no han osado, no se han atrevido á justificar la calumnia del anónimo, á pesar de los recursos de su fértil y viciada imaginación. El vil anónimo es tal, que hace sonrojarse aun al cinismo; al lado de ese horrible mal causado al prójimo con premeditación, á sabiendas é impunemente, los venenos de los Borgias, que no hacían más que quitar la vida, son beneficios. ¡Perdón! ¿Y para quién? ¿Para el que después de cometida su obra infernal queda gozándose en los estragos que ha hecho, y necesita que venga la muerte para despertar un tardío y temeroso arrepentimiento? ¡Nunca! Hay cosas que si se perdonasen envilecerían el perdón.

La moribunda dió un gemido, y cerró los ojos.

—Es usted más cruel que ella lo ha sido—dijo Gracia deshecha en lágrimas;—negar el perdón al arrepentido es el másin humano de los procederes para con nuestros semejantes; es aún peor que el que está usted motejando.

—Pues más injusto—repuso Alfonso—sería dejar pasar impunes, cuando se llegan á descubrir, esos delitos que, avergonzados de sí mismos, se refugian como en segura guarida en el misterio; en el misterio, que es el más vil de los áuxiliares de la maldad. ¿Perdonar á esos malvados que gracias á él osan transitar con su maldita cabeza erguida

entre las gentes honradas? ¡Nunca! ¡Vileza! ¡Infamia! ¡Voces que aterran aplicadas á las acciones de los hombres!!! ¿Acaso—prosiguió exaltándose por las mismas reflexiones que en tropel le asaltaban,—acaso no había dispuesto una antigua ley que fuese cortada la mano del incendiario? Pues ¿por qué, con más razón y justicia, no se ha dispuesto también que al infame que, no contento con reducir á cenizas una parte de los bienes de sus semejantes, les arranca su honra y les destruye su suerte, se le corte, no ya la mano, sino el brazo?

—Justa es su sentencia, y yo, sometida á ella, ruego á Dios que sirva de expiación á la mísera que la ha sufrido—dijo la moribunda con débil voz, y señalando á Alfonso un velador con piedra de mármol, sobre el que se hallaba un objeto cubierto con un lienzo.—Vea—añadió,—alce usted ese paño.

Alfonso se acercó al velador, alzó la toalla y retrocedió con una exclamación de asombro y de horror. Sobre aquel velador estaba extendido un brazo con su mano, inerte, helado, muerto. Habiendo destruído la acción del cáncer todos los nervios y ligamentos del brazo derecho de la enferma, éste se había desprendido en la pasada noche, como lo habría hecho el de un esqueleto, y había sido depositado allí.

—¿No está la infeliz bastante castigada? —dijo con su dulce voz la hermana de la Caridad.

Alfonso, consternado y conmovido, se acercó á la cama de la moribunda, y le dijo:

—A mi vez, Gracia López, imploro su perdón; ha expiado y está usted redimida para con Dios y para con los hombres.

La emoción que estas palabras produjeron en la agonizante, la hizo perder el sentido. Gracia corrió á llamar al confesor, que estaba en el cuarto inmediato, el que acudió mientras ella empezaba á auxiliar á la moribunda, haciéndola respirar un espíritu. Al cabo de un momento entreabrió ésta los ojos; al ver á su confesor se pintó en su cárdeno semblante cierta expresión de sonrisa, diciéndole en casi ininteligibles palabras:

—¡Padre! Me han perdonado.

—Así debía ser—contestó el sacerdote.

— ¡Bendiga, pues, á la reconciliada con Dios y con los hombres, padre!

—¡Con toda mi alma, hija mía!

Y el padre la bendijo.

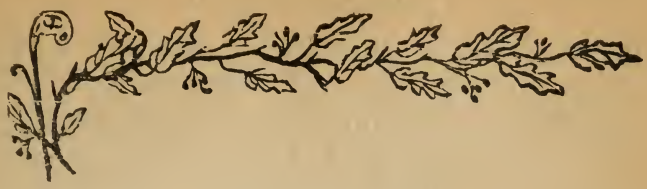
Entonces, levantando los ojos al cielo y alzando la voz, exclamó la moribunda:

— ¡Bendita sea la clemencia divina y la clemencia humana, hija de aquélla! ¡Bendita sea la religión!

Sus ojos se cerraron, su cabeza se inclinó sobre su pecho.

— Recemos el credo — dijo el sacerdote postrándose de rodillas al par de Gracia y Alfonso.

En la cama yacía un cadáver.



CAPÍTULO XIX

El hombre, mientras está en el mundo, aun no siendo más que un cadáver, necesita del cuidado y ayuda de los que le sobreviven, así como después de muerto ha menester de sus sufragios y oraciones. ¿No debería este solo pensamiento extinguir en su corazón toda hostilidad contra sus semejantes? Alarguémonos todos la mano de amigos y de hermanos ante la horrible fantasma de penas, de males, de muerte aislada y desamparada, que no hay valor, por brutal que sea, al cual no arredre.

El confesor se alejó para ir á disponer el féretro, los blandones y paños mortuorios; todas esas necesidades y honras debidas y usadas con los cadáveres.

Gracia se acercó trayendo un pañuelo de Holanda para cubrir el rostro de la difunta, el que, libre de la acción del padecer y de la inquietud, se iba serenando y tomando esa belleza austera y majestuosa que hace á los muertos tan respetables. En seguida salió

para mandar avisar á su hermano y á una de sus compañeras, con objeto de que ésta la ayudase á amortajar á la que había fallecido.

—Gracia—exclamó Alfonso, que la había seguido al cuarto inmediato, postrándose ante ella cuando se hallaron solos:—¿y tú acaso podrás perdonarme?

—Para perdonar es preciso haber tenido resentimiento—respondió Gracia,—y puedo asegurar á usted que nunca lo he tenido. El amor sin mezcla de sentimientos bastardos y personales causa dolores, pero no resentimientos. Que sea usted feliz ha sido mi cotidiana oración al cielo, y lo será siempre. Le amé á usted, y el recuerdo que ha quedado en mi corazón le hará siempre para mí un objeto de benévolo interés.

—¡El recuerdo! Pues qué, Gracia, ¿ya no me amas? ¿No consentirías acaso en hacerme feliz uniendo tu suerte á la mía?

—Eso ya no puede ser.

—¿Por qué, santo Dios?

—Porque no puedo amar al hombre en cuya preferencia hacia mí no había ni amor, ni fe, ni aprecio; á un hombre á quien bastó para alejarse de mí un miserable anónimo, sin pararse á averiguar su origen ó á examinar sus causas, sin desentrañar la verdad que pudiese tener, sin dignarse siquiera participarme el motivo, cerrando así la entrada á

toda justificación, y no desatando, sino cortando con el más afilado de todos los puñales, el desprecio, unas relaciones que fueron el único rayo de sol de mi opaca vida. No, no, repito; el hombre que esto hace, ni ha amado ni amará nunca, porque hay en su alma otro sentimiento superior al amor. Si un anónimo pudo extinguir su amor de usted...

—¡Extinguirlo! ¡oh! nunca, Gracia.

—Pues aun concediendo que sin extinguirlo pudo enterrarlo vivo, la conducta que usted siguió, sin paliarla siquiera, me ha probado cuán fácilmente, fuese cual fuese la causa, podía usted pasar del cariño al desvío, del aprecio al desdén; lo cual le hizo aparecer á mis ojos como un hombre distinto de aquel que yo había amado. Muy bien, y con razones muy contundentes, anatematizó usted el anónimo; pero mal estaba en su labios el hacerlo, y mejor hubiera estado en los de otro que lo hubiese despreciado cual ese vil medio de dañar lo merece. ¿Tan oculto pensaba usted que pudiera mantenerse el mal, que sólo una persona lo supiese? ¿Tan prudentes ó egoístas creía usted á sus amigos, que todos callasen al verle engañado y seducido, y que les sobrepujase en interés hacia usted un extraño? ¿Acaso pensaba usted que el que da un benéfico consejo y lo hace con

buen fin oculta cuidadosamente su nombre? Basta pararse un poco para convencerse de que la buena intención, como los rayos del sol, ni puede buscar una marcha torcida ú oblicua, ni ocultar su elevado origen. En los males causados por tan infame medio cabe casi tanta parte al que forja la calumnia como al que le presta asenso, concediendo á un extraño, que desde luego se presenta como un malvado, esa fe de que despoja á las personas que pretende querer. Dícese que el modo de burlar y desvirtuar los ataques de la malignidad es desatenderlos; con tanta más razón debe este consejo del buen sentido aplicarse al más abominable de los medios de ataque, al más perverso de los ardides. Pero para usted esa voz de los abismos ocultos de la maldad pudo más que el aprecio, más que la buena opinión y que el cariño á que creí ser acreedora y merecerle; así fué que le lloré á usted por muerto, y no me quedó para aquel en quien se había transformado sino extrañeza é indiferencia.

— Pero el primero ha resucitado, Gracia.

—No, Alfonso; yo soy la que, mediante la confesión de la pobre difunta, que esté en gloria, he resucitado para usted; me vuelve usted á ver libre de culpa, pero también decidida á no unir mi suerte á quien no puedo amar, y resuelta á seguir, sin dejarla, la

senda en que hallé el consuelo, la tranquilidad y una dicha moderada, pero independiente y segura.

— Esto y más hallarás á mi lado, Gracia: soy caballero; te debo una reparación, y te la daré cumplida.

— La agradezco sin admitirla — repuso Gracia con una imperceptible sonrisa; — tardo en decidirme, pero decidida no vacilo. La barquilla que halló puerto tranquilo y seguro no vuelve á salir al mar por más sosegado y espléndido que se le presente. Cuando me faltaron aquellos más dulces y profundos amores de la vida, el que presta y el que recibe amparo, esto es, mi madre y mi pobre hermano; cuando me vi sola y aislada, desatendida de mi hermano mayor, rechazada por quien debió ser mi hermana, abandonada por el hombre que me había inspirado y demostrado tanto amor, acudí al amparo de un Padre que no muere, y cuyo amor no desatiende, no rechaza, no abandona. Me abrió sus brazos, me consoló y confortó, me dió fuerzas, resignación y esperanza. Entonces mi corazón le preguntó: ¿Con qué pagarte, Señor, tantos beneficios? ¿Cómo demostrarte mi gratitud? — Y él contestó á mi corazón: *Amándome y demostrándome tu amor, amando y sirviendo á tus hermanos desvalidos, y á mí en ellos.*—Obedecí, y ha-

llé cuanto en el mundo no había encontrado: paz, satisfacción, dulzuras y esperanzas; ¿y cree usted posible que ahora le dijese, desertando del puesto que me señaló:—*No necesito ya de este tu amparo, al que me acogí transitoriamente, pues he hallado otro preferible?*

— ¿Con que—exclamó Alfonso, — rechazarás mi cariño? ¿Me dejarás por tus groseros, repugnantes é ingratos enfermos?

—Sí, porque su grosería, sus males y sus ingratitudes no llegan á lastimar mi corazón.

—Eso— dijo herido en su cariño y en su amor propio Alfonso con alguna altivez,— eso es extravagante y hasta ridículo.

—La débil arma de la malignidad que se llama el ridículo—respondió Gracia — únicamente hiere al amor propio.

—¡Qué corazón tan frío! — exclamó Alfonso en tono de reconvención y de dolor.

—No lo han creído así mi madre, mi hermano y la que acaba de morir.

— Lo que te han inspirado no ha sido amor, ha sido compasión.

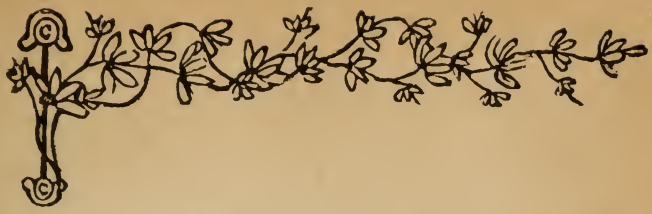
— Y aunque así fuese — repuso Gracia,— ello no probaría un corazón frío, puesto que la compasión es amor, el más puro, el más tierno y consagrado de los amores. Pero —añadió encaminándose hacia el cuarto mortuorio—me llaman al lado de mi pobre

cuñada el deseo y el deber de prestarle el último servicio: el de amortajarla. Adiós, Alfonso; dentro de ocho días agradecerá usted á la pobre hermana de Caridad la determinación que en este instante merece su censura.

—¡Qué cruel despropósito! ¡Gracia! ¡Gracia! ¿Qué ha podido infundírtelo? — dijo asombrado Alfonso.

—Las que en el mundo nos dedicamos al servicio de Dios en la asistencia de los enfermos aprendemos á conocer así los males físicos como los morales que aquejan á la humanidad.

Diciendo esto Gracia, entró en el cuarto mortuorio, impidiendo con un gesto de grave y severa dignidad que Alfonso la detuviese.



EPÍLOGO

Gracia había acertado: ocho días después Alfonso se decía á sí mismo, mientras vestía su uniforme de diplomático, adornado con la llave de gentil hombre que acababa de recibir, para ir á palacio á dar gracias á la Reina por tan distinguido favor:

—No hay duda que las mujeres son atinadas y tienen más tacto que los hombres. De los salones se puede dignamente bajar á los hospitales; pero subir de los hospitales á los salones se ve poco, y si se viese, daría pábulo á la burlesca mordacidad de las gentes. Por cierto que el desenlace de nuestros amores no ha sido ni novelesco ni sentimental, y lo rechazaría por prosaico la novela, cuya atribución es crear; pero lo admitiría desde luego el cuadro ó novela de costumbres, cuyo objeto es pintar las cosas como realmente son.

CALLAR EN VIDA

Y

PERDONAR EN MUERTE

CALLAR EN VIDA
Y
PERDONAR EN MUERTE

«Me está reservada la venganza, y Yo soy quien la ejerce», dice el Señor.
(Epíst. de San Pablo á los Romanos.)

CAPITULO PRIMERO

UNA CALAVERA ENTRE DOS FLOREROS

VEÍASE en la populosa ciudad de M*** una extraña anomalía que chocaba á todo forastero; pero que había llegado á ser para sus habitantes, por la costumbre que tenían de verla, cosa en que no paraban la atención. Consistía ésta en el mustio y extraño contraste que formaba en uno de los barrios más céntricos y de mejor vecindario de la ciudad; en una de las calles de más tránsito, en la que las casas competían en compostura y buen parecer, una casa cerrada, sucia, descuidada y sombría, cuyo aspecto hería la vista y afectaba el ánimo. Las dos casas que tocaban á sus costados estaban tan blancas como si fuesen de alabas-

tro; sus rejas y balcones se habían pintado, forzando de esta suerte al grave hierro á vestirse de alegre verde de primavera, como las plantas que, colocadas en sus tiestos color de coral, los ocupaban. Asomábanse por encima de los tiradillos, con sus vestidos de varios colores, las vanidosas dahalias, que tanto ha embellecido el cultivo europeo; alzábanse las lilas, tan distinguidas entre las flores, como lo es en sociedad la persona que á un mérito real une la modestia. El heliotropo, que sabe cuánto vale, y por lo mismo desdeña visuales colorines, se retiraba detrás de los geranios, que, variando y mejorando su exterior, han sabido conquistarse un buen lugar entre la aristocracia de Flora. En el sitio preferente se ostentaban las camelias, frías, tiesas, sin fragancia, que es el alma de las flores, haciéndose valer y *dándose tono*, sin acordarse de que la moda y la novedad, que las ensalzan hoy, las desatenderán mañana, y que serán tanto más olvidadas, cuanto que no dejan un perfume por recuerdo. Inclinábanse sobre los rodapiés los exquisitos claveles, la más española de las flores, como si les doliesen sus hermosas cabezas por el exceso de su aroma. Detrás de las vidrieras se veían extendidas esas cortinas formadas de pequeños juncos verdes, que vienen de China, sobre las cuales se miran pin-

tados pájaros extraños y apócrifos, que parecen partos del arco iris, figurando así las casas grandes pajareras de aves fantásticas en jardines encantados.

Por el contrario: la casa vacía, con sus paredes obscuras, sus negros hierros, sus maderas cerradas, como si huyese de la luz del día y de las miradas de los hombres, parecía excluída de la vida alegre y activa y llevar sobre sí un anatema. En el balcón sólo se veían unos jirones de papel de cartelón, que el viento y los aguaceros habían destrozado, y que su dueño, cansado de renovar, dejaba ya en el mismo estado; con cuyo mal aspecto parecían poner en entredicho aquella tétrica y abandonada mansión. En fin: podíase comparar la sola, silenciosa y fúnebre casa, enclavada entre sus dos alegres y vistosas vecinas, á una calavera colocada entre dos floreros.

CAPÍTULO II

CONVERSACIÓN

En una de estas casas recibía una señora amable y risueña gran número de visitas con motivo de ser los días de su santo.

Dirigiéndose á uno de los caballeros que se hallaba sentado en el círculo formado ante su sofá, le dijo:

—¿Con que no ha hallado usted casa?

—No, señora—contestó el interrogado, que era forastero;—las que se me han proporcionado, unas son estrechas para mi numerosa familia, otras están en mal sitio; y mi mujer, que sale poquísimo, lo primero que me ha encargado es que la casa que tome esté bien situada.

—No hay duda en que este vecindario aumenta; no se hallan casas — dijo uno de los presentes.

— Pero, señora — añadió el forastero, — acabo de ver la inmediata casa á la de usted desalquilada; me convendría mucho, y no me ha hablado usted de ella.

— Es cierto, es cierto — repuso la señora, — ha sido una inadvertencia; pero estamos tan acostumbrados aquí á contar esa casa entre los muertos, que no debe usted extrañar no se me ocurriese sacarla de su mortaja.

— ¿Entre los muertos? ¿Es decir, entre lo no existente? — preguntó asombrado el forastero.

— Así es, puesto que nadie la ocupa, ni la quiere dar vida.

— ¿Y por qué? ¿Está acaso ruinosa?

— Nada de eso; está en muy buen estado.

— ¿Es fea? ¿Es destartalada?

— No; es buena y tiene comodidades.

— ¿Ha muerto en ella algún ético?

— No, que yo sepa... Además, ese miedo exagerado, que es ciertamente una preocupación, se va desvaneciendo. Blanqueando las paredes, pintando las maderas, como se hace después de cualquiera enfermedad, todas las casas se habitan hoy día luego que deja de existir en ellas la víctima de ese terrible padecimiento que sólo curan los viajes de mar con privilegio exclusivo.

— Pues entonces, ¿cuál es el que tiene esa casa para no ser habitada?.. ¿Tiene asombros? — añadió sonriendo el caballero forastero.

— Justamente — contestó la señora.

—¿Eso me dice usted en el siglo XIX, en medio del esplendor de las luces, en las barbas de la reinante despreocupación?

— Sí, señor; porque el asombro que se supone es el que selló en ella el crimen, y ese asombro aún no han llegado á disiparlo ni las luces ni la despreocupación. En esa casa, señor, se cometió un asesinato.

— Convengo — repuso el caballero — que eso debió de ser una cosa atroz para los que á la sazón la vivían, y terrible para los allegados y los parientes de la víctima; pero no creo sea razón suficiente para que, andando el tiempo, quede por ese motivo una casa condenada á ser demolida, ó á existir sin ser habitada. ¿Cuánto ha que tuvo lugar el hecho.

— Seis años.

— Señora: entonces me parece el abandono de esa casa, inocente del atentado de que fué teatro, cosa de agüero y sobremanera anómala en esta época, en la que, sin extrañas influencias, llevan la utilidad y la conveniencia el timón de los hechos.

— ¡Qué quiere usted, señor! — repuso la dueña de la casa. — Estamos aquí, por lo visto, un poco atrasados; y no nos pesa. Pero lo horroroso del asesinato, la inocencia de la víctima, que fué una pobre é inofensiva anciana, el misterio que cubrió y cubrirá siem-

pre al autor del crimen, han impregnado de tal horror el lugar en que se consumó, y la sanción que ha dado el tiempo al desvío que esa casa inspira es tan poderosa, que nadie se ha hallado que quisiese quebrantar el aislamiento que, cual una maldición, pesa sobre el lugar del impune delito. Parece la soledad de esa casa un sello sobre un pliego cerrado, que Dios abrirá en su día, si no ante los tribunales de los hombres, ante el tribunal supremo de que es Juez.

Entraron en este momento nuevas visitas, y la conversación fué interrumpida.

CAPÍTULO III

UN CRIMEN

La curiosidad del caballero forastero, excitada por lo que había oído, hizo que volviese á los pocos días con el determinado objeto de anudar la conversación interrumpida.

Después de los primeros cumplidos, dijo á la amable dueña de la casa:

—Señora: extrañará usted quizás mi insistencia; pero es grande mi deseo de saber algunos pormenores sobre el crimen de que me habló el otro día, que tan pavoroso debe haber sido cuando no puede el tiempo, ese Saturno que hasta las piedras se traga, consumir las huellas que ha dejado.

— Con la mejor voluntad comunicaré á usted lo que sé, que es lo que sabe todo el mundo — contestó la interrogada. — Pero es probable que la fecha, ya antigua, del hecho, así como el no haberlo presenciado, lo despoje á los ojos de usted de la activa y siniés-

tra impresión que causó á todos los habitantes de esta ciudad.

Habrá diez años que llegó aquí, y se alojó en la referida casa, un comandante con su mujer, tres hijos pequeños y su suegra. Era él todo un caballero en su porte, así como en su conducta; al cariño que demostraba á su mujer, que era muy joven y muy sencilla, se mezclaba la gravedad de un padre, y así formaban una familia tan unida como feliz. Era ella una paloma sin hiel, como dice la poética definición popular, y se hallaba tan satisfecha y dichosa en ser la escogida de aquel digno marido, como en ser la madre de los tres ángeles que sin cesar la rodeaban. Era el tipo de aquellas ejemplares mujeres que sólo existen en el estrecho círculo de sus deberes de hija, esposa y madre. En cuanto á la señora mayor, era de aquellas criaturas que denomina el mundo, para clasificarlas pronto, con el título de una *infeliz*. Siendo muy piadosa, pasaba su tranquila existencia en el templo rogando á Dios por los objetos de su cariño, y en el hogar doméstico alabando á los de su culto. Eran estas señoras propietarias en un pueblo pequeño, por lo que muchos las denominaban *lugareñas* ó *provincianas*, como se dice ahora en francés traducido; pero yo siempre hallé en aquella casa delicada urbanidad, porque

era sincera; franqueza decorosa, y una conducta austera sin gazmoñería y sin aspirar á los elogios á que es acreedora. Si es esto ser *lugareña*, no debe pesar el serlo.

Pasaba yo en su casa muchos ratos, porque aquella paz interior, aquella felicidad modesta y sosegada, comunicaban bienestar á mi corazón; porque una simpatía grata me inclinaba hacia aquel hombre tan digno y tan estricto en el cumplimiento de sus deberes, me impelía hacia aquella suave mujer que gozaba en sus virtudes como otras en sus placeres y me arrastraba hacia aquella anciana sencilla y amante, que no hacía más en la vida que sonreir y rezar. Puede que esta felicidad, aunque santa y modesta, fuese demasiado perfecta para ser duradera en un mundo en que, por desgracia, aun los buenos se acuerdan menos del cielo cuando la tierra les hace la vida dulce. Ello es que una mañana entró mi doncella azorada en mi cuarto; traía el rostro descompuesto y agitada la respiración.

—¿Qué hay, Manuela? — le pregunté sobresaltada.

—Señora: una gran desgracia, una atrocidad sin ejemplo.

—Pero ¿qué es? ¿Qué ha sucedido? Explícate.

—Esta noche... en la casa de junto... No se asuste usted, señora.

—No, no; acaba.

—Ha sido muerta la señora mayor.

—¡Muerta! ¿Qué dices?

—Sí, señora; degollada.

—¡María Santísima!—exclamé horrorizada.—¿Y cómo? ¿Han entrado ladrones?

—Es de presumir; pero nada se sabe.

El caso es, señor — prosiguió la narradora, — que aquella mañana salió el asistente, que dormía en un cuarto en el zaguán, para ir á la plaza. La puerta de la calle, según afirmó, estaba cerrada, como la había dejado la noche antes. Así, era evidente que por la calle no habían entrado los asesinos. Pero cuando volvió de la plaza, extrañó hallar la puerta de en medio sólo encajada, de manera que cedió á su presión, y pudo entrar sin ser necesario que nadie le abriese; mas ¡cuál no sería su asombro al ver enrojecida el agua en la blanca mar de la fuente del patio! Aumentóse éste al ver en la tersa pared de la escalera señalada con sangre una mano. ¿Hubo acaso de darle al asesino, al bajar aquellos escalones y al verse cubierto de sangre humana, un desvanecimiento que le obligó á buscar un apoyo en la pared? ¿Conservó ésta la marca de la mano homicida para acusar al culpable y marcar su senda? Subió el asistente desalado, siguiendo el rastro de las gotas de sangre, que de trecho en

trecho, y como dedos vengadores, le señalaban por dónde ir á descubrir el crimen.

Llega á la sombría y apartada estancia que en el interior de la casa habitaba la señora mayor, ¡aquella que nunca quiso creer en el mal porque nunca pudo comprenderlo! ¡Hasta la puerta llegaba la laguna de sangre que iba extendiéndose en el suelo y que sus ladrillos no querían absorber! Sangre líquida, caliente, que parecía todavía conservar la vida que faltaba al lívido cadáver, que con los ojos desmesuradamente abiertos por el espanto con que terminó su vida, yacía sobre la cama, al lado de la que pendía un brazo blanco y yerto, como si fuese de cera, para testificar el abandono en que murió. El asistente, aterrado, dió gritos, y corrió á llamar á sus amos. ¡Qué espectáculo para estos desgraciados!.. La pobre hija cayó al suelo como herida de un rayo. El Comandante, pálido y demudado, pero más dueño de sí, mandó cerrar la puerta de la casa, pues á los gritos del asistente se reunía gente, é hizo avisar á la Justicia. Pero ésta nada halló sino el mudo cadáver; vió sangrientas heridas, bocas que acusaban el crimen, pero no al criminal; y era lo extraño, que ni aun las más remotas sospechas pudieron caer sobre nadie, ni encontrarse el más leve indicio que sirviese de luz para seguir pista alguna. El

asistente dormía al lado afuera del portón, en el zaguán. Esta puerta, que sólo por el lado de adentro se abría, la halló abierta al volver de la calle; lo que hace probable que el asesino se hubiese ocultado el día antes en el interior de la casa, ó entrado por los tejados. Esta última versión no era probable ni casi posible, en vista de que esa casa, la de la Condesa*** y la mía forman manzana. La criada había pasado aquella noche en la fiesta de una boda de una hermana suya, como atestiguaron cuantos habían concurrido á ella. El otro asistente estaba malo en el hospital, y no se había movido de su lecho.

A pesar de esto, los dos primeros fueron presos; pero después de algún tiempo se les puso en libertad. Note usted hasta qué punto fué aterrador y horripilante el atentado, cuando sólo la idea de que se le sospechara de haber tenido parte en él, hirió de tal suerte la imaginación del asistente, que era un honrado mallorquín, que perdió la razón, y de la cárcel fué llevado á la casa de los locos. Sobre la criada cayó tal sombra, por haber sido presa y envuelta en aquel tétrico y misterioso proceso, que no pudo hallar casa en que la quisiesen admitir de sirviente; su novio la dejó, y así, presa de la ignominia y de la miseria, arrojóse á la mala vida, y se perdió.

Entretanto, la ciudad estaba aterrada. Nada pudo la Justicia inquirir, ni aun sospechas que hubieran podido servirle de vislumbre en aquellas tinieblas. El crimen, con el misterio, se hace pavoroso y crece como el terror en la obscuridad de la noche: La vindicta pública, indignada, gritaba: «¡Justicia!», y los jueces, con la cuchilla alzada, no hallaban sobre quién descargar el golpe. Así, eran vanos los clamores para que se hiciese justicia, en vista de que ésta se la había Dios reservado para sí; pues, repito, que nada se supo entonces, nada se ha sabido después, ¡nada se sabrá nunca!

— ¿Y qué fué luego del Comandante y de su familia?—preguntó vivamente interesado y conmovido por la relación que había oído el forastero, para quien la casa que le había parecido un inocente paria se iba convirtiendo en un antro misterioso y lúgubre.

—Sabe usted—respondió sonriéndose la señora—que los extranjeros nos echan en cara á las españolas el proceder siempre de ligero, el ceder constantemente á nuestro primer impulso y el tener en poco aquel estricto y severo círculo de acción de sus paisanas, que está á veces lleno de delicado decoro, y á veces hinchado de frío egoísmo; las españolas, francas y ardientes de corazón, no reflexionan cuando éste las arrebata; y si por esta

razón aparecen siempre tiernas, valientes y generosas, á veces son irreflexivas; esto es, como dicen los franceses, *tener los defectos de sus cualidades.*

Consiguiente á esto, apenas salió la Justicia de aquella casa, cuando me arrojé en ella para prestar auxilio y consolar á mis desgraciados amigos. ¡No, nunca olvidaré, ni se borrará de mi alma, el lastimero cuadro que presentaba! Fué tal la impresión que recibí, que costó la existencia al último hijo que Dios me destinaba. ¡El cadáver, que aún permanecía en el cuarto en que se halló, no se veía, pero se sentía! Enfriaba aquella atmósfera: ¡la casa olía á sangre! El agua que llenaba la mar de la fuente permanecía roja, como si el líquido y corriente hilo que constantemente la renueva pasase por en medio como yerto témpano, sin querer mezclarse con ella, ó como si una gota de inocente sangre vertida bastase á enturbiar para siempre una fuente, así como basta á manchar para siempre una conciencia.

Mi pobre amiga, que tanto amaba á su madre, se estremecía en convulsiones. Al verme, pudo gritar, llorar y desahogar su comprimido dolor. Su marido estaba aterrado; el asombro parecía haber parado la circulación de su sangre. ¡Tal era la lívida palidez que cubría su rostro, y la inmovilidad de sus la-

bios, comprimidos por el horror! Me traje á su infeliz mujer á mi casa, y á poco tiempo, habiendo su marido logrado una permuta, pasaron á una lejana provincia, porque les era imposible permanecer en el lugar en que había acontecido tan horrorosa catástrofe.

—Pero ¿con qué objeto se cometió ese asesinato? —preguntó el caballero.

—Se infirió que por robar á la víctima —contestó la señora. —Aquella mañana, según dijo su hija, había recibido su madre una crecida suma de dinero por manos de un escribano; sobre él recayeron violentas sospechas, y aunque nada se ha podido probar, ha quedado completamente desacreditado. Las sospechas que llegan á hacerse unánimes y estables desacreditan á veces más que un hecho probado y ventilado, en cuyo caso el interesado, aunque culpable, ha podido emitir descargos, alegar disculpas y, sobre todo, demostrar arrepentimiento y obtener así el perdón, que el Dios de las misericordias no guardó sólo para sí, sino que con su divino destello puso en el corazón del hombre, y al que elevó á precepto en su santo Evangelio.

—La observación de usted es justa—repuso el caballero.—La sociedad, que es y debe ser clemente, después de castigado el delito, es

inexorable con el crimen impune. Eso es lógico. ¿Y ha vuelto usted á saber de sus pobres vecinos?

—He sabido varias veces de ellos, hasta que, últimamente, los he perdido de vista. Les fué muy bien en el pueblo á que se trasladaron. El marido se retiró del servicio militar, se afincó y tuvo mucha suerte en cuanto emprendió; así sucede que es hoy uno de los hombres más considerados de aquel pueblo, una *notabilidad*, según el estilo moderno. Ha sido Alcalde y Diputado provincial, y qué sé yo cuántas cosas más en el innumerable plantel constitucional de autoridades. En cuanto á ella, vivía siempre contenta en su vida doméstica y retirada.

—¡Por lo visto—dijo el forastero con una sonrisa agria y amarga—la casa conserva la impresión que se ha borrado de los corazones!

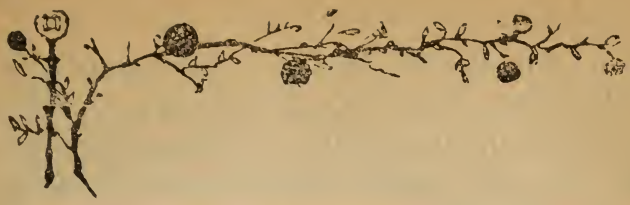
—La casa ha conservado la impresión del *crimen;* en los corazones se ha amortiguado la del *dolor*. El dolor no puede ser eterno en este mundo; así lo ha dispuesto Aquél que sabe lo que nos conviene. Cada día un nuevo sol hace olvidar el que desapareció la víspera; cada flor que abre su seno aleja la vista de la que se marchita. La ausencia es un velo poco transparente. Lo venidero absorbe lo actual, y su ardiente excitación debilita

las impresiones, como los rayos del sol desvanecen la viveza de los colores. Y no moteje usted al olvido ese bálsamo, esa panacea, ese dulce elixir de vida que Dios envía á las criaturas, como á las plantas envía su refrigerante rocío. Sin él, ¿qué sería de nosotros?

—No sé—repuso el caballero—si clasificar lo que decís de sublime filosofía ó de divisa del vulgar *¿qué se me da á mí?*

—Ni tan alto ni tan bajo: es una verdad sencilla y práctica; una de las muchas disposiciones de la naturaleza, contra las que se rebela en vano el orgullo del hombre. Pero dígame, ¿quiere habitar usted la casa? Mucho me alegraría que la presencia de una buena y amable familia disipase la sombra de esa fúnebre morada, como la sonrisa de la aurora ahuyenta el ceño de la noche.

—Gracias, señora. No la viviré yo. Aunque hijo de este siglo despreocupado, no ha podido el carácter del positivismo que le preside ahogar las impresiones del espíritu que reina en alta esfera; y puesto que aquella casa es la depositaria del misterioso y horrendo atentado, la única que conoce los impunes criminales, huyan de ella los buenos y quédese sola con su secreto, como deberían estarlo todos los que llevan la conciencia manchada con algún delito.



CAPITULO IV

VALDEPAZ

EXISTE un pueblo que nombraremos con el pseudónimo de *Valdepaz*, que ha escogido por asiento un valle, colocado entre las últimas ondas que forma el suelo de una vasta cordillera. Dórale un brillante sol sus mieses, riéganle claros manantiales sus huertas, en que el copudo naranjo cubre de perlas su manto como un rey, el fino granado se adorna de corales, el suave almendro de guirnaldas de rosa, y los sencillos frutales se apresuran á ponerse su traje blanco, que es tan frágil, que se desprende aun antes de partir la fugitiva primavera que se lo viste.

Separan á Valdepaz del resto del mundo los montes que á su alrededor se levantan como inmensos biombos, con los que hubiese rodeado la naturaleza la cuna en que durmiese uno de sus hijos. Alzase en su centro, digna y tranquila, la no profanada iglesia; descansa honrado bajo el techo del labrador el arado que enseña el trabajo, y en premio

da el pan de cada día. Los niños aprenden la doctrina, besan la mano al cura, y piden la bendición á sus padres. La ilustración del siglo novador, según se habrá notado, había retrocedido desdeñosa al ver tanto obscurantismo, había contado á Valdepaz entre las momias, borrándolo de la lista de los vivos, y, cual á otra enterrada Pompeya, le había dicho con profunda intención y grave solemnidad: ¡Séate la tierra ligera!

Era una tarde de primavera después de un día de verano, pues el suave vientecillo que corría se había, como hace un sibarita, refrescado en las nieves de las altas cumbres, y perfumádose después entre las jaras que cubren sus laderas. La plácida hora del crepúsculo se anticipaba por el valle, no dorando ya los rayos del sol, sino las cimas de los montes que lo rodeaban, en cuyas crestas todas parecía arder una hoguera; tal como sucedió en los montes de Asturias, en aquel famoso hecho guerrero que valió su nombre al progenitor de los Cienfuegos. No había un celaje en el cielo que pudiese servir de refugio á los últimos y rosados esplendores del sol. Oíase el alegre murmurio del agua de riego esparciéndose en cien diferentes direcciones por los huertos; dócil en seguir la senda que le traza el hombre, se veía á esta hija de las nubes y de las fuentes, ya rodear

á un naranjo como un ceñidor de bruñido acero, ya esparcirse sobre un cuadro recién sembrado como una cubierta de cristal, y entonces pararse incierta entre ceder á las seducciones del sol, que la atrae á sí para tejerse con ella sus velos, ó á la atracción de la tierra, que la anhela para nutrir con ella las plantas tan lindas que le forman su rico vestido. Oíase el grillo, tocador del primer instrumento que hubo en el mundo, desesperado de que, á pesar de su incesante reclamación, no se le declare decano de la filarmonía. Oíase el balar de las ovejas, tan dulce como su índole, tan suave como su vellón, tan triste como la víctima á la cual simboliza; el prolongado mugido de la vaca que llama á su cría, el zumbido monotono del abejorro tonto y torpe, volando en derecho de sus narices, sin cuidarse de tropezar con las ajenas. Veíanse los aviones surcar el aire en sus alegres y desatinadas evoluciones, dando sus gozosos pitíos, lo cual, al contemplarlos, hace decir á los niños con fraternal simpatía: «Ya salieron los muchachos de la escuela.» Empezaban su silencioso vuelo los inofensivos murciélagos, pobres pájaros sin plumas, que se esconden de la luz del día como pobres vergonzantes, tan feos, que llevan en las aldeas el nombre de *figuritas*, y tan perseguidos, que se preguntan: ¿Si con-

siderará el hombre usurpada la existencia que les dió á ellos aquel mismo Criador que al hombre le dió la suya? Entonaban sus claras serenatas las ranas, rústicas sirenas que convidan entre sus frescos juncos á las delicias del baño. Las laboriosas abejas dejaban gruñendo su tarea, porque hallaban ya en las flores rocío mezclado á la miel. Oíase la triste y plañidera queja del mochuelo, que impele á ir á consolarlo; suena tan melancólico su canto entre la armonía de la naturaleza, como para probar que hay en ella una voz, así como en el corazón hay una cuerda que vibra siempre melancólicamente, aunque el día haya sido brillante y sea la noche serena (1). Sólo la grave y misántropa lechuza, á la que chocaba este concierto general al acercarse la noche, se desprendía de la torre en que medita y censura lanzando su enérgico ceceo como para imponer silencio.

---

(1) En otros puntos de Andalucía denominan al mochuelo corneja. Dice el pueblo campesino que la corneja era el pájaro que mejor cantaba entre todos los creados, y que cuando el Señor expiró en la cruz fué el pájaro que se halló presente. Desde entonces olvidó el canto y aprendió el gemido, con el que repite siempre: Cruz, cruz, cruz. ¡Oh poesía religiosa, ideal de fe, de ternura, de dulce melancolía y de pureza!

Pero entre todas estas voces campestres, tan llenas de indefinible encanto para quien sabe gozar prácticamente de la naturaleza, sobresalía la sonora, modulada y expresiva voz del hombre, las de los trabajadores campesinos que al regresar á sus casas cantaban. ¿Quién ha enseñado á estos hombres? ¿Quién les ha infundido la elevada y aguda poesía de la letra, la encantadora y original melodía de sus cantos? El *sentir*, que no necesita del arte; entretanto que sin el sentir el arte es un cadáver, un bien formado cuerpo sin alma.

Mas prestemos oído á lo que canta este airoso joven que se ha adelantado á los demás, y cuya voz ha atraído á la ventana á una linda muchacha, á quien oculta una cortina formada en la reja por la enredadera cubierta de sus flores amarillas.

EL RETRATO

Tiene tu cabeza
Hermoso peinado;
Con hebras de oro
Lo tienes formado.

Tienes una frente
Que es plaza de guerra,
Donde amor triunfante
Puso su bandera.

Tienes unas cejas
Muy bien dibujadas;
No hay pincel que pueda
Tan bien colocarlas.

Tienes unos ojos,
Luceros del alba,
Que apagan sus luces
A la luna clara.

Es tu nariz fina
Cual filo de espada,
Que á los corazones
Todos los traspasa.

Tienes unos labios...
Son dos coralitos;
Ya esconden, ya enseñan
Tus dientes bonitos.

Tienes una barba
Con un hoyo en medio;
Si en él me enterrasen,
Quisiera haber muerto.

Tienes la garganta
Tan clara, tan bella,
Que hasta lo que bebes
Se trasluce en ella.

Tienes unos brazos
Tan bien torneados...
No los tuvo Eva
Mejor acabados.

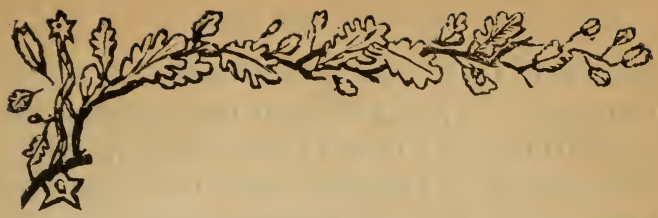
Tienes, niña, el talle
Como hermosa palma
Que airosa descuella
Por entre las plantas.

Tienes unos pies,
Pisas tan airosa,
Que por donde pasas
Florecen las rosas.

Ya están dibujadas,
Niña, tus facciones;
Ahora viene Mayo,
Que las dé colores (1).

---

(1) Una lindísima tonada completa el encanto de esta preciosa canción popular.



CAPÍTULO V

EL ALOJADO

Como ya hemos hecho observar, en este pueblo español rancio, cristiano viejo, tan alegre y pacíficamente alumbrado por las luces de sus altares y por las del sol, no habían penetrado las del siglo. Donde sonaban las armonías que hemos descrito, no se habían oído ni arengas políticas ni canciones patrióticas; no se tenía idea de un alistamiento *voluntario* para vestir casaca, ni menos del objeto con que se hacía. ¡Cuál sería, pues, el asombro de los atrasados valdepacíficos cuando vieron una tarde un tropel, semipaisano, semimilitar, entrar en el pueblo dando desaforados gritos de *¡Viva la libertad!*

Al ver aquella banda de hombres armados y empolvados, al oir aquel grito extraño para ellos, los habitantes de Valdepaz quedaron consternados. Cundió luego la voz de que eran presos que se habían fugado de la cárcel de la capital, y que huían á la sierra vito-

reando su reconquistada libertad. La consternación fué general; pero poco después se serenaron los ánimos al oir el severo toque del tambor y ver bajar por la cuesta, en buen orden y con paso mesurado, una columna de soldados.

Es de advertir que el pueblo tiene por los soldados que salen de su seno una simpatía profunda, en que se mezcla la lástima y la admiración: míranlos como víctimas, sí; pero víctimas consagradas á una santa causa, esto es, la de su religión, la de su rey y la de su *independencia*, no individual, sino la del país, como se defendía en la heroica é inmortal guerra que por lauro y distintivo ha conservado esta denominación.

Todo, al llegar esta tropa, quedó aclarado. Decíase entonces (pero en Valdepaz no se sabía nada de eso) que existía en la sierra una partida de facciosos, y venía en su persecución una columna compuesta de voluntarios nacionales y de tropa de línea: los primeros eran los que, entrando algo estrepitosamente, habían alarmado al pueblo; pero, aclarado el asunto, los ánimos se sosegaron y sólo les quedó á los valdepacíficos el asombro, primero, de que hubiese soldados sin haber entrado en quintas; segundo, que los hubiese de menos de veinte y de más de cincuenta años; tercero, que se vitorease la li-

bertad sin haber estado preso, y cuarto, que en la sierra hubiese *facciosos*.

Los voluntarios recorrieron aquellos alrededores, se hicieron vejigas en los pies y no encontraron nada, por lo cual se volvieron por donde habían venido y llegaron á sus casas un poco tostados del sol. Los zapateros de su pueblo hicieron una función á San Crispín.

La tropa tenía orden de permanecer en Valdepaz. Venía mandada por un capitán, que fué alojado en casa de la viuda de un rico y honrado labrador. Tenía ésta un hijo que seguía llevando la labor tal cual había enriquecido á su padre y abuelos, y una hija de quince años, que era el sol de aquel modesto, cándido y virtuoso hogar doméstico.

El capitán, que se llamaba D. Andrés Peñalta, era un hombre de no mala presencia, pero de carácter melancólico y agriado por repetidas decepciones en su carrera, en la que, como muchos, en tiempos de trastornos y revoluciones había sido víctima de circunstancias adversas. Era esto aún más sensible para este hombre, tipo de una clase que se ha hecho harto común en nuestra época, esto es, de aquellos que se creen siempre superiores á la posición que ocupan.

No obstante, la dulce atmósfera de aquella pacífica casa pareció influir benéficamente

en el ánimo tétrico y ensimismado que había producido en él su no satisfecho orgullo. Inclinóse hacia aquella niña, ídolo de su casa y gala del pueblo, que tenía el encanto de la juventud y de la inocencia, las garantías de felicidad que aseguran las virtudes y las de bienestar que prometen los bienes de fortuna. Esto último, sobre todo, debía seducir á un hombre que tenía una ambición por figurar y ser considerado, tanto más ansiosa cuanto más contrariada se había visto por las circunstancias.

Peñalta, con su brillante uniforme y su porte *respetuoso*, según calificaban su aire altivo en el pueblo, se había captado la admiración general, pero muy particularmente la de sus patronas; así fué que el día en que pidió á D.ª Mariana á su hija Rosalía, no pudo ni intentó la señora ocultar su satisfacción. La dócil niña, al ver que estaba contenta su madre, no lo estuvo menos; las comadres y vecinas hicieron coro, y sólo el hijo de la señora demostró desagrado y decidida oposición al proyectado enlace. Hizo presente á su madre que su caudal, que consistía en algunas fincas, pero principalmente en su vasta labor y numerosa ganadería, prosperaba unido; pero que si cada parte tiraba por su lado, si se dividía ó se realizaba, sería en perjuicio de todos. Demostró con

buenas razones que su hermana debía casarse con un vecino del pueblo, sin salir del lugar en donde se había críado, y en el que de padres á hijos todos habían vivido felices, bienquistos y considerados. Pero nada pudieron estas juiciosas observaciones sobre la ilusionada D.ª Mariana, que estaba llena de entusiasmo por la brillante suerte de su hija Rosalía; y el insistir su hijo en oponerse sólo sirvió para exasperar á su buena y limitada madre, que acabó por decirle que su empeño en que no se dividiese el capital sería por sacar él la mejor parte. A pesar de tan dura é injusta razón (que había sido sugerida á la buena señora), su hijo siguió combatiendo abiertamente el casamiento de su hermana; de suerte que, incomodada la madre con esta pertinacia, y arrastrada á ello por los extremos que tenía por su hija, declaró que nunca se separaría de ella, y sí de un hijo díscolo, y que seguiría á la primera adonde quiera que fuese.

Este proyecto de la bien acomodada viuda no podía menos de convenir y agradar al capitán, que se apresuró á acogerlo y apoyarlo.

Poco después se verificó la boda, y la nueva familia partió.

Siete años consecutivos vivieron en una paz no interrumpida, gracias al angelical ca-

rácter de la madre y de la hija, á su falta de toda pretensión y exigencia, asi como á la pequeñez del círculo doméstico en que se movían, puesto que la existencia de ambas se reducía á admirar al capitán, á la sazón ascendido á comandante, y á adorar á los tres niños habidos de este matrimonio. Fuera de esto, caían en la nulidad más completa, anonadadas por el prepotente orgullo del comandante Peñalta.

¡Triste mundo este, donde no se adquiere un lugar sino conquistándolo, ni se conserva sino atrincherándolo! ¡Flaca y débil humanidad, que subyuga al que, modesto, cede, y acata al que, insolente, se encima! Esto sólo basta para probarnos nuestra inferioridad humana y hacernos ansiar aquella justicia superior para la que no hay brillo deslumbrador ni obscuridad impenetrable.

Así fué que en aquellas mujeres, la modestia que aceptaba, la humildad que cedía, la bondad que se conformaba, lejos de ser apreciadas como las más finas y perfectas perlas entre las joyas femeninas, no sirvieron sino para hacerlas aparecer como débiles y ruines, y para robustecer y entronizar, en el que acataban, el menosprecio y el despotismo.

Siendo así que D. Andrés Peñalta tenía un excesivo amor propio y un ansia desmedida

por ser apreciado como hombre de VIRTUDES, sin tenerlas (hipocresía *catonesca* que ha reemplazado á la religiosa), trataba á su mujer y á su suegra en presencia de extraños con gran consideración y afecto, y se hacía, como dicen los franceses, *buen príncipe*, esto es: que se dignaba descender benévolamente á la esfera de aquellas que ante él se inclinaban; pero en la intimidad, se desquitaba, tratándolas con suma altanería y recalcado desdén.

Las torpezas ó impropiedades que solía cometer Rosalía en visita, le indignaban. Es consiguiente que la pobre joven, criada en una aldea, nada sabía de los primores y etiquetas de una ciudad populosa: ni vestirse con elegancia, ni estar tres ó seis horas en su tocador; ni cantaba, ni bailaba, ni tocaba el piano; por lo cual el necio amor propio de su marido, mortificado con estas cosas, había tomado, para demostrar su encono, una muletilla, con la que continuamente hería y humillaba á su pobre mujer; era ésta: «Tú no sabes nada.»

Sobre dos cosas nada puede el malévolo é injusto despotismo: sobre el hierro, que resiste siempre con igual fuerza, y sobre el junco, que al punto cede; así era que en aquella casa había una paz profunda, pues el despotismo que la regía sólo hallaba suaves y

débiles juncos. Pasaba la voluntad del déspota sobre aquel interior doméstico como una ráfaga del huracán sobre un campo llano; campo no estéril ni desolado, sino cubierto de suave y fresco césped.

CAPÍTULO VI

LA PLANA

En este transcurrido tiempo, las relaciones de D.ª Mariana con su hijo se habían ido agriando cada vez más; porque esta buena señora, subyugada y en todo sumisa á su yerno, no se conformaba con las cuentas que le mandaba aquél, el cual había seguido administrando el caudal de su madre, que continuaba unido al suyo. Conformándose al parecer, y dócil á los consejos de D. Andrés, acabó D.ª Mariana por exigir la partición del caudal y la realización de su parte. Después de muchos debates, se había por fin verificado este arreglo al poco tiempo de su llegada á M***. Este suceso contentó á todos; y la buena señora se sentía aligerada de un peso grande con haber cortado por este medio todo motivo de altercados para lo sucesivo, tanto con su hijo como con su yerno.

Una mañana, despues de volver de la iglesia, había venido á hablar á la señora un escribano, que era el apoderado de su hijo, y la había traído quinientas onzas en oro, última entrega de su capitalizado caudal. La señora había á continuación firmado el finiquito, y sentada al lado de su hija celebraba la conclusión de este negocio, cuando entró el mayorcito de sus nietos, que venía de la escuela. Traía muy ufano una plana escrita por él, la que enseñó á su abuela. Tomóla ésta en la mano con aquel agrado y aquella complacencia que excitaban en ella cuanto hacían sus nietos, y leyó la máxima que, escrita con firme pulso, encabezaba la plana, y se repetía en cada renglón, copiada por el niño. Decía así:

«*No cuentes con el día de mañana, que no lo tienes seguro.*»

La señora miró cada renglón con aire de aprobación, y dijo al niño:

—¿Siempre dice lo mismo, Andresito?

—Sí, señora, — contestó éste; — todos los renglones dicen lo que la muestra, menos el último.

La abuela bajó la vista, y leyó:

«*La hizo Andrés Peñalta el 20 de Marzo de 1840.*»

—¡Chiquillo, — dijo la señora: — si estamos hoy á 19, día del Patriarca!

El niño se echó á reir, y repuso:

—Verdad es que me equivoqué; pero ¿qué le hace? Supongamos que la escribiría mañana.

—¿Tan pronto te olvidas de las sentencias que escribes, niño?—le dijo su abuela.—¿No dice acaso: «*No cuentes con el día de mañana, que no lo tienes seguro?*»

—Bueno, yo la enmendaré — repuso el niño, cogiendo la plana y echándose á correr.

Un momento después volvió y se la entregó á su abuela.

—¡Muchacho!— exclamó ésta apenas la vió.—¿Por qué has enmendado estos números con tinta encarnada? ¡Jesús! ¡Parece una fecha sangrienta!

—Estaba la tinta encarnada sobre la mesa de padre, y es muy bonita, — contestó el niño.

—Pues á mí me parece muy fea—observó su madre,—y que hace muy notable la enmienda. Rómpela, hijo, y mañana, si Dios quiere, escribirás otra plana mejor á tu abuela.

—No, no,—dijo ésta;—dámela, gloria mía. Para mí la hiciste, en ella me dices una cosa muy buena y muy santa, y es que no cuente con el día de mañana, que no es seguro; esto es: que debemos estar siempre preparados

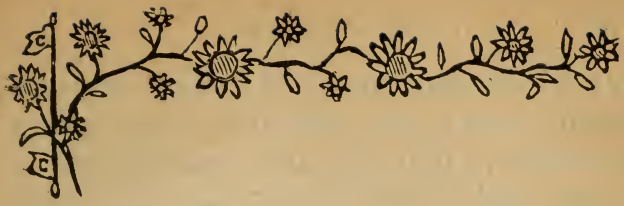
para la muerte, que nos lleva ante el Tribunal del gran Juez de las almas; así es que la quiero conservar como buena memoria y mejor consejo. Y mira,—añadió, tomando sobre la mesa una pila de veinte onzas,—estoy tan satisfecha de tu aplicación y de esta plana que la atestigua, que estas veinte onzas te las destino, y por mi muerte serán tuyas. Para que se sepa, voy á escribir esta mi voluntad al pie de la plana y á liar en ella las onzas.

La señora cogió la pluma con la que acababa de firmar los recibos, y escribió al pie de la plana, y debajo de la roja fecha y del nombre del niño, que era el mismo de su padre: «Esto le deja en memoria, *Mariana Pérez*.»

En seguida lió las veinte onzas en la plana, las que guardó con el demás oro en una caja que cerró y se llevó á su cuarto.

Aquella noche se consumó en la persona de esta anciana el atroz asesinato referido al principio de esta relación, en la que queda también pintado el dolor en que tan inaudita desgracia sumió á la pobre Rosalía, y la profunda impresión que causó en su marido, el cual quizás se arrepentiría entonces de lo amarga que hizo la vida á aquella infeliz víctima, que tanto le había querido y considerado.

La pérdida que experimentaron con tan considerable robo, de que nada se pudo recuperar; el misterio que envolvió el atentado, á pesar de las muchas diligencias é investigaciones que se hicieron; la convicción de tener algún enemigo oculto, pero perspicaz, hicieron insufrible al matrimonio su permanencia en aquel pueblo, y á instancias del Comandante fueron trasladados á un punto lejano de aquél.



CAPÍTULO VII

UNA NOTABILIDAD

DIEZ años habían pasado en su nuevo domicilio, en el que, desde que llegaron, habían hallado, tanto el marido como la mujer, la mejor acogida. Su suerte mejoró mucho. D. Andrés heredó á un tío, muerto en América, se retiró del servicio, afincó, y se dedicó con buen éxito á varias empresas, entre ellas á derribar conventos, cuyos materiales, de gran valor, vendía baratos. Había sido Alcalde, y era en la actualidad Diputado provincial; en una palabra: llegó á ser una *notabilidad*, y el tipo del ciudadano moderno, esto es: gran expendedor de frases retumbantes salpicadas de términos heterogéneos, celoso apóstol de la moralidad, ferviente pregonador de la filantropía, arrogante antagonista de supersticiones, entre las que contaba la observancia del domingo y días festivos; preste de la diosa *Razón*, archipreste de *San Positivo*, gran maestre de prosopopeya, profesor en las modernas *nobles*

artes del menosprecio y del desdén, hábil arquitecto de su propio pedestal: nada faltaba á este moderno tipo, que era reputado por el Salomón de los juicios de conciliación, y por el Demóstenes de una recién instalada Junta formada para la construcción de un canal, cuyos trabajos, á fuerza de juntas y expedientes, estaban muy adelantados, no faltando más para la realización del citado canal, sino el dinero para abrirlo y el agua para llenarlo.

No es nuestro ánimo personificar la época en el señor D. Andrés, sino sus influencias, y es seguro que en un orden de cosas opuesto habría sido el centinela avanzado de la intolerancia, el seide de la rutina, el cancerbero de los aranceles y el carabinero de útiles y necesarias innovaciones. Esto lo decimos en honor de la verdad, y en favor de la exactitud del tipo que pintamos, y de ninguna manera por lavarle su feísima cara á la época (1).

Con la ventaja que gozan las almas mansas de no dejarse abatir por la desgracia, la que tienen los temples suaves de estar exentos de sentimientos efervescentes y violentos, y la que es propia de caracteres pacientes, de no irritarse ni aferrarse en sus sufrimientos,

(1) Esta novelita se imprimió en Mayo de 1850.

Rosalía había vuelto á su estado natural de calma y de tranquilidad de espíritu, que es, á no dudarlo, una señal de predestinación.

Habríase aún llamado feliz, á no haber sido por la manera con que la trataba su marido, el cual, cada vez más ensoberbecido por su buena posición, por el éxito de sus empresas y por la consideración general que había sabido granjearse, trataba á su pobre mujer con una dureza y un menosprecio que iban en aumento cada día.

La educación de sus hijos, á quienes Rosalía mimaba, era el continuo tema de sus reconvenciones, y la ocasión de repetir su incesante ultraje: «Tú no sabes nada.» A veces al oirlo lloraba Rosalía, á veces se resignaba paciente; pero nunca replicaba, haciéndose á sí misma esta reflexión: «Natural es que eso piense y eso diga mi marido, que tanto sabe, cuando yo nada sé, sino coser y rezar.»

¡Cuán cierto es que la virtud innata, lo mismo que la inocencia, se ignoran á sí mismas! Pero el tiempo había de demostrar á D. Andrés cuánto sabe la mujer que sabe ser cristiana, y cuán preferibles son las virtudes humildes á las heroicas.

CAPÍTULO VIII

EL LEGADO

Un día en que Rosalía enseñaba á su hija, suave niña, como lo había sido su madre, lo que ella sabía, esto es, *rezar y coser,* entró el menor de sus dos hijos.

—Madre — le dijo alargándole el papel:— mire usted una plana hecha por Andrés cuando era chico.

Rosalía lo tomó, y leyó con ojos asombrados:

«*No cuentes con el día de mañana, que no le tienes seguro.*»

Al fin de la hoja se veía roja y sangrienta la fecha del 19 de Marzo de 1840, *lo hizo Andrés Peñalta*, y debajo, de letra de su madre, de la víctima del misterioso é impune crimen, este su solo testamento: «Esto le deja en memoria, *Mariana Pérez*.»

—¿Dónde hallaste este papel? — preguntó Rosalía con una voz tan extraña y demudada, que sus hijos la miraron sobrecogidos.

—En el cuarto de padre, entre unos papeles viejos,—contestó el niño.

Rosalía se levantó lívida, corrió á su cuarto, echó el cerrojo, y cerró las ventanas para no ver la luz del día.

El velo que por diez años cubría al asesino de su madre estaba descorrido á sus ojos; el horroroso secreto salía de su sombra; la víctima, desde su tumba, recordaba la sangrienta fecha en un documento guardado con el dinero robado, que sólo podía hallarse en poder del ladrón y asesino, y este documento acusador ¡se hallaba en poder de su marido!

Rosalía se dejó caer sobre un sofá, y ocultó su rostro entre sus manos. Así permaneció tres horas, inmóvil como el estupor, fría como deja la falta de la circulación de la sangre á un cadáver, muda como pone la parálisis á aquel á quien hace su presa.

La primera hora no pensó: todas sus ideas se confundieron en un espantoso vértigo. En la segunda, la desesperación vagó por su alma como el león por su jaula, viendo por dónde salir y hallar ancho ámbito en que lanzar su rugido. En la tercera se presentó digna y severa la reflexión, trayendo de una mano á la moderación cristiana y de la otra á la prudencia humana: la primera, con su freno; la segunda, con su anteojo. Entonces

la cristiana, la madre y la esposa, cruzó sus manos y exclamó:

—¡Tuya, tuya, Padre y Juez nuestro, es la justicia! ¡Tuya, tuya la vindicta!

Levantóse animosa, encendió una vela, en cuya llama quemó con resuelta mano el papel acusador, y se arrojó en su lecho.

A poco llegó su marido, y le preguntó con su usual aspereza lo que significaba aquel encierro.

Al oir la voz del asesino de su madre, al sentir su cercanía, un temblor espantoso se apoderó de la infeliz, la cual, entrechocándose sus dientes, respondió que estaba enferma.

El marido se alejó impaciente: ¡no le concedía ni aun el derecho de estar enferma!

Ocho días permaneció Rosalía encerrada, sin permitir que la viese nadie, ni aun sus hijos, pretextando para ello un agudo dolor de cabeza, pero en realidad porque temía se exhalase en clamores desesperados el tremendo secreto que quería ahogar en su destrozado pecho.

Quería, además, para lograr esto, perder fuerzas físicas, debilitando su cuerpo con ayunos y lágrimas, y cobrar fuerzas morales en la oración y en su amor de madre.

Cuando se levantó y la vió por vez primera su marido, retrocedió asombrado; ¡y

razón tenía! El pelo de la joven madre se había encanecido. Sobre sus facciones demacradas se había extendido la palidez verdosa de la ictericia; sus ojos, extraviados y hundidos, brillaban calenturientos en un círculo morado.

— Es cierto — le dijo — que estás mala, ¡y muy mala! ¡Debes haber sufrido mucho!

— *¡Mucho!* — contestó la paciente.

— Pero ¿por qué no has llamado á un médico? — repuso impaciente su marido. — *¡No sabes nada*, ni aun cuidarte cuando padeces!

¡Un año aún sobrevivió la mártir, con el golpe de muerte en el corazón, sin más alivio que la certeza de que era mortal!

¡Un año entero duró su descenso al sepulcro! La vida es tenaz á los treinta años.

— Pero ¿qué tiene la señora? — preguntaban sus numerosos amigos á D. Andrés Peñalta.

— Una ictericia negra que le aniquila el cuerpo y el espíritu—respondía éste. — Mucho le mandan los médicos, pero nada la alivia. Estoy, ciertamente, con mucho cuidado.

Y á su mujer á solas decía:

— El médico dice que no acierta la causa de tus males, y que tú no se la indicas. ¡Si nada sabes, ni aun explicar lo que padeces!

Por fin, la segunda víctima del crimen cayó postrada. Los facultativos, desorientados, agotados sus recursos, se cruzaban de brazos. La hora del eterno descanso era llegada; el confesor derramaba lágrimas y consuelos á la cabecera de la moribunda.

Ya preparada y pronta á aparecer ante el Tribunal de Dios, y cuando sintió que sólo pocos instantes de vida le quedaban, la noble víctima hizo seña á los presentes de que se alejasen, y llamó á su marido.

— ¡Padre de mis hijos! — le dijo con voz solemne. — Dos cosas he sabido en esta vida.

— ¿Tú? — exclamó asombrado el marido.

— ¡Sí!

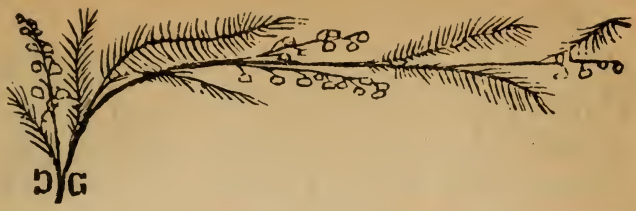
— ¿Y cuáles han sido? — preguntó aterrado el delincuente, con los ojos espantados y fuera de sus órbitas.

— ¡CALLAR EN VIDA, porque era madre, Y PERDONAR EN MUERTE, porque soy cristiana! — respondió la santa mártir, cerrando sus ojos para no volver á abrirlos más.

FIN

NO TRANSIGE

LA CONCIENCIA



NO TRANSIGE LA CONCIENCIA

¿Por qué, pues, el mortal ciego se lanza
Tras mentida ilusión que poco dura?
Sólo asegurará su bienandanza
La paz del alma y la conciencia pura.

FRANCISCO JAVIER DE BURGOS.

Un seul printemp suffit à la nature
A reproduire ses fleurs et sa verdure;
Hélas! jamais la vie ne reproduit
La paix du cœur qu'un seul instant détruit.

CAPÍTULO PRIMERO

Así como en las desiertas costas del mar se ve blanquear un nido de gaviotas en la concavidad de una peña, así aparece Cádiz en la concavidad de sus murallas. Hanla labrado tan denodadamente entre las olas, que la tierra alarga un brazo para asirla. Lleva este angosto brazo de piedra y arena, como un brazalete, la Cortadura, esto es, una fortaleza construída en tiempo de la gloriosa guerra de la Independencia; separa las violentas olas del Océano de las tranquilas aguas de la bahía, y conduce á la

ciudad de San Fernando, que en el fondo de la ensenada abre sus arsenales de la Carraca, como hospitales, á los barcos que, heridos y maltratados en sus azarosas carreras, regresan á sus lares. ¡Pobres barcos, á los que los huracanes dicen: *¡Marcha! ¡Marcha!*, como los acontecimientos se lo gritan á los hombres, y que al llegar á su patria se asen á ella con sus áncoras, como niños con sus manos al cuello de su madre!

Pasada la ciudad de San Fernando, gallarda y digna vecina de Cádiz, que ostenta su Calle Larga parecida á un estrado, y sus casas brillantes y sólidas, como si fuesen de plata maciza, y atravesando el puente Zuazo, tan antiguo que se atribuye su construcción primitiva á los fenicios, el camino se divide en dos; el de la izquierda sigue costeando la bahía, y el de la derecha se dirige á Chiclana. Se entra en este precioso pueblo por una arboleda de álamos blancos, que toman asiento entre verdes huertas, á la manera de nobles ancianos encanecidos, estimulando con su susurro á las plantas pequeñas y tiernas á crecer y fortalecerse, para resistir como ellos á los vendavales. El pueblo es grande, y el río Liro lo divide en dos mitades como un cuchillo de plata.

Dominábanlo otras veces sobre dos alturas, una torre morisca ruinosa, como imagen

de lo pasado, en la una, y una lindísima capilla, como imagen de lo presente, en la otra. De pocos años á esta parte la torre ha desaparecido y la capilla es una ruina.

Era un templo, era un altar
Donde llora el desvalido.
Yo lloré; volví á pasar...
¡Y era polvo consumido,
Que también me hizo llorar (1)!

Era esta capilla (dedicada á Santa Ana) de construcción redonda, y estaba ceñida de una columnata, que formaba en su alrededor una galería, desde la cual se admiraba un hermoso panorama, esto es: una bella vista circular.

La aislada y abandonada torre tenía á sus pies el cementerio, ¡como si los hombres muertos buscasen simpáticamente la sombra de la muerta torre! Esta torre, que parecía un sello de piedra que ostentase los archivos del pueblo, que era una herencia de generaciones guardada por la comarca como la momia de un vencido caudillo embalsamado por los aromas de las flores del campo; esta torre austera, que no tenía conexiones ya sino con los muertos, que á su alrededor se volvían esqueletos; con las aves nocturnas,

(1) Don Juan Arolas.

que en sus obscuros antros huían del bullicio y de la luz del día, y con los vientos, que venían á gemir tristemente en las brechas, que podían considerarse como heridas causadas por el tiempo; ¡esta torre inofensiva no pudo escapar al moderno vandalismo! ¡Ni el respeto á los recuerdos que evocaba, ni el respeto al cementerio que tan expresivamente presidía, ni lo romántico de su aspecto, ni lo histórico de su origen, pudieron valerle! ¡Fué demolida bajo el sabio pretexto de que *estaba ruinosa!!!* ¡Ruinosa una ruina!! ¡Ruinosa aquella torre, que llevaba los siglos como vosotros los días! ¡Ruinosa aquella mole petrificada, que hubiera vivido más que todas vuestras construcciones de yeso y de madera!

También la capilla, cerrada y abandonada, ha sido presa de la destrucción. Ya ha desaparecido la columnata que tan noblemente la ceñía. ¡Arbolado, edificios, conventos, santuarios, castillos, palacios feudales, hasta las ruinas van desapareciendo! sin que ni siquiera se levanten fábricas, ni se planten huertas para reemplazarlos, para vestir con cocos (1) y flores á la noble matrona España, en lugar de los tisúes y joyas de que la despojan! — ¿Qué nos quedará, pues? — Dehesas para criar la fiera salvaje y

(1) *Cocos*, perciles.

feroz, cuyas lides forman el ameno y culto placer que goza con preferencia del favor del público!!! ¡Dios mío! ¿Será que la ferocidad y la crueldad del hombre necesitan un desahogo, como lo necesita y lo halla la atmósfera alguna vez en sus tormentas, relámpagos y truenos, para descargarse de su electricidad?

En los tiempos en que Cádiz era el Rothschild de las ciudades; en aquellos tiempos en que, según decían los forasteros de fuste, hacían los comerciantes de dicho pueblo la vida de rumbo con la grandeza propia de embajadores, la mayor parte de ellos tenían casas de campo en Chiclana, que se labraban y amueblaban con extraordinaria riqueza y buen gusto. Aunque deslustrado, aún quedan grandes vestigios de aquel elegante lujo, á que la venida de los franceses de Napoleón dió el golpe de muerte.

En la época presente, en la que se cumple en muchos casos aquel conocido adagio: *se abajan adarves y se levantan muladares;* cuando los ancianos cuentan las grandezas y fausto de aquella época, la gente, no diremos *joven*, sino *nueva*, cree oir cuentos de *Las mil y una noches*, y alternan en sus labios el asombro y la crítica. Garbo, generosidad, esplendidez, son, al parecer de nuestra época, materia para un apéndice al Don Qui-

jote, es decir: virtudes fantásticas, que sólo pueden existir en un cerebro sobrexcitado (1).

Cuando empiezan los sucesos que vamos á referir, que es á fines del siglo pasado, Chiclana estaba en todo su auge, brillaba el oro por Cádiz y esparcía sus rayos en sus alrededores, como el sol en el cielo. Sólo en la Habana se sabe hoy, cual allí se sabía entonces, echar por ahí las onzas con la misma sencilla indiferencia con que arrojan los niños globulillos de espuma de jabón en el espacio, y con el señorío de príncipes, que ni miran ni ponen precio á lo que dan ó gastan en obsequio de otros. Cuéntase que fué en esta época cuando la famosa Duquesa de Alba dijo á un joven, que al ver en su mesa veinte mil duros opinaba que esta suma, que era para ella tan poca cosa, haría la fortuna de un hombre: «¿Los quieres?» El joven admitió. La Duquesa le mandó el dinero, y... le cerró su casa. Hoy día sucedería lo contrario: no se daría el dinero; pero en cambio no se cierran las puertas al que lo adquiere,

---

(1) Aunque la época lejana que aquí se pinta no nos permite dibujarla con la autoridad de testigos oculares, podemos, no obstante, afirmar la exacta verdad de la pintura de aquella época y todos sus pormenores, porque las fuentes de donde hemos sacado estos datos son las más autorizadas y fidedignas.

sea cual sea el medio de que para ello se haya valido.

En una de las anchas y alegres calles del mencionado pueblo descollaba entre todas una hermosa casa, aunque sólo tenía un piso algo elevado del suelo. Subíase á ella por una escalinata de mármol, y era su puerta de caoba, tachonada de grandes clavos de brillante metal. Coronaban el frontispicio las armas de su dueño esculpidas en mármol. La nobleza y la riqueza se buscan, porque primitivamente fueron hermanas. ¡Hoy día ni aun primas son! La casa-puerta, así como el patio y todas las habitaciones, hasta las oficinas interiores, estaban soladas con magníficas losas de mármol azules y blancas. Sostenían las cuatro galerías que rodeaban el patio columnas de jaspe; en el centro de éste, rodeada de macetas y estatuas de alabastro, corría una fuente sin cesar, celebrando con su pura é infantil voz, lo mismo al pimpollo entreabierto como una esperanza, que á la flor que caía deshojada como el desconsuelo. Entre columna y columna pendían, cubiertas de verdes y floridas colgaduras de jazmines y mosquetas, doradas jaulas con vistosos pájaros; un toldo de lona con puntas ribeteadas de color cubría el patio y conservaba la frescura, esparciendo una sombra suave como un *duerme-vela* en

una siesta de verano. Las paredes de la sala eran de estuco blanco sobre un fondo celeste; la sillería y sofá, de ébano con adornos de plata maciza, y forros de gro de Tours celeste. Era su hechura sencilla y mezquina, á la griega; moda que había entronizado la revolución de Francia, poniéndola á la orden del día con el gorro frigio los nombres de *Antenor*, *Anacarsis*, *Temístocles*, *Arístides*, y otras cosas menos inofensivas. Sobre la mesa, que ostentaba cuatro pies derechos é istriados, había un magnífico reloj de mármol blanco y bronce negro y dorado. Pasado á la sazón en las artes también el gusto por lo pastoril é idílico, privaban entonces las graves y clásicas alegorías, á las que en breve debían seguir los cañones, banderas y coronas de laurel bélicos con que Bonaparte había de hacer evaporarse en ancha atmósfera el ardor de la calentura revolucionaria francesa. A su vez la época de la restauración, en la que acabó la legitimidad con el despotismo de la democracia (1), trajo las ideas monárquicas y los sentimientos religiosos,

---

(1) Dice Dumas, á quien no se tachará por cierto de antibonapartista ni de legitimista: «Por espacio de setenta y dos años llevó Luis XIV la corona y REINÓ; por espacio de diez y nueve años tuvo Napoleón en su mano el cetro y gobernó con el despotismo.»

con el caballerismo, la lealtad, la fidelidad y la religiosidad antiguos, que habían de introducir el romanticismo en la literatura, y el gusto gótico en las artes y modas, siguiendo luego el gusto á lo Luis XIV y Luis XVI, llamado *rococó*. Cual niños, los hombres son entusiastas de lo nuevo, y pisan en seguida con desprecio lo que era su ídolo un momento antes. Shakespeare ha dicho: «*¡Fragilidad*, tu nombre es mujer!» Bien pudiera haber añadido: «*¡Cambio*, tu nombre es hombre!»

Formaba el reloj un grupo, compuesto de un anciano que representaba al Tiempo, de dos bellas jóvenes desnudas y enlazadas que se apoyaban en el anciano y personificaban la Inocencia y la Verdad, y de otras dos figuras envueltas en negros velos que figuraban la Maldad y el Misterio huyendo del anciano, que con el dedo levantado parecía amenazarlas. La efigie del viejo estaba bien y característicamente esculpida, y cuando á su expresivo gesto se unía la clara y vibrante voz de la hora que contaba á sus muertas hermanas, parecía la amenazante voz del austero anciano, y no podía menos de conmover al que, meditando sobre el sentido de aquella alegoría, oía resonar sus compasados ecos.

A cada lado del reloj había un candelero, formado de un negro de bronce, posado so-

bre una basa redonda de mármol adornada de cadenitas del mismo metal; llevaba el negro sobre la cabeza, y en cada mano, unos cestos de flores doradas, en cuyos centros se colocaban las velas. El techo de la sala estaba pintado figurando leves nubes blancas y grises, entre las que asomaba una ninfa ó hija del aire, que en sus manos parecía sostener los cordones y borlas celestes, de que pendía una lámpara de alabastro destinada á filtrar una luz suave como la luna; luz que favorecía en extremo la belleza de las mujeres, y era adoptada para tertulias de confianza. En medio del cuarto, sobre un velador de mosaico, había un gran globo de cristal en que nadaban pececitos de colores, que ostenta el agua en competencia con el aire, que muestra sus encantadores pájaros, y con el jardín, que ostenta sus deliciosas flores. Allí vivían suaves y callados, sin que les intimidase la trasparencia de su círculo de acción, mirándolo todo con sus grandes ojos sin comprender nada, cual pequeños idiotas. Coronaba este globo otro más chico que estaba lleno de flores, y había profusión de ellas colocadas en jardineras en los huecos de las ventanas. Pendían de éstas cortinas de muselina guarnecidas de encajes, poco más ó menos como se ven hoy día, con la diferencia de que la muselina de aquéllas no era inglesa, sino de la

India, y que los encajes no eran de algodón y de telar, sino de hilo y de bolillos. Como era verano, las persianas no dejaban penetrar en la sala sino una débil claridad; la atmósfera estaba embalsamada por las flores y por las pastillas de Lima.

Sobre el sofá estaba recostada una mujer de extraordinaria belleza; una profusión de rizos rubios cubría una de sus manos de alabastro, en la que se apoyaba su cabeza, reclinada sobre uno de los cojines del sofá. Un peinador de holán, guarnecido de encajes de Flandes, cubría sus perfectas y juveniles formas, y sólo asomaba por entre el encaje la punta de su pie, calzado á la moda de entonces, con media de seda y zapato de raso blanco. Las damas de importancia no gastaban otro á ninguna hora del día, y llegó el lujo hasta gastar zapato de encaje, forrado de raso de color. Los apóstoles de la última moda, sobre todo si viene de allende, grandes admiradores de los *brodequins*, echan una mirada de soberano desprecio sobre ese rico y elegantísimo uso, que tiene dos pecados mortales: *el ser antiguo y el ser español.*

Brillaba en la mano izquierda de la joven acostada en el sofá un magnífico brillante, y con un pañuelo de holán, bordado en Méjico, que en ella tenía, enjugaba de cuando en cuando una lágrima que se deslizaba len-

tamente por sus anacaradas mejillas. Sin duda piensa el lector haber adivinado que esa lágrima solitaria que vierte una mujer joven y hermosa, rodeada de aquel lujo, indicio de una posición envidiable, es y no puede ser sino una lágrima de amor. Sentimos decirlo: el lector ha adivinado mal. Y en obsequio á la verdad, y aun á costa de desprestigiar á la heroína de nuestra relación, tenemos que decir que esa lágrima no era de amor, sino de coraje. Sí, esa lágrima tan brillante que caía de aquellos ojos, azules como el cielo de la tarde, y que pasando por entre sus largas y obscuras pestañas resbalaba por aquellas mejillas de tan suave y fresco sonrosado, era de coraje.

Pero antes de proseguir, es preciso referir lo que la originaba.

CAPITULO II

La joven que hemos descrito se llamaba Ismena, y era hija única de D. Patricio O-Carty, cuya familia había emigrado de Irlanda, como otras muchas, huyendo del usurpador Cromwell, que perseguía dos cosas que suelen unirse: la religión y su constancia; el principio monárquico y su lealtad. La mayor parte de estos fieles que abandonaron sus empleos, casas y tierras, siguieron á Carlos Eduardo Stuart *el Pretendiente* á Francia, y le acompañaron cuando, en 1690, auxiliado por Luis XIV, hizo este desgraciado Rey un desembarco en Irlanda, y después de muchas vicisitudes, mandó en persona la desgraciada batalla de la Boyne. Después de esta derrota entraron aquellas tropas, que se componían de la primera nobleza de Irlanda, al servicio de Francia y España. Acogiólas, como de suponer era, Felipe V favorablemente, y formaron en 1709 los regimientos de Ibernia y Ultonia, y más adelante otro tercero, que se llamó Ir-

landa. Mandaba estas tropas Jacobo Stuart, Duque de Berwick, hijo natural que tuvo Jacobo II de Arabela Churchill, hermana del famoso Marlborough. Ganó el Duque de Berwick la batalla de Almansa, y tomó á Barcelona por asalto; y el Rey premió sus grandes servicios á la Corona con los ducados de Liria y Xérica y con la grandeza de España. Tuvo este bizarro General dos hijos: el primero se naturalizó en España y llevó los títulos de Berwick, Liria y Xérica, uniéndose después por enlace á la noble casa de Alba, que había recaído en hembra; el hijo segundo se estableció en Francia, donde existen sus descendientes, que llevan el título de Duques de Fitz-James. Los arriba mencionados regimientos han llegado hasta nuestros días con los hijos de aquellos fieles; pues, según se nos dice, existen aún noventa apellidos irlandeses en el ejército español que honran á los que los llevan, por su lealtad, bizarría y nobleza hereditaria (1).

---

(1) Creemos curioso apuntar aquí algunos de los más ilustres de estos militares irlandeses, á quienes, en atención á sus méritos, á sus servicios y al lustre de sus familias, ha compensado el Gobierno español parte de lo que en su patria perdieron.

Además de lo concedido al ilustre caudillo de estas tropas, Jacobo Stuart, se le concedió á un descendiente suyo, Pedro Stuart, el título de Marqués

Casó D. Patricio con una española, y su hija Ismena reunió la belleza de ambos tipos. Cubría sus delicadas y graciosas formas de andaluza la alba y rosada tez de las hijas de la nebulosa Erin, á la que daba la impasible frialdad de su dueña esa limpieza y tersura transparente de la esperma, que nada enturbia. Sus rasgados ojos azul turquí tenían en-

---

de San Leonardo, que, andando el tiempo, recayó en hembra, la que casó con el Brigadier D. Simón Wall, descendiente del General Ministro D. Ricardo Wall.

En 1770 hizo el Rey Conde de Ophalia al Teniente General D. Bernardo O-Connor, señor de Ophalia en Irlanda, del castillo de Philipstown, y baronía de Grashill. Cayó en hembra, y es heredera de este título la señorita Condesa de Tylli. En 1771 creó el Rey el condado de O-Reilly; su actual poseedor reside en la Habana. Carlos III hizo Conde de Lacy al Teniente General D. Guillermo Lacy; hizo dicho Rey Marqués del Norte al Brigadier O'Neill por sus servicios en la Florida; reside en la Habana ó Puerto Rico. En 1729 concedió el Rey el título de Marqués de la Cañada á D. Guillermo Tyrry, vecino del Puerto de Santa María, hombre muy rico, que había hecho su caudal en el comercio con América, y que aplicó sus fondos á fundar un mayorazgo. Descendía, en línea recta de varón, de Domingo Tyrry, poderoso caballero del condado de York, en Irlanda, creado en 1631 Vizconde de Limerik, de cuya dignidad fué despojado por Cromwell, en atención á su fidelidad á su Rey y religión. En esta época emigraron otros muchos que se establecieron en Cádiz y otros puntos. Usan sus títulos irlandeses en España los

tre sus obscuras pestañas la altiva y encendida mirada de las hijas del Sur; su porte, un poco estirado, era, no obstante, gracioso y natural. La *naturalidad* es el mayor encanto de la gracia española, tan justamente célebre y decantada. El irresistible atractivo que de ella nace, y que en otro tiempo esparcían las mujeres alrededor de sí, como la llama su

---

Condes de Clonard: la rama primogénita de los O'Reillys usa su título de Barón de Klonket.

En la Ibernia sirvieron los Condes de Mac-Mahon. Los Butlers son, por ramas laterales, de la familia de los Duques de Ormond. Los Clairacs son Condes de Clairac. Los Magenis son Condes de Ibeag. Sarsfield es de una gran familia, así como los Obrian, Walsh, O'Linsh, O'Donojú, Camesford, Kindelan, Burk, etc.

Hoy día ocupan altos cargos en el ejército: D. Leopoldo O'Donnell, descendiente de los Reyes de Irlanda, Conde de Lucena, Duque de Tetuán, como Capitán General: el Conde de Clonard, D. Guillermo Stuart y D. José Lemery, como Tenientes Generales; D. Tulio O-Neill, Marqués de la Granja, D. Demetrio O'Daly, D. Enrique O'Donnell, D. José Grases (de Artillería), como Mariscales de campo. Todo lo antedicho, salvo error ú olvido.

En un artículo que trae la *Revista Británica*, publicada en París en el mes de Abril de 1861, hallamos una nota análoga á la nuestra, y que esta misma analogía nos lleva á traducir y poner á continuación. Los irlandeses habían derramado tantas veces su sangre por la Francia, que habían adquirido el derecho de ser mencionados y merecido los aplausos de la nación y del ejército. Bajo el reinado de Luis XIV se

brillo y las flores su perfume, se lo debían á los hombres, que aborrecían cuanto era afectado y supuesto, amanerado y estudiado, anatematizándolo bien y varonilmente con la despreciativa voz de *monadas*. Hoy día parece que se tiende á lo opuesto; lo que es lo mismo que si los florentinos vistiesen á su Venus de Médicis por un figurín de modas.

---

contaron hasta diez y ocho y veinte mil irlandeses bajo las banderas francesas, y ellos fueron los que reconquistaron al famoso Príncipe Eugenio de Saboya la ciudad de Cremona. Bajo Luis XV, la brigada irlandesa al servicio de Francia se componía aún de cinco regimientos, cuya lista por orden alfabético es ésta:

de Berwick,
de Clarc,
de Lee,
de Nugent,
de Rooth.

La parte que esta brigada tomó en la batalla de Fontenay fué brillante y decisiva.

Cuando en ocasión de la consagración de Carlos X compuso Lamartine su famoso y magnífico canto, pone en boca del Rey estas palabras, al hablar de uno de los Pares del reino de origen irlandés:

«¡Macdonald! Des héros le juge et le modèle
dans un nom étranger il porte un cœur fidèle;
dans nos sanglants revers, moderne Xenophon,
la France et l'avenir ont adopté son nom,
et son bras dans les champs d'Arcole et d'Ibérie
en sauvant les français a conquis sa patrie.»

En la naturalidad está la verdad, y fuera de la verdad no hay perfección; en la naturalidad está la gracia, y sin la gracia no hay elegancia genuína.

En cuanto á lo moral, peor dotada Ismena que en su persona, unía al alma fría y serena de su padre el genio altivo y dominador que había heredado de su madre, exaltado todo por el orgullo de la niña mimada, rica, hermosa y adulada. No se ocupaba la celebrada Ismena, la rica heredera, sino de sí y de un porvenir que se forjaba en su imaginación, lucido y brillante cual los que pronostican las hadas. Así fué que despreció con impertinencia el amor de cuantos jóvenes se le ofrecieron sinceramente, no pareciéndole ninguno digno de realizar su soñado porvenir. Pero los cambios de la suerte son repentinos é inesperados como las transformaciones de las comedias de magia. En pocos meses perdió el padre de Ismena todo su caudal, merced á la traición de los ingleses, que tantos barcos y caudales apresaron antes de haber declarado la guerra á España. ¡Infausta guerra que nos atrajo el infausto Pacto de familia! D. Patricio, que por entonces también perdió á su mujer, se retiró arruinado á la bella casa de campo que en Chiclana tenía; pero, en breve, ni aun ese recurso le quedó, y la casa fué puesta en venta por los acreedores.

El primer comprador que se presentó fué el General Conde de Alcira. Volvía este General de América, donde había pasado largos años. Aunque no tenía sino cincuenta y cinco, parecía mucho mayor, gracias á la acción corrosiva del clima de América, que, con su ardiente humedad, destruye al europeo como corroe el hierro. A pesar de su edad, había heredado á un joven sobrino suyo, cuyo título y mayorazgo excluían hembra.

El General, á su regreso, se trasladó á Sevilla, su pueblo natal. Allí, su cuñada, que por él veía á sí y á sus hijas privadas del caudal que antes poseían y del título que llevaban, le recibió de una manera tan agria y tan hostil, que el General, á pesar de ser el hombre mejor, más honrado, noble y generoso del mundo, se indignó, y se resolvió á dejar á Sevilla y á establecerse en Cádiz.

Hacía bien. En aquella época, Sevilla, la grave matrona, con su rosario en la mano, vestía aún la tiesa cotilla, el alto promontorio empolvado, que más que peinado parecía una carga, y los tontillos, con los que sólo por una puerta muy ancha podía pasar de frente una señora. Jugaba exclusivamente en sus austeros saraos á la báciga ó al tresillo con sus canónigos y Oidores, con sus Veinticuatros y sus Maestrantes; no tenía teatro,

un voto religioso se lo impedía; no tenía más alumbrado que las piadosas luces que ardían ante sus numerosos retablos; no tenía baldosas, ni Delicias, ni paseo de Cristina, y tenía *actualidad*, como se diría ahora, aquella regla de:

En dando las diez,
Dejar la calle para quien es,
Los rincones para los gatos,
Y las esquinas para los guapos.

No había, es claro, vapores, esos correvediles que han estrechado los vínculos de amistad entre ambas ciudades, joyas de Andalucía. Cádiz, tan bella ó más que lo es hoy, vestía en esta época descotadísimamente á la griega, como vemos en sus retratos á Josefina, á Mme. Recamier y á Mme. Tallien, nuestra paisana, que murió no hace mucho Princesa de Chimay, y otras beldades de entonces. Cádiz, la seductora sirena de desnudo pecho y escamas de plata, nadaba en un mar de saladas aguas, en un mar de placeres y en un mar de riquezas. Sabía hermanar admirablemente la cultura y el arte de la elegancia extranjera con el señorío, la gracia y la espontaneidad de la elegancia española; y así, aunque tomaba ciertas cosas y formas extranjeras que le agradaban, no por eso dejaba la graciosa y entendida andaluza

de ser esencialmente española, con lo que probaba su buen gusto, su delicado tino y apego á su nacionalidad.

¡Cosa extraña! En aquellos tiempos no se conocía el pomposo y campanudo *españolismo* que hoy día llena las *sábanas no santas* de los papeles públicos, y que resuena por todos los discursos como esos truenos huecos y prolongados que se deslizan por entre obscuras y pesadas nubes. Ni brillaba en composiciones líricas, ni mucho menos se hacía con él un arma de partido, aplicándolo á tales ó cuales opiniones, ni se le buscaba con entusiasmo al toro *Señorito* (1) por símbolo; nada de eso. Se tenía amor y apego á lo español sencilla y naturalmente, como tiene el valiente su denuedo, sin pregonarlo; como las estatuas griegas tienen su belleza, sin adornarla; como tiene el campo sus flores, sin ostentarlas. No estaba el españolismo en los labios, pero estaba en la sangre, en la índole, en los gustos, y se hacía tan fino, tan amable, tan donoso, tan caballero, se le conservaba tanto su gracioso tipo meridional, que era la admiración y encanto de los ex-

---

(1) El toro *Señorito*, de la ganadería del Excelentísimo Sr. D. José María Benjumea, de Sevilla, mató en 1850, en la plaza de Madrid, á un tigre con quien le echaron á luchar.—(N. del E.)

tranjeros. Hoy día es al contrario: se reniega de él, se le desconoce, se le desprecia, y, al revés del asno que cubrió su piel gris y pobre con la rica y dorada piel del león, nosotros, más asnos que aquél, en lugar de peinar y alisar la nuestra, la cubrimos de una piel inferior y extraña. Entonces no reinaba el *spleen*, sino la más franca alegría, identificada con la más exquisita finura. No había *clubs*, ni *casinos;* no había sino tertulias, en las que la galantería tenía por código estos versos antiguos (1):

Vosotras sois las temidas,
Nosotros somos temientes;
Vosotras sois las servidas,
Vosotras obedecidas,
Nosotros los obedientes;
Vosotras sojuzgadoras,
Nosotros los sometidos;
Vosotras libres señoras,
Vosotras las vencedoras,
Nosotros siervos vencidos;
Vosotras las adoradas,
Nosotros los denegados;
Vosotras las muy loadas,
Vosotras las estimadas,
Nosotros los desechados.

Entonces no se conocía la voz de *darse tono;* pero sí se practicaba la de DARSE DECORO. Los oficiales de Marina, principal ga-

(1) Del poeta Suárez, que floreció en el siglo XVI.

lardón de la sociedad gaditana, finos y caballeros como ahora, pero ricos y galantes más que ahora, habían formado una alegre hermandad, á cuya cabeza estaba la oficialidad del navío *San Francisco de Paula* (1), que se titulaba, con alusión al mote del Santo, CHARITAS BONITAS, la devota hermandad de las *caritas bonitas*. Dábanse en el teatro las piezas nacionales de nuestros poetas, y entusiasmaban los sainetes de D. Ramón de la Cruz. A las ferias de Chiclana y del Puerto, brillantes como fuegos artificiales, acudía toda la sociedad de Cádiz como una bandada de pájaros de vistoso y dorado plumaje. En fin, muy posteriormente, guardaba Cádiz bastantes hechizos para ser cantada por Lord

---

(1) Por la época á que nos referimos, mandaron sucesivamente este navío dos de nuestros más insignes marinos, los entonces brigadieres D. Federico Gravina y D. Juan Ruiz de Apodaca, caballeros los dos del hábito de Calatrava, tipos cumplidos de castellana hidalguía y tan célebres después, el primero por sus heroicos hechos mandando nuestra flota en la funestamente honrosa batalla de Trafalgar, el segundo por la rendición de la escuadra francesa en Cádiz en 1808, por su Embajada en Londres y por su Virreinato en Méjico. Muertos ambos de Capitanes Generales de la Real Armada, conserva ésta respetuosamente su recuerdo, llevando hoy por nombre dos de sus buques el apellido del primero, y el título de *Conde de Venadito* del segundo.

Byron, grande é inteligente apreciador de la belleza

El General Conde de Alcira, á su regreso á Cádiz, deseó comprar una casa de campo; le propusieron la de D. Patricio O'Carty, y fué á verla. El desgraciado dueño de la casa se la franqueó tan luego como se presentó. Quedó admirado el Conde de cuanto vió en aquella rica morada que hemos descrito; pero de nada tanto como de la hija del dueño, á la que, enlutada y cubierto el albo cuello de rubios rizos, hallaron escribiendo y llorando en un apartado gabinete, que tomaba del jardín luz y fragancia. Ismena lloraba al contestar á dos amigas suyas que le habían participado el casamiento que hacían, la una con un Lord inglés, la otra con un Marqués madrileño. ¡Cuán amargamente hacían contrastar estas cartas la suerte de sus amigas con la de Ismena, que, sola y pobre, tenía que abandonar hasta esta casa, último resto de su brillante posición pasada!

Interesaron y conmovieron tanto aquellas lágrimas al bondadoso General, que suplicó á su dueño, después de comprar la casa, que se quedase viviéndola y le admitiese en ella como uno de la familia, uniéndole á su hija. Excusado es decir que D. Patricio recibió esta oferta como una embajada de felicidad, y su hija como un medio que la impedía ro-

dar hasta el fondo del abismo en que la precipitaba la suerte.

Difícil sería pintar la furia que se apoderó de la cuñada del Conde cuando supo el proyectado enlace. Desfogóla esparciendo calumnias sobre Ismena y cubriendo de ridículo este enlace, escupiendo su veneno en amargos sarcasmos, vaticinando, por último, que la ambiciosa arruinada, que por interés se casaba con un anciano gastado y valetudinario, no tendría sucesión, burlando así una justa prevención de Dios sus ambiciosos cálculos, y haciendo volver, por falta de su actual poseedor, el mayorazgo á su familia.

¡Cuánto no se resentirían el excesivo orgullo y el altivo amor propio de Ismena, tan exageradamente susceptibles desde sus desgracias, con estos escarnios y vilipendios! Exasperábase más viendo los vaticinios de su contraria verificarse, puesto que hacía dos años que estaba casada sin haber tenido sucesión. No parecía sino que Dios, en su alta justicia, negaba la bendición de los hijos á un matrimonio en que la consorte no los deseaba por el santo instinto del amor de madre, sino por vil orgullo y despreciable codicia; no por la bendita gloria de rodearse de su descendencia, sino por la soberbia y despreciable ansia de humillar y triunfar de una contraria!

En esta época, y llena de estos pensamientos, es cuando hemos presentado á Ismena, Condesa de Alcira, vertiendo lágrimas. Y por eso dijimos que aquellas lágrimas frías y amargas no eran de amor, sino de despecho y de coraje.

CAPITULO III

La persona que había indicado la posesión que hemos descrito al General había sido su secretario Lázaro, que la conocía porque era hijo de la casera de dicha casa. Explicaremos esto en breves palabras.

El General, cuando joven, tuvo por largos años un asistente á quien quería mucho. El asistente español es el criado modelo, es el ideal del sirviente. Es todo corazón, todo lealtad: nada exige, todo le sobra: cuanto se le pide, hace á ojos cerrados, y con gusto; y si se le diesen con este objeto, sembraría las cebollas podridas, como Santa Teresa, por ciego espíritu de obediencia. El asistente tiene el corazón de niño, la paciencia de santo, la fidelidad y apego del perro, ese tipo del amor consagrado. Cual éste, ama y cuida de la propiedad de su amo, y, sobre todo, de sus hijos, si los tiene, y esto á tal punto, que ha dicho uno de nuestros más célebres y distinguidos Generales que los asistentes son las mejores

amas secas. No tiene voluntad propia; no conoce la pereza; es humilde y valiente, amigo de complacer y agradecido; y siempre en el alojamiento, en el que se le vió llegar con la natural é irritada repulsa que causa todo lo que á la fuerza invade el hogar doméstico, se le ve marchar con sincero sentimiento. El General, que era entonces Capitán, vivió mucho tiempo con su asistente en la mayor intimidad, sin que ésta hiciese perder al último ni un ápice del respeto que á su jefe tenía. El respeto es propio y anejo al asistente, como lo es al sauce la inclinación de sus ramas.

Cuando el General fué á América, su asistente se separó de él con gran sentimiento de ambos, para venir á Chiclana, su pueblo, á casarse con su novia, que hacía quince años le aguardaba con una constancia muy común en España. A los pocos años murió de un tabardillo ó insolación, dejando á su desconsolada mujer un niño. La desamparada viuda entró de casera en casa del señor O'Carty con una sobrina suya pequeña. En cuanto al niño, que era ahijado del General, éste mandó por él, le educó á su lado con mucho esmero, y le hizo su secretario. En esta calidad le trajo con él á España á los veinticuatro años de su edad. Lázaro, así se llamaba, era uno de aquellos seres que la nobleza marca con su sello, y que, ayudados por las circunstan-

cias, llegan al heroísmo sin ostentación ni premeditación, y sólo por instinto y espontaneidad.

Enterado Lázaro por su madre de que la casa en que hacía de casera iba á ser vendida, se lo había indicado al General, y éste la había adquirido, y con ella una joven y bella consorte.

¡Hermosa estaba aquella mujer, blanca y delicada como una ninfa de alabastro! ¡Fría también é inmóvil, cual ésta, aquella mujer, que nunca había amado sino á sí misma! ¡Desabrida y sin fragancia, como un jazmín que nunca hubiese vivificado los rayos del sol!

A la caída de la tarde entró en la sala para abrir las vidrieras otra mujer llamada Nora, que era el ama que había criado á Ismena, y nunca se había separado de ella. Mujer astuta y soberbia, que mucho había contribuído á desarrollar en la niña las perversas propensiones que ya hemos indicado.

—¡Siempre llorando!—dijo con un movimiento de impaciencia al ver las lágrimas de la Condesa.—¡Todo lo habrás perdido cuando falte tu marido: caudal, consideración, juventud y belleza! No te quedará más que meterte á beata y vestir santos.

— Ya sé que todo lo habré perdido: ¡y por eso lloro! — contestó Ismena.

— ¿Y quién te dice que tu suerte no puede ser otra? — repuso Nora. — No es tu cuñada la que dispone de tu porvenir. Más puedes tú misma contribuir á hacerlo bueno que no ella á hacerlo malo. La esperanza es lo último que se pierde. Pero no hay que cruzarse de brazos mientras éstos puedan servirnos.

— ¡Palabras vanas! — interrumpió con áspera tristeza Ismena. — Sabes que son estériles mis esperanzas, como lo es mi matrimonio.

— Lo mismo es parir un hijo que prohijarlo — dijo Nora.

La Condesa fijó en Nora la profunda mirada de sus rasgados ojos azules, y exclamó:

— No querría el Conde.

— No es necesario que lo sepa — repuso Nora.

— ¡Un fraude, un delito, un expolio, un engaño! ¿Deliras?

— Déjate de palabras altisonantes — repuso Nora. — No es sino una obra de caridad, que harás con algún infeliz desvalido. Tus sobrinas, que están bien casadas, y tu cuñada, que disfruta de una pingüe viudedad, no necesitan del caudal del Conde, y si por él ansían, es sólo por ambición y por el mal deseo de que no lo disfrutes tú.

— ¡Nunca! ¡nunca! — dijo Ismena. — Hay más orgullo en no exponerse á ser esclava de

un secreto que nos pueda deshonrar que no en sostener una su rango y su posición. ¡Nunca! ¡nunca! — repitió sacudiendo su cabeza, como si de su mente quisiese sacudir tan funesto pensamiento.

— El secreto sólo lo sabré yo, y yo soy la responsable. Así, más seguro estará en mi pecho que en el tuyo.

— Tendrías que valerte de otra persona.

— Sin confiarme á ella, sí. Pero esa persona ya la tengo hallada. Tu marido se embarca para la Habana; á su vuelta hallará un hijo.

— ¡Nora, Nora, no hay maldad que no inventes!

— Lo que invento es cuanto puede combinarse en provecho tuyo.

— Engañar á un hombre como el Conde sería la más imperdonable de las infamias.

— Te he oído cantar esta estrofa, Ismena:

Es el engaño leal
Y el desengaño traidor;
El uno, mal sin dolor,
El otro, dolor sin mal.

Pero, por lo visto, estás hoy más remontada que los mismos poetas.

— Esa letra alude á querellas de amor.

— Esa sentencia, que es muy entendida, se puede aplicar á todo. ¿Acaso no se ha

visto mil veces poner en práctica el caso que te propongo? ¿No es aún mil veces peor combinarlo con la infidelidad?

En este momento entró el Conde.

— Ismena, hija mía — dijo acercándose cariñosamente á su mujer, — vengo para sacarte á dar un paseo: ya tus amigas te estarán aguardando en la Cañada. ¿Cómo es que no te animan estas hermosas tardes de primavera á ir á disfrutarla en su reino, esto es, al aire libre que embalsama, en el campo que atavía?

— Me incomoda el andar, y me fastidian las gentes — contestó Ismena, que al ver entrar á su marido había palidecido.

—Te encuentro descolorida, hija mía,—repuso lleno de interés el Conde;—y, sobre todo, te hallo desde algún tiempo á esta parte abatida. ¿Acaso te hallas enferma?

—No me aqueja mal alguno,—contestó Ismena.

—A lo menos, los que sufres no son de aquellos para cuya curación se llama á un facultativo, — dijo Nora, mirando al Conde con una maliciosa y significativa sonrisa.

El rostro de Ismena se puso encendido, como la sangre que á él hicieron afluir unidas la irritación y la vergüenza.

—¡Nora!—gritó.—¿Estás demente? ¡Calla!

—Callaré. Señor Conde: dícese que mientras más se calla la venida, más hermoso es lo que viene.

En el bondadoso rostro del General brilló una santa esperanza paternal.

—¿Será cierto? — murmuró, fijando una enternecida mirada sobre su hermosa mujer.

—Señor,—dijo Nora:—¿acaso de tres meses á esta parte no notáis su desgana, su languidez, su malestar, sin que otra causa las motive? No está convencida, ni se quiere convencer; pero yo, que tengo más experiencia que ella, lo estoy.

—¡Mientes, Nora! — gritó demudada Ismena.

—¡El tiempo!..—repuso ésta con el mayor aplomo.

—¡El tiempo!—repitió Ismena indignada.

En este momento el reloj, que figuraba á Saturno, dió seis campanadas con su claro y metálico son.

—Ya acudió el tiempo á la cita, señor Conde, — dijo Nora con afectada risa; — de aquí á seis meses contestará.

CAPITULO IV

Seis meses después de estas escenas, el General, que había ido á la Habana á asuntos propios, anunciaba en una cariñosa carta á su mujer su vuelta, y ésta pasaba á Cádiz para recibir á su marido, acompañándola en la berlina un ama, que llevaba en brazos á su supuesto hijo.

Este niño había sido traído de la Inclusa, y el secreto de esta iniquidad no era conocido sino de Ismena, de Nora y de Lázaro, que era el que por disposición de Nora le había sacado del hospicio de los expósitos. Cómo esta mujer perversa pudo persuadir al noble joven á prestarse á esta infamia sólo se comprende considerando que ésta, según ella afirmaba á Lázaro, se hacía, no sólo con autorización, sino por disposición del General. Lázaro dudó; pero Nora, que había previsto su oposición, había prudentemente conservado en su poder la última esquela que antes de partir había escrito el General á su mujer, y que decía así:

«Ya se despliegan las velas que me van á alejar de ti, y contigo, de todas las dulzuras de la vida! ¡Adiós, pues! Espero á mi vuelta hallar en tus brazos un niño que consolide aún nuestra felicidad.

»Ya te dije que para el consabido asunto, así como para todos, te valgas de Lázaro, en el que tengo yo, y puedes tener tú, la más ilimitada confianza.»

El General añadía aún algunas frases cariñosas, y firmaba.

Nora desde luego comprendió todo el partido que podía sacar de esta carta, haciendo ver á Lázaro que el *consabido asunto* — que era de dinero—era el que ella traía entre manos, y la guardó.

Lázaro, pues, con el mayor dolor, pero todo consagrado á su bienhechor, trajo á la inocente criatura abandonada por el vicio y recogida por la iniquidad; como la suave flor, que del seno de una prostituta pasa á las manos de un envenenador.

Poco antes de la época en que volvemos á reanudar este relato, había acontecido que el administrador de la Inclusa había reclamado á Lázaro la criatura. Nora no halló otro medio de salir de este espantoso conflicto sino el que Lázaro pasase á los Estados Unidos. Ismena apoyó con calor este pensamiento, y la consagrada víctima se convino, sabiendo

que su ausencia, esa ausencia inmotivada y mal explicada por él, iba á partir el corazón de su madre y el de su prima, con la que estaba tratado su casamiento.

Embarcóse ocultamente en un místico que partía para Gibraltar, el cual, sorprendido frente de la peligrosa costa de Conil por un espantoso temporal, zozobró, sin que se salvase uno solo de los que iban embarcados en él.

Esta catástrofe, de que se creyó causa, asombró á Ismena, y su espanto se aumentó por un amenazante presentimiento, que le hizo no poder fijar su vista ni en lo pasado ni en lo porvenir sin estremecerse. En el primero veía una reconvención; en el segundo, una amenaza.

¡Infeliz de aquel que entre estas dos fantasmas arrastra una angustiosa vida! ¡Feliz aquel que entre desgracias y penas conserva con una buena conciencia la paz del alma, supremo bien que en este destierro prometió Dios al hombre!

CAPITULO V

—

DURANTE muchos años quedó deshabitada la hermosa casa de Chiclana. La Condesa rehusaba con obstinación el ir á gozar allí de la primavera, porque para esta mujer no había ya ni primavera ni goces. La justicia divina hacía pesar sobre ella de una manera espantosa los resultados de una culpa fría y voluntaria, que ni una sola disculpa tenía para aminorar su horror. Quiso esta alta y poderosa justicia imprimir en un corazón duro é impávido, por la fuerza de los hechos, lo que los sentimientos no habían podido comunicarle. ¡Y estos hechos eran terribles! Pues había dado sucesivamente dos hijos al Conde, cuyo nacimiento inesperado aterró á la madre. Había más aún: veía al mayor de los tres niños, hermoso muchacho, franco, valiente y sincero, pero que no podía sufrir, ocupar en el cariño del General el lugar preferente. Porque, no sólo simpatizaba Ramón—así se llamaba este niño—con el General, sino que en

el equitativo anciano, el desvío y hostilidad que le mostraba la Condesa era motivo para que compensase esta injusticia, redoblando su amor é interés hacia el que de ella era víctima. ¡Así había traído la Providencia, por la fuerza terrible de los hechos, á aquel corazón frío é inerte al remordimiento, y éste había ahuyentado á aquella mujer culpable de la casa en que todo le recordaba su culpa!

¡Remordimiento! Tú, que ciñes la cabeza de una corona de espinas y el corazón de un cilicio; tú, que tan ligero haces el sueño y tan pesada la vigilia; tú, que te interpones entre la clara mirada que viene del alma y los ojos para empañarla, y entre la sonrisa pura que viene del corazón y los labios para amargarla; tú, que callas cuando aparece la culpa seductora de frente, y que tan alta y espantosamente lanzas tus saetas cuando, pasada ya, no se puede retroceder, ¡cruel é inexorable remordimiento! ¿quién te envía? ¿Es el espíritu del mal, para gozarse en su obra y desesperar al hombre, ó es Dios, para avisarle, á fin de que expíe sus faltas?

La clemencia divina abrió con el remordimiento dos sendas al hombre: la desesperación y la penitencia. Las almas tibias, las voluntades flojas, fluctúan entre ambas, agonizando así entre la hoguera que las ha de

purificar, y el mar sin fondo, en cuyo amargo abismo se corromperán para siempre.

Estos tormentos de que era víctima Ismena, este remordimiento—¡gusano eterno!,—habían roído su corazón y su vida, como un cáncer incurable. Iban sus torturas en aumento, á medida que sentía acercarse su fin. En sostenida lucha con su conciencia, que no transigía con razones ni con miras mundanas, cada día más incierta sobre entrar por la senda que ésta le trazaba, y que su orgullo rechazaba, Ismena, igualmente horrorizada de la terrible hoguera y del espantable abismo, caminaba á su fin, como el reo al patíbulo, deseando á un tiempo alargar y acortar la distancia. Casi postrada ya, los facultativos insistieron, como por último recurso, en que respirase su abrasado pecho las frescas brisas del campo.

Habiéndose anunciado en Chiclana la venida de los señores, la casa estaba preparada para recibirlos. El toldo cubría el patio como un movible techo; la limpieza más exquisita brillaba en ella como un barniz; los pájaros cantaban, y las flores mostrábanse lozanas, ¡aunque María ya no cantaba al regarlas!

El sonido de los cascabeles anunció la berlina, que llegó pausadamente, y se paró á la puerta. ¡Ya no era la hermosa y brillante Ismena, sino su sombra, la que, apoyada so-

bre el brazo del General y sostenida por un facultativo, se arrastró bajo el soberbio portal de mármol, como un cadáver en su suntuoso mausoleo! A los veintiocho años, Ismena había perdido todo el brillo de la juventud: sus claros y brillantes ojos estaban empañados y abatidos; sus dorados cabellos habían encanecido, y su tez blanca y mate parecía una mortaja que cubriera un esqueleto! Pocos años habían bastado para producir este cambio, puesto que no era el tiempo el que con su pausada y suave mano le había traído, sino el sufrimiento con su destructora garra.

La Condesa fué llevada al sofá, en el que quedó por mucho rato tan postrada, que parecía insensible á cuanto la rodeaba. Mas cuando la dejaron sola, dijo con febril agitación á Nora que llamase á María. Nora, previendo la fuerte sacudida que había de producir la vista de la desgraciada anciana, víctima de su infortunio, quiso replicar; pero la Condesa reiteró la orden con tal exasperación, que fué preciso obedecer. Cuando entró la anciana, Ismena extendió sus convulsos brazos hacia ella, la estrechó en ellos, y reclinó su cabeza ardiente y su ruborizada sien sobre el pecho de la anciana que la había visto nacer. Pero María estaba serena: en aquel pecho latía tranquilo su puro corazón. Sus

ojos habían perdido la expresión de contento que antes tenían; pero no la de la paz del alma.

—María—exclamó al fin Ismena,—¿cómo ha podido usted soportar su desgracia?

—Con la resignación que Dios da cuando se le pide, señora; — contestó la anciana.

—¡Oh! ¡Bienaventuradas las penas con que ésta no es incompatible! — exclamó mentalmente Ismena.

—Un día dije á usted, señora,—prosiguió María— que me inspiraba orgullo mi hijo; y Dios ha permitido que ese hijo, mi galardón y mi gloria, fuese difamado por todas las apariencias de un delito!

— ¡Apariencias! — dijo Nora. — ¿Quién dice eso?

—Todos — contestó María con suave firmeza.

Y después de algunos instantes, continuó con la misma serenidad:

—Un profundo misterio cubre á mis ojos, como á los de todos, las circunstancias de su huída. Pero si alguna persona está complicada en ella, ¡perdónela el Divino Juez, como la perdono yo! Dios y yo sabemos que mi hijo no fué ni pudo ser criminal: esto me basta; ¡callo y me conformo!

—¡Y no engañaron á usted su corazón y su convicción de madre! — exclamó Ismena, cayendo exánime sobre los cojines del sofá.

Ismena fué acostada en su lecho, y se atribuyó su peor estado á la agitación y fatiga del viaje.

Un narcótico fué calmando gradualmente su agitación, y la sumió más tarde en un sueño facticio, por lo que todos, menos su ama, se fueron á descansar de las fatigas y emociones del día.

El General, por delicada previsión, había mandado cerrar la llave de la fuente, para que su murmurio no turbase el débil reposo de su mujer. Sonaron las doce en el reloj de la sala, y doce veces sonó la voz del Tiempo como una aterradora profecía. ¡Doce contó el austero anciano con su inflexible memoria, y doce años cumplían ahora que sobrevivía Ismena culpable en la molicie del lujo, y con la aureola de la consideración y del respeto público! ¡Doce años hacía que después de sacrificar su conciencia á su soberbia, había sacrificado una noble existencia á su orgullo!

Ismena despertó sobresaltada, y se incorporó en su lecho: sus ojos desatentados vagaban por todas partes; su sangre hervía precipitada por la fiebre.

Su devoradora inquietud la ahogaba; el peso que oprimía su pecho la sofocaba! Se arrojó del lecho, y corrió á la ventana, pues anhelaba, cual la Margarita en el *Fausto* de Goethe, aire para respirar.

La suave luna y el dulce silencio se unían en aquella templada noche como hermanos. Eran tan profundos el sosiego y la calma, que pasaron sobre el alma agitada de Ismena como el ambiente sereno, pero sofocador, que precede á la tormenta.

Apoyó su ardorosa frente en la reja de la ventana que daba al patio, ¡negra y dorada como su existencia! Oyó entonces á lo lejos dos voces que se unían para rezar, tan hermanadas como la Fe y la Esperanza! Eran las voces de María y de Piedad, que rezaban el rosario. Había algo de solemne en aquel sonido dulce y monótono, con el que la palabra sin pasión, sin movilidad, sin modulaciones terrestres, se alza al cielo, como lo hace el humo del incienso sobre el altar suave, sin color y sin ímpetu, como impulsado por la atracción del cielo. Algo que conmovía hondamente había en esas palabras mil veces repetidas, porque mil veces son sentidas; en esos rezos, en que se unen millares de corazones al pie del trono de Dios; en esos rezos, que son tradición verbal no interrumpida de Jesucristo y de sus apóstoles, que han santificado las almas de miles de generaciones; en esos rezos tan perfectos y cumplidos, que en vano querrían perfeccionarlos todos los adelantos y todas las ilustraciones del espíritu humano.

¡Qué doloroso contraste formaban aquellas graves y apacibles voces con el estado del alma de Ismena, en la que rugía el remordimiento! ¡Quiso unirse á ellas, y no pudo!

—¡Oh, Dios mío! — exclamó, apartándose de la ventana. — ¡No puedo rezar!

Pero pronto volvió, atraída por el santo é irresistible imán de la oración. Entonces oyó á María pronunciar estas palabras: «¡POR LA PAZ DEL ALMA DE MI HIJO LÁZARO!»

Y la oración de las dos católicas continuó, sin que sus voces se inmutasen.

— ¡Ah! — exclamó Ismena, retorciendo desesperadamente sus manos. — No soy digna, Dios Santo, de unir mi voz maldita á esas voces puras que no empañó la culpa ni sofoca el remordimiento!

Postróse en el suelo con el rostro sobre la tierra, hasta que el último *amén* subió al cielo. Entonces se levantó, causándose á sí misma horror como un espectro, y vió á Nora, que se había quedado dormida en un sillón; acercóse á ella, y asióla fuertemente por un brazo con su mano, antes tan hermosa, y que ahora parecía la garra de un águila de mármol.

—¡Duermes!—exclamó.—¡Duerme la iniquidad, en tanto que la inocencia vela y ora! ¡Despierta! Que tu reposo es más horrible

aún que tu culpa. Ves á la que sacaste con esmero de su dulce cuna, entrar por tus infames sugestiones en su féretro, ¡y duermes... mientras ella agoniza! — ¿Qué ves en lo pasado? El delito impune. ¡Y duermes!—¿Qué ves en lo presente? Una usurpación, un despojo, una traición, un crimen frío de todos los días. ¡Y duermes! — ¿Qué ves en lo futuro? La divina y universal justicia de Dios, tan dulce para el justo, tan tremenda para el criminal. ¡Y duermes! — ¡Pero esta justicia hará que recaiga sobre tu cabeza la maldición que pesa y oprime ya la mía! ¡Lleva, pues, unida al anatema de Dios, la maldición de la que sedujiste! Pues culpable soy cual ninguna; pero ¡Nora, Nora!, sin ti no lo hubiera sido!

A los gritos que dió Nora acudieron todos los habitantes de la casa, y hallaron á la Condesa en un espantoso y convulso estado, que se asemejaba á la demencia. Nora estaba aterrada y desvariaba; pero esto se atribuyó al dolor que le causaba el cercano fin de su señora.

CAPITULO VI

Al día siguiente fué espantosa la agitación de la enferma. A la noche se vieron los médicos precisados á suministrarle un fuerte narcótico, que la hizo caer en profundo sueño.

El General se ocupó en arreglar los papeles que yacían dispersos en un lindísimo escritorio antiguo de ébano, ornado de riquísimo trabajo de talla y pinturas de Rubens en sus varios compartimientos, en el que guardaba Ismena sus papeles. El escritorio había sido abierto por orden de su dueña aquella tarde, para sacar de él papel y pluma que necesitaba.

Ismena había aprendido de su padre el inglés, que poseía como su propia lengua. El General fijó con dolor su atención sobre una traducción empezada por su mujer, considerando que ya no la concluiría! Era la traducción del *Hamlet* de Shakespeare. El General se puso á leer lo último que su mujer había escrito. Era el monólogo del rey Clau-

dio, en el tercer acto; la letra era temblorosa, como si la hubiera trazado una mano trémula. La traducción, en la que un inteligente hubiera notado algunas supresiones voluntarias, era ésta:

«¡Maduró ya la culpa, y clama al cielo! ¡Sobre ella pesa la primera maldición que entró en el mundo: la del fratricidio!—No puedo rezar, aunque á ello me impelen el deseo y la voluntad; pero la postración de la culpa es más que la fuerza del propósito; y así como el hombre en quien dos poderes luchan, vacilo entre sucumbir al peso de mi delito ó entregarme al esfuerzo del buen propósito. ¿De qué sirve la misericordia, sino para bajar sobre la frente del pecador? ¿Y no tiene la oración la doble virtud de precaver la caída y de levantar al caído, obteniendo el perdón? Quiero, pues, levantar al cielo mis miradas. Pero ¿cuál es la forma de oración que se apropia á mi delito? ¿Puedo pedir y esperar perdón? ¿Hay acaso bastante agua en las suaves nubes del cielo para lavar la mancha de sangre en la mano del fratricida? ¿Hay, por ventura, remisión para aquel que sigue disfrutando los beneficios de su delito, su reina, su corona, su vanagloria? No puede ser.

»Puede la dorada mano de la iniquidad sumergir la equidad en las corrompidas co-

rrientes del mundo, y le es dado á un vil soborno falsear á veces la ley humana. ¡Pero no así allá arriba! ¡Allá no vale el artificio, ni nada puede la mentira! Allá aparece el hecho en su desnudez, y el delincuente habrá de acusarse á sí mismo en el reino de la verdad. ¿Qué nos queda, pues? — Probar hasta dónde alcanza la virtud del arrepentimiento. ¡Ah, sí! Todo lo puede... Pero ¡ay! ¡Si *quisiese* el pecador y no *pudiese* arrepentirse!— ¡Oh, infausto estado! — ¡Oh, pecho negro como la muerte!—¡Oh, alma, que al esforzarte por libertarte de la red del pecado, te envuelves en ella! — ¡Angeles, acudid á su socorro! Ablándate, corazón de acero, hasta ser cual las fibras del niño recién nacido.— ¡Inflexibles rodillas, doblaos! *(Se arrodilla, y después de un momento de silencio prosigue:)* ¡Ah! ¡Las palabras han volado, pero faltan alas al corazón, y las palabras que sin el corazón llegan al cielo no hallan en él entrada!»

Esta traducción literal y mala, aunque apenas daba una idea de la magnífica, profunda y elevada poesía del poeta que fué y es gloria de su patria, llenó, no obstante, de admiración al General, cuya alma era accesible á todo lo bello y á todo lo bueno. Pero al echar una mirada sobre su mujer, que yacía blanca sobre su blanco lecho, como una

marchita azucena sobre nieve, hizo esta sencilla reflexión:

—¿Por qué busca estos cuadros de delitos y pasiones? ¿Por qué imita la paloma el grito fúnebre del buho? ¿A qué remeda la oveja sencilla el rugido del herido y sangriento león?

Después de haber guardado los papeles, el General se sentó en un sillón á los pies de la cama de su mujer, y levantó á Dios su corazón en una ferviente plegaria por la vida de la que amaba.

El reloj de la sala contigua á la alcoba dió las once, con la tenacidad de un recuerdo que se rechaza y que constantemente vuelve; sus ecos y metálicos sonidos vibraron en el silencio, como si llamase á una cerrada puerta la justicia, para la que no hay puerta que pueda permanecer cerrada. Estos claros sonidos estremecieron á Ismena en su sueño, y despertó dando un sordo gemido.

El General, que vió á su mujer con los ojos desatentados, y que la oyó pronunciar palabras incoherentes, se acercó á ella, y rodeándola con sus brazos, le dijo:

—Serénate, Ismena; has tenido alivio. Dios oye nuestros ruegos: hace algunas horas un sueño benéfico restaura tus fuerzas.

—¿He dormido? — murmuró Ismena. — ¡He dormido en el borde de mi sepultura,

como si ésta me prometiese descanso! ¡He dormido, cuando tan poco tiempo me queda para arreglar mis cuentas sobre la tierra! ¡Siéntese usted, señor!... que como á tal quiero hablarle, y no como á mi marido; porque digna no soy de ser mujer de usted. Quiero hablar á usted, no como á mi compañero, sino como á mi Juez, cuya clemencia imploro.

El General atribuyó estas extrañas palabras al delirio, y sin hacer alto en ellas, quiso tranquilizar á su mujer, proponiéndole diferir las explicaciones que quería hacer para más adelante. Pero Ismena insistió con energía en que la escuchase, y prosiguió:

—Voy á morir... y dejo sin sentimiento todos los bienes de la tierra. Sólo uno es el que ambiciono, y quisiera llevar conmigo á la tumba. Usted, que ha sido para mí padre, marido y bienhechor, no me lo negará, puesto que sólo usted puede dármele; porque este bien que imploro es, señor, su perdón.

Al oir á su mujer, el General se confirmó en que deliraba, y volvió á suplicarla que no se agitase como lo estaba haciendo. Pero Ismena insistió de nuevo y con ahinco en que la prestase atención sin interrumpirla.

—Si una mujer—dijo—que ha expiado una culpa con todo lo que el remordimiento tiene de terrible y de destrozador, arrebatándole

éste su sosiego, su salud y su vida; si esta desgraciada, en el momento de morir, desesperada, puede inspirar alguna compasión... ¡oh, usted que ha sido el más generoso de los hombres; usted, que sembró mi vida de flores, tenga para mi muerte una rama de oliva! Reciba sin rechazarme, sin huir de mí en mis últimos instantes, sin hacer horrible mi agonía con maldecirme, una confesión que le probará que mi corazón no está del todo pervertido, cuando tiene valor para hacerla.

Un sudor frío bañaba la frente de la moribunda: sus yertas manos temblaban convulsivamente; sus palabras salían débiles, pálidas de sus labios, ¡como las últimas gotas de sangre que vierte una herida de muerte! Sin embargo, haciendo un postrer y heroico esfuerzo, prosiguió así:

—Se que voy á traspasar su corazón con un agudo puñal; empero sólo ese medio puede impedir el que yo muera desesperada. Aquí tiene usted—prosiguió, sacando un pliego cerrado que tenía debajo de su almohada—una declaración firmada por mí y atestiguada por dos testigos venerables, con el fin de impedir una infame usurpación, un criminal expolio y un horrible abuso de su noble buena fe. Por ella verá, señor, que... ¡Ramón no es nuestro hijo!

El General, al oir estas tremendas palabras, por un movimiento involuntario se alzó de su asiento con ímpetu; pero al punto recayó en él anonadado, y cubriendo su rostro con ambas manos, exclamó con asombro y dolor:

—¡Ramón, Ramón no es hijo mío!!!

—¡Tened piedad de mi agonía!—gimió Ismena torciéndose las manos.

—¡Eres una *infame!*—exclamó el General con toda la indignación de la probidad contra la traición, y con toda la repulsa de la virtud hacia el crimen.

Jamás había oído Ismena la bondadosa y paternal voz de su marido tomar el terrible y viril acento con que le arrojó el oprobio á la faz, y se sobrecogió cual herida de un rayo. El profundo dolor y la severa condena de su marido le parecieron abrir un abismo entre ambos, y hacer imposible que los labios que articulaban aquel acerbo fallo pronunciasen la dulce palabra que anhelaba en su agonía, y que deseaba más que la vida. Esa palabra, que sólo podía dulcificar su muerte, era el perdón, que es el más bello y perfecto fruto de la caridad; el perdón, cuyo valor es tan grande, que con toda su sangre lo compró el Hijo de Dios, y que concede su Padre por una lágrima; ¡tal es su misericordia! El perdón, don divino que ni pide ni otorga el or-

gullo, y que implora y concede la mansedumbre; ese perdón, que llevaría la culpable al cielo como una eficaz intercesión. ¿Acaso había tardado demasiado en pedirlo? ¿Iría á morir quizás en el momento en que las olas de la sangre sumergían en el corazón del ofendido la santa misericordia, la generosa clemencia? La infeliz, en su desaliento, se arrojó fuera del lecho, cayó postrada, y levantando sus cruzadas manos, que apoyó sobre el noble pecho del hombre á quien había engañado, gritó con voz gutural y moribunda:

—¡Perdón!

Su último pensamiento, su último sentir, su último aliento se disolvieron en esta última palabra. El General se estremeció al oir aquel grito destrozador lanzado en el estertor de la muerte; se inclinó hacia su mujer, y la cogió en sus brazos. ¡No levantó sino un cadáver!

¡En aquel instante se oyeron las doce lentas y graves campanadas del reloj, como si hubiese aguardado el Tiempo ese momento para lanzar su metálico sonido cual un espontáneo y piadoso doble!

CAPITULO VII

Una culpa secreta, arrastrando sus terribles consecuencias enlazadas unas á otras cual un grupo de serpientes, había ya costado la felicidad y la vida á la que la cometió, y la razón á la que la concibió; pues el anatema y la muerte de Ismena condujeron á Nora á la casa de locos. Y, sin embargo, su horrenda rastra y sus amargas influencias no habían parado aquí, y emponzoñaban los últimos años de la existencia, hasta entonces tan serena y apacible, del general Conde de Alcira. Se reconvenía el excelente anciano, sin cesar, por la palabra dura y acerba que la indignación arrancara á sus labios, y que era la sola con la que en su vida toda había herido á un corazón destrozado y marchito, que imploraba una suave y santa palabra para dejar de latir tranquilo, y que sólo halló un cruel baldón, con el cual murió desesperado. — Lloraba ardientes lágrimas por no haber concedido aquel per-

dón, que sólo pudo faltar un instante á su corazón generoso; ¡y este instante había sido el último de la infeliz que lo imploraba! Aquel perdón que quizás hubiese prolongado su vida, calmado sus sufrimientos, dulcificado su muerte, ¡se lo había negado!!!

Este recuerdo, que era á su vez un remordimiento, envenenaba su vida!

La reacción que experimentaba, llegaba, en su bondad natural, hasta hacerle casi disculpar un delito compensado por tan sobresalientes cualidades, borrado por un remordimiento sin igual, y por sufrimientos mortales, puesto que la muerte tiene la dulce prerrogativa, al asir su presa, de llevar consigo á la tierra lo malo que tuvo, y dejarle lo bueno por epitafio.

El General compensó aquel momento, en que se había olvidado de ser cristiano, con multiplicadas obras de caridad, ofrecidas á Dios en holocausto, para lograr del cielo el perdón, que negó la tierra, á la arrepentida pecadora, y con incesantes sufragios para obtener el descanso de su alma; preces que el Eterno escucharía, porque Él oye al hombre á quien crió, cosa que no puede negar el más aferrado incrédulo: que no hizo el Criador del hombre un expósito, sino que le reconoció por hijo, le dió preceptos y le

prometió una gloriosa herencia desde la cruz.

Todas las mañanas un sacerdote ofrecía el santo sacrificio de la Misa por el descanso de un alma que eternamente vivía en el corazón del anciano, el cual, arrodillado al pie del altar, unía sus oraciones á las del sacrificante.

Amargaba, además, la vida del General el horrible secreto que le ahogaba, y envolvía con él á todos sus hijos, así como el soberbio grupo del Laoconte la fiera sierpe hace su presa del padre y de sus hijos. No podía romper el arcano, sin sacrificar al que su bondadoso corazón amaba siempre con tierno cariño, sin difamar las sagradas cenizas de la madre de sus hijos. El General guardó, pues, este infausto secreto: respetaba la infancia y la inocencia de sus hijos, y no se hallaba con valor para descubrirlo. ¡Siempre será tiempo—pensaba—de descorrer el velo á tan triste y cruel realidad! Algunas veces había pensado enterrarlo consigo. Pero ¿con qué derecho podía él, hombre de tan estricta y firme probidad, privar á sus hijos de sus bienes en favor de un extraño? ¿Cómo hacer cabeza de su noble casa á un individuo extraño, á un expósito, usurpando sus derechos á sus legítimos propietarios?

Hay padres mundanos que quieren hacer sonar más alto que la voz de la conciencia el parecer del mundo, y pesar más que el fallo de aquélla las consideraciones sociales, pretendiendo amoldarlas á las circunstancias. Pero ¡NO TRANSIGE LA CONCIENCIA! Pues si lo hiciese, no sería lo que es. Sería entonces una encubridora, y no una centinela: sería una veleta, y no un cimiento; perdería la confianza que inspira, y el respeto que merece. La conciencia da sus fallos como el sol difunde sus luces, sin que nada las empañe ni tuerza su dirección.

Háblase, para turbar á los que ciegamente por la conciencia se guían, de las lágrimas que su inflexibilidad hace derramar, de los males que á veces origina, y de los trastornos que suele causar en un estado de calma exterior y de tranquila superficie; y para tildarla, se exponen razones bellas y brillantes, pero falsas, y que pecan por la base. Si la conciencia exige una dolorosa operación en una parte gangrenada del cuerpo social, que no vengan la ciega bondad, ó á veces la hipocresía con nombre de humanidad, á clamar contra una decisión que llamarán cruel, y que puede que lo sea, pero que es necesaria, si la gangrena no ha de propagarse, y si ha de quedar sano el cuerpo y sin males solapados. La conciencia es el

sentimiento del deber que puso Dios en el corazón del hombre, como puso su invariable dirección en el imán, para que, cual éste, nos sirva de norte. Este sentimiento del deber admirémosle con el gran Schlegel, que ha dicho que «las dos cosas más bellas que conocía eran, el cielo estrellado sobre nuestras cabezas, y el sentimiento del deber en nuestro corazón.»

Corrieron, entre tanto, los años: el Conde había envejecido, y veía acercarse su fin. Queriendo pasar sus últimos días rodeado de sus hijos, y viéndose precisado antes de morir á descubrir el secreto que no podía llevarse consigo á la tierra, los mandó venir á reunirse con él en Chiclana. Allí quería morir, para ser enterrado al lado de su mujer, y darle, aun después de muerto, ese público testimonio de amor y de aprecio.

Hallábase recostado el General en su camasillón, del que ya no podía levantarse: sus hijos le rodeaban.

Aunque entonces no estaba puesta en uso la palabra *ilustración*, ni los colegios estaban modernizados, no obstaba eso para que los tres hermanos fuesen tres jóvenes, tan cumplidos como caballeros, que llenaban de placer al General. Ramón, el mayor, había salido del Colegio de Artillería, colegio del que salieron por entonces Daoiz y Velarde.

El segundo salía de las Academias de Guardias Marinas, adonde también habían pertenecido los héroes de Trafalgar, titanes que á un tiempo lucharon con las grandes fuerzas de un poderoso adversario, con la cobarde traición de un aliado y con la desencadenada furia de los elementos, y que fueron NO VENCIDOS, sino *destrozados* por los tres enemigos conjurados. El tercero llegaba de la Universidad de Sevilla, en la que estudiaban, poco antes ó por entonces, los Listas, Reinosos, Blancos, Carvajales, Arjonas, Roldanes, Calatravas y González, y el digno, sabio y ejemplar Maestre, Gobernador que fué del arzobispado; porque, bien pueden faltar á España caminos de hierro, buenas posadas, refinados y sensuales goces, pero en ninguna época le han faltado sabios ni héroes. El General miraba á los tres por turno con una indefinible expresión de ternura, y cuando sus ojos se fijaban en Ramón, los bajaba para ocultar las lágrimas que á ellos se asomaban.

El vivo placer que tuvo de ver á sus hijos, unido á la angustia que sentía mirando la espada de Damocles suspendida, sin apercibirse el amenazado, sobre la cabeza de Ramón, agitaron tanto al anciano, que pasó aquella noche mala y calenturienta.

A la mañana siguiente anunciaron los facultativos la conveniencia de que hiciese el enfermo sus últimas disposiciones. La aflicción de sus hijos, que le adoraban, fué desgarradora.

El General estaba tan preparado á dejar el mundo y á comparecer ante el juicio de Dios, que fueron sus disposiciones solemnes, pero cortas y serenas.

Hacia el anochecer, sintiéndose debilitar por momentos, dispuso que le dejasen solo con sus hijos. Entonces éstos se acercaron al lecho del anciano, reprimiendo sus lágrimas para no afligirle.

Después de haberlos mirado por largo rato, les dijo:

—Hijos míos: un cruel secreto, que ha de hacer la desgracia de uno de vosotros, existe hace muchos años oculto en el fondo de mi alma. Pero... pues voy á morir... no me queda más tiempo para ser su depositario. ¡Oh, Dios mío! Mi corazón lo desmiente. Y, sin embargo, uno de vosotros no es hijo mío.

El doloroso asombro que se manifestó en el rostro de los tres hermanos los dejó mudos, pálidos y sobrecogidos.

—Bien conocéis—continuó el General después de una pausa, en la que tomó aliento—que mi interés y cariño hacia vosotros son

los mismos para todos, y que nadie ha conocido, ni aun vosotros mismos, cuál era el que no me pertenecía. Y vosotros, hijos míos,—añadió enternecido,—¿cuál de los tres es el que no siente por mí la ternura de hijo?

La simultánea y elocuente respuesta de los tres hermanos fué arrojarse en los brazos del anciano, sofocados por sus sollozos.

—Pues si vuestro corazón no os lo dice, — prosiguió el General profundamente conmovido, — mi cruel deber es declararlo.

Los tres hermanos se miraron un instante, y arrojándose por un movimiento instantáneo y unánime en los brazos unos de otros.

—¡Padre!—exclamaron á una voz.—¡No queremos saberlo!

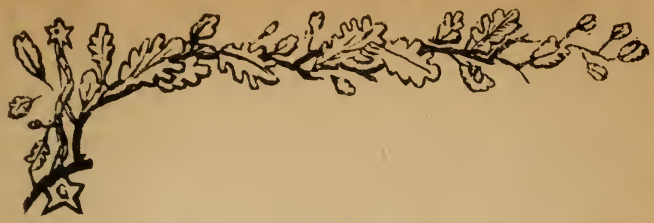
El General levantó los ojos y las manos al cielo.

—¡Dios mío,—exclamó,—os doy gracias! Muero tranquilo y contento. ¡Hijos míos! ¡hijos míos! Que la satisfacción de haber ocultado para siempre un funesto secreto; que el recuerdo de haber cubierto con un santo velo de amor fraterno el infortunio de uno de los tres, haga vuestra vida feliz y tranquila, así como vosotros habéis hecho mi muerte!

Y poniendo sus manos sobre las cabezas de los tres hermanos, que se habían arrodillado al lado de su lecho:

—Que sean mis últimas palabras—dijo en voz solemne y suave—vuestra recompensa. ¡Hijos míos, yo os bendigo!

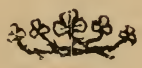
FIN



INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Págs.
Estar de más.	7
Magdalena.	89
La Corruptora y la buena maestra. . . .	131
Las dos Gracias ó la expiación.	203
Callar en vida y perdonar en muerte. . .	367
No transige la conciencia.	421



282314

LS
C 1125

Author Caballero, Fernán (pseud.)

Title Obras completas. Vol. 9.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU